

Venezuela su imagen desvelada

Edgar Gabaldón Marquéz



Venezuela, su imagen desvelada

Edgar Gabaldón Márquez

Se permite la copia de este libro, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido del texto, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

© Centro Internacional de Estudios para la Descolonización "Luis Antonio Bigott", 2024

Edición:

Diego S. González Porras

Diseño de portada:

Juan Carlos Linares

Diagramación:

Guillermo Peláez Machado

Transcripción:

Valery García

ISBN: 978-980-1998-06-2

Depósito Legal: DC2024001727

ÍNDICE

Del libro Venezuela, su imagen desvelada, encuentro fortuito con el pasado escondido en el presente	p.5
Prólogo	p.15

PRIMERA PARTE

1. La 'teoría de la colonización' (Leroy-Beaulieu)	p.24
2. La 'teoría de la colonización' (Maldonado Macanaz)	p.33
3. La 'teoría de la colonización' (Enciclopedia Espasa)	p.37
4. Marx y la 'teoría de la colonización'	p.40

SEGUNDA PARTE. El concepto del imperialismo, desde Nuestra América, y desde la vieja Europa

1. Enrique José Varona y el enfoque positivista	p.45
2. Lenin y el imperialismo financiero	p.54
3. Lenin y la mirada europea sobre el imperialismo	p.65
4. Lenin y el ocaso de los nacionalismos	p.78

TERCERA PARTE. Aproximaciones al concepto del coloniaje

1. El aporte del uruguayo Rodney Arismendi	p.99
2. El aporte del chileno Ramírez Necochea	p.105
3. El aporte del colombiano Jorge Childs	p.112
4. El aporte del venezolano Salvador de la Plaza	p.119
5. El aporte del venezolano Armando Córdova	p.127

CUARTA PARTE

1. Colonialismo, imperialismo, intervencionismo	p.132
2. El intervencionismo yanqui	p.138
3. Un historial de violencia	p.146

QUINTA PARTE. Examen de algunas caracterizaciones de Venezuela

1. La de René de Sola	p.150
2. La de Pedro Duno	p.152
3. La del P.C.V., 1961	p.153
4. La de Celio S. Orta	p.155
5. La de D.F. Maza Zavala	p.156

6. La de Salvador de la Plaza	p.161
7. La del Colegio de Economistas	p.163

SEXTA PARTE. Presente y porvenir de las clases sociales que integran el coloniaje en Venezuela

1.	p.191
2.	p.199
3.	p.204
4.	p.215
5.	p.225

SEPTIMA PARTE. Epílogo

Algunas conclusiones (De una carta de Pedro Manuel Villazul para el autor)	p.229
--	-------

BIBLIOGRAFÍA.	p.236
--------------------	-------

Del libro *Venezuela, su imagen desvelada*,
encuentro fortuito con el pasado escondido en el presente

Quizá haya personas que conocen la obra escrita de Edgar Gabaldón Márquez, o tal vez tuvieron la suerte de conocerlo en persona, pero nosotros ni siquiera sabíamos que había escrito otros libros antes de: *Por el camino de Chimiro*, publicado póstumamente en 2012, por lo que nuestro hallazgo de sus tres libros: *El coloniaje*, *Los Destinos Manifiestos* y *Venezuela, su imagen desvelada*, ha sido una revelación intelectual y política extraordinaria que nos hace sentir como si leyéramos a un pensador venezolano de este siglo 21 capturado por el espíritu de la “descolonización”, pero que vivió en el siglo 20.

Ironías de la historia y de la vida de un hombre: Edgar Gabaldón Márquez murió en el 2000, comenzando el siglo para el que escribió estas tres obras y hoy pareciera que advertiremos su ausencia física por la presencia de sus libros.

Fue fortuito el hallazgo del libro *El Coloniaje. La formación societal peculiar de nuestro Continente*. Lo encontramos entre miles de libros de la biblioteca personal de Luis Antonio Bigott, que heredamos luego de su muerte en febrero de 2016. En el prólogo dice Edgar Gabaldón Márquez que su libro:

...se ha inspirado, en lo esotérico, en dos literaturas: la de los mayas-quichés, Pópol Uvj El libro del consejo y la de Rufino Blanco Fombona (1874-1944), en su folleto: *La americanización del mundo* [...] y en lo exotérico, en la literatura propia: *Venezuela, su imagen desvelada*, París-México, 1968-1969, *El México virreinal y la sublevación de Caracas, 1810* (México-Caracas, 1969-1971); y *En el principio era la dialéctica* (El mito del Reino de Smáug), México 1971 (inédito).

Entre los datos precisos de las fuentes de “su inspiración” para escribir *El Coloniaje*, están otros tres de sus libros, entre los que destacamos el que aquí presentamos: *Venezuela, su imagen desvelada*, donde expone con lujo de detalles su punto de vista descolonizador:

...he aquí parte de nuestras raíces y fuentes, en el empeño de alcanzar una posición autóctona, heterogénea y heterodoxa de la de Europa y de sus actuales afines y albaceas, si bien asumiendo para la utopía soñada lo que de humano universal pulsa en toda hazaña del género y de la especie.

De cara a nuestro presente de cambios sociales enmarcados en un Proyecto Nacional de raíces bolivarianas y en vista de este rasgo firme de autonomía intelectual, antieurocéntrico y descolonizador, consideramos que este libro de Edgar Gabaldón Márquez, podría muy bien ser parte de la fundamentación del Plan de la Patria 2019-2025, que tiene como eje central de todas las políticas del gobierno bolivariano la descolonización en las instituciones y en los procesos culturales que ellas abarcan.

Lo proponemos, porque, como corroborarán quienes lo lean, su contenido aporta interpretaciones heterodoxas, conceptos redefinidos y una metódica de investigación que tiene como eje el pensamiento del Libertador Simón Bolívar y rompe con los cánones académicos de la investigación histórica y sociológica, incluyendo los de orientación marxista-leninista de su tiempo... ¿y la de hoy? Y con Bolívar, el guerrero pensador, como referente, advierte que las ideas no son nubes que flotan en el aire, sino que surgen de la praxis humana:

Una ideología iluminó a Bolívar, y a los otros libertadores; una ideología puede ilustrarnos a nosotros; pero las ideologías se fraguan en el fuego de lo real, y allí se da la coyuntura decisiva.

Lo que sin dudas hubiese suscrito plenamente el Comandante Chávez. Y nos surge una duda de carácter prospectivo: ¿Qué habría pasado si Chávez hubiese leído a Edgar Gabaldón Márquez antes que a Mézáros o a cualquiera otro pensador no venezolano?

Pero no lo conoció, a pesar de ser hermano del destacado líder comunista y guerrillero Argimiro Gabaldón Márquez, conocido como Comandante Carache, Edgar es uno de los intelectuales marxistas y de izquierda venezolanos menos conocido en nuestras instituciones

académicas y políticas que reniegan del pensamiento de derecha.

Y podríamos continuar con esta presentación, pero no queremos escribir otro capítulo, sino un abre boca para las y los lectores de este segundo libro que publica el Centro Internacional de Estudios para la Descolonización “Luis Antonio Bigott”, por lo que reproduciremos algunos párrafos que justifican nuestra consideración sobre su vínculo con el Plan de la Patria y con los objetivos a largo plazo que persigue nuestra Revolución Bolivariana:

Nuestro ensayo: Venezuela, su imagen desvelada, surge de la necesidad de estudiar lo que causa una supuesta vocación para someterse al subyugo y el dominio extranjero [...] ¿Qué somos, en cuanto país? ¿De dónde venimos, y adónde vamos, en cuanto pueblo? ¿Somos, acaso, almas esclavas, que no saben adquirir una libertad propia, rescatando su dignidad de añejas servidumbres? ¿Qué significan las palabras: colonialismo, colonización, colonia, coloniaje? Mucho se nos ha hablado del imperialismo, y casi nada del colonialismo, y su efecto entre nosotros: el coloniaje.

En el pasado (siglo XIX y lo que va del actual), la característica verdadera de Venezuela, y por ende de nuestros países ibero-americanos, hispanos y portugueses, o latinoamericanos, no se ha podido dilucidar porque la mirábamos con enfoques y esquemas ajenos a la realidad [...] nuestros historiógrafos, durante largos años han escrito y pensado a la europea (tanto los pro-capitalistas, como los pro-socialistas).

Preguntamos: ¿Tenemos nosotros un punto de mira propio, lúcido y clarividente, en cuanto a los que hemos sido y somos? ¡No, todavía nos falta! Los historiógrafos de Venezuela, por ejemplo, dan por terminado el dominio de España en el año 1824, lo cual es cierto; pero olvidan el hecho clave del coloniaje, o lo pasan por alto; nos hablan de <la era republicana>, de <nación independiente> y de otras cosas que habrá que enfocar de un modo nuevo si se adopta el concepto de coloniaje como el definidor de nuestra realidad histórica.

Sin exageraciones, podríamos desarrollar un seminario para analizar cada uno de estos párrafos, porque son como pequeñas bombas de racimo que al estallar esparcen metrallas conceptuales que destruyen los horizontes estancos del análisis académico y político hegemónico en nuestras academias y en muchas organizaciones políticas y sociales que se autodefinen como revolucionarias.

Es que Edgar Gabaldón Márquez nos ofrece unos juicios críticos, antieurocéntricos y antimperialistas tan “actuales” y contundentes que se adelantan y superan a las y los pensadores que hoy se llaman “des” o “decoloniales”, sobre todo si sabemos que fueron escritos hace más de 50 años y que están fundamentados en el pensamiento del Libertador de América: Simón Bolívar, que está ausente en las tesis y teorías de dichos pensadores.

Su vigencia nos asombra y entusiasma en cada página que leemos, por ejemplo, he aquí otro de sus argumentos que hoy podemos utilizar como fundamento y justificación de la política revolucionaria implementada por el Gobierno Bolivariano para superar el “rentismo petrolero”, está en un párrafo que podríamos incorporar, sin comillas, en el Plan de Impulso Industrial y la Producción Nacional:

Algunos economistas tienden a calificar de <sector básico de la economía> en Venezuela, la del petróleo; es indudable que tal adjetivo no es realista; al liberarse nuestro país del subyugo imperialista, y del coloniaje, la reorganización y racionalización de su modo de vida eliminará, poco a poco, la anormalidad implícita en hipertrofias del tipo de la que actualmente se evidencia en la industria del oro negro; la especialización económica, de giro colonialista, puede haber hecho del petróleo un factor de mucho peso, más su <basicidad> es irracional, y tendría que ser sujeta a nuevas normas”.

Este texto, escrito en 1968, es “clarividente” de la política del Gobierno Bolivariano que busca convertir la explotación petrolera en “una fuente más” de recursos financieros para nuestro desarrollo y no en “la única fuente” que impuso la división internacional del trabajo capitalista bajo la hegemonía imperialista estadounidense y que fue asumida con mentalidad colonial, es decir, como inevitable, por muchos de nuestros políticos y economistas, inclusive de formación marxista.

En otras palabras, este párrafo es un ejercicio de prospectiva política revolucionaria que barruntó lo que ocurriría décadas más tarde con la promulgación de la nueva Ley Orgánica de Hidrocarburos que rescató la soberanía energética y estableció las “nuevas normas” necesarias para racionalizar nuestra industria petrolera y que hoy, 2024, adquiere mucha más vigencia al avanzar la superación del “rentismo petrolero” mediante la creación de una economía nacional productiva, diversificada, como única manera de salir del “colonialismo” que construyó el imperialismo español en nuestro continente durante trecentos años y fue heredado por el imperialismo estadounidense.

Como dijimos, estas líneas sólo quieren ser un abre bocas para quienes estén ávidos no de “otros conocimientos”, sino de “conocimientos otros” que nos den una mirada revolucionaria heterodoxa, no domesticada por el pensamiento colonial que, como demuestra Edgar Gabaldón Márquez en este y en sus otros libros, muchas veces cubre su cuerpo con trajes izquierdistas que al menor descuido, dejan ver su esqueleto eurocéntrico.

Gregorio Pérez Almeida

Dedicatoria primera

A mi padre, el General José R. Gabaldón, en sus 87 años, porque ha sembrado en nosotros la doctrina de Bolívar, antes que nadie, y porque en soledad, más con firmeza y lucidez, defiende, hace siglos, a Nuestra América del caudaloso subyugo que le ha impuesto el imperio más impopular de la tierra.

Dedicatorias

Al recuerdo de Teresa y de Chimiro. To Professor Artine Artinian, fatherly and Virgilian guide through the USA. wistful and gleeful dollar-jungle, and through the apple woods of Annandale on-the Hudson, and its rewarding findings; tutor in French studies, and in the broad ways and views of, and on life. Also, to Bard College, for lodging three unforgettable years of my destiny, and for daring to give me a B.A. degree, sine laude, in the oft frustrated humanities of journalism. A Joaquín, remoto inspirador de estas páginas, en virtud de una dialéctica sutil y tenaz. A Mario Briceño Perozo, hermano de elección, y amigo, desde 1937, por acercarme a la flama de la idea bolivariana, que aún arde, en los corazones de una América irredenta todavía.

Adivinar lo visible con ayuda de lo invisible

Pseudo Hipócrates, Enixios I, 5-24.

*Es vano todo saber que no mensura el sufrimiento humano, y
que del mismo no se compadece*

Doctrinas egipcias.

Nombrar es invocar el existir y el conocer

Idem.

*La existencia es el primer bien; y el segundo es el modo de
existir*

Bolívar, al Gral. Santander, el 28 de junio de 1825.

*Es absurdo e insensato que un pueblo sea gobernado por leyes
hechas a 2.000 leguas de distancia*

Marat, en: El amigo del pueblo, No. 624, 12 de diciembre
de 1791.

*El velo se ha rasgado, ya hemos visto la luz... Esta es la imagen
de nuestra situación: Nosotros somos un pequeño género
humano: poseemos un mundo aparte... Para nosotros la patria
es la América.*

Bolívar.

Prólogo

Nuestro ensayo: Venezuela, su imagen desvelada, surge de la necesidad de estudiar lo que causa una supuesta vocación para someterse al subyugo y al dominio extranjero. Una tarde de tantas, junto al río móvil e irrefrenable, las difusas reflexiones de años y años se constelaron en torno a estas preguntas: ¿Qué somos, en cuanto país? ¿De dónde venimos, y adonde vamos, en cuanto pueblo? ¿Somos, acaso, almas esclavas, que no saben adquirir una libertad propia, rescatando su dignidad de añejas servidumbres? ¿Qué significan las palabras: colonialismo, colonización, colonia, coloniaje? Mucho se nos ha hablado del imperialismo, y casi nada del colonialismo, y su efecto entre nosotros: el coloniaje. Una mirada ajena, de moldura europea, ha trazado para nosotros, a guisa de perfil, esa silueta ambigua y transeúnte que encierra el vocablo: ‘semicolonia’. Hubimos de ascender, entonces, buscando entendernos desde adentro, a las épocas primeras, entre los siglos XVI y XVII, que engendraron nuestra misteriosa y genuina peculiaridad socio-económica. Nos decíamos: Ya Europa ‘descubrió’ este Continente, para extraerle sus riquezas, y por siglos no hemos sabido lo que éramos. ¿No sería posible descubrirnos nosotros mismos, descubriendo nosotros a la Europa colonialista, para comprender por qué seguimos siendo víctimas de una situación de dominio? No es la única vez que esto se ha tratado de lograr.

Obsesionado por liberarnos del imperio español, ya Bolívar quiso hacerse una imagen de la patria nativa, él, que dijo el 12 de noviembre de 1814: “Para nosotros la patria es la América.” Era indispensable ir de la teoría al acto, y afincar la hazaña heroica en sólidos cimientos; así, en la carta del 6 de septiembre de 1815, “a un caballero de esta isla” (Jamaica), Bolívar apunta: “En mi opinión es imposible responder a las preguntas con que Ud. me ha honrado. El mismo barón de Humboldt, con su universalidad de conocimientos teóricos y prácticos, apenas lo haría con exactitud, porque aunque una parte de la estadística y revolución de América es conocida, me atrevo a asegurar que la mayor está cubierta de tinieblas, y, por consecuencia sólo se pueden ofrecer conjeturas más o menos aproximadas, sobre todo en lo relativo a la suerte futura y a los verdaderos proyectos de los americanos.” Y dos párrafos más adelante escribe: “El velo se ha rasgado, ya hemos visto la luz...”

Sin embargo, los pueblos suelen tardar en conocerse a sí mismos; medio siglo luego de la última gran batalla de aquella libertad de América, y en testimonio de que la incertidumbre persiste, el cubano José Martí, del estilo flamígero, en su artículo Nuestra América, del 30 de enero de 1891, anota: “Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano.”

Véase, pues, cómo dos libertadores de Nuestra América, separados entre sí por más de medio siglo, inciden en la necesidad de saber qué somos, de dónde venimos, adonde vamos, en cuanto pueblos y países que rechazan toda esclavitud y dependencia; entre Bolívar y Martí, desde 1840 a 1890, la doctrina marxista hace dar a la humanidad un inmenso salto hacia el descubrimiento de las causas del malestar societario; situados a la vera de esos grandes hombres, hemos querido sugerir una definición de nuestro país, y en algún modo de Nuestra América: la búsqueda estaba en nosotros, y no creímos obligado pedir permiso a nadie para arriesgarnos a sumar nuestro grano pequeño al acervo existente; el lector que tenga prisa en ver de qué se trata saltee estas líneas, y asómese a las páginas finales: Algunas conclusiones, en la que nuestro amigo Pedro Manuel Villazul, a su modo, expresa qué es el coloniaje, y qué perspectivas, teóricas y prácticas, se ofrecen a nuestro país con el horizonte que nosotros avistamos.

Se nos ocurre que es conveniente, en este prólogo, que liguemos la ‘teoría de la colonización’ (a partir de la cual exploramos el tema del coloniaje), con el fenómeno milenario del imperialismo, para que la clave solicitada muestre cómo caen los velos que nos cierran la verdad. La influencia de lecturas poco autónomas en la obra de Lenin ha hecho olvidar que el imperialismo no es sólo aquel imperialismo dilucidado por el maestro de Simbirsk, en su libro: El imperialismo, como la más nueva de las etapas del capitalismo (este título lo hemos traducido directamente del ruso: Imperialism, kak novishii etap Kapitalisma). Nosotros, en Venezuela, y en la América Latina, podemos decir que conocemos, de vista, por lo menos, todos los imperialismos actuantes en el mundo desde que en 1492 fuimos ‘descubiertos’ por un comerciante europeo; el imperio español, y el imperio portugués, e igualmente los imperios inglés, holandés y francés, de la etapa del capitalismo mercantil, nos han tenido entre sus garras; entre 1824 y 1870, los imperialismos delegan nuestro destino en algunas firmas comerciales, y luego el imperialismo financista, exportador de capitales, sujeta otra vez a nuestros países-

Es indudable que hay imperialismos antiguos y modernos: esclavistas, feudales, mercantilistas, financieros; también hubo un capitalismo antiguo, distinto del capitalismo de mediados del siglo XIX. Puede decirse que el imperialismo, en cuanto manera de organizarse los pueblos, ya dominando, ya siendo dominados, fue uno de los caminos seguidos por la humanidad para arribar al conocimiento del globo terrestre. Quien estudia la epopeya de los viajes y exploraciones, se da cuenta de que muchos pueblos se acogieron a la idea de que cada cual era 'el eje del mundo' ("axis mundi", como decían los romanos); en los más primitivos simbolismos se halla lo que algunos arqueólogos de ahora denominan la ley del centro: los hebreos, se velan a si mismos como 'el pueblo elegido de Dios'; los egipcios, databan de inconmensurable vetustez su rango principesco; los chinos, decíanse 'el Imperio del punto céntrico', y su rey: Señor del Cielo y de la Tierra; los aztecas, manejaban tal secreto arcano; los griegos, nos hablan del ónfalos u ombligo del mundo; los tártaros del rey Yenguis (Gengis Khan, en inglés) eran más reyes que otro alguno; hasta el Papa Inocencio, en el siglo XIII, pensaba que tenía en sus manos 'las riendas del imperio terrestre, y las del reino del cielo'. Ignoramos como ha sido, pero nuestro Simón Bolívar, para no ser menos, como buen hijo de Caracas, escribe el 23 de diciembre de 1822 al general Santander: "Nosotros estamos en el centro del universo, y en contacto con todas las naciones. ¿Quién puede decir otro tanto?"

Parécenos que ningún imperialismo europeo, mercantil o financiero, ha sido sólo una práctica. Uno de los ideólogos más notables, en este caso, es Maquiavelo, así como Leroy-Beaulieu es competente tratadista del 'arte de colonizar', Maquiavelo es un 'humanista' del Renacimiento, 1494, siglo XV, un adalid de la burguesía en ascenso, que enlaza el concepto romano de imperium y dominium con el de los modernos: es él quien enseña a la nueva clase de ricos europeos la ciencia del poder, por las buenas y por las malas. Aparece y ejerce su magisterio, precisamente en la época de la expansión europea; una medida de su influjo nos la daría el hecho de que el Cardenal Richelieu, artífice del colonialismo francés, lo siguió a fondo. La doctrina imperialista de Maquiavelo se halla en el Capítulo III, de El príncipe, donde escribe: "Para adquirir estados y conservarlos, hay que hacer dos cosas: Exterminar la dinastía familiar que los gobierne; No cambiarles sus costumbres ni aumentarles los impuestos; esto vale para países vecinos; ahora bien, cuando se trata de países alejados, hay que ir a vivir en ellos, para no perderlos, o sea: enviarles colonias, y situar éstas en lugares estratégicos, que dominen militarmente la región; es preferible

introducir colonias, pues cuestan poco, que mantener ejércitos de invasores, pues cuestan mucho.” Y Maquiavelo afirma: “Los romanos en las provincias de las cuales se apoderaban, pusieron en práctica, con mucho cuidado, este método: enviábanles colonias, y protegían allí a los más débiles, contra los más fuertes, pero sin dejar que nadie se hiciera demasiado poderoso contra los agentes del imperio.” Resulta irónico, visto desde nuestros días, que Maquiavelo, a tiempo que daba normas sobre cómo dominar países y crear imperios, termine su tratado con el capítulo que lleva este lema: Exhortación para liberar a Italia de los bárbaros; en el texto dice, el ilustre florentino: “Nuestra patria infeliz gime... en la espera de un libertador que ponga fin a las devastaciones... Pide al cielo que suscite un príncipe que la emancipe del yugo humillante y odioso de los extranjeros... ¡Es tiempo de que Italia vea romperse sus cadenas! Nuestros pueblos están hartos de la dominación de estos bárbaros” (referíase a los franceses y a los españoles). Descúbrenos Maquiavelo, pues, aquello que nunca hemos sabido ver desnudamente: la doblez que ha regido los actos de la burguesía europea, en el mundo posterior a los reinos feudales; esa burguesía hipócrita, cuyo retrato mítico es el del rey Arturo: aquel personaje legendario, que luchaba por la libertad del país de Galia, y en tal propósito derrotó a sajones y romanos, pero invirtiendo los papeles sometió a los irlandeses, y según la Historia regum Britannie “conquistó todavía a gran parte de Europa”; descubrimos, también, con ayuda de Maquiavelo, por qué una colonia de estirpe capitalista, como los Estados Unidos-USA, apenas emancipada de Inglaterra, ya traza sus planes de hegemonía imperialista, sobre nosotros, antes que sobre más nadie.

Maquiavelo es para ser leído a solas, y no confesar que es el maestro secreto de quienes acceden al poder, ya sean individuos, ya sean naciones burguesas. El Príncipe es el oráculo, no sólo de un Napoleón Bonaparte, o de un Federico de Prusia, sino de muchos hombres de estado que no han escrito ni escriben, como éstos, sobre el maquiavelismo; recuérdese, para entender cómo ha sido Maquiavelo ideólogo eficaz del imperialismo, las líneas de Federico de Prusia, en El Anti-Maquiavelo, prologado por Voltaire el 12 de octubre de 1740: Bien podía decir Maquiavelo, en su tiempo, que es natural que el hombre desee hacer conquistas; La política de Maquiavelo no puede aplicarse sino a la depredación de todo el género humano; Supongamos que este conquistador (el príncipe) somete el mundo entero a su dominación... ¿Un mundo, así sometido, es gobernable?... Es un error de Maquiavelo (justificar a los individuos, metidos a conquistadores)... pero en aquel tiempo la gente pensaba de esa manera... lo que es personal, en su

tratado, es la maldad... nada hay más espantoso que los procedimientos que recomienda para conservar los países conquistados. Este monstruo dice que hay que extinguir la dinastía reinante (en el país ocupado). ¿Pueden leerse tales consejos sin vibrar de indignación y de horror? Eso es abrirle al interés el camino de todas las violencias y de todos los crímenes... Es aprobar el asesinato, la traición y todo lo que hay de más abominable en el universo.

Dicen que Federico de Prusia, que escribiera muy joven su Anti-Maquiavelo, después se adhirió a las reglas que tan fuertemente censurara; no nos interesa tanto lo que respecta a la persona del astuto príncipe germano, como la prueba de que Maquiavelo ha sido uno de los ideólogos del imperialismo capitalista europeo. Liberar a pueblos y países, sin duda, ha tenido que ser empresa constante en los siglos, ya por la explotación del hombre por el hombre, norma de toda sociedad basada en el afán de lucro, como por la explotación de unos países por otros; nada más lógico, entonces, que nuestros mayores y nuestros jóvenes recapaciten sobre ello, y procuren cambiar los fundamentos de una conducta privada de signos éticos de genuino humanismo, y cumplir el deber más sacro que cada tiempo le asigna a sus mentes más íncultas; la realidad del Coloniaje, que postulamos, puede afectar las perspectivas y enfoques usuales hoy día, entre nosotros. Las ideas, sin las cuales es imposible actuar, tienen una historia, un proceso de apariciones y ocultamientos, según las profundas leyes que deciden la suerte del género humano y sus normas de vida.

Indiquemos, muy de paso, el interés que tiene examinar las ideas de ayer, y las de nuestro tiempo, con el objeto de que se aprecie cómo es dable jugarlas cual cartas decisivas que una y otra vez caen al azar, y construyen o destruyen los planes. El legado ideológico de nuestros libertadores del siglo XIX continúa siendo una tarea abierta ante el pueblo; más favorables unas, a la posibilidad entrevista; menos solventes, las otras, el hecho es que todas juntas merecen análisis y repensamiento. O sea: disponemos de una herencia ambigua, como lo es toda empresa de cultura y de libertad, y hay que deslindar y esclarecer, lo vigente para nosotros y lo que soñamos. Una ideología iluminó a Bolívar, y a los otros libertadores; una ideología puede ilustrarnos a nosotros; pero las ideologías se fraguan en el fuego de lo real, y allí se da la coyuntura decisiva. Bolívar, aunque se finja, en algunos sectores, el olvido de esta verdad, tuvo sus maestros y los honró; en carta del 20 de mayo de 1825 le comunica al general Santander: Yo he estudiado a Locke, Condillac, Buffon, d'Alembert, Helvetius, Rousseau, Montesquieu,

Voltaire, y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas, y todos los clásicos modernos de la España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses. Y los estudió, ya se sabe, en libros prohibidos por las autoridades españolas, y que entraban de contrabando a las ciudades del coloniaje.

Que cada cual juzgue, en los ejemplos que vamos a dar, lo seminal o lo infructuoso de esta o aquella idea; muévenos, al seleccionar nuestros ejemplos, el deseo de subrayar el paralelismo de las circunstancias. El patriota argentino Bernardo Monteagudo, en enero de 1825, escribió: La revolución del mundo americano ha sido el desarrollo de las ideas del siglo XVIII y nuestro triunfo no es sino el eco de los rayos que han caído sobre los tronos que desde la Europa dominaban el resto de la tierra. La independencia que hemos adquirido es un acontecimiento que, cambiando nuestro modo de ser y de existir en el universo, cancela todas las obligaciones que nos había dictado el espíritu del siglo XV y nos señala las nuevas relaciones en que vamos a entrar; La independencia es el primer interés del Nuevo Mundo. Sacudir el yugo de la España, borrar hasta los vestigios de su dominación y no admitir otra alguna; El segundo interés eminentemente nacional de nuestras nuevas repúblicas es la paz.

Notas nuestras: La América en coloniaje siempre ha importado de Europa sus ideas, ayer las de la burguesía francesa e inglesa, revolucionaria; hoy, las doctrinas marxistas, proletarias, que buscan llevar más lejos la antorcha del saber aplicado a una mejoría amplísima del existir humano; el análisis de Monteagudo retiene alguna validez; borrar los vestigios del dominio imperial, no admitir ninguna otra dominación, cambiar nuestro modo de ser en la tierra: un programa por realizar todavía; cuando nos habla de ‘interés nacional’ alude a una fórmula vieja ya de un siglo y medio, que pareciera una imitación estéril de un lenguaje europeo para la cual la realidad nuestra no habría aportado aún un fundamento. Y en cuanto a ‘la revolución del mundo americano’, sábase cuán discutido es el vocablo eje de esa frase; desde el ángulo del coloniaje, diríamos que sólo hubo movimiento astronómico de figuras, en el mapa de nuestro cielo, pero que, en esencia, las cosas quedaron en el coloniaje originador.

Las ideas de Bolívar son una mezcla de conjeturas, utopías visionarias y observaciones realistas; por eso nos atraen y nos hacen ver que ellas son parte de un proceso de inmensa pereza gestativa. Tomemos ésta, dejemos la otra, siempre habrá que referirse a ellas para entrar con pie

firme en la tarea de nuestro tiempo. Agrupemos las que nos parecen, para nuestro libro, más excitantes y translúcidas:

1. Esta es la imagen de nuestra situación. Nosotros somos un pequeño género humano: poseemos un mundo aparte; cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. 2. Al separarse Venezuela de la Nación Española, ha recobrado su independencia, su libertad, su igualdad, su soberanía nacional. 3. Nosotros por mucho tiempo no podemos ser otra cosa que un pueblo agricultor, y un pueblo agricultor capaz de suministrar las materias más preciosas a los mercados de Europa; 4. Y nos presentaremos después entre las naciones civilizadas y fuertes. 5. Yo considero el estado actual de la América como cuando, desplomado el Imperio Romano, cada desmembración formó un sistema político. 6. Nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles. 7. Para formar un gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional.

He aquí otras: 8. Nosotros... divisamos a la América formando el imperio más poderoso de la tierra. 9. Y formar de la América en pocos años otra Europa. 10. El nuevo mundo se constituiría en naciones independientes. 11. Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo. 12. Mientras tanto, creceremos, nos fortificaremos y seremos verdaderamente naciones... y las relaciones que podamos tener con otras naciones europeas nos pondrán fuera del alcance de tutores y aliados. 13. Y los Estados Unidos que parecen destinados por la Providencia para plagar a la América de miserias a nombre de la libertad.

Notas nuestras: La imagen crea algo real; si la imagen no es la más exacta, lo real no será lo más perfecto; el Bolívar modesto y sincero, que dice: Me atrevo a aventurar algunas conjeturas, que, desde luego, caracterizo de arbitrarias, dictadas por un deseo racional y no por un raciocinio probable, es el que nos alienta a respetar el alcance de sus palabras, poniéndolas de nuevo a orear; la imaginación bolivariana se inspiraba en modelos inalcanzables, como el de la realidad burguesa europea, y de ahí el empleo del concepto de lo nacional, y el sueño de "formar de la América en pocos años otra Europa". El pensamiento de Bolívar, sin embargo, no podrá nunca ser juzgado con absoluta precisión, porque fue el de un guerrero y un gobernante en época

tumultuosa; sólo nos queda meditar, a fondo, la llama fina que lo hace durar, y contrastarlo con las ideas de nuestro tiempo. El Libertador, una vez, el 28 de junio de 1825, escribe estas líneas sobre el Perú de los aborígenes: Este país, en sus creaciones, no ha conocido modelos; en sus doctrinas, no ha conocido ejemplos ni maestros, de suerte que todo es original y todo puro como las inspiraciones que vienen de lo alto. ¿Qué nos sugieren estas palabras? Que en Bolívar hubo un trabajo ideológico, un estudio de la realidad, y una búsqueda digna de haber hallado al fin el rostro fiel de la evasiva presencia del “enigma hispanoamericano”.

Fáltanos referirnos al contenido de nuestro libro; no lo haremos, por creer que el esquema que lo sintetiza, en el Índice, permite una ojeada eficaz a lo que con la mejor buena voluntad del mundo hemos querido presentar a la opinión de nuestra patria primera: Venezuela, y de nuestra patria grande: toda la América Ancestral. (París, 3-viii-1968).

Nota sobre el título: Venezuela, su imagen desvelada.

No es el estar sin sueño y en vela; es el estar ante lo real, sin velos, A mi oído torpe, sin embargo, no le suena bien la voz: develar (homófona de: debelar). Venezuela, para mí como una Isis sin velos, es una imagen dolorosamente desvelada, no sólo insomne e inquieta, asediada por cegadores relámpagos, sino también país ya sin misterio sobre su modo de ser, y su razón de andar, y con un pueblo abogado a un heroico destino. Es inevitable esta vacilante ambigüedad.

Primera parte

1. La ‘teoría de la colonización’ (Leroy-Beaulieu)

Venezuela se engaña a sí misma, desde hace mucho tiempo, cuando en el membrete de sus papeles de gobierno dice: Años 100 y tanto de la independencia, a partir de 1810. Es una cuenta mal sacada, y no porque carezcamos de quienes sepan la aritmética, sino porque sobran en nuestro país quienes trafican con ilusiones e ideologías. Las clases privilegiadas no en vano son dueñas del país, y aliadas de un imperio extraño; han creado una mitología para “vivir del cuento”, y de aquellas cuentas que sí saben sacar muy bien: las del lucro. El engaño más astuto en que nos tienen es el de que Venezuela es ‘una nación soberana’, que se “liberó de España en la segunda década del siglo XIX”; la verdad es que desde 1850, más o menos, pasamos a poder de otros explotadores de nuestras riquezas, cada vez más mediatizados, bajo un sistema ya no directo como el hispano que nos creara, y que algunos cegatos han querido llamar ‘el imperio invisible’, porque nos deja la apariencia de una plena autonomía, a la vez que nos somete a un control efectivo en virtud del fenómeno del coloniaje, que es el que caracteriza a Venezuela en su profunda e histórica naturaleza.

Si lográramos hacer un poco de luz en esta “noche oscura”, de la indefinición conceptual en la cual vivimos, veríamos las cosas de otro modo; entenderíamos mejor porqué Venezuela, país reducido a la coyunda económica y de otras formas, por el imperialismo, no podrá conquistar una verdadera independencia: ejercicio auténtico de una soberanía plena, sino cuando expulse por la fuerza de las armas a quien hoy la domina (en el fondo, gracias a tal fuerza), como ya una vez lo hizo, entre 1810 y 1821, en aquella primera etapa de liberación, tan largamente inconclusa y esterilizada por el malinchismo a que se habituaron las clases hartas de nuestro país; y este es el más prístino sentido del recuerdo de Bolívar, cuya obra quedó desbaratada por inevitables caudillismos, a pesar de los magníficos triunfos militares sobre los ejércitos de Fernando VII.

Queremos intentar una demostración del coloniaje que sufre Venezuela, y que es su carácter específico en cuanto sociedad nueva, inventada por los españoles a base de modelos que no contemplaban un orden de cosas en el cual se integrasen unos pueblos colonizados y unos

re-pobladores colonizantes. Para ello, es preciso rechazar la imagen mítica que todos poseemos hoy de nuestro país, desprendernos de muchas ideas viejas y falsas, apagar las lámparas de la brujería malinche, demoler las ficciones que obnubilan nuestra mirada hacia la presente realidad venezolana. Es urgente que pongamos el coloniaje a la vista de quien nos lea, para que se aprecie cómo el ambiente societario en que transcurre la humillada existencia de las mayorías venezolanas no puede definirse, cual viene haciéndose largos años ha, como si fuese el de las 'naciones occidentales'. Que se descubra cómo somos algo distinto; la vida económica, jurídica y política de Roma tiene aspectos engañosamente similares a la del capitalismo post-siglo XV, y sin embargo, se trata de formaciones sociales que específicamente difieren en puntos-clave; eso mismo suponemos que es el caso del género de vida instituido por los colonizadores españoles o portugueses en las regiones de América que dominaron hasta 1824, al que denominamos coloniaje. Habrá que insistir, desde luego, en que nunca fuimos 'naciones', al modo europeo, sino que tomamos en préstamo, a fin de establecer normas reguladoras, algunos matices de la estructura feudal-mercantilista que nos engendrara, en virtud de la ductilidad de esos modelos, y así aplicamos la figura de 'lo nacional', para constituirnos en gobierno, y canalizar un cierto orden civilizado dentro de pautas beneficiosas para la indispensable solidez de toda estructura creada por la actividad productiva humana.

Por ser este trabajo apenas un ensayo, no creemos necesario trazar una síntesis de los modelos históricos que, tras de dos milenios de experiencia, permitieron a Europa arribar al enunciado de doctrinas justificadoras, en el siglo XIX, del impulso colonialista; de lo que en tal sentido se elaboró hace unos cien años elegimos unas muestras, cuyo interés es el de hacer comprender el fenómeno originador de lo que actualmente somos. Conocióse y expúsose, en aquel tiempo, 'la teoría de la colonización'. El historiador de las ideas observará que en las naciones imperiales, entre 1870 y 1900, se recrudece el colonialismo europeo, y lógicamente se pone de moda una actividad ideologizante; el positivismo, corriente filosófica burguesa, que fue estimulada frente a la amenaza de las ideas de Marx y Engels, reformula una serie de principios que sirven de respaldo ideológico a las clases privilegiadas y a sus regímenes; en ese contexto, pues, 'la teoría de la colonización', apenas esbozada a principios de siglo (y en *El príncipe*, de Maquiavelo, y en los escritos de Francis Bacon (1561-1626), y en los historiadores romanos y griegos), se desarrolla vigorosamente.

A nosotros no nos llegó 'la teoría de la colonización', pero sí nos llegó el positivismo; dicha corriente filosófica reforzó en Venezuela una imagen de la realidad ya dibujada, pues el proceso emancipatorio frente al dominio español se hizo con modelo en la revolución francesa de fines del siglo XVIII, y en el constitucionalismo de los Estados Unidos; los positivistas hicieron una sociología y una historiografía calcadas en el proceso de las naciones europeas, engañados por muchas apariencias, y nos acostumbraron a creer que Venezuela 'es una nación' por el estilo de las occidentales; descuidamos, por esa causa, el examen de la verdadera naturaleza de la vida social instituida entre nosotros por los españoles, embrujados como estábamos por ideologías realmente 'exóticas' y ajenas a lo profundamente nuestro; el coloniaje se tornó invisible. Venezuela fue dotada de una 'historia en tres o cuatro tiempos': conquista, colonia, independencia, república, y dos personajes mayores: Bolívar, el genuino héroe; Páez, el anti-héroe (o el héroe de la guerra, nada más), y uno grotesco: el de la época del entreguismo: Juan Vicente Gómez, el iniciador de la definitiva sumisión de nuestro país al dominio de una nación imperialista.

No es sorprendente, vistas así las cosas, que todavía nos ignoremos a nosotros mismos, en lo que realmente somos; tampoco los primeros conatos de asimilación de otro conjunto de doctrinas, también de procedencia europea, como el marxismo-leninismo, pudo alumbrarnos, más a tiempo de lo que tanta falta hace, la caracterización de Venezuela, de manera satisfactoria. Nuestros primeros marxistas han hecho la misma cosa que los ideólogos de las clases privilegiadas: tratar de 'calcar el mapa', y eso que poseían y poseen mejores instrumentos técnicos que los seguidores del positivismo; si aquellos trabajaban con lápiz afilado, éstos han podido hacerlo con un estupendo pantógrafo. ¿Qué papel le corresponde a la teoría de la colonización en el esfuerzo por rasgar las cataratas que ciegan hoy nuestros ojos? Ya lo vamos a decir. En el siglo XIX, sobre todo a fines de esos cien años, más se estudian la colonización y el colonialismo que ninguna otra de las resultantes de ese tipo de actividad; más se estudia la causa: el colonialismo, que el efecto: el coloniaje (si hablamos de Nuestra América); la 'teoría de la colonización', que a Carlos Marx le pasó por los ojos en algún aspecto que no es el que a nosotros nos hubiera sido más provechoso, tiene por objeto estimular, justificar, dirigir y perfeccionar la empresa colonizadora europea en el mundo.

Del vasto acervo de escritos que encubren o descubren el colonialismo y el coloniaje, bajo el mote de 'teoría de la colonización',

podemos retener algunos, sólo para evidenciar lo que nos interesa. El primero es: *De la colonisation chez les peuples modernes* (De la colonización entre los pueblos modernos), obra coronada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, y publicada por Guillaumin et Cie., en 1874. Como de costumbre, para los franceses, en cuanto tema de moda, la defensa teórica del colonialismo suscita impresos de toda laya: artículos de diarios y revistas, folletos, libros; y es que en la séptima década del siglo XIX Europa echa un tremendo pugido imperial, y castiga aún más que antes (entre 1492 y 1869) al resto del mundo con su férula explotadora; hasta Alemania e Italia buscan colonias, y las ‘conquistán’ en África; el colonialismo apasiona, se multiplican compañías inversoras de capital en esos países que la literatura y el arte romántico fingieron tener como exóticos (para que a franceses, ingleses, italianos, alemanes, etcétera, no les doliese, por solidaridad, el absurdo vejamen a que los iban a someter); no era dable, lógicamente, que persona alguna en Europa quisiese adivinar qué efecto causaba su avasallamiento de los pueblos subyugados, y descubrir el coloniaje. Nuestros intelectuales, dóciles espejos, tampoco se encontraban dispuestos a descubrirse tal como eran.

En el libro aludido, Pedro Pablo Leroy-Beaulieu (1843-1912), maneja una técnica de ‘generalizaciones’ que se practica en Europa, y sobre todo en Francia, desde que Descartes instituyó sus “reglas para la dirección del espíritu” (1628-1629); nuestro hábil parisien, en este sentido, empieza su escrito declarando que Adán, ‘el primer hombre’ ya era un colonizador; traslada el concepto griego y romano de la ‘colonización’ a los tiempos modernos, mientras lo eleva al rango de hecho biológico (de acuerdo con el biologismo que la filosofía positiva le quiso imponer a la sociología, desdeñando el materialismo histórico de Marx y Engels). Pretende, así, ennoblecer el colonialismo, legalizarlo, justificarlo y consagrarlo como una actividad propia del género humano en todos los tiempos (Dios, en tal guisa, sería el creador del colonialismo, pues es Él quien puebla la Tierra con el *Homo sapiens* y la ‘*Femina ignorans*’, en el jardín de los dos grandes ríos: Adén o Edén, según los hebraístas o los arabistas).

Leroy-Beaulieu quiere hacernos creer que ‘la colonización’ es una de aquellas ideas eternas que Marx y Engels rechazaron en la primera mitad del siglo XIX. La postura ideologizante de Leroy-Beaulieu supone que “la colonización es una de las funciones más elevadas de toda sociedad que llega a un alto grado de civilización”, y “una sociedad coloniza cuando ha alcanzado el más alto grado de madurez y de

fuerza”, y “cuando puede proteger una sociedad nueva, surgida de sus entrañas” (nota nuestra: ¡Qué raro, pues, que hoy se pueda hablar de “colonizar” en la Luna!); en lenguaje positivista, Leroy-Beaulieu dice: La colonización es uno de los fenómenos más complejos de la filosofía social. (Olvida el autor que la emigración forzosa desde el campo a la ciudad, y desde unos países europeos a otros, no se debe a lo ‘natural’ que fuese colonizar, o sea: invadir las tierras de otros (los ‘bárbaros’, como decían a los griegos), amén de las regiones no pobladas, sino a las inaceptables anomalías que frustran el esfuerzo humano en el seno de todo conjunto societario regido por el afán de lucro (esclavitud, feudalismo, capitalismo), dándole a unos tan mala vida que prefieren el exilio de la patria chica y probar en otra parte a ver si tienen mejor suerte, y dándole a otros el señuelo de la ganancia: cueste lo que cueste, disparadero de históricas violencias, que les movió a innúmeras guerras de conquista.

En 1967 nos parece increíble que se hubiese podido teorizar en pro del colonialismo, al modo de Leroy-Beaulieu, después de Marat (1743-1793) y de Marx (1818-1883), pero es porque pasamos por alto que la actividad ideológica es paralela al régimen clasista, y tiene por objeto retener y difundir una hegemonía minoritaria, y domesticar, engañándolos, a quienes padecen la servidumbre. Leroy-Beaulieu habla de ‘la sociedad adulta’ y de ‘la sociedad infantil’, de que entre ellas hay ‘una dependencia mutua’, ‘una reciprocidad de servicios’, ‘una continuidad de vínculos’, y que esto es ‘lo que se ha convenido en llamar colonización’. A Leroy-Beaulieu le parece que ‘la colonización es un arte que se forma en la escuela de la experiencia’; y lo dice con un aire de alegre y clásico desenfado; sin embargo, en otro párrafo de su libro hay esta frase: “Al principio las metrópolis sólo tenían en cuenta su propio interés”; y esto lo apunta con un sentido, el de corregir unos métodos que cree ineficaces y remplazarlos con otros mejores; en 1874, es claro, Leroy-Beaulieu tiene presente dos guerras de liberación anticolonial, la de Estados Unidos y la de la América española, y por eso escribe: “Gracias al progreso de las ideas morales y políticas, y a una concepción más justa del interés de las partes se vino a reconocer el derecho natural de una sociedad a ser igual a otra.”

¿Dónde está la lógica de Leroy-Beaulieu en este caso? En ninguna parte; de lo que se trata es de justificar una nueva ola de colonialismo europeo, que suscita la reformulación de doctrinas amañadas para justificar la realidad imperialista tradicional, y la que entonces cobra ímpetu. El capitalismo europeo, entre 1860 y 1880, ha dejado de ser sólo

mercantilista, y se ha convertido en predominantemente financiero, o sea: ha pasado a una etapa distinta, más compleja, para la cual requiere otras formas de poder, que ya no implican la abierta violencia militar conquistadora, sino un estilo de subyugo que nos es bastante familiar en el siglo XX. El nuevo imperialismo (que sólo para Lenin es el imperialismo por antonomasia) invierte sus capitales en los países primitivos y atrasados, o en los menos avanzados de la misma Europa. Leroy-Beaulieu se incorpora, brillantemente, al grupo de teóricos que justifican el fenómeno, y por eso escribe: “Los pueblos colonizadores, después de tres siglos de pruebas aprendieron a colonizar mejor, y a ser maestros del arte de colonizar.” Nota nuestra: ¡De manera que Leroy-Beaulieu pensaba, en 1874, que el colonialismo era una ‘idea eterna’, porque Adán dizque fue el primer colonizador que hubo en la Tierra! Leído en nuestro tiempo, este autor es difícil de aceptar, y uno no quisiera convencerse de que es cierto que tales cosas se han dicho, pues ahora la opinión general reconoce que después de la Segunda Guerra Mundial irrumpe el llamado fin de ‘los imperios coloniales’, la era de ‘la descolonización’. Es explicable, sin embargo, en la historia de las ideas, mucho de lo que en alguna época posterior, al mirar hacia atrás, pueda parecer absurdo; Leroy-Beaulieu se inserta en una milenaria línea de ideología imperialista; y tan verdad es esto que él mismo recuerda una frase significativa de Francis Bacon, el ensayista y canciller, del siglo de Shakespeare y Cervantes, glorificador del colonialismo: “La colonización se halla entre las obras eminentes y heroicas de la antigüedad.” De ahí que Leroy-Beaulieu pueda expresar: “El objeto de mi obra es el de fijar los principios administrativos, económicos y políticos que deben regir la creación y el desarrollo de las colonias.”

Hoy está de moda ‘el desarrollo’; pero ya Leroy-Beaulieu, en 1874, habla de ‘desarrollo de las colonias’; así es que hay desarrollos para todos los fines. El ideologismo colonizador de Leroy-Beaulieu le hace declarar: “Desde el punto de vista moral debemos enfocar el trato que debe darse a las razas inferiores, la estimación justa de sus derechos, y el modo de llevarlas a que se civilicen.” Nota nuestra: He aquí el positivismo en plena fuerza: se habla de ‘razas inferiores’, y de lo que otros llamaron ‘la carga del hombre blanco’: la de civilizar a los pueblos ‘bárbaros y salvajes’ del mundo. Es curioso, por lo que respecta a la ideología positivista, que guiaba esta tarea ideológica, constatar la influencia que tuvieron entre nosotros, hasta el punto de que nuestro máximo novelista, descendiente de africanos, Rómulo Gallegos, todavía entre 1915 y 1930, época de su creación de Doña Bárbara, aceptase el racismo europeo y hablase, en las primeras páginas de su magnífica

novela de que El Brujeador, por lo achinado de su rostro, fuese ‘una semilla tártara’, de ‘alguna raza inferior, caída en América quién sabe cuándo ni cómo’ (citamos con imperfecta memoria).

Hasta un niño es capaz de ver, en 1967, que ‘la teoría de la colonización’ no fue otra cosa que ideologismo de abogados defensores de una práctica parasitaria, la del capitalismo; habiéndose desarrollado hasta cierto punto, en su tiempo, la ciencia de la sociología, en el contexto del positivismo, Leroy-Beaulieu trata de revestir a sus doctrinas colonistas con el traje de un saber legítimo, y acude al concepto de ‘emigración’, que usa en el sentido principalmente etimológico (del latín *migratio*: el que va de una parte a otra, para residir en ella), y así teoriza: La emigración es un fenómeno general: emigran los seres humanos, emigran los animales, emigran las plantas, y por consiguiente existe el comercio, y en particular el ‘comercio colonial’ (¡este es un verdadero “conejo” que sale del “sombrero” ideologista de Leroy-Beaulieu!); y de ahí también que exista ‘la migración de capitales’, cuyo traslado desde ‘la madre patria’ a los lugares donde puede haber lucro es un proceso muy tentador para las clases privilegiadas, tanto del ambiente que las lanza a la cacería de riquezas en tierra extraña como del otro ambiente, el que las recibe, donde los privilegiados aborígenes se convierten en aliados y partícipes del sistema que resulta de semejante ‘migración’. Por eso Leroy-Beaulieu afirma: “La emigración es un hecho generador de colonización; la emigración es el hecho más conforme a la naturaleza humana y uno de los más permanentes”; y añade: “La emigración es un instinto” (nota nuestra: los ideólogos que emplearon la corriente positivista creyeron que ‘el instinto’ era una ‘fuerza ciega’ que existía en los hombres como un microbio, ‘fuerza’ capaz por su cuenta de saber lo que era adecuado en la presunta ‘lucha por la vida’).

En su libro, a pesar de todo, Leroy-Beaulieu deja escapar dichos y hechos que leídos 90 años después ayudan a dilucidar lo artificioso y acomodaticio del teorismo que los prohijara. En efecto, Leroy-Beaulieu recuerda que el famoso Bacón sugirió a la corona británica que colonizase a Irlanda, repoblándola con emigrados de Escocia, pues así ésta ‘saldría de los elementos sediciosos’ que alteraban la paz del reino; y confiesa Leroy-Beaulieu el secreto del más reciente colonialismo, el que usufructúa el coloniaje en Nuestra América, al decir: “Felicitémonos de esta exportación de capitales, que no se pierden, sino que se multiplican en las colonias”; Leroy-Beaulieu, para dárseles de científico genuino, de ‘sociólogo de la colonización’, intenta clasificar las colonias

así: colonias sistemáticas, hijas del plan; colonias no sistemáticas, hijas del azar; colonias de comercio, colonias agrícolas, colonias de plantación; las de comercio, son las factorías; las agrícolas, se imponen en 'países vacíos', o 'poco poblados'; las de plantación, surgen en países donde se siembra café, cacao, caña de azúcar. Desde el punto de vista del 'arte de colonizar', Leroy-Beaulieu dice: "Todo país que desee colonizar debe preguntarse antes: ¿qué clase de colonia me conviene? pues las clases de colonias no se dan en estado puro y habrá que saber mezclar unos y otros rasgos para extraer de cada una la máxima riqueza."

En el último capítulo de su obra, Leroy-Beaulieu aborda lo que es esencial: cómo se avanza en la tarea de multiplicar las riquezas extraídas de una colonia; qué régimen de impuestos es más acertado en una colonia, para que se desarrolle en cuanto colonia (nota nuestra: obsérvese la noción de 'desarrollo', subordinado como actualmente, a la dependencia económica de un país imperialista), y cómo deben ser gobernadas, políticamente, las colonias. Un lector de nuestro tiempo tiene derecho a que se le presenten estos ejemplos de ideología colonialista, tal como lo hacemos; la historia de las ideas, que suele interesarse más por las ideas filosóficas, o políticas, o económicas, o estéticas, descuidando el pseudo-teoricismo destinado a justificar la hegemonía europea sobre el resto del mundo, mira estas fórmulas del pasado al trasluz, captándoles el disimulo, y exponiéndolas en su desnuda y macabra sencillez, como razones torvas y aviesas que justificasen una práctica de violencia y expolio, que si ayer fue inevitable hoy, en sus residuos y rezagos, se ha tornado innecesaria.

Conviene recordar que los imperialistas anglo-sajones se apropiaron el Libro Sacro de los descendientes de Moisés y Jacob, para actuar en el mundo como 'elegidos de Dios', y que de las literaturas griega y latina extrajeron la enseñanza colonizadora para instaurar 'el reino eterno de la burguesía' inglesa (y lo mismo, naturalmente, tenían que haber hecho los imperialistas yanquis, herederos del estilo de vida británico y viejo-europeo); y conviene no olvidar que es Maquiavelo el maestro supremo del moderno imperialismo, con sus reglas y astucias para triunfar en toda colonización, derivadas, hábilmente, de un lúcido aprovechamiento de las ideas de la antigüedad; y conviene tener presente que esa bandera fue puesta muy en alto por Napoleón Bonaparte, y que, hacia nuestra época es Nietzsche quien la recoge y enarbola, pasándosela a Hitler y Mussolini, en cuanto estos así lo proclaman, y a la mayoría de los titulares del poder, en Europa, aunque eviten profesarlo en la calle.

La 'teoría de la colonización', que hoy puede parecemos una pieza de

museo; sólo pone en evidencia que las clases privilegiadas jamás descuidan la tarea ideológica, y que a medida que su situación histórica se angosta en forma más peligrosa afilan y aceran sus instrumentos de examen y análisis, para lanzar al ruedo, airosamente, doctrinas amañadas, 'ismos' confusionarios, innúmeras formulaciones que, presentadas como legítima filosofía y ciencia, no tienen más verdadero propósito, en el fondo, que el de impedir la marcha de los procesos históricos, retardándolos, y mientras eso ocurre, vencer por breves años, la insurgencia de las clases desheredadas; el marxismo de nuestro tiempo, por consiguiente, ha hecho mal en desentenderse de modas como la 'teoría de la colonización', de cuyo escrutinio severo y riguroso podría resultar que obtuviésemos, algún día, ciertas claves que tanto se necesitan para impulsar y estimular las luchas actuales por la liberación de los pueblos aún sometidos a extranjero dominio en todos los sitios del planeta. (10-v-1967/24-ii-1968/13-15-v-1968).

2. La 'teoría de la colonización' (Maldonado Macanaz)

En 1875, la Imprenta de M. Bello, en Madrid, publica la segunda tirada de: *Arte de la colonización*, del español Joaquín Maldonado Macanaz, el coloniímano de un imperio que ya vio “ponerse el sol”; en su tiempo a España le queda un mínimo de posesiones territoriales: Cuba, Puerto Rico, las Filipinas, y algunos trozos en África; desde 1898, perdidas dichas ínsulas, pasa a no tener más que las Canarias y franjas costeras en el continente negro. Sin embargo, se asombra uno de leer la obra de Maldonado Macanaz, tan similar a la de Leroy-Beaulieu; es claro que el experto colonialista español no iba a ser utilizado por sus compatriotas, sino por los sucesores del imperio, los nuevos amos de Nuestra América, los capitalistas norteamericanos. Para el trabajo demostrativo que intentamos, es más aleccionante aún Maldonado Macanaz que Leroy-Beaulieu, pues tiene más datos históricos sobre la teorización colonialista; en sus páginas se mencionan los expositores ingleses de doctrinas imperiales: Adam Smith, Ricardo, Sénior, Stuart Mill, Mc Culloch, Brougham, E.G. Wakefield, Torrens y Merivale; de manera que si nos pusiésemos a elaborar una síntesis de los escritos de tantos peritos en colonialismo obtendríamos una admirable trastienda ideológica, que los historiógrafos de América Latina están obligados, digámoslo así, a examinar y divulgar, con el designio pedagógico de que nuestros dirigentes políticos paguen a Europa el descubrimiento que ‘hizo’ de estas tierras, descubriéndole las motivaciones expoliadoras que la guiaron en sus ‘viajes de exploración’; del mutuo descubrimiento, no lo dudamos, resultaría una claridad definitiva sobre qué somos en cuanto pueblo, y cuál es, en suma, nuestro más verdadero y legítimo destino.

Que Maldonado Macanaz en 1875 no es ningún inocente ángel de las ideas nos los hace ver él mismo, cuando observa que ‘la organización social’ (o sea: el sistema económico de su nación, en parte feudalista, en parte capitalista) está ‘amenazada por los reformadores socialistas’ (con estas cinco palabras alude, soslayándolos, a Marx y Engels, entre otros); Maldonado Macanaz expresa que a la economía política, como disciplina de las universidades, mirándola en cuanto ciencia, le toca asumir ‘la defensa de la organización social’ (he aquí una generalización típica, producto del egocentrismo burgués; en su sentido, el socialismo no provee un orden societario, y eso precisamente cuando Marx y Engels

enseñan que el capitalismo es un modo de vida limitado a establecer ventajas y privilegios para las minorías, que ha sido progresista en un período de la historia humana y que finalmente se ha convertido en un desorden que se mantiene por la fuerza y la violencia); Maldonado Macanaz no escribe en defensa del género humano, sino de las clases ricas y oligarcas, por eso piensa que ‘no basta la economía política para darle un fundamento teórico a la colonización’, sino que hay que acudir, además, a la geografía, a la etnografía, al derecho, a la moral, de acuerdo con los supuestos que traduce del libro de J. Duval: *Les colonies et la politique coloniale de la France*, impreso en París, en 1864. El coloniólogo hispano no olvida, entre otros informes útiles que incorpora a su escrito, el papel de las iglesias europeas, católicas y protestantes, en el desarrollo del colonialismo europeo, cuando dice: Por lo que hace a la influencia religiosa para iniciar la civilización en las razas indígenas; (Nota nuestra: aun cuando se reconozca un porcentaje de acción humanitaria, a las misiones y a las iglesias, en el proceso de la hegemonía colonialista europea sobre el resto del mundo, nos interesa señalar el hecho de que el llamado gobierno eclesiástico, transvasado a las colonias, junto con el gobierno económico y político, y militar, fue un instrumento de dominio; no vale la pena acusar, ni defender, en este caso, sino intuir la verdad de que nunca ha habido dos sociedades, una ‘ciudad de Dios’ y una ‘ciudad del hombre’, sino una sola sociedad hábilmente amalgamada, y que si en la metrópoli daba lugar a la existencia de clases sociales dominadas unas por otras, en las colonias el proceso social se repetía y aumentaba: sociedad de clases desiguales, opresoras y oprimidas; nuevo conjunto societario oprimido por un factor externo y lejano). De modo que Maldonado Macanaz, de manera curiosa, viene a redactar un manual sobre ‘el arte de colonizar’, cuando ya España ha perdido su imperio, y cuando tiene a su haber el admirable invento de esa sociedad en coloniaje, que es la que ha existido, sin duda, en Nuestra América desde el siglo XVI. A título de paradoja amena, repitamos este dicho de Maldonado Macanaz; de la política, en cuanto ciencia, dice que tiene a su cargo ‘el desarrollo de la democracia en las sociedades nuevas’; ¡cómo es de iluso este pseudo-Quijote del colonialismo!

Quienes lean a Leroy-Beaulieu y a Maldonado Macanaz se verán tentados a imaginarse que el segundo plagia al primero, pero tal vez no haya semejante cosa; puede que se trate, más bien, de la fuerza intrínseca de las ideas, que las hace brotar dondequiera que cumplen una función al servicio de x-intereses, y que las inserta en esa terrible máquina que es la moda; el caso es que E.G. Wakefield, con su libro: A

View of the Art of Colonization, de 1849, publicado en Londres por J.W. Parker, con 515 páginas, se anticipa en un cuarto de siglo a nuestros dos coloniólogos; es Wakefield uno de los primeros en hablar de ‘colonización sistemática’, metódica y planificada, la cual superaría a la colonización burocrática, pasiva, establecida por Lord Grey; hay que precaverse, pues, del deseo de zaherir a estos ideólogos con el adjetivo de “plagiario”, ya que así no nos fijaríamos en que Maldonado Macanaz, por ejemplo, en 1875 se opone al concepto del abate de Pradt (del siglo XVIII), maestro de Simón Bolívar y demás libertadores de América, casi un siglo atrás, quien sostuvo que el destino lógico de una colonia es emanciparse; el coloniólogo español, víctima de agudo trasnocho, aun cuando el imperio íbero dejó de existir en Nuestra América en 1824, predica en el tercer escalón del siglo XIX que ‘las colonias deben asimilarse a la madre patria’.

Nuestro ensayo de demostración del coloniaje que distingue a Venezuela como país de otro tipo que las patrias europeas tiene una razón muy clara en este viaje a las fuentes de una actitud que hoy yace disfrazada en el substrato de principios que se han instituido como ‘normas claves de la nacionalidad’; principios que el positivismo importado de Europa ayudó a sembrar en nuestros medios intelectuales, coloniosamente ávidos de parecerse al imposible modelo; de ahí que saquemos a la luz unas ideas que se han hecho clandestinas, a fuerza de regir desde una hipócrita silla ductora, para poderlas combatir abiertamente. La imagen que en tiempos de Maldonado Macanaz se han hecho ya las élites privilegiadas sobre el colonialismo ingresa, naturalmente, al Diccionario de la Real Academia de la Lengua, que él compulsa y de donde extrae esta cita ‘definidora’: “Colonia es cierta porción de gente que se envía, por orden de un príncipe o de una república a establecerse en otro país”; nuestro publicista la halla ‘incompleta y vagarosa’, sin embargo, y asciende a la etimología que le ofrece Adam Smith, para darle a la colonización un justificativo teórico más hábil; colonia, en latín, quiere decir plantación o cultivo de tierras, y la voz griega era: apoikis, o separación del solar nativo, mediante el paso migratorio.

A la altura del tiempo en que se sitúa Maldonado Macanaz la construcción ideologista para postular y defender el colonialismo muestra que en general teoría y práctica siempre han venido de la mano, en las épocas de la historia; nuestro polígrafo hispano se pregunta: “¿Cuál es el destino de las razas no civilizadas?” Y contesta: “Extinguirse o civilizarse y amalgamarse con los colonos europeos”

(“por amalgama entendemos la unión de los indios con los blancos” = en América, desde luego); Maldonado Macanaz es un colonialista a ultranza, cuando piensa en esa forma; si sus posturas nos causan hoy asombro, es preferible reducir tal sorpresa a una actitud de otro tipo, que nos oriente en el sentido de comprender que en la historia humana suele haber un gran desnivel entre las ideas progresistas, propicias al mejoramiento de las condiciones de vida de las inmensas mayorías, y el entendimiento que de los cambios forzosos en la sociedad tienen y aceptan las minorías oligarcas; Maldonado insiste en 1875 en la ‘unión entre la colonia y la metrópoli’ (también un gobierno de Francia quiso mantener a Argelia, país africano, unido a la ‘metrópoli’, considerándola una ‘Francia de ultramar’, y no lo logró; y también Portugal persiste en retener bajo su yugo territorios africanos, denominándolos ‘Portugal de ultramar’); tan colonialista terquedad parece ser una constante europea, profunda, y arraigada, y fortalecida por un nacionalismo chovinista penta-secular (1500 a 1900).

Entiéndase, pues, cuan difícil es para las clases directoras de Nuestra América, ya sean las privilegiadas, que desearían mantener el status quo, confortable para sus mezquinos y cipayos intereses; ya sean las revolucionarias, aún no liberadas ideológicamente hasta el buen grado de ver, con sus propios ojos, qué clase de organización societaria es la que los aloja, y cómo lo que tenemos, en verdad es un invento peculiar del colonialismo europeo, un género de vida en coloniaje, disfrazado por una espesa maraña ideológica que será preciso dispersar como se disgregan las nieblas que entenebrece los senderos de la montaña (II-v-1967—17-V-1968).

3. La ‘teoría de la colonización’ (Enciclopedia Espasa)

La ‘teoría de la colonización’ ¿está fundada en algo duradero? No hemos resistido al deseo de atisbar esa presunta ‘teoría’ en una Enciclopedia muy bien hecha, de sesgo católico, y muy influyente: la Espasa, de Barcelona (¡todavía la tozuda España feudal-burguesa, en crónica nostalgia de aquellas conquistas y colonias!); y es que las enciclopedias tienen cierta autoridad, como diccionarios, pues recogen los mejores productos del avance científico e ideológico de cada época. Impresa en 1908, la catalana enciclopedia se halla al fin de un largo interregno de trabajos ideologistas, y sintetiza hábilmente unos materiales que son, por cierto, muy evidenciadores de la disimulada presencia del colonialismo en todas las formas que tiene, dentro del ámbito europeo.

Para el anónimo autor del título: Colonización, en la Enciclopedia Espasa, éste posee concepto e historia, y por ello nos ofrece los siguientes ideologismos:

1. La colonización es ‘una resultante de la actividad general de los pueblos, en el sentido de una expansión de la población, o de la riqueza, o del comercio’ (nota nuestra: tildamos a esto de ideologismo porque es un intento de hacer que parezca general y eterno lo que no es más que una modalidad transitoria del devenir humano, sujeta hoy a reproche, rechazo y archivo en el desván de las antiguas maldades que exigió el progreso del “Homo sapiens”).

2. La colonización “presenta distintos caracteres según las épocas” y “aparece siempre como un fenómeno social de aclimatación de masas de individuos, de costumbres y de leyes”.

3. ‘Hay pueblos colonizadores, porque son intrépidos’.

4. Impulsan el colonialismo: ‘el exceso de habitantes, la conquista, el desarrollo del comercio’. El autor, en este mismo párrafo, más adelante, considera que ‘expansión del género humano sobre la tierra’ y ‘colonización’ son lo mismo, por el hecho de que el colonialismo tiene una larguísima y tenebrosa historia, que lo hace adquirir el aspecto de quehacer ‘propio de la naturaleza humana’, como del afán de lucro sostienen los pseudo-moralistas de la burguesía.

5. Hay colonización externa e interna, según se pueble y domine una zona distante del país colonizador, o una región interior del mismo.

6. Hay gobiernos que han colonizado enviando sus delincuentes a

poblar regiones lejanas; dichas empresas se llamaron ‘colonias de deportados’ (p. ej., Australia, fundada por ex-presidarios). (Nota nuestra: Incorporar un hecho accidental como este, atípico, a la ‘teoría de la colonización’, es un ideologismo; el gobierno inglés, es verdad, aplica la norma que le diera lord Bacon: prescinde de sus maleantes, y los emplea para hacer una conquista territorial, a sangre y fuego, y diezmar a una gente primitiva; pero tal cosa no ha sido la característica del colonialismo en cuanto a la cualidad de ralea, de los instrumentos empleados).

7. He aquí otros ideologismos justificadores del colonialismo, que hallamos en la Enciclopedia Espasa: colonia es ‘el establecimiento de un pueblo en un país extranjero’, según Boccardo; es ‘la sujeción de un pueblo joven a la civilización de un pueblo adulto’, según Perojo; ‘es una comunidad... en relación de dependencia, con la madre patria’, según Selley.

8. Otros ideologismos para ‘explicar las causas’ del colonialismo: se ‘explica’ porque un territorio no es suficiente para cierta población, y parte de ésta tiene que emigrar; se ‘explica’ porque la sociedad local tiene deficiencias que impulsan a la gente a huir de ella, o sea: a migrar; se ‘explica’ por el deseo de vivir mejor y de hacer fortuna rápidamente, a costa de quien sea; este tercer ideologismo alude a la costumbre, en todo el siglo XIX, de irse “a América”, y volver con la alforja llena de ‘pesetas y perras gordas’; el autor del título Colonización se descuida, en este paso, y habla de que “hay abundancia de capitales, y necesidad de buscarles empleo productivo”.

9. De sus lecturas en quienes hablaron de ‘la legitimidad de la colonización exterior’: Adam Smith, Stuart Mill, Leroy-Beaulieu, nuestro autor deriva este notable ideologismo: “La Historia y la Sociología están conformes en asegurar que, en una época más o menos próxima, y para un período de tiempo más o menos largo, el imperio del mundo pertenecerá precisamente a las razas [no a tal o cual pueblo] que hayan colonizado más y mejor.”

10. Otro ideologismo legitimizante: “Las colonias hacen el efecto de válvulas de seguridad, ofreciendo a los espíritus aventureros o incapaces de toda disciplina, un régimen menos severo.”

11. Otro: Las ventajas que la colonización pueda producir para el país colonizador no bastan para legitimar la colonización, para ello es preciso demostrar que encierra una utilidad general. En efecto, dice Leroy-Beaulieu: El mundo puede dividirse en dos grupos de pueblos: unos civilizados o aptos para gobernarse a sí propios; otros en estado salvaje, inaptos para gobernarse a sí propios y desarrollarse espontáneamente... No es natural ni justo que los civilizados se

encierren... en los territorios de su asiento... y dejen casi la mitad del mundo en poder de hombres ignorantes, incapaces... de progresar. La intervención de los pueblos civilizados en estos otros se justifica como una educación o tutela (nota nuestra: ¡La famosa ‘carga del hombre blanco’, de que hablan los ingleses!), que puede revestir diversas formas: la de una verdadera colonia o la de un protectorado.

12. La Enciclopedia Espasa, a pesar de todo, nos regala un anti-ideologismo al escribir lo que sigue: “El sistema colonial de los españoles tuvo gravísimos defectos, pues arruinó a los aborígenes en provecho de los colonos” (nota nuestra: tal es la estupenda e infatigable miopía de los escritores europeos comunes y molientes, que no logran ver, con claridad, el efecto que llamamos colonización, instituido por su colonialismo, para enjuiciarlo debidamente).

Desde Wakefield (1849) hasta Merivale (1861), pasando por Leroy-Beaulieu (1874), y Maldonado Macanaz (1875), el acervo bibliográfico sobre la ‘teoría de la colonización’ se ha enriquecido notablemente, alcanzando la opresiva cantidad de 3.000 y más ítems, entre libros, discursos y artículos de revistas; las clasificaciones florecieron; colonias de ‘poblamiento’, de ‘explotación’, de plantación, comerciales, de inmigración libre, de inmigración forzada, de deportación, de penetración o de prolongamiento (nota nuestra; hay que fijarse en la palabra: penetración, en este caso, porque luego vése la muy difundida para describir, vagamente el auténtico carácter del imperialismo siglo-XX).

Las razones del diablo, que nunca faltan, para justificar los actos más discutibles, se afincaban en una realidad que surgía en el capitalismo internacional de la época, ya echado sobre vastos imperios, y que una vez más buscaba extender su fuerza opresora a regiones de importantísimas materias primas; para aquellos instantes, el cuadro colonialista del mundo arrojaba estas cifras:

Inglaterra poseía, hasta 1903, unos 32.741.501 Km² de colonias, con 365.296.000 habitantes subyugados; Rusia: 5.171.560 km² y 133.000.000 de hh; Francia: 12.370.036 km² y 40.652.000 hh; Alemania, la rezagada: 3.160.012 km² y 15.516.000 hh; Bélgica: 2.356.000 km² y 20.000.000 hh; Italia, también una ‘regazza’ rezagada: 1.535.000 km² y 1.680.000 hh; los ex-coloniales Estados Unidos, imperialistas ahora, en el viejo y en el nuevo modo; 324.271 km² y 16.530.000 hh; España: el menudo de su antiguo imperio, en África, aún 212.244 ardientes km² y 1 habitante por km² y la menuda Dinamarca, madre del otrora angustioso Kierkegaard: 194.643 km² y 13.500 hh. (11-v-1967-18-V-1968).

4. Marx y la ‘teoría de la colonización’

En *El Capital* (25 de julio de 1867), Tomo 1, Cap. 33, Marx hace un intento de considerar la realidad del colonialismo, en el otro lado; advierte que el capitalismo se ha impuesto “a sangre y fuego” no sólo en los países metropolitanos, sino también en las colonias, pues el afán de lucro no se anda con remilgos, y ejerce su dominio directo, humillando a todo productor, ya en la nación imperiosa como en el territorio subyugado. Atribúyete Marx un gran mérito a E.G. Wakefield por haber dicho sin temor la verdad sobre ciertas irregularidades en torno a las colonias británicas, y por haberse atrevido a proponer mejoras, exponiéndolas en una ‘teoría de la colonización’; la palabra escrita de Wakefield fue tan persuasiva que el parlamento de Inglaterra se ocupó de convertirla en ley concreta, bajo el rubro de “colonización sistemática” (recuérdese que también a fines del siglo XVIII, el conde Aranda, ministro de Carlos III de España, quiso corregir errores que a él le parecieron estar abriendo el camino, a las colonias hispanas en América, para que se emanciparan).

Desde el punto de vista de la historia de las ideas, este capítulo de la obra clave de Marx es muy revelador, pero no ha sido bastante utilizado a los fines del desarrollo de una reflexión autónoma en nuestros países latinoamericanos. Veamos algunas de las sugerencias que encierra. Marx halla que el capitalismo ha surgido de dos maneras violentas, en Europa y en las colonias, y por el usufructo de éstas por aquélla; en Europa se recurrió a la expropiación forzosa de los pequeños campesinos, sobre todo, para convertirlos en mano de obra asalariada y concentrarlos en los peores recintos urbanos, y obligarlos a seguir, crónicamente, el camino del éxodo desde los campos a las urbes y aldeas; en las colonias, regidas por la idea de explotación intensa y máxima, todo se conjuga para destruir el orden societario aborígen y reemplazarlo por otro orden instituíble para el expolio y despojo: servidumbres, esclavitudes, salarios, latifundismo más o menos feudal, capitalismo mercante, economías mineras extractivas: de todo esto habría de surgir un tipo nuevo y peculiarísimo de organismo social.

Se burla Marx de las teorizaciones colonialistas de Wakefield, pero observa que la llamada ‘migración espontánea’ hacia América, desde Europa, suscitó en las colonias británicas en América el trasplante del mismo tipo de capitalismo europeo, ya que los recién llegados eran una masa obrera numerosa a la cual explotar; en las nuevas tierras no hubo

el obstáculo de las relaciones feudales de producción, hecho que permitió un desarrollo veloz del capitalismo; nuestros historiadores han dilucidado ya, perfectamente, cómo las diferencias en grado de desarrollo, entre España e Inglaterra, fueron la causa de que en las dos Américas el progreso social marchara a paso distinto; sólo les ha faltado observar un matiz: que si en el norte radicóse un capitalismo auténtico, en los dominios españoles se hizo no sólo un trasplante, sino una amalgama, una hibridación, que es lo que llamamos el coloniaje: una sociedad colonizada, distinta a la sociedad colonizadora, como difieren entre sí el árbol de natural crecimiento y ese arbolito que los japoneses cultivan en una maceta, enano, cien veces más pequeño que el árbol común y normal, y valga la analogía, con las reservas del caso. Las instituciones económicas y políticas españolas, entreveradas de feudalismo y mercantilismo, fueron establecidas en el nuevo suelo, la paradójica ‘maceta’ continental, y apuntaladas mediante disposiciones y estructuras propias, adecuadas al hecho originante de la conquista militar, a los métodos de invasión pobladora, al carácter minero-extractivo del régimen de dominio, y a la manera especial en que fueran avasallados los moradores primigenios, y luego acompañados, en cuanto mano de obra, por los africanos traídos para activar y sostener la actividad económica del coloniaje.

No le fue dado a Marx, porque la suya era una perspectiva tenazmente europea y europeísta, abocarse al estudio lúcido del coloniaje que inventaran los españoles en Nuestra América (y los europeos, tal vez, en África, y en partes de Asia y de Oceanía), y mucho menos plantear aquellas cuestiones que sólo en estos tiempos parece que pudieran comenzarse a iluminar como lo que son, la clave de nuestro destino humano. Ocupado como estuvo en desnudar la esencia del capitalismo, en contra de pseudo-economistas ideólogos, opuestos a que los misterios del afán de lucro se desenmascarasen, Marx no podía internarse mucho en el sangriento escenario del colonialismo y el coloniaje, pero dejó algunas pistas decisivas sobre el papel que le correspondió a la colonización en el triunfo del capitalismo como nueva forma social en el mundo entero. Al estudiar la historia del mercantilismo post-medieval, aquella etapa primaria del sistema de la plusvalía, Marx comprende y señala que el colonialismo es una simple fase de dicho proceso, y así dice: “el afán competitivo de las naciones europeas por adueñarse de los productos de Asia y los tesoros de América, y el sistema colonial, todo esto contribuyó a romper las barreras feudales que impedían el crecimiento del industrialismo capitalista”.

Nos muestra Marx, pues, que la burguesía ha creado un régimen de dominio en las naciones europeas, en cuanto clase dueña de los instrumentos de producción, sobre las gentes que sólo tienen sus brazos para el trabajo creador de riqueza; y un sistema colonial en el resto del mundo; la burguesía es, de ese modo: nacional e internacional a la vez. En este último aspecto, no obstante los imperios coloniales establecidos desde el siglo XVI, es a partir de 1870, más o menos, que se habla de imperialismo, tanto por las discusiones de política interna habidas en las principales metrópolis, como por el impacto del famoso libro de Lenin (v. más adelante). La historia del capitalismo, fácil es verlo, para que sea completa, tendría que abarcar y conjugar, en una sola unidad, sus dos grandes procesos: el establecimiento intra-europeo, y el caso peculiar del capitalismo yanqui; el establecimiento extra-europeo, o colonialismo; Marx tampoco tuvo tiempo para trazarnos las coordenadas básicas del desarrollo del capitalismo en el siglo XIX; en el Tomo II, de *El capital*, publicado por Engels en octubre de 1894, ya Marx anticipa el papel que le toca al capital puramente bancario o financiero en el futuro desarrollo del sistema económico creado por la burguesía desde fines del período medieval hasta los comienzos del siglo XIX.

Engels (1820-1895) advierte que en 1865 (18 años antes de la muerte de Marx) la bolsa de valores era un elemento de segundo orden en el sistema capitalista, pero que desde 1866 se ha hecho vigente una modificación cualitativa del orden burgués, en virtud de la cual le es indispensable, bajo la forma de instituciones bancarias, apoderarse de las llaves del funcionamiento de la economía: el dinero, en su aspecto más altamente especulativo y misterioso, demuestra ser el rey absoluto de todos los procesos de enriquecimiento y empobrecimiento humanos. Leamos las aleccionantes palabras de Engels: “7. Y entonces la colonización. Hoy esta es puramente subsidiaria de la bolsa de valores, en cuyo interés las potencias europeas dividiéronse entre sí hace unos años a África y los franceses conquistaron a Túnez y el Tonquín. África fue hipotecada directamente a estas compañías (Níger, África del Sur, África sud-occidental alemana y África oriental alemana), y Cecil Rhodes se apoderó de Natal y Mashonalandia para la bolsa de valores.”

De dónde partió Lenin, para completar los estudios de Marx y Engels: tránsito del capital monopolista al imperialismo financiero:

Sin duda, es de aquí, intuitivamente, que hubo de partir Lenin para completar los estudios de Marx y Engels, y los de muchos otros expertos de la época; por eso logró explicar las transformaciones sufridas por el

capitalismo entonces, y les aplicó el viejo nombre de “imperialismo”, que ahora cobraba nuevo y más amplio significado (v. más adelante: Lenin y la mirada europea sobre el imperialismo).

El inevitable europeísmo de los creadores, y la postura del hindú Panikkar: vernos tal como somos:

La historia de las ideas puede aceptar ciertos hechos, pero debe explicarlos y juzgarlos, a fin de que sea idóneamente conducida la lucha del momento por el progreso de la humanidad; así, el hecho de que en las 2.183 páginas (en la versión inglesa) de *El Capital*, de Marx, sólo haya cuarenta que traten del colonialismo, pone en claro que a pesar de su inmenso genio no le era posible salirse de un límite histórico y cultural, el del europeísmo; Marx estudia el capitalismo como un hecho europeo, y lo mira desde Europa hacia fuera; no le correspondía estudiar a los demás lugares del mundo, vistos desde dentro de cada uno de ellos, tarea más propia de nosotros, los latinoamericanos, los africanos, los asiáticos y los oceánicos (en el libro de Panikkar: *Asia and Western Dominance*, se puede ver un comienzo de cumplimiento de tal histórica responsabilidad, pues allí la historia de la colonización del mundo por Europa, con sus puntos buenos y malos, es referida y enjuiciada con ojos de hindú); por haberse formado en Rusia, y haber tratado de ampliar su criterio regional europeizándolo, Lenin estuvo más cerca de un entendimiento aceptable del problema del colonialismo; su mirada, no obstante ser tan de águila, no alcanzó a descubrir a Nuestra América, la del coloniaje; y apenas sí, siguiéndose por un dato alemán, llamó a la Argentina “colonia británica”.

La historia en nuestro continente debe cancelar su servidumbre positivista, a fin de que tengamos un punto de mira autónomo:

Preguntamos: ¿Tenemos nosotros un punto de mira propio, lúcido y clarividente, en cuanto a lo que hemos sido y somos? ¡No, todavía nos falta! Los historiógrafos de Venezuela, por ejemplo, dan por terminado el dominio de España en el año de 1824, lo cual es cierto; pero olvidan el hecho clave del coloniaje, o lo pasan por alto; nos hablan de ‘la era republicana’, de ‘la nación independiente’ y de otras cosas que habrá que enfocar de un modo nuevo si se adopta el concepto de coloniaje como el definidor de nuestra realidad histórica; la influencia del positivismo fue causa de que insertáramos el estudio de nuestros países en un modelo europeo, y de que así dejáramos de palpar lo que realmente había y ha habido; y, por otra parte, quienes han sido los

primeros en valerse del marxismo entre nosotros, tampoco fueron independientes, sino que insistieron en repetir y acomodar nociones que en el fondo dejaban virgen el hecho raigal y primordial de nuestro complejo societario, que es el del coloniaje (12-v-1967— 19-v-1968).

Segunda parte

El concepto del imperialismo, desde Nuestra América, y desde la vieja Europa

1. Enrique José Varona y el enfoque positivista

El cubano Enrique José Varona (1819-1933) sigue la pseudo-doctrina que ya vimos en Leroy-Beaulieu y Maldonado Macanaz, de la ‘teoría de la colonización’, pero se interna un poco más en la realidad que tiene en torno de sí, ya que ha asistido al proceso de salida del dominio español sobre su propia patria, y el de entrada del imperialismo yanqui; es Varona, sin embargo, víctima de una formación cultural colonista, europeizante, que le sitúa una cierta niebla en la mirada; cree, a semejanza del anónimo autor del pasaje que hemos utilizado de la Enciclopedia Espasa, que en ‘la vida de los pueblos’ se observa una tendencia ‘a ocupar mayor extensión en el espacio’ (vieja frase que con palabras alemanas se puso de moda entre 1940 y 1945; aquello de lebensraum = espacio vital); el darwinismo positivista justificaba en Europa y en las colonias tal régimen de dominio y subyugo, mezclándose para darle visos científicos los principios de la biología con los de la sociología: ‘todo grupo de hombres que constituye sociedad, tiende a crecer, por el advenimiento de nuevas unidades’, este es el lenguaje ideologista que ya exhibimos; Varona confunde el crecimiento numérico del género humano con el fenómeno histórico del colonialismo, en el que si de veras ha habido una constante, la de poblar regiones, ocupadas o desiertas, lo de fondo ha sido la imposición, por la fuerza, de una autoridad externa, contraria a la ya establecida allí mismo, o en las cercanías. Por eso habla Varona de ‘un grupo robusto’ que atrae hacia sí nuevas unidades, y también escribe: ‘vemos que determinadas unidades sociales van a buscar la expansión necesaria en la forma del comercio en países remotos, y así se fomentaron los antiguos imperios comerciales’.

Estos son tapa-ojos ideológicos, que interceptan el paso de la historiografía clarividente, todavía por hacerse entre nosotros, en gran medida. Nuestro breve trabajo no nos deja abordar en examen minucioso a los autores de historias de Venezuela que han enturbiado el horizonte de nuestro destino de pueblo; mas, como existe una comunidad de pensamiento en Nuestra América, acudimos a los escritos del cubano Varona, porque son típicos de lo que entre 1880 y 1920 se

tuvo como el ideario más moderno y avanzado de entonces, cuyo guía era el positivismo. Lo que hace interesante el caso de Varona es el haber publicado, hacia 1905, el ensayo: *El imperialismo y la sociología*, a que aludimos en el párrafo anterior. Brillantes y meritorios, nuestros historiadores positivistas: Gil Fortoul (1861-1943), Vallenilla Lanz (¿1880-1930?), sin embargo, pasaron por alto no sólo el hecho de que nuestro país existía bajo el peculiar régimen del coloniaje, sino el más notorio y aparente, el del imperialismo financiero, europeo y norteamericano, que forcejeaba por sujetarnos a sus funestos designios; apenas sí, fugazmente Pedro Manuel Arcaya (¿1870-1940?), le dio un vistazo al imperialismo, pero en una forma que no le impidió ser buen colaborador de Juan Vicente Gómez (¿1870-1935?), el primer entreguista moderno de Venezuela a las compañías mineras de remotas naciones. Sigamos con Varona, que es quien nos ayuda a comprender hasta qué punto los intelectuales de Nuestra América, en el deslinde de los dos siglos, se dieron cuenta o no del poderoso enemigo que entonces procediera, sagazmente, a apresarnos en sus garras. Al hacer sus tesis, de tan amplísimo talante abstracto, Varona busca explicarnos ‘el imperialismo’, al que distingue como ‘un fenómeno muy antiguo al que se ha dado un nombre nuevo’ (nota nuestra: en 1917, Lenin diría que la palabra imperialismo adquiere un carácter nuevo, a pesar del nombre muy antiguo, porque refleja una nueva etapa del capitalismo); y la postura de Varona es la que sigue: “Cuando un pueblo ha llegado a ciertas condiciones sociales... no se limita a extender el radio de su acción... a depósitos comerciales colocados a gran distancia del territorio nacional... acompaña, por lo general, al fenómeno de expansión, el de la dominación política... entonces estamos en presencia del imperialismo... Para comprenderlo, para aclararlo, necesario es que os diga las condiciones indispensables que permiten a un pueblo... constituir un imperio. Primera: Crecimiento... de su población. Segunda: Un desarrollo económico que permita la acumulación de capitales y su empleo en las distintas empresas que exige la colonización. Tercera y última: Una gran cultura superior mental.”

Varona señala, así, la auténtica esencia del imperialismo y del colonialismo, aunque no caiga en clara cuenta de que la fenomenidad del imperialismo y el colonialismo es transitoria, y no eterna; de que es una manera que han tenido las cosas de ser, pero que las cosas pueden tener otras maneras de ser: acabarse los imperialismos, los colonialismos, el coloniaje, e instaurarse otras formas de vida más avanzadas y perfectas: el socialismo, el cooperativismo. Varona quiere enfocar el imperialismo a la luz de una historiografía abstracta, ayuna

de sociología, que reúne las experiencias más antiguas: fenicia, persa, griega, romana, etcétera, con las modernas: sobre todo la británica, y por eso resulta el suyo un examen aquiescente, sumiso, ideologista, de intelectual un tanto colonizado, que se amolda a la visión doctrinaria de las naciones imperiosas y hegemonas. No deja de observar, Varona, sin embargo, dadas su sagacidad y honradez, un aspecto contemporáneo del imperialismo, distinto a la manera imperial romana, y así dice: “Roma logró una organización militar superior a la de los pueblos vecinos, por eso su expansión tomó la forma que acabo de indicar” (n.n: conquista sucesiva de los territorios fronterizos, hasta alejar las primitivas marcas). “Pero en estos tiempos hay muchos pueblos sólidamente organizados que no dejan ver el lado flaco por donde pueden ser atacados, que no descubren fácilmente dónde tienen la línea de menor resistencia. Ya veremos en dónde se encuentra hoy esa línea de menor resistencia para las expansiones imperiales, puesto que no es Inglaterra la única que aspira al título imperial...” Varona da por sentado que el imperialismo es inevitable, lo que es cierto, pero descuida las enseñanzas que podría haber sacado de las luchas emancipadoras en Nuestra América. ¿Por qué? Porque maneja principios que le hacen ver la realidad de nuestros países, la de Cuba, la de Venezuela, la de América Latina, a partir de la perspectiva imperialista, ateniéndose dócilmente al supuesto peso de ‘la teoría de la colonización’; su enfoque sobre el imperialismo, su modo de observar ‘los requisitos’ precisos para que se produzca en un país el fenómeno imperialista, se proyecta únicamente sobre la mitad del proceso histórico, la que se refiere al colonialismo como acción imperialista, y a causa de unos efectos que no son tomados en cuenta; y al hacer esto practica la historiografía pasiva, justificadora del pasado, que suscita, en su dejadez colonista, la conformidad en las generaciones de intelectuales. Debido a que la filosofía positivista actúa, en los tiempos de Varona, como gran tapa-ojos, nuestro autor no pudo llegar a darse cuenta de que el capitalismo, estudiado y desenmascarado por Marx en las décadas quinta y sexta del siglo xix, encerraba la clave de lo que nos estaba sucediendo a nosotros, países realengos, liberados de España, pero expuestos a ser de nuevo cazados con los sutiles lazos de una forma nueva de dominio.

A Varona no le es permitido, pues, entender cómo el imperialismo significa un colonialismo, y mucho menos que Nuestra América, en virtud del coloniaje que la caracteriza y que la hace débil y atrasada, ha de recaer en otras esclavitudes y servidumbres, desde fines del siglo xix hasta la fecha. Quienes lean el artículo de Varona, que estamos analizando, apreciarán más directamente la curiosa ceguera ocasionada

por el positivismo en los historiadores y sociólogos de su tiempo; hay, sin embargo, en sus párrafos, una presentación de los hechos que facilita el desentrañamiento que deseamos llevar a cabo. Varona, con rápidas pinceladas, nos describe la economía capitalista británica, concentrada en inmensas urbes, de numerosos pobladores, y luego se aboca a mostrarnos la “línea de menor resistencia” que ha de hallar el capitalismo inglés para introducirse dominadoramente en territorios alejados de la Isla de Albión; Varona nos desenmascara, involuntariamente, las dos Inglaterra imperialistas, la del primer impulso expansivo, “la historia de la Inglaterra colonial(ista) es bien conocida”, dice, y añade presentándonos la otra, posterior: “Vamos a considerar su expansión más reciente. Esa inmensa zona, que se extiende 30° al norte y 30° al sur del Ecuador, es el gran campo actual de las empresas coloniales del mundo entero. Los países tropicales son... los que presentan mayores atractivos al espíritu de empresa (n.n: al capitalismo), y también la más débil resistencia al espíritu de expansión (n.n; tal ‘espíritu’ es otro de los engendros del positivismo, en su lenguaje ideologista, útil para recubrir a modo de friso las contradicciones internas que minan al capitalismo). Sí, esta hermosa zona, que puede ser cantada con tan bellos acentos por el poeta americano Andrés Bello, ofrece todas las materias (primas) que necesita y demanda la gran industria moderna.”

Sigue Varona, en estas líneas, muy de cerca la realidad, pero superpone dos teatros de colonialismo: el oriental y africano, y el de la América Latina; Inglaterra ejerce su dominio imperatrix en aquellos, y no en éste, donde el imperialismo yanqui es el que viene cerniéndose con su terrible águila bifronte; no se interroga Varona sobre las causas que permiten que nuestros países sean víctimas de un nuevo hegemon, pero tiene un hipnotizado sentimiento de que algo nocivo está presente, expreso en la fórmula ‘la más débil resistencia al espíritu de expansión’; los datos que manejara Varona, buen conocedor del idioma inglés, le pusieron en autos sobre el proceso ideologista que hubo de seguir a la incrementada expansión imperial británica de fines del siglo xix, y así escribe: “...y me limitaré a hacer ver cómo este gran movimiento no ha podido producirse sin cambios apreciables en las ideas reinantes en la metrópoli, sin doctrinas que hayan servido de base a ese movimiento; porque nada es más interesante de notar que la facilidad con que los hombres discurren teorías (n.n: como ‘la teoría de la colonización’, por cierto) que vengan a dar forma de imperativo mental a las exigencias de la práctica. Inglaterra... ha encontrado pronto sus “teóricos de la expansión”; y los sabios... como Darwin y Huxley, iban a dar las armas

que los partidarios de la conquista y la anexión sabrían tener afiladas y dispuestas”; y añade Varona: “esta demostración nos llevaría muy lejos... me basta con decir... al impulso de este gigantesco movimiento, todo va cambiando en la orientación mental de este gran pueblo... y a la par que van sus ejércitos y sus comerciantes (n.n. y sus pastores evangélicos) extendiendo su imperio, el pueblo de la metrópoli encuentra en sus sabios, en sus filósofos, en sus literatos, en sus políticos, los amamantadores de las ideas...”

Es admirable el testimonio que nos ofrece Varona, espigado en el proceso de desarrollo de las ideas pro-imperialistas en Inglaterra; y más sorprendente aún es lo que observa en cuanto al imperialismo yanqui, en cuyas garras, por obra de la Enmienda Platt, desde 1898 había caído la república de Cuba: “Podría establecerse un paralelo entre el imperialismo inglés y el incipiente imperialismo norteamericano... Las formas no son radicalmente las mismas; pero sí lo son las consecuencias... su expansión hacia las tierras colocadas en los trópicos (es decir: la América Latina) ha tenido una forma nueva, y en cierto modo se ha detenido. En cierto modo, porque no tiene el aspecto de la dominación política (nota nuestra: ¡Y esto lo escribió Varona en 1905, en una Cuba, de azúcar y de ron, que estaba siendo usufrutuada ya económica y políticamente por el imperialismo yanqui, dueño además, por conquista militar, de las Filipinas y de Puerto Rico, ex-colonias de España!); pero no se puede dejar de ver, y es bien fácil verlo, teniendo en cuenta lo que significa el desenvolvimiento reciente de la Doctrina Monroe, que los Estados Unidos han trazado una inmensa esfera de influencia en torno suyo, en que están comprendidos todos los países tropicales de América. Y no es lo más grave ni lo más importante que los Estados Unidos hayan trazado esa inmensa esfera de influencia en torno suyo; lo más importante es que Europa reconoce plenamente el hecho” (nota nuestra: el Diccionario Larousse, de principios del siglo xx, en efecto, definió el ‘panamericanismo’ como un sistema de dominio de nuestros países, creado por el Departamento de Estado, en Washington).

Hay una fascinante mescolanza de ceguera y lucidez en Varona, sin duda; a pesar de la clarividencia de Martí, a quien debió leer, Varona titubea un poco, y se sitúa en una prudente cautela al formular sus notas (porque se halla embrujado del positivismo); Varona deja para otra oportunidad el ocuparse de lo que pueda haber de “favorable o adverso” en la forma “que ha tomado la expansión norteamericana en el cerebro de sus estadistas actuales”, y dice: “Necesitamos mantener (en Cuba) nuestra unidad política y étnica, frente a fuerzas tremendas que están

en acción... que no se dirigen... contra nosotros (eso creía él)... y entonces, el problema se presentaría a mis ojos aterrador"; y Varona se pregunta: ¿Es necesario que seamos nosotros una línea de menor resistencia? ¿Depende de nosotros que no seamos esa línea de menor resistencia? Semejantes preguntas exhiben un límite histórico, y subrayan la ceguera del hombre. Precisamente, la frase, de aire tan inocuo: 'ser una línea de menor resistencia', le ocultó a Varona el hecho que en nuestro ensayo deseamos poner en claro: el coloniaje; pues sólo unos países moldeados para el usufructo colonial sufren esa 'fatalidad' de emanciparse de un imperio, y tras corto intervalo, caer de nuevo entre los brazos de un pulpo colonizador (y aquí rendimos tributo, emocional, ¡por qué no!, a Vargas Vila, uno de cuyos libros nos inició, hace ya muchos años, en el conocimiento de estos problemas, aun sin haberlo leído; era una obra en cuya portada veíamos 'las dos Américas', y sobre ellas la figura de un pulpo, con la cabeza en Wall Street, tal vez, y los tentáculos extendidos sobre nuestra pobre América).

El caso es que Varona estaba afectado por la catarata del positivismo; la tragedia intelectual que se refleja en sus palabras es formidable. La sociología de entonces, guiada por los discípulos de Comte y de Spencer, bloqueaba el conocimiento del marxismo, única doctrina vidente del fenómeno de la lucha de clases, y de la pareja imperialismo-colonialismo; Varona ha sido impedido, gracias a la intercepción positivista, de iluminar sobre la verdadera realidad de las cosas, y por eso se limita a decir: "Yo creo que los pueblos que tienen conciencia de su valor moral están obligados a hacer frente a todos los peligros que provengan... lo mismo de la acción desencadenada de los elementos, que de la misteriosa trama de las leyes sociales" (nota nuestra: he aquí la prueba de cómo el positivismo ofuscaba a nuestros intelectuales en aquellos tiempos; a pesar de que desde 1848 Marx y Engels eliminaron 'el misterio' sobre las causas del malestar social de la humanidad; Varona nos comunica, en 1905, un mensaje en que las verdades esenciales parecen tocarse, pero se esfuman en densas nieblas).

Érale 'misteriosa' a Varona 'la trama de las leyes sociales', por su ignorancia de las doctrinas marxistas, y gritaba el honesto profesor cubano que su patria no debía caer en poder del imperio del dólar; ¡pero, si ya estaba sometida al capital norteamericano! Ilusamente, escribía: "Sí, nosotros debemos y podemos no ser esa línea de menor resistencia; mas, para ello, es preciso que tengamos presente cuales son las leyes salvadoras que presiden el desarrollo y buen crecimiento de los

pueblos”. Hermosas son las palabras de Varona, pero improcedentes. Los remedios que indica para hacer que Cuba no sea colonizada por el capital financiero yanqui, además de ser inútiles, llegaban con retraso. ¿Cuáles eran esos remedios? Aumentar la población (nota: en el sur de Nuestra América, Alberdi había lanzado su famosa consigna, de ¡Poblar!, pero Josué de Castro, en el siglo xx, opina que la tremenda fecundidad genésica de los indios, los de la India, p. ej., no les salvó de ser avasallados por Inglaterra, y sufrir la coyunda hasta 1947); el otro remedio, empírico e ineficaz, que señalaba Varona, era el de que los comerciantes se hicieran cargo del país, porque son ‘la mayor fuerza económica’; pasaba por alto que el comercio es un sector clave en la realidad del coloniaje, y que si de alguna capa de la población puede el imperio extraño valerse, como cabeza de puente, como aliada, como Doña Marina Malinche con Hernán Cortés, es de la que integran los comerciantes, fácilmente sobornables y subordinabas al interés foráneo; y es que, justamente, los comerciantes, son ellos mismos esa ‘línea de menor resistencia’ a la cual enfocaba, con turbia visión, el positivista Varona.

¿Qué enseñanzas, a grosso modo, podrían derivarse de este artículo de Varona, cuyo subsuelo ideológico es el que compartieron nuestros historiadores y sociólogos de aquellos años, en Venezuela y demás países de América Latina? Es muy sugestivo el uso de la frase: ‘la línea de menor resistencia’, que se ha quedado dormida en los estantes de las bibliotecas su medio siglo. Podemos ver en esas cinco palabras una guía: esa línea es la que ha permitido al imperialismo, tanto europeo como yanqui, remplazar a España en nuestras tierras, valiéndose de las nuevas técnicas y tácticas de dominio imperialista; no es que las naciones imperiales hubiesen fallado en lograr su objetivo expansionista a cesta nuestra, de no haber sido nosotros países hechos en el coloniaje, pues la Europa contemporánea, y el Japón, están hoy “opresos” por el inmenso complejo económico de los Estados Unidos; sino que a nosotros ha sido más fácil capturarnos desde mediados del siglo xix, porque teníamos más que ‘una línea de menor resistencia’, una realidad plenaria en máxima debilidad: el coloniaje.

También nos enseña Varona que no hay ideas al margen de la lucha de clases, pero sin darse cuenta clara de lo que dice; así, advierte que el imperialismo tiene sus ideólogos teorizantes, que lo patrocinan y estimulan sabios naturalistas, filósofos, novelistas y poetas, políticos, y nos hace ver que muchas de esas presuntas doctrinas son patrañas que persuaden a los pueblos metropolitanos a dejar que siga la marcha del

imperialismo, de la que se benefician, y que a los pueblos colonizados, a sus estamentos intelectuales, los persuade de que lo importante no es el expolio y la opresión, sino ‘el progreso’ que los agentes del imperialismo dizque aportan a los países sometidos a la hegemonía extranjera. Por otra parte, el ejemplo mismo de Varona nos enseña a comprender que es posible, en determinadas épocas, estar entre dos aguas, ver y no ver los hechos, lo que acusa el fenómeno del embrujamiento ideológico; tal sería una causa de que en nuestras universidades la presencia del coloniaje haya dificultado el esfuerzo para dilucidar nuestra verdadera situación.

Estudiar y comprender el imperialismo, desde acá, como habremos de notar, ayuda a la tarea demostrativa que nos hemos asignado; de ahí que iniciemos esta pesquisa con un testimonio latinoamericano, de alguien que como Varona aún no logra traspasar la neblina ideológica regada por el positivismo, y de ahí que nos propongamos avanzar, en este sentido, con el auxilio de la obra del marxista ruso Vladimiro Ilich Lenin, para regresar a nuestro medio, e intentar una síntesis; puede ser que de esta manera se demuestre a satisfacción de los estudiosos cómo el coloniaje es lo que caracteriza a Venezuela, y a los países de la América Latina; las consecuencias prácticas, en la lucha por nuestra liberación, no dejamos de pensarlo, nos obligarían a escribir otras páginas, de diferente esquema, en las cuales tratásemos de abrirnos hacia el inquieto futuro (13-v-1967— 21-v-1968).

ANEXO

Un hecho notable, en Nuestra América, ha sido el de que sus clases privilegiadas hayan aceptado, durante 121 años, desde 1824 a 1945, la existencia de territorios colonizados por Inglaterra, Francia, Holanda, los Estados Unidos y Dinamarca en su ámbito; estas posesiones, si no decisivas, no eran despreciables para las metrópolis; sólo que las poblaban, en su mayoría, descendientes de africanos, hindúes y chinos, y el positivismo, que influye en nosotros desde principios del siglo xix, no nos enseñó solidaridad con esas “razas inferiores”; por eso no cuidamos el legado de Bolívar, que de haber vivido más años hubiera tratado de que toda la América al sur del río del Bravo mexicano quedase libre de la dominación europea; y es que a fuer de países en coloniaje, nos desvivíamos por aparentar que éramos naciones, según el modelo europeo, cuyos institutos políticos diseñábamos sobre criollos lienzos, para desgarrarlos luego y para no cumplirlos jamás debidamente. Trinidad y Tobago; Curazao, Aruba y Bonaire; Puerto Rico;

la Guayana británica, la Guayana holandesa, la Guayana francesa; Barbados, Jamaica, las Bahamas,, Granada, Martinica, Honduras británica (o Belice), y otras islas del Mar Caribe, y las Malvinas, en el lejano y gélido sur argentino, han exhibido por más de un siglo la mentalidad de nuestros países, semejante a la que se le atribuye, en la sociedad burguesa, a los pequeños-burgueses, que están con un pie en la miseria obrera y otro en el buen pasar de 'las clases medias', y que por eso no se quieren identificar con los de abajo, donde realmente pertenecen, y buscan con arribista desespero integrarse en los escalones más altos de la pirámide humana, ¡Y eran casi tantas las unidades prisioneras como las que se decían libres, aunque fuesen cautivas del famosos 'sistema panamericano'!

2. Lenin y el imperialismo financiero

Resulta de lo más curioso examinar los cuadernos, apuntes y folletos de Lenin (1870-1924) sobre el imperialismo. Aunque esto puede irritar algunos fetichismos, quisiéramos recalcar el hecho de que Lenin no escribió en Caracas, sino en Europa, y que tal vez, igual que sus dos maestros, no hubiera valorado a Bolívar en su exacta magnitud. ¿Qué es injusto reprocharle a los marxistas europeos su mirada viejo-mundana sobre el resto de la tierra? No se trata de eso, sino de evidenciar la superioridad novo-múndica sobre el enclaustrado y absorbente europeísmo de los intelectuales de aquellas regiones, pues acá, aunque subyugados, hemos tenido una vista universalizadora; ellos, los antiguos hegemones, han manejado un universalismo de forma en el pensamiento, centrado en la presunción errónea de que decir El Europeo es igual que decir El Hombre y de esta tacha no se han salvado ni Marx ni sus seguidores; no es raro, pues, que para nosotros, desde Europa, ni antes ni después de las ideas comunistas, no haya habido un Alejandro de Tocqueville, capaz de vislumbrar las esencias reales de nuestra vida y problemas. Por desgracia, tampoco nosotros nos enfrentamos con suficiente lucidez a la realidad doméstica, pues solemos contemplarla por medio de esquemas y encuadres postizos, desdeñando seguir el ejemplo bolivariano, el de la Carta de Jamaica y el Mensaje de Angostura. El instrumento conceptivo europeo, sin embargo, es fino y es el mejor que tenemos, y es el que en definitiva ha regido la historia; sólo que es preciso emplearlo como lo hicieron Lenin y Mao para sus respectivos lugares de origen. Ávidos de aprender, hagamos un examen de las sutiles páginas de Lenin, con el objeto de que asome lo que en dichos escritos pueda haber de atañadero a la demostración del coloniaje en la Venezuela de hoy; siquiera sea esto por el llevar más lejos de donde se hallan, algunas nociones germinativas.

1. El folleto de Lenin: El imperialismo, como la más nueva de las etapas del capitalismo: *Imperialism, kak novishii etap kapitalisma*, 1917, aborda más el imperialismo que el colonialismo, en unas 100 páginas. Lenin opina que en su “fase histórica superior”, la imperialista, el capitalismo se hace parasitario, y significa que “un puñado de países particularmente ricos y poderosos”, “con el simple ‘corte de un cupón’ saquean a todo el mundo”, para lo cual recurren, de preferencia a “la exportación de capitales”, que no es la exportación del sistema capitalista, sino el usufructo del coloniaje, donde lo hay, o de la colonización directa. Lenin observa, pues, que ha habido dos

capitalismos, por lo menos: el de la exportación de mercancías, con su primer y prolongado colonialismo (creador, entre nosotros, del coloniaje), desde el siglo xv hasta el siglo xx inclusive; y de la exportación de capitales, con su forzada subordinación de los países en atraso, desde las postrimerías del siglo xix hasta nuestro tiempo. Aquel colonialismo era impulsado por la etapa mercantilista; este colonialismo es gerenciado por la etapa financiera, y es el que Lenin denomina, por antonomasia, el imperialismo.

Escribe Lenin: “La sustitución del viejo capitalismo, en el cual reina la libre competencia, por el nuevo capitalismo, en el que domina el monopolio, la expresa entre otras cosas la disminución de la importancia de la Bolsa.” Apoya Lenin este aserto en una cita de la revista alemana Die Bank, que dice: “Hace ya tiempo que la Bolsa ha dejado de ser el intermediario indispensable de la circulación que era antes, cuando los bancos no podían aún colocar la mayor parte de las emisiones entre sus clientes” (1914, 1, pág. 316). Y Lenin abunda: “En otros términos: el viejo capitalismo de la libre competencia, con su regulador absolutamente indispensable en figura de la Bolsa, pasa a la historia. En su lugar ha aparecido el nuevo capitalismo, que tiene los rasgos evidentes de un fenómeno transitorio, que representa una mescolanza de la libre competencia y del monopolio. Se desprende la pregunta: ¿A qué tiende la “transición” del capitalismo moderno? Pero los sabios burgueses tienen miedo de hacérsela” (nota nuestra: Obsérvese el uso, por Lenin, de las dos palabras o conceptos: fenómeno transitorio, porque ella va a servirnos para considerar una de las definiciones de Venezuela, la de que es ‘un país semicolonial’).

Vemos, pues, cómo Lenin empata con Marx y Engels, aprovechando el Suplemento que Engels le puso al Tomo III de El capital (citado por nosotros, más arriba) y donde se menciona el papel que pudo jugar entonces la bolsa de valores.

Lenin descubre y explota, certeramente, el paso del antiguo capitalismo al nuevo, y sigue la trayectoria de los bancos, esos comités gerenciales del capitalismo en su más genuina naturaleza, la especuladora, la amibiana y depredaticia; los bancos representan en la etapa más nueva del capitalismo, para aquellos años (1880-1910), una fecunda modalidad de la técnica de la burguesía para asaltar las riquezas, y es, en parte, un regreso a los procedimientos feudales, de atropello y despojo al viajante en los caminos: los bancos son baluartes de salteadores de caminos, capitanes de industria, bandoleros

embozados que jamás arriesgan el pellejo, ocultos y protegidos entre los hilos invisibles de las transferencias y los altibajos bolsísticos, y el chantaje político, y las presiones bancarias sobre los países deudores. Lenin nos alumbró esto, y nos habla del “terrorismo” de los bancos, que son las instituciones mandamases del nuevo giro que da el capitalismo, y Lenin escribe: “Así, pues, el siglo xx señala el punto de viraje del viejo capitalismo al nuevo, de la dominación del capital en general a la dominación del capital financiero.”

Tres años antes de escribir *El imperialismo*, entre febrero y mayo de 1914, en su folleto: *Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación*, Lenin había escrito: “La teoría marxista exige de un modo absoluto que, para analizar cualquier problema social, se le encuadre dentro de un marco histórico determinado, y después, si se trata de un solo país... que se tengan en cuenta las particularidades que distinguen a este país de los demás dentro del marco de una y la misma época histórica.”

Para quien tiene el marxismo tan claro en la mente, como un método histórico de estudiar las realidades en su constante transformarse, es muy significativo el planteamiento de la pregunta: ¿A qué tiende la “transición” del capitalismo moderno? Dicha interrogante la enlazamos nosotros con esta otra, adelantándonos a lo que vamos a decir más luego: ¿A qué tiende la transición implícita en el concepto de semicolonía, que se ha aplicado para caracterizar una etapa de la historia de nuestros países, pero juzgándose tal etapa como eterna? Pues claro que tiende al desarrollo de una acrecida colonización, proceso que en Venezuela se inicia remotamente hacia la sexta década del siglo xix, y que adquiere fuerza desde la segunda década del siglo xx; proceso que se inserta en una sociedad cuyo rasgo peculiar es el coloniaje; proceso que, a la larga, ha consistido en la hegemonía imperialista yanqui, pero en llave con otros imperialismos.

Caracterizar al capitalismo de su tiempo, y llamar imperialismo a esa nueva etapa de apogeo y dominio por bancos y finanzas del complejo económico general, era imprescindible en la Europa de Lenin, para hacer avanzar la revolución, y derrotar a las clases privilegiadas, y porque Rusia estaba siendo objeto de una colonización económica por ese tipo de capitalismo de banqueros y explotadores de materias primas; a Lenin, desde luego, no le podía interesar la definición del “imperialaje”, digamos, para aludir al coloniaje, el efecto en Nuestra América de la presencia de los imperialistas españoles durante tres

siglos; Lenin, pues, nos dejó esa tarea a nosotros mismos, que hemos tardado mucho en atrevernos a cumplirla; los revolucionarios europeos, aún los marxistas, veían de allá para acá al imperialismo como un método de dominio, y nosotros veíamos de acá para allá el mismo cuadro, y lo que había habido en 'el medio', el efecto de aquella causa, se nos escapó por largo tiempo.

Ahora no leemos a Lenin para copiar sus prescripciones destinadas al fenómeno ruso, sino con nuestro futuro de pueblos en la balanza; lo leemos para aprender a aplicar la dialéctica materialista a los datos concretos de un problema; en este sentido, pues, demostrar que Venezuela es un país en coloniaje, es una empresa de sumo interés para quienes piensan que sufrimos una indeseable dependencia y mediatización, y que es posible, algún día, liberarnos. Mas, si se nos escapa el carácter verdadero, de nuestro país, es lógico que se nos ha de seguir haciendo ampliamente difícil impulsar la lucha por un sendero correcto y eficaz. En la cita que sigue, Lenin hizo ver muy bien lo que aspiramos a lograr, del mejor modo posible: "Lo que caracterizaba al viejo capitalismo, en el cual dominaba plenamente la libre competencia, era la exportación de mercancías. Lo que caracteriza al capitalismo moderno, en el que impera el monopolio, es la exportación de capitales."

Interpolemos nuestro comentario. El capitalismo mercantilista fue colonizador a su modo, y en Nuestra América inventó un nuevo tipo de sociedad, adecuado a la explotación por un poder lejano, que es el coloniaje; el inconcluso atisbo de Varona puede usarse aquí: la 'línea de menor resistencia', o sea: la debilidad, ocasional o constitutiva, de nuestro país, del país cubano, y de toda Nuestra América ha sido el coloniaje; fuera de Europa los Estados Unidos son una admirable excepción, un territorio que se desarrolla en sentido capitalista, con fuerza aún más alta que sus modelos europeos, el británico y holandés; un país que reúne en territorio común dos matices societarios: el capitalista puro, al noroeste y noreste; y el feudalista, esclavista, colonizado, al sur; lo que Europa hizo subyugando pueblos distantes, Estados Unidos, en sus dos etapas: la dependiente y la independiente, lo hizo dentro de un mismo ámbito continental; y llegado el momento crítico, mediante una guerra civil (1861-1863), realizó la unidad nacional, bajo la guía del norte capitalista.

Pero en la América Latina no se desarrollaron las cosas del mismo modo; aquí se estableció una sociedad colonizada y colonizable, en coloniaje, incapaz para tomar la senda del desarrollo capitalista, ni al

modo yanqui, ni al modo europeo. Esta es la médula esencial de nuestra realidad, y no dejamos de creer que en parte también es el caso en la vecina África; el imperialismo moderno, pues, tiene las puertas abiertas para llenar el vacío de poder que dejó la retirada de las tropas españolas; no tuvo que hacer ningún esfuerzo para embaucarnos con estas o aquellas ideologías; nosotros mismos nos dedicamos a persuadirnos de que éramos naciones en agraz, y que tarde o temprano recorreríamos la trayectoria de las ‘madres patrias’ europeas, y así nos encuadramos dentro de algunos matices del ordenamiento económico, jurídico y político de Europa, sin advertir que eso lo hacíamos como segundones coloniales, sin positiva esperanza de llegar a ser potencias, unidades dominadoras, como gallos finos; la ilusión que forjamos, ventajosa para la hegemonía local de las clases privilegiadas, siempre plegadizas, como se ha visto, al dictado del capital inversionista, ha tejido una inmensa maraña ideológica, que se apoya en un cierto parecido, muy de similar, de nuestras ‘instituciones’ a las que se supone que hemos tratado de imitar. Sin adentrarnos en lo nuestro, porque le quedaba muy al otro lado de su tierra firme, Lenin vio claramente lo que pasaba en los países sometidos por el sistema de la exportación de capitales, muchos de ellos ya colonizados al modo antiguo; se dio cuenta de que se les obligaba a un desarrollo económico sirviente, accesorio del de la metrópoli financiera, aunque fuese algo más rápido que el de otras épocas; siempre desde afuera, Lenin entiende el fenómeno nuestro, porque entiende la naturaleza del imperialismo, y comprende que en cuanto dominio, este orden de cosas tiene que producir un efecto perjudicial, y por eso apunta: “En las transacciones internacionales... el acreedor obtiene casi siempre algo en provecho propio: un favor en el tratado de comercio, una estación carbonera [nota nuestra: hoy día, una base militar, naval o aérea], una concesión lucrativa o un pedido de cañones [n.n.: esto lo documenta Lenin en la revista alemana Die Bank, no. 2, 1913, p. 10-24]... Es muy corriente —prosigue—, que entre las cláusulas del empréstito se imponga la inversión de una parte del mismo en la compra de productos del país acreedor, particularmente de armamentos, barcos [n.n.: le hacen comprar toda la chatarra que ha ‘pasado de moda’ tecnológicamente]. Vemos, pues, que estos hechos no han dejado de estar en vigor”. Y Lenin añade: “Así... el capital financiero coloca sus redes, en el sentido textual de la palabra, en todos los países del mundo.”

Aún cuando Lenin pone más el acento en el imperialismo, y perdónesenos la paradoja, lo que dilucida mejor, indirectamente, es la realidad del coloniaje; esa posibilidad de influir en la economía de otros pueblos, para subyugarla y arrabatarla, sin ocuparlos militarmente, no

era dable sino en razón de alguna ‘línea de menor resistencia’, que en nuestro caso era la cualidad peculiar que los españoles fundadores le fijaron a la sociedad latinoamericana, la del coloniaje; no ignoramos, naturalmente, que también en la misma Europa las naciones más avanzadas en el camino capitalista han subyugado a las más atrasadas y ruralistas (ejemplo: Portugal y la Gran Bretaña, curioso maridaje entre dos imperios, de los cuales el uno señorea al otro); no ignoramos que hoy día los Estados Unidos tiende a avasallar y avasalla a naciones capitalistas europeas; sin embargo, los rasgos intrínsecos de nuestro modo de vida son los que hemos llamado del coloniaje.

En efecto, la falta de resistencia efectiva de nuestros países frente a la penetración invasora del capital extraño es un fenómeno distinto al que en el siglo xx ha permitido que dentro de la misma Europa unas naciones exploten y dominen a otras. En el Cap. V, “El reparto del mundo entre las asociaciones capitalistas”, Lenin señala: “Las asociaciones de capitalistas: carteles, sindicatos, fideicomisos, se reparten entre sí, en primer lugar, el mercado interior, apoderándose de un modo más o menos completo de la producción del país.” ¿Qué significa este nuevo hecho, que Lenin expresa? Significa lo que él mismo aclara, basándose en la obra del alemán A. Supan: *Die territoriale Entwicklung der europäischen Kolonien*, 1906, p. 254: “La política colonial de los países capitalistas, en el sentido de ocupar tierras no pobladas, ya terminó; el mundo, por primera vez, ya está repartido, de modo que lo que en adelante puede hacerse es traspasarse los “propietarios” entre sí el uso de este o aquel mercado.” Y Lenin escribe: “Vivimos, por consiguiente, en una época peculiar de la política colonial del mundo que se halla íntimamente relacionada con la “etapa contemporánea de desarrollo del capitalismo”, con el capital financiero.”

Un ensayo que busca demostrar, tiene que exhibir tantas pruebas como pueda hallar, idóneas, sugerentes. Sigamos con una cita de Lenin: “Se ve claramente cómo a fines del siglo xix y en los albores del siglo xx se hallaba ya “terminado” el reparto del mundo. Las posesiones coloniales se ensancharon en proporciones gigantescas después de 1876: en más del 50%, de 40 a 50 millones de kms², para las seis potencias más importantes... Tres potencias no eran dueñas de colonias en 1876, y la cuarta, Francia, casi no las tenía. Para el año 1914 esas potencias habían adquirido colonias en una superficie de 14.1 millones de kms², es decir, el 50% aproximadamente de la superficie de Europa.” Indica Lenin la existencia del antiguo y del moderno colonialismo, bajo la férula del

capital financiero. Si se averiguan las causas de que tal expansión imperialista haya sido posible, sin un terrible período de guerras de conquista, surge, por lo que respecta a nuestros países la característica que hemos denominado del coloniaje.

Lenin se aproximó, de manera asombrosa, al hallazgo de este carácter, cuando usó la expresión de “estados semicoloniales”, y así dice: “En cuanto a los Estados “semicoloniales”, nos dan un ejemplo de las formas de transición que hallamos en todas las esferas de la naturaleza y de la sociedad. El capital financiero es una fuerza tan considerable, puede decirse tan decisiva en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de subordinar, y en efecto subordina, incluso a los Estados que gozan de la independencia política más completa, como lo veremos a continuación. Pero, se comprende, la subordinación más beneficiosa y más “cómoda” para el capital financiero es aquella que trae aparejada consigo la pérdida de la independencia política de los países y pueblos sometidos. Los países semicoloniales son típicos en este sentido. Se comprende, así, que la lucha sobre esos países semi-dependientes (sic) haya tenido que exacerbarse especialmente en la época del capital financiero, cuando el resto del mundo se hallaba ya repartido.”

Comentemos el texto de Lenin. Detrás del vocablo “semicolonial”, como detrás de la frase de Varona, de ‘la línea de menor resistencia’, se oculta la característica nuestra, el coloniaje; eso era lo que veía Lenin desde allá, aun cuando aplicase este vocablo sólo a China, Persia y Turquía que le quedaban dentro de su horizonte geográfico y cultural; Lenin emplea este concepto designándolo “forma de transición”, porque con esa palabra quiere entender un fenómeno que consiste en la apariencia de soberanía plena y la realidad de sujeción económica y política; nosotros hemos sido como esos países a que alude Lenin: hemos dado la impresión de ‘gozar de la independencia política más completa’, hemos vivido creyendo que éramos ‘naciones’, y así hemos hablado de ‘la venezolanidad’, la ‘argentinidad’, etcétera, con las otras ilusiones; pero, ¿qué quiere decir Lenin con lo de “forma de transición”? Es indudable, para quien como Lenin tuvo algo de cultura francesa que ser “semicolonia”, desde el punto de vista lingüístico, es como ser “demi-mondaine”, semi-mundana, ni mundana de un todo, ni conventual de un todo (el idiomatismo parece aludir, más bien, a que se sea o no, abiertamente, o en la media luz de los refugios de ocasión, una dama complaciente, que no cambia sus favores por sólo unos luses de oro; pero éstas no son “formas de transición”, sino que suelen morir de

viejas, quedándose siempre bajo el mote de “demi-mondaines”). Creemos que tal no es el caso, ni mucho menos, de nuestros países, aunque en sus clases privilegiadas, como lo señalamos más adelante, se dé el malinchismo.

¿Hacia dónde, la transición? Esta es la clave. Transición hacia una colonización integral; transición hacia la des-colonización; pero nuestros países jamás han sido semicolonias, porque ya desde su origen eran países en coloniaje, que es un distinto modo de ser. Lenin nos aclara que nuestra peculiar característica no podía, de ninguna manera, salvarnos de que cayésemos en las garras del dominio imperialista, cuando dice: “La posesión de colonias es lo único que garantiza de una manera completa el éxito del monopolio contra todos los azares de la lucha contra el adversario”, y Lenin añade: “Puestos a hablar de la política colonial de la época del imperialismo capitalista, es necesario hacer notar que el capital financiero tiene una política internacional, que se traduce en la lucha de las grandes potencias por el reparto económico y político del mundo, lo cual origina abundantes formas transitorias de dependencia estatal. Para estas épocas son típicos no sólo los dos grupos fundamentales de países: los que poseen colonias y las colonias, sino también las formas variadas de países dependientes que desde un punto de vista formal gozan de la independencia política, pero que en realidad se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática. Una de esas formas, la semicolonia, la hemos indicado ya antes. Modelo de otra forma es, por ejemplo, la Argentina.”

En esta parte Lenin se hace más preciso, en su tesis, y nos habla de “las formas variadas de países dependientes que desde un punto de vista formal gozan de la independencia política”, e insiste en que la “semicolonia” es una de “esas formas variadas”; ¿y cuáles otras “formas variadas” pueden concebirse? Porque la “semicolonia” es una “de esas formas”, y la Argentina es “modelo de otra forma”, que Lenin denominó “colonia comercial”; sin duda que el coloniaje tiene muchos visos de ser la forma por excelencia, en la América Latina, que caracteriza a nuestros países y explica su debilidad intrínseca, y la causa de que haya caído en las garras del capital inversor extranjero, europeo y norteamericano.

Lenin cita a Schulze-Gaevernitz (en su libro: *Britischer Imperialismus und Englischer Freihandel zu Beginn des xx Jarhünderts*, Leipzig, 1906, p. 318), quien dice: “América del Sur, y sobre todo la Argentina, se halla en tal dependencia financiera con respecto a Londres, que casi se la debe calificar de colonia comercial inglesa”, y Lenin comenta: “Según Schilder, los capitales invertidos por Inglaterra en la Argentina...

ascendían en 1909 a 3.750 millones de francos. No es difícil imaginar los fuertes vínculos que se establecen entre el capital financiero y su fiel “amigo”, la diplomacia de Inglaterra y la burguesía de la Argentina, los círculos dirigentes de toda su vida económica y política.”

Y más adelante dice Lenin: “El mundo ha quedado dividido en un puñado de Estados usureros y una mayoría gigantesca de Estados deudores. “Entre el capital invertido en el extranjero —escribe Schulze-Gaevernitz—, se halla, en primer lugar, el capital colocado en los países dependientes... Inglaterra hace préstamos a Egipto, el Japón, China y América del Sur.” ¿Qué es lo que entrevemos, de lo dicho por Lenin y los autores que él cita? Entrevemos que para su tiempo, 1917, podría haberse creído que había unos países semejantes a los animales australianos, medio aves, medio mamíferos: ornitorrincos; mitad carne, mitad plumas: los países semicoloniales, especies irregulares, de indefinida duración. Con su sagacidad dialéctica, Lenin se da cuenta de que, tanto en la naturaleza como en la sociedad, hay “formas de transición”; por lo que respecta a los países, hay unos que tienen una dependencia real y una independencia aparente, y entre éstos una de las variadas situaciones de subyugación es la de “semicolonia”. La Argentina, en 1909 se encontraba en la clase “modelo de otra forma”, de los países que eran colonias comerciales. Ignoramos por qué causa nuestros marxistas de épocas anteriores han preferido la caracterización más ambigua e incierta, la de “semicolonia”, cuando el mismo Lenin husmeaba, desde su lejana Moscovia, una pieza de cacería más concreta. Incluso la otra manera de expresarse Lenin, al hablar de “los países dependientes”, ha podido sernos más útil para comprender a fondo la realidad societaria de nuestros países, y desarrollar una tarea pedagógica a objeto de mover a los pueblos para que se dispusiesen nuevamente, como entre 1810 y 1825, a liberarse de toda dependencia gerenciada por un poder extranjero.

Releyendo a Lenin, a la luz del concepto de colonaje, y del estudio que él hizo del fenómeno del imperialismo vigente, hallamos este texto, que en su raíz luminógena nos ofrece una advertencia digna de que se la considere bien: Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación en vez de la tendencia a la libertad, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de naciones riquísimas o muy fuertes: todo esto ha originado los rasgos distintos del imperialismo, que obligan a calificarlo de capitalismo parasitario o en estado de descomposición. Llevemos las palabras de Lenin hasta sus últimas consecuencias: La existencia del colonaje, en la

América Latina ha permitido que el capital inversionista, europeo y yanqui, año tras año se apodera de las actividades económicas más lucrativas, las que antiguamente distinguían a esos países como colonias españolas o portuguesas: la minería, la agricultura extensiva, los transportes, la importación, los bancos, y a través de las embajadas el manejo de la cosa pública, y el soborno de los políticos cipayos, y el malinchismo de las clases privilegiadas; la causa de que tal apoderamiento fuese posible, sin resistencia, consiste no en el efectivo atraso económico y general en que se vivía, sino en la idiosincrasia colonial de la sociedad latinoamericana. La categoría “semicolonia”, como vemos, no resiste un análisis somero.

El estudio de Lenin sobre el imperialismo, por otra parte, es fragmentario, así haya sido certero en gran medida; desde 1917 a la fecha han transcurrido cincuenta años de “descomposición” del imperialismo; así como indicamos que el colonialismo implica, por lo menos en Nuestra América, el coloniaje, así decimos ahora que también hay descomposición en el interior de nuestras estructuras societarias; en tal sentido, ni siquiera la ilusa ideología de “nacionalismo”, cultivada por más de un siglo, escapa al influjo corredor del dominio extranjero: tal nacionalismo, basado en naciones que no han existido sino dentro del ámbito ficticio de las leyes y las cartas magnas, se ha descompuesto hasta el punto de que nuestros países se desenvuelven hoy como unidades políticas y económicas sujetas a los designios del capitalismo yanqui.

Actualmente se habla mucho de ‘desarrollo’ (palabra que reemplaza a la de progreso, que se hizo antipática en todas partes a las clases dominantes porque en el contexto marxista obligaba a presentir el paso de la forma burguesa de organización societaria a la socialista y colectivista). ¿Desarrollo de qué, para qué, por quién, para ventaja de quiénes, y dentro de qué modelo, el capitalismo, el socialista? Una sociedad en coloniaje puede tener también su desarrollo específico, porque el contenido de este vocablo y el del proceso mismo es sumamente ambiguo; el imperialismo suscita un estilo de desarrollo: el desarrollo del indiecito que se convierte en un sirviente letrado, y galoneado; tal desarrollo acentuaría la descomposición del coloniaje, dentro del coloniaje mismo, paralela a la descomposición del imperialismo dentro de sí mismo; pero la evolución que tiende a dársele a nuestro coloniaje, bajo la guisa de ‘desarrollo’, lo que hace es formar ese coloniaje y convertirlo, cada vez más, en el régimen de una colonia de antiguo estilo, aunque se mantengan algunas de las apariencias engañosas.

Un demagogo de barrio podría decir que el ‘desarrollo’ de que tanto se habla es, más bien, y valga el neologismo, un “deformollo”, un modo de deformarnos que ensancha la abyección en que nos encontramos, sometidos a la extranjera hegemonía; y es que el imperialismo se opone a que nuestro desarrollo nos llegue a convertir en una nación capitalista poderosa, capaz a su vez de colonizar, y de apoderarse siquiera de uno de los cayos de la costa meridional de los Estados Unidos, ya que no de uno de sus ‘ranchos’ téjanos; nuestro desarrollo, entendido como le conviene al imperialismo, nos puede llevar a que seamos más explotables, más rentables, pero jamás independientes; el imperialismo, pues, no nos compone favorablemente a nosotros mismos, sino que nos descompone para su particular ventaja; tal es el “deformollo”, que se imagina nuestro orador de barrio, con una verdad que se expresa sin elegancia, pero con veraz torpeza. La etapa del capitalismo que se ha venido manifestando en la absorbente injerencia del capital inversor yanqui en nuestros países no pudo ser adivinada por Lenin, y es distinta a la etapa que del mismo capitalismo yanqui se ha observado en la Europa posterior a 1945; la capacidad de sobrevivir, que el imperialismo tiene, es el problema esencial de nuestro tiempo. ¿Cuántas etapas le quedan todavía antes de que la acción conjunta de todos los pueblos del llamado ‘tercer mundo’ lo erradique de la escena contemporánea? En el siguiente capítulo nos pondremos a examinar la mirada europea sobre el imperialismo, mirada que también fue y es la de Lenin; en el ejemplo del maestro ruso queremos inspirarnos, afanosos como estamos de demostrar la viabilidad de nuestra tesis, y si es posible levantar otros análisis en el horizonte de nuestros países, todos atañedores a la esperanza de liberación (3-v-1967— 23-v-1968).

3. Lenin y la mirada europea sobre el imperialismo

Con el fin de escribir su folleto de 100 páginas: *Imperialism kak novishii etap kapitalisma* — El imperialismo, como la más nueva de las etapas del capitalismo, en 1916, Lenin juntó materiales leídos en decenas de libros, revistas y periódicos (106 libros alemanes, 23 franceses, 17 ingleses, dos traducidos al ruso; y 232 artículos (206 alemanes, 13 ingleses y 13 franceses, en 49 distintos órganos periodísticos (34 alemanes, 7 franceses y 8 ingleses); para escribir lo que cupo en 5 pliegos, examinó lo que quedó anotado en unos cuadernos que, impresos a su vez, se tomaron 43 pliegos (datos de Jorge Rudenko, en: *La metodología leninista en la investigación del imperialismo*); hemos recorrido dichos Cuadernos desde el Alfa hasta los Apuntes 1912-1916, en las 800 páginas que forman estos dos tomos de sus Obras completas en español.

Quisimos darnos cuenta de si tan asombrosa minucia iba más allá del imperialismo hasta el colonialismo que nos ha regido y fundado a nosotros, y hasta el coloniaje que nos caracteriza, y, además, para orientarnos sobre qué es el imperialismo en sí, en sus lugares de origen, como causante (en su etapa mercantilista), del efecto que hoy día constituye el orden societario en el cual vivimos; deseábamos medir el grado de acercamiento de Lenin al horizonte latinoamericano, a la vez que palpábamos el grado de nuestro alejamiento de aquello que, por así decirlo, teníamos ‘en nuestras narices’. Ha resultado, entonces, la constatación de una paradoja: de lejos, no nos veían bien; de cerca, no nos veíamos bien; mayor entereza, pues, resolvimos tener en el propósito de demostrar que el coloniaje es la manera de ser, real y efectiva, de Venezuela, y de nuestros países latinoamericanos.

Los títulos de algunas obras leídas por Lenin, para saber él qué era el imperialismo, también nos aleccionan, sin embargo. Enumerémoslos: *Desarrollo de las relaciones comerciales y políticas entre Inglaterra y sus colonias hasta 1860*, por Paul Bushing, 1904; la tesis de doctor: *Organización de las colonias*, de Dameret, 1899; *El imperialismo*, J. A. Hobson, 1902 (quien cita a Leroy-Beaulieu); *El imperialismo británico y el libre comercio inglés de principios del siglo xx*, Schulze Gaevernitz (a quien Lenin acusa de plagiar a Hobson), 1906; *Estudios sobre el nacionalismo colonizador*, R. Jebb, 1905; *Misiones evangélicas*, Warneck (sobre el papel de las sectas religiosas en el saqueo de las colonias); *El Turquestán ruso y las actuales tendencias de la política colonialista de*

Rusia, O. Hoetsch, 1913; La penetración de Rusia en Asia, G. Vambery, 1900.

Otros libros: Sun Yatsén y el despertar de China, Cantlie y Jones, 1913; La gran Roma y la gran Bretaña, G. P. Lucas, 1912; El sistema económico de inversión de capitales en el extranjero, Waltersshausen, 1907; El ejército colonial, Perrin de Boussac, 1901 (tesis de doctor), con citas de De Lanessan: Principios de la colonización; Una potencia mundial y un estado nacional, Ulbricht y Rosenhagen (aquí se dice: “El viejo imperialismo (de tipo romano) fue enterrado en... la isla de Santa Elena, junto con Bonaparte”); los autores hablan del ‘principio europeo de las nacionalidades, en el sistema capitalista burgués’, y luego dicen, señalando el nuevo imperialismo: surge una política mundial de nuevo tipo. EL TÉRMINO IMPERIALISMO RESURGE CON UN CONTENIDO NUEVO... Inglaterra fundaba un NUEVO IMPERIO MUNDIAL más allá de las fronteras de Europa —las mayúsculas las pone Lenin, en su Cuaderno Omicrón); en el extracto que Lenin le hace a este libro dice: “América del Sur, libre hoy, a excepción de las tres Guayanas” (donde se observa el alejamiento de Lenin, en cuanto a nuestra verdadera realidad, pues no anota las posesiones coloniales europeas en el Mar Caribe, las posesiones coloniales norteamericanas: Puerto Rico y Cuba; y la posesión colonial británica de Belice; y donde comparte la errónea creencia de que nuestra América Latina era ‘libre’ en 1916, porque en 1824 se emancipó del imperialismo español).

Otros libros: La política colonial y mundial de Alemania, P. Dehn, 1907; El socialismo y la política colonial, F. Quadflieg, 1914 (en este libro hay una cita de Sering, que dice: “Rusia, Inglaterra y Norteamérica... van más allá: ampliaron o trataron de extender sus imperios a todos los confines, no en el sentido literal de la expresión, sino en forma tal que todo lo que pueda dar la tierra se extraiga de los límites de cada imperio... En el caso de que Rusia y Norteamérica logren concretar sus planes de convertirse en imperios mundiales, se apoderarán de los dos $\frac{1}{4}$ restantes de nuestro planeta, colocándose así en una posición tan ventajosa como la del imperio británico... una tercera potencia, la Unión Norteamericana... después de los comunicados urgentes de Monroe... los norteamericanos se adjudicaron todo el continente americano como el objetivo de conquista... La política rusa de conquista no es otra cosa que una repetición del imperialismo británico y del panamericanismo norteamericano... el 17 de enero de 1903, Chamberlain dijo en Juanburgo (Johannesburg): el futuro es de las grandes potencias.”)

Extracta Lenin el libro: *La guerra sudafricana*, 1902, del cual toma una serie de datos históricos de interés para nuestro estudio; trata de las “principales crisis en la marcha ascendente del imperialismo”: 1877-1878: Rusia e Inglaterra se reparten las esferas de influencia en Turquía; 1885: Rusia e Inglaterra saquean y se reparten el Asia central; 1895: Japón, Inglaterra, Alemania y Francia saquean y se reparten a China; 1898: Inglaterra y Francia saquean y se reparten África; 1904-1905: Rusia y Japón saquean y se reparten territorios en China y Corea; 1905: Alemania y Francia saquean y se reparten a Marruecos; 1903: Alemania, Inglaterra, Italia y Francia tratan de que Venezuela, por la fuerza, les pague una deuda cuyo monto es fraudulento (Alemania bombardea a Puerto Cabello, y amenaza a Maracaibo, y sus marinos humillan a nuestra patria); con ayuda del libro: *Cuadros estadísticos geográficos*, de O. Hübner, Lenin hace un informe en sinopsis sobre la distribución de las colonias entre los estados imperialistas para 1916, y en la parte que toca a Nuestra América y la del Norte incluye la Zona del Canal de Panamá y Puerto Rico como posesiones yanquis, e incluye las posesiones británicas de Terranova, Labrador, el Canadá, el vasto archipiélago caribe, las Guayanas, Honduras británicas (Belice), las islas Malvinas, las Bermudas, y no olvida las Indias Occidentales de Dinamarca (que, según sabemos USA compró después) (Nótese que en los apuntes de Lenin lo que se omite en unas líneas, a medida que la lectura se acumuló, logró incluirlo más tarde). Por nuestra parte, en cuanto lectores de Lenin, vemos que el antiguo y el moderno colonialismo surgen en los papeles guardados del gran maestro ruso; como la obra que se le encomendara a él, sobre el imperialismo, no era un tratado, sino un ensayo breve, estos elementos de juicio e interpretación históricas y sociológicas quedáronse en extracto, sin duda.

Del libro de Segismundo Schilder: *Tendencias en el desarrollo de la economía mundial*, Tomo I, Berlín, 1912, Lenin extracta: Schilder habla de “los países tropicales y subtropicales de escasa cultura. . . (que) se están convirtiendo o se han convertido en verdaderas colonias inglesas”; Schilder dice: “Nos referimos a aquellos casos en que un país de cultura europea puede hallarse en realidad durante largo tiempo — decenios e incluso siglos— bajo el protectorado británico sin que dicho país esté desprovisto, al menos formalmente, de ninguno de los atributos de la soberanía plena, p. ej., Portugal, España, Noruega, Siam (el primero de éstos, desde 1710)”; también dice Schilder: “La nueva política colonial no es de violencia; los gobiernos colonizadores prestan mayor atención al desarrollo de la producción de materiales agrícolas y mineros; Inglaterra p. ej., convierte a Egipto cada vez más en un país

que produce exclusivamente algodón: esa es la política colonial de nuestros días, fomentar la producción de materias primas y acoger con indiferencia, cuando no con hostilidad, el desarrollo de la industria (en el país colonizado)". O sea, que Schilder le estaba diciendo a Lenin, cómo el imperialismo se basaba en toda clase de situaciones en las cuales hubiese 'líneas de menor resistencia'; si países como Portugal y Noruega, p. ej., han podido caer en las garras de un águila imperiosa, con mayor razón los nuestros, que fueron creados como los "pollos capones" para que su sacrificio determinase el eterno enriquecimiento de las naciones dominadoras.

En otro lugar, Lenin hace uso de un cuadro sinóptico, con cifras esta vez, y según los datos de Hübner; pone 20 estados de la América del Sur y Central con 82 millones de habitantes, en una casilla; inserta 10 estados, en otra casilla, bajo el rótulo de Semicolonias, pero no los nombra; destaca, designándolos como países representativos de la condición de "semicolonia" a China, Persia y Turquía. En la casilla que titula Colonias, con casi 60 nombres y 557 millones de habitantes, figuran la India y países africanos. Hizo Lenin otro cuadro que rotuló: "Cuadro sinóptico del reparto del mundo", con estas casillas, que expresan su modo de entender las cosas, desde Rusia y desde Europa, desde allá para otras partes, y para acá: Países financieros y políticamente independientes (Inglaterra, Alemania, Francia, Estados Unidos); Países financieramente no independientes y políticamente independientes; Países semicoloniales (China); Colonias y países dependientes (aquí inserta 70 millones de seres en países dependientes, más parte de América del Sur y Central, más parte de las semicolonias). De esta tabulación se desprende que Lenin se atiene al concepto de "semicolonia", hasta el momento, porque observa que se podía ser financieramente dependiente y políticamente independiente; su fineza en el estudio, sin embargo, no llegó más que hasta el fenómeno del imperialismo: hecho que golpeaba a otros países, hecho que regía la suerte del movimiento revolucionario a cuyo frente se encontraba; más allá del imperialismo, visto desde Rusia y Europa, adentrándose en la realidad profunda de nuestros países fuele imposible asomarse suficientemente.

Después de recalcar los hechos que Lenin tuvo en la mano, y en particular el que pesca en el libro de Quadflieg: "los norteamericanos se adjudicaron todo el continente americano como objetivo de conquista", podremos exhibir algunas instancias del esfuerzo heurístico de nuestro guía y maestro supremo en la revolución contemporánea, a objeto de

enriquecer los elementos de juicio que demuestren, del modo más claro posible, que el coloniaje es el rasgo básico de nuestros países latinoamericanos. Las exploraciones leninistas del imperialismo, y un examen de 'la teoría de la colonización', son dos sendas hacia la verdad-raíz que nos interesa; la época ha hecho madurar una cierta lucidez sobre este asunto, como pueden apreciar quienes lean los trabajos del chileno Hernán Ramírez Necochea, p. ej., su libro: Balmaceda y la contrarrevolución de 1898 (publicado en 1958), y su: Historia del imperialismo en Chile (v., más adelante: Ramírez Necochea y su aporte al estudio del coloniaje, 1960); Lenin copia, del libro de Hobson, estos datos: Desde 1884 hasta 1900, pasaron a formar parte del imperio británico 57.436.000 personas más; desde 1870, en Alemania se hace propaganda colonialista, y en 1884 Alemania aparece con 'protectorados' en África y se anexa islas en Oceanía (las Samoa, que después se apropiará USA), hasta redondearse 14.000.000 de súbditos coloniales; en los primeros años de 1880-1890, el economista más influyente de Francia reanuda y reaviva la tendencia colonialista, y Francia llega a someter a 37.000.00 de personas; Italia, para tener algo más que ruinas y museos, se hace colonizadora (Eritrea, Libia, Somalia); Bélgica se saca 'las picas de Flandes' y las pone en el Congo, clavándolas en más de 10.000.000 de africanos; en estos años se dice, también que es lo más natural del mundo que Rusia "amplíe sus fronteras". De un artículo que lleva el mote de: "La bandera de la patria y el comercio", Lenin copia esto: "La política exterior de la Gran Bretaña es, en primer término, una lucha por MERCADOS VENTAJOSOS para la inversión de capitales... Los inversores están interesados en disminuir los riesgos que puede presentar la situación política del país en que colocan su capital... los que colocan su capital tratan por todos los medios de anexarse políticamente los países en donde se encuentran sus inversiones de carácter más lucrativo" (nota nuestra: el subrayado es de Lenin; obsérvese que el articulista citado por Lenin define, involuntariamente, la naturaleza del nuevo imperialismo, el que permite a los países subyugables que mantengan su aparente plenitud soberana, a tiempo que se "los anexa políticamente", para garantizar el éxito de las operaciones lucrativas que han de realizarse). Estas dos palabras juntas: anexión política, aclaran bastante el misterio del rejuvenecimiento imperialista que se manifestara desde 1870 en el mundo occidental. ¿Qué significa, históricamente, la anexión política de aquellos países en donde se han colocado inversiones de capital? Significa que hay que invertir a esos países, y ponerlos con los pies para arriba y la cabeza para abajo, a objeto de "vaciarles los bolsillos", y exprimirlos y oprimirlos mejor; significa el establecimiento, progresivo e irreversible,

de nuevas modalidades de subyugo, las cuales pueden transformar, en el caso de Venezuela, y de la América Latina, los antiguos rasgos del coloniaje en otros más modernos y de más jugoso aprovechamiento; en tal sentido, nuestros países, moldeados para la servidumbre, pueden sufrir la suerte del “indiecito” de nuestro símil: de analfabetos pasan a escribas y de escribas a ingenieros y doctores, pero sin dejar de vestir, jamás, los galones de las compañías extranjeras.

De ahí que la influencia de la hegemonía capitalista yanqui en nuestros medios haya determinado una serie de cambios y desarrollos, en virtud de los cuales tenemos unas Embajadas que son: “el poder detrás del trono”; residencias de los pretores del imperio; unas ‘misiones militares’ que dirigen a nuestros ejércitos y los subordinan a la estrategia extranjera, obligándolos en cada país a actuar en calidad de suprema policía ‘del orden público’; unas cámaras de comercio americanas; servicios ‘nacionales’ de prensa pagados por compañías mineras de USA; revistas ‘de cultura’ pagadas por esos mismos inversores de nuestra personalidad histórica; servicios policiales entreverados, que aseguran el control, por USA, de la vigilancia e información, política y de todo tipo, en nuestros países; numerosas escuelas en inglés para los hijos de las familias norteamericanas; bibliotecas USIS; misiones evangélicas, por centenares; cuerpos de voluntarios de paz; incontables agentes propios y ‘nativos’ (políticos profesionales, sindicalistas, corresponsales de prensa, etc.); y los ultra-poderosos bancos. El coloniaje, así, se arraiga más firmemente.

Cita Lenin, del Journal of the Royal Statistical Society, Tomo LXII, este admirable párrafo: “Mr. Rockefeller, Mr. Pierpont Morgan, Mr. Hanna, Mr. Schwab y socios necesitan del imperialismo... porque quieren utilizar los recursos estatales... para encontrar una aplicación ventajosa a sus millones... Como es natural, no es preciso dominar un país para comerciar con él o colocar allí algún dinero... Los grandes señores de la industria y de las finanzas norteamericanos... se verán obligados a volver sus ojos hacia China, el Pacífico y América del Sur: ... Cuba, Filipinas y Jaguai (Hawái) no son más que un “bocado” para despertar el apetito... los capitalistas encuentran crecientes dificultades (n.n. en su propio país)... lo que los hace caer cada vez más en la tentación de utilizar sus gobiernos con el fin de asegurarse para sus negocios privados algún lejano y atrasado país, por medio de la anexión y el protectorado.”

Lo que se lee arriba fue escrito en son de crítica hostil, dentro de Estados Unidos o de Inglaterra, al desarrollo imperialista del capitalismo

financiero, por una serie de personas, “liberales”, que se oponían al “condenable imperialismo”, y lo tenían como una política pasajera e improvisada, y no como una nueva etapa del capitalismo; pero expresábanse allí las raíces de una verdad; según ya apuntamos, en el caso de Varona, el imperialismo tuvo sus amigos y sus enemigos, sus críticos y sus ideólogos-padrinos, así: los positivistas ingleses y franceses, los llamados socialistas fabianos, y un tal-profesor-Gidding-de-sociología; la misma fuente citada por Lenin agregaba: los teóricos del imperialismo “fundamentan la necesidad de que ‘las naciones civilizadas’ ejerzan el control sobre las regiones tropicales en una causa material”. Las riquezas naturales de los países del trópico “tienen importancia vital para la existencia y progreso de la civilización occidental... la dependencia de los países de clima moderado... del trópico debe ir en aumento... el clima cálido produce en los habitantes de esos lugares el atraso y la negligencia, y esos indígenas no son capaces de explotar las riquezas naturales del trópico”. He aquí el aspecto ideológico pro-imperialista: se inventa el mito del “trópico” somnoliento, y del “indio perezoso”, y del “negro indolente”, y de que el atraso no es el coloniaje, instaurado por europeos, dirigido por europeos y crónicamente usufructuado por europeos, descendientes de quienes son los miembros de las clases privilegiadas; tal aderezo ideológico sirve para hacer aceptable y honorable, ante la opinión general de las naciones imperiosas, la forzosa situación dependiente de los otros pueblos; así se justifica, torpemente, la simple necesidad que tienen los capitalistas de “encontrar una aplicación ventajosa a sus capitales”; toda la historiografía latinoamericana habría que corregirla, en este sentido, para expurgarla del ideologismo imperialista que la ha saturado, con ayuda del positivismo, esa corriente, mitad científica, mitad apologética, que ha sido útil para desvirtuar la conciencia de nuestros pueblos, haciéndonos creer en un ‘nacionalismo’ a la europea, de oropel, de similar, en las tinieblas del cual quedaba disimulado el coloniaje, rasgo real de nuestra vida.

En la página 265, de la revista que cita, Lenin copia este esclarecedor texto: “En la mayoría de los países del mundo un interés comercial determinado o propiamente dicho y la forma de actuar crearon el núcleo del que surgió el imperialismo; los primeros establecimientos comerciales se convirtieron en poblaciones industriales, alrededor de las cuales surgieron las concesiones sobre tierras y las zonas ricas en minerales; los poblados industriales exigieron fuerzas armadas (nota nuestra: es lo que ha venido pasando en los campos petroleros de Venezuela, cuidados por nuestra Guardia Nacional) para su defensa (n.n:

con lo que el Ejército del país en coloniaje se pone al servicio de los extranjeros, quienes de manera sutil arrebatan la soberanía; dicho ejército, pues, se cipayiza: no defiende a la patria, sino a los intereses de firmas que coadyuvan a la perennidad del coloniaje), para asegurar nuevas concesiones y para reprimir y castigar cualquier violación de los acuerdos... o del orden; otros intereses políticos y religiosos, comienzan a adquirir mayor significado, y el establecimiento comercial originario adquiere un carácter político y militar más claramente manifiesto (Lenin ha subrayado las palabras que preceden); las riendas de la dirección pasan, por lo general, de la compañía (extranjera) al Estado (criollo) y el protectorado, que así se presenta, sin una definición muy precisa, sin embargo, de modo gradual toma la forma de una colonia.”

Vemos, pues, al trasluz, lo que Lenin sugiere al destacar estas líneas; semejante proceso de subyugamiento es una de las formas transitorias de que ya hemos hablado: se pasa de ‘estar protegido’ a estar colonizado; en nuestro caso, insistimos, el cambio ha sido de hallarnos en el coloniaje, a encontrarnos “cogidos a lazo” por los famosos ‘llaneros del Oeste’ de Wall Street, en Nueva York.

Debemos agradecer a la Real Sociedad de Estadística, de Londres, el habernos aclarado tan magistralmente lo que en Venezuela ha sucedido en todo este siglo xx, y que ha visto Lenin, por lo menos en su Cuaderno Kappa; el sentido del párrafo transcrito se ilumina más aún con el trozo que sigue, marcado por Lenin, en el borde, con las palabras: Esencia del imperialismo, y que dice: “Pero el objetivo económico del imperialismo en cuanto a abrirse acceso a China... no consiste... en el comercio ordinario, sino en crear un nuevo y enorme mercado para los inversores de Europa occidental, un mercado cuyos beneficios no lleguen a todo el pueblo, sino sólo al grupo de capitalistas inversores (lo que vemos, entre nosotros, hecho realidad en las lujosas hortalizas de Rockefeller, en Palo Gordo, que producen tomates muy finos, empacados en estuches, y que se venden a los hoteles de lujo y a las casas de altos empleados yanquis de las oficinas petroleras).

”La propia naturaleza de este imperialismo obstaculiza la marcha normal y sana de un proceso que permitiría a los pueblos aprovechar la creciente riqueza mundial; la esencia de este imperialismo es el desarrollo de los mercados para la colocación de capitales (n.n: este es el ‘deformollo’, se deforma una economía ya en coloniaje, para que se quede en ‘el hoyo’ de su dependencia al factor extranjero)... es el aprovechamiento de la superioridad económica que le proporcionan las

mercancías extranjeras para desalojar a la industria de su propio país y apoyar la dominación política y económica de una clase determinada”, concluye la revista inglesa.

Aquí está, visible, lo que, habiendo empezado con una ‘semicolonización’, o colonización grado-A, no tarda en convertirse en colonización grado-B, más firme y acentuada. Lenin copia en su cuaderno: “El imperialismo sólo ahora comienza a comprender (el ‘ahora’ significa: la primera década del siglo xx) todas sus posibilidades y a convertirse en un refinado arte de conducción de los pueblos (n.n: aprendido, ¿por qué no? en los manuales llamados ‘teorías de la colonización’); el amplio derecho al voto concedido a un pueblo analfabeto en su mayoría, y que no posee sentido crítico, favorece en medida considerable las intenciones de los políticos y audaces y prácticos (n.n: en Venezuela los conocemos muy bien a estos señores que practican, a su modo, la consigna de Dantón: Audacia, audacia, y siempre audacia, trampolín del más feroz arribismo y carrerismo) que se convierten en aliados de los agentes imperiales; todo lo demás no es silencio, sino escándalo: el control sobre los medios de formar la opinión del país, para amoldar al pueblo a las exigencias de aquel sistema de dominio y expolio que se llama a sí mismo ‘instrumento del progreso’, y que fabrica toda una serie de mitos para mantener inamovible tan provechosa hegemonía.”

En menos de un siglo, desde 1870 a 1910, el dominio extranjero, ya europeo, ya norteamericano, se consolidó en Venezuela, y en la América Latina; eso es un hecho cumplido, al que hubo de favorecer la confusión doctrinal, de buena o de mala fe, cultivada por el positivismo; la historia patria, al uso en nuestras escuelas, dice que el régimen colonial terminó en 1824, porque ignora que la conquista de nuestro continente por los españoles significó, con el tiempo, el establecimiento de una sociedad de nuevo tipo, adecuada a la explotación secular de sus riquezas, y sin perspectivas de transformarse en algo semejante a la ‘madre-patria’; hoy, todo un andamiaje ideológico refuerza las estructuras de dominio: doblado el fundamento del coloniaje por una red de tentáculos extractores, pareciera que en cada uno de nuestros países hubiese dos, y no uno sólo; a causa de la inmensa dificultad que constatamos, para desenmascarar la legítima faz de la recubierta naturaleza societaria de nuestros países, nos vemos obligados a examinar desde todos los ángulos los materiales que ofrezcan algunas claves interesantes; por eso leemos a Lenin con detenida acucia pesquisadora.

Dos veces cita Lenin, en estos cuadernos, una afirmación en la cual se sostiene que la Argentina es “casi una colonia comercial inglesa”: en una cita del libro de Schulze-Gaevernitz (1906) y en otra del libro de Sartorius de Waltershausen (1907), quien dice que la Argentina “es prácticamente una colonia comercial de Inglaterra”; resulta curioso que se califique a la Argentina de factoría, cuando además era colonia económica, por obra de la inversión de capitales extranjeros en sus ferrocarriles, frigoríficos, plantas eléctricas y bancos. En los tiempos presentes no nos podemos quedar satisfechos con el empleo del ambiguo concepto de ‘semicolonia’, si tratamos de ser dignos de la disciplina rigurosa del maestro Lenin. Del libro de Schulze-Gaevernitz, Lenin deriva estos dos hechos: Como Estado acreedor Inglaterra utiliza en forma creciente las regiones más o menos dependientes del “nuevo mundo”; Los que dirigen el mundo de las finanzas disponen en gran parte de la prensa para crear un ánimo favorable al imperialismo, y de esto no hay duda alguna para quienes saben sobre qué bases económicas descansa el imperialismo.

Más adelante, en el cuaderno Brailsford, Lenin toma de un libro de dicho publicista, lo que sigue: “Los imperialistas de esta época no buscan ya en este mundo “un lugar bajo el sol”. Aspiran a encontrar nuevos países para explotar, regiones prometedoras con yacimientos minerales intactos, campos vírgenes, ciudades sin bancos, caminos sin vías férreas.” Nota nuestra: Los imperialistas han sabido siempre lo que tenían que hacer, y además lo estudiaron en sus seminarios de colonización, y por eso han combinado el trabajo práctico de establecimientos imperiales con el teórico, de “echarnos tierra en los ojos” para que no comprendiésemos, a tiempo o nunca, los efectos de su labor; tal es el lejano y hermético acierto del personaje Mr. Danger, en la novela de Rómulo Gallegos, en cuyo símbolo, jugueteón y siniestro, nuestro compatriota supo desentrañar una verdad de la que muchos ‘no quieren hacer caso’.

Lenin se sorprende de lo que Brailsford dice sobre el país de Tolstoi: “Rusia es vulnerable (nota nuestra: esta es ‘la línea de menor resistencia’, de Varona) porque está supeditada al concepto que de ella se tiene en los mercados occidentales, al igual que cualquiera de las repúblicas de América Latina. Está obligada a colocar en el extranjero la mayor parte de los empréstitos que obtiene, y sus recursos no le permiten siquiera afrontar las inversiones municipales de sus ciudades. Sus minas de hierro, carbón y yacimientos de petróleo, vírgenes aún (en 1914), necesitan de los capitales extranjeros para dar fruto” (n.n: por esa

misma época, tal era la vulnerabilidad de nuestro país, entregado a las compañías petroleras por Juan Vicente Gómez y los rábulas criollos que lo asesoraron en tan inicua empresa).

Quien no sienta y capte el hecho del coloniaje, al descubrirse el significado básico de la obra fundatriz de los españoles en Nuestra América, no podrá situarse de una manera lúcida y consiente frente al fenómeno del imperialismo, y tampoco hallará la salida liberadora de la infeliz e ingrata situación en que vivimos. En la copia que Lenin tuvo la sagacidad de hacer, leyendo a Brailsford, el texto sigue así: “Si el pueblo del Brasil o de México hubiera creado su propio sistema capitalista, sean cuales fueran las miserias que tuviera que sufrir, debería permitirse, claro está, que el proceso siguiera su cauce natural... Pero el financista de Europa, armado de recursos tomados de nuestros arsenales, marcha por la senda de la conquista y de la explotación, bajo el amparo de nuestra bandera y de nuestro prestigio.” ¡Qué interesante, no! Brailsford habla la verdad; sugiere que América Latina no ha estado ahí para desarrollar un capitalismo propio, capaz de colonizar a Europa o a Estados Unidos-USA, sino para ser un continente en coloniaje, y para no tener una burguesía vertebrada, sino unas clases oligárquicas y malinches (Doña Marina, o la Malinche, es el nombre de la india aquella a quien Hernán Cortés hizo su mujer, en México, cuando la conquista, dejándonos así el símbolo de una situación de absurdo maridaje entre ‘los criollos vivos’ y los amos extranjeros de estos países), clases cipayas, genuflexas e invertebradas, obedientes a la compinchería, atentas a llamar ‘progreso’ la lamparita Coleman que brilla en las noches de la hacienda, o la pelota de tenis que alardea en el jardín capitalino, y a no tomar en cuenta el progreso humano de las inmensas mayorías del país, hacia las cuales no sienten sino un disimulado y postizo desprecio (14-v-1967— 26-v-1968).

Anexo

Aunque hemos tenido interés en destacar que tanto Marx y Engels, como Lenin, lanzan una mirada forzosamente europea sobre el mundo; y aunque sabemos que a los tres fuéles imposible representarse a nuestros países con mayor lucidez, queremos anexar unos datos más, de los célebres Cuadernos, de Lenin, sobre el imperialismo, que contienen materiales no aprovechados por el maestro de Simbirsk.

De un artículo de William S. Kies, en *The Annals of the American Academy of Political & Social Science*, Tomo lvii-lix (1915), p. 301, se

toman estas líneas: “Cuarenta bancos ingleses que operan en países ajenos tienen 1.325 sucursales; en América del Sur, 5 bancos alemanes tienen 40 sucursales, y 5 ingleses: 70 sucursales... Durante los veinticinco años últimos (1890-1915), Inglaterra y Alemania han invertido, aproximadamente, 4.000 millones de dólares en la Argentina, el Brasil y el Uruguay, y como resultado de ello, disponen del 46% del comercio de estos tres países.” Lenin añade: (y más adelante habla (Mr. Kies) de las aspiraciones e intentos de Nueva York de ocupar este lugarcito...).

Lenin anota: De un artículo sobre: Los mercados sudamericanos: “Otro factor fundamental —y el más importante de todos para el intercambio del comercio con América del Sur— es la inversión de capitales de los Estados Unidos en empréstitos, en la construcción y en empresas similares. El país cuyos capitales son exportados a cualquier nación sudamericana obtiene la mayor cantidad de pedidos de materiales utilizados en la construcción de edificios, en el tendido de vías férreas, etc. Este hecho lo conforman... las inversiones inglesas en ferrocarriles, bancos y empréstitos en la Argentina” (p. 314).

Del libro, tesis de grado, de J. Patouillet, (Dijon, Francia, 1904), Lenin cita: “Practicar el imperialismo es desear las llaves del mundo, pero no las llaves militares, como bajo el imperio romano, sino las grandes llaves económicas y comerciales... es querer no grandes colonias, sino colonias hábilmente situadas para tender alrededor del globo una red continua, de estaciones, de depósitos de carbón y de cables (Patouillet toma esto, a su vez, de De Lapradelle, *El imperialismo y el panamericanismo en los Estados Unidos*, en la *Revue de Droit Publique*, 1900, Tomo xiii, pp. 65-66).

En otra parte anota Lenin: Driault, *Los problemas políticos*, pp. 62-63: “Por tanto, la guerra de Cuba ha sido una guerra económica, en el sentido de que tenía por objetivo acaparar el mercado azucarero de la isla; de la misma manera, la anexión de las Jagüai (Hawaii) y de las Filipinas tenía por causa el apoderarse del café y del azúcar producidos por estos países tropicales... Así, pues, conquista de mercados de venta, busca de productos tropicales: he ahí la causa primaria de esta política de expansión colonial que se caracteriza con el nombre de imperialismo.”

Y cita Lenin, del mismo Driault: “Los sudamericanos se rebelan (pp. 311 y agts.) contra la interpretación de la doctrina de Monroe, de que América es para los norteamericanos. Temen a los Estados Unidos y quieren la independencia. Los Estados Unidos ponen la mira en la

América del Sur y luchan contra la creciente influencia alemana en ella.”

Del famoso libro de J. A. Hobson, cita Lenin: “El mercado interior de América (USA) está saturado. Precisamente la súbita demanda de mercados extranjeros para los artículos y para las inversiones es la causa evidente de que el imperialismo fuese adoptado como principio político... el aventurero entusiasmo del Presidente (Teodoro) Roosevelt... El imperialismo lo necesitan los señores Rockefeller, Pierpont Morgan... Necesitan el imperialismo porque desean utilizar (a su país) para encontrar un empleo lucrativo para sus capitales... Los grandes financieros e industriales norteamericanos se verán obligados... a volver su vista hacia China, hacia el Pacífico y hacia la América del Sur.

Y del libro de A. B. Hart *La doctrina de Monroe* (Boston, 1916), cita Lenin: “El próximo siglo verá cinco grandes potencias: Gran Bretaña, Alemania, Rusia, China y los Estados Unidos... ¡Los Estados Unidos en la América Central!”

Sin duda alguna, Lenin sabía documentarse; nuestra América Latina, sin embargo, no le dio pretexto, soñolienta por una parte, o apenas estremecida, como en México, por una revolución cuya verdadera naturaleza sólo décadas después es que ha venido a interpretarse cabalmente.

4. Lenin y el ocaso de los nacionalismos

Lenin escribió mucho sobre el “derecho de las naciones a la auto-determinación”; nosotros tendremos que ponernos al día, y escribir sobre el derecho de pueblos y países a descolonizarse, a liberarse de la explotación imperialista, a implantar un orden socialista de vida, y a construir un país, pero, ¡tal vez no una nueva nación! Hace 112 años declaraba Baudelaire, siguiendo a los teólogos, que “las naciones (son) vastos seres colectivos”, suerte de monstruos inventados por la astucia humana para fines que históricamente era dable que caducaran. La revolución socialista rusa de 1917 hizo un admirable experimento con las nacionalidades oprimidas por el zarismo, o mejor dicho, con los pueblos sometidos al yugo del antiguo Principado de Moscovia: los creó, nominalmente, y los absorbió en la unidad socialista de la Unión de Repúblicas; Lenin le dio muerte al principio de las nacionalidades, aunque lo invocara en beneficio de los países coloniales; y Stalin ejecutó su sentencia definitiva al llamar, en la grave crisis de 1941, a luchar en “la gran guerra por la patria” socialista. Nosotros preguntamos, entonces: La cultura europea ¿no ha sido incompleta al ocuparse únicamente del principio de las nacionalidades, dejando aparte el ‘principio de las colonialidades’? Ha sido incompleta, pues no llegó a desentrañar los alcances del fenómeno a que diera lugar su impacto en nuestras tierras, el coloniaje.

Antes que Lenin, Marx también reflexionó sobre el problema nacional, y de manera inteligente sobre las transformaciones sociales que el imperialismo provocó en la India; Lenin recuerda (v. Sobre el derecho de las naciones a la auto-determinación, 8, Carlos Marx, el utopista y Rosa Luxemburgo (1870-1919), la práctica, febrero-mayo de 1914) que Marx ya había señalado el estrecho horizonte mental de algunos socialistas de su tiempo, de este modo: Marx interroga a un socialista que pertenece a una nación opresora (dueña de colonias, posiblemente Inglaterra) sobre su actitud respecto a una nación oprimida y descubre en el acto una falla común a los socialistas de las naciones dominantes: la incompreensión de su deber socialista respecto a las naciones oprimidas, el rumiar prejuicios tomados de la burguesía de “la gran potencia”. El mismo Lenin, por su parte, en el Inciso 7 (del folleto citado ut supra), dice: “Los intereses de la liberación de varios pueblos grandes y muy grandes de Europa están por encima de los intereses del movimiento liberador de las naciones pequeñas.

¡Un momento, no se nos alarme, amigo lector! Tanto Marx como

Lenin son maestros de marxismo-leninismo, pero ellos eran europeos, y esto no es un reproche sino una manera de señalar las limitaciones que hubieron de sufrir en su modo de mirar al mundo. Actualmente, en ninguna parte se acepta que “los intereses de la liberación de varios pueblos grandes” estén por encima de “los intereses del movimiento liberador de las pequeñas naciones”; para nosotros, el derecho de los países oprimidos a liberarse nada tiene que ver con magnitudes y posturas de “gran potencia”; el texto leído es un desliz de Lenin, cuyo antecedente se halla en el mismo Marx, quien 50 años antes “resbaló” un poco, a su vez, en el confuso enredijo de los nacionalismos europeos, avanzados o retrasados, de entonces; para la Venezuela de hoy, como para el primer país socialista de América, la República de Cuba, a juzgar por los hechos, el “problema nacional” ha sido superado y sobrepasado; en nuestro país, el asunto de fondo es el coloniaje, y el futuro parece insinuarse no como un camino que lleve hacia algún tipo de establecimiento nacional, sino hacia la construcción de un orden socialista de vida, sobre un territorio legítimamente integrado.

¿Por qué rechazar el modelo nacional? Las naciones son un producto del capitalismo, útiles a las necesidades específicas de tal orden de vida societaria, pero no son ‘eternas’; a pesar de las conocidas definiciones, la nación corresponde a lo que los teólogos del medioevo llamaron “entes ficticios o de razón”, y el poeta llama “vastos seres colectivos”; la verdad es que la nación ha sido, fundamentalmente, una entidad jurídica y política, y una palabra de bandera; contra la hegemonía de los barones feudales, asaltacaminos, los burgueses comerciantes establecieron una gran garita, con un monarca que dominase a aquellos bandoleros; pero lo que las pandillas feudales hacían siguió haciéndose, en escala mundial; ahora eran las naciones poderosas las asaltadoras de pueblos enteros, y así se marcharon por los ámbitos de la tierra, y crearon el colonialismo, y entre nosotros el coloniaje. Con el socialismo volvemos a las cosas reales, a empatar la antigua comunidad, dejada atrás en los siglos que nos separan de “la prehistoria”, con el país, el ámbito terrestre en el cual pueda vivirse conforme a la verdadera razón y justicia, en el socialismo.

Lenin estuvo alerta a la revolución como fenómeno capaz de extenderse por el mundo, y así dijo: “Y el mañana de la historia universal será el día en que despierten definitivamente los pueblos oprimidos por el imperialismo, que ya han abierto los ojos, y cuando empiece la larga y dura lucha final por su liberación” (v. El despertar de Asia. Notas, 31-xii-1922, Editorial Progreso, Moscú, p. 72). Sujetos de tal

proceso nos hallamos desde hace medio siglo; no basta “abrir los ojos”, pues hay que aprender a ver; implícita en “la larga y dura lucha final por su liberación”, nuestros pueblos tienen la tarea ideológica de dilucidar las causas del mal que los aflige y retiene en la servidumbre, bajo la hegemonía extranjera; el fracaso de muchas iniciativas y ensayos, en todo el mundo, y no sólo en nuestra América Latina, y en Venezuela, nos obliga a encararnos, sin timidez, al deber de enfocar los puntos oscuros, a ver si los acercamos un poco a una luz estimulante y creadora.

Del “problema de las nacionalidades” al problema del coloniaje hay un salto enorme; hasta 1945 en los círculos de estudio marxistas, y en las organizaciones políticas dedicadas a laborar por el advenimiento del socialismo, se tuvo como previo este problema al supuestamente posterior, de establecer el nuevo tipo de sociedad, y se hablaba, por ello, de la “etapa nacional y democrática de la revolución”; pasábase por alto que el socialismo es una organización del trabajo productivo, antes que nada, y que después de la experiencia soviética: 1917-1945, y la experiencia de los países socialistas de Europa oriental: 1945 hasta la fecha, el futuro del socialismo ya no era la terra incógnita que fue antes del establecimiento del primer estado socialista en la Rusia de los zares; hoy día, incluso los gerentes de la burguesía aceptan las doctrinas de la planificación y el desarrollo, que son de origen marxista, y ya nadie duda de que fijar los lineamientos de un proceso social, para seguirlos con una acción concreta, no son utopías ni “castillos en la arena”. De esto partimos para declarar que consideramos cancelado el modelo de “lo nacional” para el establecimiento del socialismo. La salida de nuestro país, y de América Latina del coloniaje no tendrá, pues, que someterse a tal “etapa”, presuntamente obligatoria.

Estamos en capacidad de impulsar el pensamiento revolucionario más allá de los límites en que se ha movido el revolucionario europeo; Marx y Lenin dejaron muy bien sentado que nuestra actitud es progresista y correcta; nuestro deber es descolonizarnos, tanto en la manera de ejercer el intelecto, como en el anulamiento de las trabas que impiden a nuestros países elevarse a un orden de vida más cónsono con el raciocinio maduro alcanzado por más de cien años de estudio del marxismo, en todas partes, y por innumerables discípulos de esta tenaz y fecunda doctrina; no pueden atajarnos las dificultades, el tener que investigar aspectos oscurecidos por añejas posturas ideológicas, el tener que re-descubrir las claves de nuestro destino; Lenin, o Stalin, el famoso experto en “el problema nacional y colonial”, en su tiempo, no nos

escribieron la plana, facilitándonos la empresa que sólo nosotros sabremos entender y dirigir; tenemos que seguir, no obstante, cuanta palabra lúcida y atinada expresaron esos maestros, sometiéndola a nuestro juicio; por ejemplo, manteniendo en pie el reproche de Marx y de Lenin a los otros europeos socialistas, incapaces de tener un criterio adecuado sobre los países oprimidos por las patrias de ellos mismos, y extendiéndolo incluso a ambos maestros, en cuanto tenía que serles imposible, por estar fuera de su humano alcance, el señalar las verdades esenciales de nuestra historia, económica, social y política; en octubre de 1916, en su folleto *El imperialismo y la escisión del socialismo*, Lenin decía: “tenemos que guardarnos de la tendencia de la burguesía y los oportunistas a convertir el puñado de naciones más ricas, privilegiadas, en ‘eternos parásitos sobre el cuerpo del resto de la humanidad’, a ‘dormirse sobre los laureles’ de la explotación de negros, hindúes, etc., teniéndolos sujetos por medio del militarismo moderno, que posee una magnífica técnica de exterminio.”

Alejémonos, pues, de la visual europea; hay enfermedades que no se dan sino “en los trópicos”, y para combatirlas ha surgido una “medicina de enfermedades tropicales”; hay un mal que es específico nuestro, el coloniaje, para eliminarlo debemos aplicar los principios de la ciencia marxista-leninista correctamente, lo que quiere decir, obtener las definiciones de lo peculiar nuestro y atreverse a formular las estrategias y tácticas más conducentes al fin deseado; después de Marx y de Lenin, esto es lo que hizo Mao en la China de los años veinte hasta triunfar en 1949.

Es el joven Lenin, el de 1894, en *¿Quiénes son los ‘amigos del pueblo’?*, el que nos anima, cuando allí decía: “La intelectualidad socialista sólo podrá pensar en una labor fecunda cuando acabe con las ilusiones y pase a hacer hincapié en el desarrollo efectivo y no en el desarrollo deseable en Rusia... Su labor teórica deberá... encaminarse al estudio concreto de todas las formas de antagonismo económico existentes en Rusia... deberá descubrir este antagonismo en todas partes donde esté encubierto... por los teóricos establecidos. Deberá dar un cuadro completo de nuestra realidad, en cuanto sistema concreto de relaciones de producción, señalar por qué tiene que haber explotación de los trabajadores y cómo estos pueden expropiar el sistema, señalar la salida del orden de cosas que se halla en el orden económico estudiado (nota nuestra: hemos parafraseado ligeramente la cita)”; y Lenin concluye: “Esta teoría, basada en el estudio detallado y minucioso de la historia y de la realidad rusa, deberá dar respuesta a las demandas del

proletariado, y si satisface las exigencias científicas... despertará al proletariado, quien conducirá inevitablemente dicho pensamiento al cauce del social-democratismo (n.n: lo que precede también lo hemos parafraseado)”.

Tal es la lección de Lenin que nos estimula: su ejemplo, su empeño es lo que antes que nada nos atrae, y sus esquemas los miramos, o tratamos de mirarlos como él mismo lo hubiera hecho, para no trabajar de calco. El 16 de enero de 1914 decía el maestro de Simbirsk: “...se manifiestan como unos reformistas cobardes, que temen alejarse de la burguesía y romper con ella. Pero también desde el punto de vista puramente teórico salta a los ojos su plena incapacidad para comprender las siguientes consideraciones del marxismo: han observado hasta ahora un camino concreto de desarrollo del capitalismo y de la democracia burguesa de la Europa occidental, y no son capaces de imaginarse que este camino no puede ser considerado como modelo, sino mutatis mutandi, es decir: introduciéndole ciertas correcciones...” Y añade Lenin: “Ni siquiera les pasa por las mentes, p. ej., que Rusia, situada en la línea divisoria entre los países civilizados y aquellos que por primera vez son arrastrados definitivamente por esta guerra (la de 1914- 1918), los países de todo el Oriente, los países no europeos, que Rusia debía y podía, por eso, exhibir ciertas peculiaridades... que hacen que se diferencie su revolución de todas las anteriores revoluciones en los países de Europa occidental y que introducen algunas innovaciones parciales al desplazarse a los países orientales.”

He aquí lo que debemos seguir con ojos de cóndor, ya que no de águila europea. Lenin agrega: “Pero, ¿qué hacer, si una situación peculiar ha llevado a Rusia, primero, a la guerra imperialista mundial, en la que intervinieron todos los países más o menos importantes de Europa occidental, y ha colocado su desarrollo al borde de las revoluciones del Oriente, que comienzan y que en parte han comenzado ya, en unas concepciones en las cuales hemos podido llevar a la práctica precisamente la alianza de “la guerra campesina” con el movimiento obrero?” Ese es el Lenin que debemos seguir, el que nos asoma a la peculiaridad de su país, sobre el cual pasó su mirada zahorí, y al cual le trazó líneas de acción que obtuvieron la victoria revolucionaria; el que estuvo claro sobre la alianza campesino-obrera, que tan útil ha sido no sólo en Rusia, sino también en la China de Mao, y en la Cuba de Fidel Castro.

Este Lenin, allá por octubre de 1899, y no antes, dice en su artículo: Nuestro programa: “Nosotros no consideramos, en absoluto, la teoría de

Marx como algo acabado e intocable: estamos convencidos, por el contrario, de que esta teoría no ha hecho sino colocar las piedras angulares de la ciencia que los socialistas deben impulsar en todos los sentidos, siempre que no quieran rezagarse en la vida. Creemos que para los socialistas rusos es particularmente necesario fomentar independientemente la teoría de Marx, porque esta teoría da sólo los principios directivos generales, que se aplican en particular a Inglaterra; de un modo distinto que a Francia, de un modo distinto que a Alemania; a Alemania, de un modo distinto que a Rusia” (Nota nuestra: Tal es la disciplina científica por excelencia, y en someterse a ella Marx, Engels, Lenin, o Mao han sido estrictos).

A fines de 1897, en el destierro, Lenin escribe el ensayo que titula: ¿A qué herencia renunciaremos? —que publica en 1898; allí reprocha a Engelhardt el que transporte a Rusia las tesis económicas de los teóricos de Manchester (Inglaterra), del capital liberal europeo-occidental, “contrariamente... a su propio deseo de confiar en los caminos peculiares de su patria”. Vemos, pues, que desde temprano Lenin comprende la ley fundamental de toda investigación científica seria: descubrir los secretos de cada realidad, en sus rasgos propios y en el medio en que se halla; en el mismo ensayo, acusa a los populistas porque “no estiman necesario aplicar a las relaciones económicas rusas los conceptos que sobre las diversas clases sociales y sus conflictos ha elaborado la ciencia contemporánea”, y decía que “el populismo... se basaba en teorías atrasadas que, en Europa occidental, hace tiempo habían sido arrojadas por la borda... (y) en el desconocimiento... de la realidad rusa”; Lenin opone al argumento de “la originalidad rusa”, que los populistas manejaban para afincarse en un excepcionalismo ad hoc, el concepto de la peculiaridad rusa, o sea, el de que cada país tiene sus características propias en el modo de desarrollarse.

Quienes lean esta polémica de Lenin: ¿A qué herencia renunciaremos?, podrían creer que están viviendo lo que nosotros vivimos en nuestra Venezuela de años recientes, y en nuestra América Latina, ¡y hace de aquel Lenin 60 años! Los populistas rusos representan lo que en nuestros países representa todo intelectual que se plantee: ¿Qué es mi país? ¿Qué hacer con nuestro País? ¿Cuál es el camino? ¿El capitalismo? ¿Imitar? ¿Crear algo nuevo? ¿Modelos? ¿Esquemas? ¿Trasplantes mecánicos? ¿Análisis y síntesis dialéctica de procesos, problemas y soluciones? Los populistas negaban que en Rusia hubiese, en su tiempo, un cierto grado de desarrollo capitalista, y Lenin observa que lo había, y escribe todo un libro para demostrarlo. Cuando Europa, la Europa

burguesa, conquistadora, imperialista y colonizadora, era “el modelo”, los países atrasados, sus víctimas por el expolio y el despojo, se hacían la ilusión de ‘imitar a Europa’, porque copiaban las fachadas de ‘casas de comercio’ y los nombres de éstas (Galerías Parisienses, etc.): ¡Quién no conoce a fondo este tema! En las horas de Lenin, Unamuno pedía en España que Europa se españolizara, para llevar la contraria al germánico Ortega y Gasset, quien pedía que la vida española ‘se europeizase’ (o aburguesase), y en la América Latina nos contentábamos con el oropel y el similor, al hablar, a boca llena, de ‘la grandeza nacional’, y esto en ¡una América Latina sumergida en las antiguas tinieblas del coloniaje!

Lenin advierte en 1902 (v. ¿Qué hacer?), que hay un internacionalismo capitalista y otro socialista, y por eso dice: “El movimiento socialdemócrata es... internacional. Esto no sólo significa que debemos combatir el chovinismo nacional. Esto significa también que el movimiento incipiente en un país joven únicamente puede desarrollarse con éxito a condición de que lleve a la práctica la experiencia de otros países. Para ello... es necesario saber asumir una actitud crítica frente a esta experiencia y comprobarla por sí mismo”; líneas más adelante Lenin dice: “Tareas nacionales como las que tiene planteadas la socialdemocracia rusa no las ha tenido planteadas aún ningún otro partido socialista del mundo.” Nota nuestra: Lector, te pedimos excusas por el flujo de citas, pero no olvides que estamos empeñados en demostrar un hecho, y por eso acumulamos elementos de juicio; los maestros del análisis y la síntesis histórica y sociológica, como Marx y Lenin, entre otros, se vieron obligados a elaborar sus trabajos concretos, y, al mismo tiempo, a decirnos su manera de proceder, hasta donde les fue posible; Lenin, especialmente, puede ser leído con esta idea en la mente: ¿Cómo se aplican los principios marxistas a una realidad dada? En su ensayo: Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación, escrito en febrero-mayo de 1914, Lenin dice: “...los Estados burgueses luchan entre sí por el sometimiento rapaz de otras naciones... existe el imperialismo... existen las colonias. No sólo los pequeños Estados... también Rusia, p. ej., depende por entero, en el sentido económico, de la potencia del capital financiero imperialista de los países “ricos”. No sólo los Estados balcánicos, Estados en miniatura, sino también la América del siglo xix ha sido, económicamente, una colonia de Europa, según ha dicho ya Marx en El capital (1867).”

Polemiza Lenin con Rosa Luxemburgo, pero lo que nos interesa aprovechar, para “nuestra sardina”, es la incidencia leniniana en

nuestro tema, como se ve en las siguientes citas: “No cabe duda de que una gran parte de Asia, la parte más poblada del mundo, se halla en situación ya de colonia de las “grandes potencias”, ya de Estados extremadamente dependientes y oprimidos en el sentido nacional”; y sigue: “Este Estado (el Japón) es burgués y, por ello, ha empezado a oprimir él mismo a otras naciones y a esclavizar colonias; no sabemos si antes de la bancarrota del capitalismo, Asia tendrá tiempo de estructurarse en un sistema de estados nacionales, a semejanza de Europa.” Nota nuestra: Lenin ya observa, intuitivamente, que el modelo de la futura Unión Soviética, de “estados nacionales” reunidos en federación, da el salto hacia el socialismo, mientras diluye la herencia burguesa de las relaciones dependientes entre unos pueblos y otros; las repúblicas socialistas integradas en la URSS cumplieron la etapa de liberación: los pueblos se equipararon, la opresión nacional típica de la burguesía quedó archivada, y la nueva entidad no es, propiamente hablando, ‘una nación’, sino el país soviético, la patria de los pueblos soviéticos. Se nos ocurre plantear lo que formulamos así: ¿Es obligatorio, en nuestra América Latina imitar el modelo de las “naciones europeas” burguesas y capitalistas, o el modelo soviético, aunque este haya sido útil para dar el salto hacia el socialismo? No lo creemos; si se analiza la experiencia cubana, desde 1959, se observará que ha sido allí posible organizar la nueva vida, por el camino socialista, sin recurrir a la copia, ni de los antiguos patrones de Europa, ni tampoco del ruso.

Lenin dice, además: “El ejemplo de toda la humanidad civilizada avanzada, el ejemplo de los Balcanes, el ejemplo de Asia, estos ejemplos demuestran...la absoluta justeza de la tesis de Kautski: El Estado nacional es regla y ‘norma’ del capitalismo... El Estado nacional es el que ofrece... las condiciones más favorables para el desarrollo del capitalismo.” Nota nuestra, en 1967: Cincuenta años después de 1917, ha habido en el mundo notables cambios, y entre estos la perspectiva de la descolonización, abriéndosele a todos los pueblos hasta hoy oprimidos un camino organizativo sobre el cual cabe aprovecharse su experiencia de varias décadas; Lenin nos impulsa a ir más al fondo del asunto, con un criterio histórico y dialéctico: una nación no es como un barril, algo que puede llenarse de vino viejo o nuevo; lo permanente es el pueblo, quien hace la historia, y su medio ambiente, el país, la porción de territorio en que temporalmente hubo de arraigarse; ¿qué necesidad, hay, entonces, en este tiempo, de encuadrarse en fórmulas superadas?

Como Lenin era ruso, no podía mirar las cosas desde acá, nuestro acá era algo nebuloso para él, ¡y ha venido siéndolo para nosotros mismos! Los países europeos estaban inmersos en “el problema nacional”, que les

era directamente propio y peculiar, y nosotros debemos estar inmersos en “el problema colonial”; hay una seña metodológica de Lenin que dice: “La teoría marxista exige de modo absoluto que, para analizar cualquier problema social, se le enmarque dentro de un área histórica determinada... que se tengan en cuenta las particularidades concretas que distinguen a este país de los demás.” Por eso nos atrevemos a explorar nuestro pasado, nuestro presente y a vislumbrar nuestro futuro, a la luz de dicha pauta leninista.

En la América Latina y en la Venezuela de hoy, en el período histórico que nos engloba desde 1945, luego de varios ensayos de nacionalismo que tenían que frustrarse por ser el nacionalismo cosa exótica e importada, nos damos cuenta de que “lo nacional” no es lo nuestro, sino “lo colonial”, y sobre todo, el coloniaje. No nos ha tocado ni nos tocará como al Japón y a Estados Unidos-USA, pasar de país feudal a burgués-colonial, o en coloniaje, a nación capitalista e imperialista; no podremos nunca crecer en el sentido de las naciones europeas burguesas y colonizadoras. ¿Es nuestro destino conquistar y colonizar la Isla de Manhattan, o la Isla de Elba, o la Isla de la Ciudad, o la Isla del Hombre? Creemos que ni siquiera las islas de Curazao, Aruba, Bonaire, Trinidad y Tobago podremos colonizarlas. Estamos en el siglo en que tiende a desaparecer todo colonialismo, y a extinguirse las artificiales fronteras establecidas por el afán de lucro y su consecuencia el principio de la hegemonía y la opresión de unos pueblos por otros. Vendrá el socialismo, un orden racional de convivencia humana; es por aquí que debemos explorar e investigar la salida de nuestros actuales problemas, y sobre todo de la minusvalía del coloniaje; habrá que renunciar a muchos aspectos de la herencia europea, en tantos matices infecunda, pero de manera precisa prescindiráse de todo lo funesto y nocivo que distinguió, en siglos y siglos, a los nacionalismos burgueses europeos.

Nuestro problema, entonces, tal vez no sea, la búsqueda de un autogobierno nacional, sino la búsqueda de una estrategia y de tácticas que nos liberen del coloniaje; no liberación ‘nacional’, sino descolonización del país, y aferrarnos a la perspectiva socialista, en el difícil y lejano horizonte.

El 22 de noviembre de 1919, en un informe de congreso, para los pueblos de Oriente, según el decir de aquellos instantes, Lenin habla en una tesitura y con un vocabulario que en la actualidad pueden volver a ser atractivos. De Churchill dice que “se jactó de haber organizado una cruzada de 14 países contra la Rusia soviética”; dice del reaccionario

ruso Kolchak: “nuestra victoria sobre estos lacayos del capitalismo internacional”; de Oriente, dice: “millones y millones de personas pertenecen allí a las naciones dependientes”; de Rusia, dice: “el país más atrasado de Europa”. Y luego advierte: “Vosotros tenéis planteada una tarea que no se había planteado antes a los comunistas, debéis aplicar esa teoría y esa práctica, adaptándoos a condiciones específicas que no se dan en los países europeos; a condiciones en que la masa fundamental la constituye el campesinado, y la tarea a resolver no es la lucha contra el capitalismo, sino contra las supervivencias del medioevo.

¿Está todo Lenin en este texto? Claro que no; creemos que hay un Lenin incompleto en dichas palabras. Y más si se toma en cuenta que líneas más adelante dice: “Tendréis que apoyaros en el nacionalismo burgués que despierta en estos pueblos, nacionalismo que no puede menos que despertar y que tiene su justificación histórica.” Observamos en estas expresiones de Lenin la distancia del europeo, por revolucionario que pueda ser, con respecto a las peculiaridades de regiones distintas, y al juego local de los hechos; seguimos la intención de Lenin, de buena gana, en cuanto a buscar un respaldo en factores que reúnan las fuerzas de cada país, y actuar en vista de las peculiaridades. Tenemos, pues, que pasar de lo exhortatorio de Lenin a lo concreto de nuestra realidad, estudiada lúcidamente por nosotros mismos.

Si se contrastase la visión de Rusia que hay en toda la obra de Lenin, se hallaría que ese “atrasado país de Europa” también era un atrasado país de Asia, que fungía de imperio dueño de colonias, que en algunos aspectos estaba recorriendo el camino del capitalismo, que conservaba muchas “supervivencias del medioevo”, que tenía un nacionalismo europeo y burgués lleno de titubeos y recovecos. Esa Rusia de los césares o ‘tzares’ (los rusos abreviaron y adaptaron a su lengua la palabra latina “césar”), sí que tenía un problema nacional; la paradoja, sin embargo, es que el “problema nacional” era en el fondo asunto de descolonizar el sistema y re-establecer la vida societaria bajo la dirección de los principios colectivistas; históricamente, el imperialismo gran-ruso hubo de archivarse, y en su reemplazo surgió la unión de repúblicas socialistas; los pueblos diversos que hoy integran la URSS no constituyen, en modo alguno, una súper-nación.

En el “borrador” de sus tesis sobre “el problema nacional y colonial”, del 5 de junio de 1920, Lenin va desde la “experiencia de Austria” hasta “colonias”, “China, Corea, el Japón”, pasando por “judíos, pueblos de oriente y negros en América”; los que no aparecemos allí somos

nosotros, los latinoamericanos. Lenin pide que “todos los partidos comunistas presten ayuda directa al movimiento revolucionario en las naciones dependientes”, que “todos los partidos comunistas ayuden al movimiento democrático burgués de liberación en esos países”, y postula “la necesidad de luchar resueltamente contra la tendencia a teñir de color comunista las corrientes democrático-burguesas de liberación en los países atrasados”, y llega a insistir en “la necesidad de explicar infatigablemente y desenmascarar de continuo ante las grandes masas de trabajadores de todos los países, y en particular de los atrasados, el engaño a que recurren de modo sistemático las potencias imperialistas, las cuales crean, bajo el aspecto de Estados políticamente independientes, Estados completamente sojuzgados por ellos en el sentido económico, financiero y militar”.

Como puede verse, Lenin tácitamente, con estas frases, ya indica que la cualidad de “semicolonia”, atribuída momentáneamente a algunos países en esos años, había sido superada por el efectivo sojuzgamiento económico, financiero y militar de aquellos países identificados en su dependencia, dependencia que en lo que toca a los nuestros es una naturaleza intrínseca, adquirida al tiempo mismo de su establecimiento por los españoles.

Que no se nos tergiverse; no le estamos cazando polémicas imposibles a Lenin, pues aún después de muerto le tememos a su lógica acerada y a su agilidad historiográfica; lo que buscamos es evidenciar la magnitud de nuestra tarea ideológica, apuntando hacia los ángulos todavía no muy bien iluminados de la situación interna de nuestros países, quienes continúan a merced del imperialismo y de la flaqueza teórica de los dirigentes revolucionarios que hemos tenido en lo que va del siglo xx. La misma historia de Rusia y de la URSS, a pesar de los manuales ortodoxos, y de los escritos tradicionalistas y hostiles al marxismo, no nos asiste bastante en el empeño de aprovechar “la experiencia soviética”; hemos visto, p. ej., no sólo las visiones cambiantes que de Rusia fue teniendo Lenin, entre 1890 y 1920, sino el hecho de que esa Rusia imperial, un poco feudalizada todavía y apenas internándose por el capitalismo, y muy pequeño-burguesa en gran medida, estuvo en apuros de asedio por imperialistas extranjeros, como lo estuvimos nosotros en aquellos mismos años: últimas décadas del siglo xix, primeras dos del siglo xx; de hecho, la Rusia de los zares estuvo avasallada por Inglaterra y Francia.

Es testigo de dicha situación Lenin, como se observa en sus: Cartas desde lejos, de marzo de 1917, y en su artículo: El poder dual, de abril de

1917. Atribúyete a los imperios extraños una influencia que después no se ha querido tomar ampliamente en cuenta, al reconstruirse la historia de la revolución, en sus dos etapas: la de marzo, la de octubre, 1917. Lenin dice: “La conexión entre el capital financiero anglo-francés, el imperialismo anglo-francés, y el capital ruso octubrista-cadete, fue un factor que precipitó esta crisis determinando que se organizase un golpe de estado contra Nicolás Romanov (o Romanóff, como decían los franceses, alineando la ortografía del idioma ruso con unas efes: ff, que nunca han estado ahí). ¿Se contenta Lenin con descubrirnos este hecho histórico, que la prensa de París y de Londres quiso silenciar? No, Lenin va un poco más lejos.

Explicanos algo del mayor interés, teórico y práctico, cuando dice: “La revolución triunfó tan rápidamente, y al parecer, tan radicalmente, porque se reunieron los siguientes elementos: una situación histórica extremadamente única, sucesos absolutamente disímiles a cualesquiera otros, intereses de clase absolutamente heterogéneos, y esfuerzos políticos y sociales totalmente contrarios entre sí; todo ello vino a conjugarse de una manera asombrosamente “armoniosa”, por obra de la conspiración de los imperialistas anglo-franceses, quienes impelieron a Miliukov, Guchkov y compinches a tomarse el poder con el propósito de continuar la guerra imperialista, y dirigirla en una forma más feroz y obstinada que nunca... de modo que los Guchkov capturaran Constantinopla, los franceses a Siria y los británicos Mesopotamia.”

Considera Lenin que la alianza de los Guchkov-Miliukov con las embajadas de Francia y de Inglaterra fue una injerencia del momento, capeada hábilmente por los jefes revolucionarios marxistas y obligada a servir los intereses del proletariado y los campesinos insurrectos; algo así como: lo que hicieron nuestros jefes criollos, en 1810, quienes simulando lealtad a la Corona de Fernando VII, prisionero de Napoleón Bonaparte, en Bayona, y así depuesto, lo remplazaron en el poder; caído el régimen de los zares, la anarquía subsiguiente abrió el camino a los bolcheviques para que conquistaran el timón societario, y comenzar a instituir la nueva vida.

Y luego Lenin se acerca a nosotros, al decir: “Este gobierno (el que destronó a Nicolás Romanov, en febrero-marzo de 1917) está atado de pies y manos al capital anglo-francés. El capital ruso es apenas un capital subsidiario de una “firma mundial que maneja miles de rublos”, y se llama: Gran Bretaña y Francia”; o sea, que Lenin apunta que en Rusia se frustró un ensayo de colonización (que entendemos bien, si

recordamos que el imperio de Portugal ha dependido de Inglaterra, desde 1710), que se hallaba en la etapa de “penetración”, y que había invertido ya miles de millones de libras y francos en la economía rusa. Y no es sólo Lenin quien ha constatado el hecho de que hablamos; el francés Jorge Friedmann, en su bello libro: *De la Sainte Russie a l'URSS*, París, 1938, nos informa: “...en el momento en que se manifestaron los primeros efectos de la colonización industrial de Rusia por los capitales de Occidente... a partir de 1890 se ha visto aparecer más notoriamente la influencia del capital industrial, la actividad de la bolsa, las grandes compañías.” O sea, decimos nosotros: que también Rusia, penetrada un tiempo por el imperialismo europeo, fue una “semicolonia”, fue un imperio en trance de sufrir una peculiar colonización. De ahí los puntos que señalamos. Es posible que no tengamos “tareas nacionales” que cumplir, para liberarnos, tanto del coloniaje como del imperialismo extranjero.

El nacionalismo, en todos sus aspectos, ha entrado en el ocaso, particularmente después de 1945. La América Latina, y Venezuela dentro de ella, tiene que buscar su peculiaridad, develarla, y orientarse en una empresa histórica que corresponda a un porvenir socialista propio. (17-v-1967—28-v-1968).

ANEXO 1

El problema nacional, como lo vio Stalin entre 1913 y 1934, ¿se aplica a la América Latina?

En su obra: *El marxismo y la cuestión nacional y colonial*, 1913, Stalin (1879-1953) afirma que “una nación no es sólo una categoría histórica, sino también una categoría que pertenece a una época precisa, la época del capitalismo ascendente” y agrega que “el proceso de eliminación del feudalismo y de desarrollo del capitalismo fue a la vez el de una amalgama del pueblo en naciones”. Observamos ya que el fin del capitalismo como forma societaria dominante implica la solidaridad de las clases trabajadoras de todo el mundo, o internacionalismo, hecho que cancela la validez de las naciones como artificio que justificara la reunión de pueblos para un fin determinado. El problema nacional ha existido plenamente en Europa, creadora de tal categoría, y ha empezado a archivar allí mismo, después del triunfo del socialismo en la Rusia de los césares moscovitas. La segunda parte del título de la obra de Stalin apenas si tiene unos pocos párrafos (el conjunto de estos escritos suma unas 300 páginas), y es que el autor, lo mismo que Lenin, o Marx y Engels, miraban el colonialismo y el imperialismo como

europeos, y no sospecharon la realidad del coloniaje, forma societaria peculiar a la América Latina.

A Stalin se le considera un experto en el problema nacional ruso, pero no lo fue en el problema del coloniaje, pues ignoró este fenómeno y su concepto. De ahí nuestra pregunta, hoy en 1967: ¿Se aplican las fórmulas que del problema nacional dejó Stalin a la situación contemporánea de Venezuela y de la América Latina?

Cuando un orden societario se basa en la propiedad privada de los medios productivos, y por ende sobre el antagonismo de dos grandes sectores: las clases explotadoras y las clases explotadas, es útil la categoría de nación para amalgamar a los pueblos en naciones, sacándolos del regionalismo y la anarquía de los señores feudales y colocándolos bajo el manto de un magistrado capaz de darle un impulso constructivo a un área del planeta más extensa; el nacionalismo, pues, ha regido en las cartas magnas, en los códigos de leyes, y en los vínculos entre la autoridad central y los particulares, y así cumplió una tarea históricamente progresista; pero, cuando el capitalismo, que era la fuerza secreta de ese nacionalismo, agota su capacidad creadora y se convierte en rémora al avance de la humanidad, entonces surge el socialismo, nueva forma de organizarse la vida, que pone los medios de trabajo en régimen colectivo, y desaparece la necesidad de apoyarse en la categoría de “nación”; la lucha de clases, entre explotados y explotadores, obliga a instituir una amalgama distinta, que es la sociedad socialista, sin afán de lucro, y sin explotación del hombre por el hombre; la nación, categoría burguesa, ha dejado de justificarse, y el país surge, entonces, como hogar natural del género humano, porque “el país” es la tierra misma, en la que habrán de borrarse las inútiles fronteras.

El estado socialista no es un estado nacional, sino un estado popular, de los trabajadores de la ciudad y del campo; es, realmente, y por primera vez, el pueblo encarnado en transitoria fórmula de autoridad; democracia plena como lo es, el socialismo ya no necesita invocar ‘el nacionalismo’ para ser un imán que atraiga a las masas; por el contrario, su énfasis lo coloca sobre todo aquello que contribuya a erradicar el individualismo (entre los pueblos del mundo, la ‘nación’ ha sido como el ‘individuo’ en la sociedad burguesa y capitalista: factor de división antagónica) y a instituir y mantener el colectivismo, la ayuda mutua, la efectiva y largamente anhelada solidaridad de uno por todos y todos por uno. Stalin vio, claramente, que en su ascenso histórico el capitalismo

hizo bien, para el progreso humano, en amalgamar las dispersas provincias feudales en unidades mayores, centralizadas, más favorables al desarrollo técnico industrial y al dominio de una minoría privilegiada. Ese orden, el de la burguesía y su afán de lucro, se hizo internacional, pero con un internacionalismo signado por el empeño en someter unos pueblos a otros, unas ‘naciones’ a otras; el universalismo socialista es de otra naturaleza, pues resulta del cancelamiento de los motivos que hacen aparecer la lucha de clases: el lucro, la explotación. La nueva vida, cooperativa y fraternal, prescinde de los aspectos indeseables de la herencia burguesa, abandona aquellas prácticas de dependencia y humillación, y las reemplaza por alianza e igualdad, establecidas sobre la base del respeto al hombre, principio tan ignorado y soslayado a lo largo de siglos.

En el prólogo que escribiera para las ediciones francesas y alemana de su libro: *El imperialismo*, como la más nueva de las etapas del capitalismo, Lenin dijo: “El capitalismo se ha convertido en un sistema mundial de opresión colonial y de estrangulamiento financiero de la inmensa mayoría de los pueblos de la tierra, por un pequeño grupo de países ‘avanzados’”. ¿Qué significa este juicio de Lenin? Significa que además de las situaciones que nosotros llamamos de colonización, que distinguen a Venezuela y a toda la América Latina, y que duran desde fines del siglo xv, el capitalismo ha creado otras mediante las cuales impuso su hegemonía; el proceso histórico, en nuestro tiempo, va borrando ese sentido de las cosas, a medida que el socialismo se la gana al capitalismo; lógico es pensar que las categorías más profundamente ligadas a la razón de ser del capitalismo queden destruidas y archivadas, cuando no hay necesidad alguna de preservarlas, como es el caso de ‘la nación’; las comunidades humanas pueden ser estables, pueden formarse históricamente, pueden tener el mismo idioma, los mismos modos de trabajar para vivir y subsistir, costumbres y psiquismo similares, una cultura homogenizada, y no tener que organizarse como ‘naciones’, ya que pueden hacerlo como países socialistas.

Si marchamos hacia un tipo de sociedad humana racional, libre de las imperfecciones y deficiencias del capitalismo, que se basa en el afán de lucro, lo que nos interesa es organizarnos en una vida social verdaderamente humanizada; para este, propósito no es indispensable ‘la nación’. ¿No es curioso que Stalin, cuando Hitler invadió a la URSS, unión de repúblicas socialistas, recurriera a la patria, motivo del amor de un pueblo, y no a la nación, categoría que para el socialismo ya no era un concepto positivo e imprescindible? (29-vii-1967—29-v-1968).

ANEXO 2

La Rusia de los césares fue semicolonias por breve tiempo; su revolución frustró el empeño imperialista de colonizarla totalmente

Ya hemos leído en *El imperialismo como la más nueva de las etapas del capitalismo*, de Lenin, aquellos pasajes relativos a dos capitalismo y a dos imperialismos colonizadores; debemos insistir en los matices que aquí se encierran. Dice Lenin, en la obra citada: “El capital financiero es una fuerza tan considerable... tan decisiva... que es capaz de subordinar, y en efecto subordina, incluso a los Estados que gozan de la independencia política más completa”; y agrega: “la subordinación más beneficiosa y más ‘cómoda’ para el capital financiero es aquella que trae aparejada consigo la pérdida de la independencia política de los países y de los pueblos sometidos. Los países semicoloniales son típicos, en este sentido, como ‘caso intermedio’”; y Lenin asienta: “La posesión de colonias es lo único que garantiza de una manera completa el éxito del monopolio frente a las contingencias de la lucha contra el adversario”; en el Cap. VII, de este libro, titulado: *El imperialismo como fase particular del capitalismo*, dice: “El reparto del mundo es el tránsito de la política colonial... (de ocupaciones geográficas, mano militar)... a la política colonial de dominación monopolista de los territorios del globo enteramente repartido.”

Hay expresiones de Lenin que no han sido suficientemente enfocadas, para derivar de ellas todo lo que contienen; está el vocablo ‘semicolonia’, p. ej., que Lenin señala como un “caso intermedio”, o forma de tránsito que surge cuando el capitalismo pasa de mercantilista a financiero, de conquistador a sangre y fuego a conquistador financiero, por medio de las inversiones de capital; en el caso de Venezuela, y de la América Latina, sostenemos que el imperialismo no ha necesitado convertirnos, ni siquiera por unos segundos, en ‘semicolonia’, porque ya éramos lo que denominamos países en colonización, países-ubres, dotados de una forma societaria proclive a la fácil dominación extraña.

En el vocabulario exegético del imperialismo, la realidad del dominio de una nación capitalista sobre un país atrasado se llama ‘establecer una esfera de influencia’, con frase que ya caracteriza la moderna hipocresía burguesa. A fin de entender un poco mejor nuestro pasado y presente, observemos cómo la Rusia de los Césares moscovitas fue una semicolonia por breve tiempo, y cómo su revolución frustró el empeño

imperialista de colonizarla totalmente, y hagamos esto con la ayuda de un autor de ese país.

Gregorio Gregorián, en su folleto: *El joven Estado soviético y las inversiones de capital extranjero* (Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, 1966), dedica 56 páginas a demostrarnos que la Rusia pre-soviética fue un país atrasado, en parte agrícola, en parte industrial, de “un nivel de desarrollo capitalista medio”; el atraso ruso —nos dice, “lo agravaba el hecho de que todas las ramas industriales más importantes pertenecían al capital extranjero, en primer lugar al francés, al inglés, al alemán y al norteamericano”.

No estábamos equivocados, pues, al tomarle párrafos y frases a Lenin que atestiguan cómo la etapa de semicolonía aparece como una forma peculiar al presentarse el capitalismo en nueva etapa, la imperialista financiera, y cómo de ella, progresivamente puede surgir la colonización definitiva. Gregorián dice: “Más que ninguna, dependía del capital extranjero la industria minera; en los años 1901-1911 los extranjeros fundaron en Rusia 184 compañías, 93 de ellas hulleras, petroleras, de oro y de platino; en 62 de esas 103 empresas dominaban los capitalistas franceses ingleses y holandeses; hacia 1914 se intensificó la penetración del capital norteamericano en la economía rusa.”

¿Es similar o no la Rusia de aquellos tiempos a la Venezuela que estaba siendo invadida por las compañías petroleras? Gregorián dice: “El gobierno cesarista (“tzarist” en ruso) ofrecía a los negociantes de ultramar toda clase de posibilidades para el saqueo de las riquezas del país; en 1895, Mr. Carel, cónsul yanqui en Petersburgo (hoy Leningrado), informó a su gobierno que en Rusia habían las más ventajosas condiciones para invertir capital; los senadores Beveridge y Lodge visitaron a Rusia, y dijeron que la Siberia podía considerarse “un mercado natural” y “una frontera oriental” de Estados Unidos-USA; en 1915, la exportación de Estados Unidos-USA a Rusia excedía en siete veces la exportación en sentido contrario; en 1916, la Banca Morgan fundó una Corporación Internacional Americana (como ha hecho la firma Rockefeller en Venezuela, desde 1946), con el objeto de explotar sistemáticamente la economía rusa.”

De ahí, pues, que al convertirse en la URSS, la ‘Santa Rusia’ le frustró al imperialismo sus avanzados planes de hacerla pasar de simple semicolonía a colonia integral; dice Gregorián que Lenin “señaló que Rusia era una lucrativa esfera de inversión de capitales”; las inversiones

y préstamos extranjeros alcanzaron en 1914 a la gigantesca cifra de 9.000 millones de rublos; Gregorián se hace eco de algo que entre nosotros suele decirse, cuando escribe: “Es evidente que, en cierto modo, las inversiones de capital extranjero contribuyeron al desarrollo de la industria de Rusia (nota nuestra: pero ¿a beneficio de quién y para que sucediera qué?)”; en 1887-1913, afirma Gregorián, las ganancias netas de los extranjeros en Rusia ascendieron a 2.300 millones de rublos, sobre un capital invertido de 1.783 millones de rublos (nota nuestra: Nada de raro, pues, que más de 10 naciones de la otra Europa, y también los Estados Unidos-USA, le cayesen en “canfínfora” a la Rusia que se convertía en la URSS, aboliendo las formas antiguas de trabajo basadas en la explotación del hombre por el hombre, y de unos países por las naciones banqueras, para frustrar la victoria de la revolución socialista).

Mas, el imperialismo pandillero fracasó también en el segundo proyecto. Y Gregorián llega al hecho clave, que veníamos buscando: “El capital extraño frenaba el desarrollo de las fuerzas de producción en Rusia, obstaculizaba la creación de la industria pesada propia, condenando al país a una dependencia semicolonial” (nota nuestra: El desenlace de la aventura colonizadora europea y yanqui en Rusia es para nosotros una lección inolvidable que habrá que aprovechar al máximo, y que implica la inevitable salida violenta; para nosotros es sencillo comprender dicha posibilidad, pues ya una vez nos liberamos de un imperio; por cuanto no nos liberamos a la vez del coloniaje, se pudo volvernos a “meter en el corral”, como a humildes bovinos; si ya lo sabemos bien, ¿quién, de buena fe, puede obcecar y creer que la segunda liberación de nuestro país, y de América Latina, frente al imperialismo yanqui sea dable sin que haya una guerra de liberación?) (30-vii-1967—30-v-1963).

ANEXO 3

Nuestro libro: Venezuela, su imagen desvelada, se terminó de escribir el 3 de agosto de 1968, y fue empezado el 10 de mayo de 1967. Es curioso que la postura anti-nación que sostenemos, para la América íbera, no sea ni original ni exclusiva. Una empresa, de cuyo nombre no queremos acordarnos, estuvo mal aconsejada por sus lectores de planta (cuyos nombres sí quisiéramos tener presentes), pues le recomendaron que no nos incluyera en su fondo editorial. Hubo algunas razones, desde luego, para justificar este discrimen, pero la que nos interesa exhibir es la que concierne al problema “nacional”. Se nos ha objetado que digamos lo que el lector habría leído en las páginas precedentes; no vamos a discutir los argumentos que puedan esgrimirse contra nuestra

tesis, porque no nos fueron comunicados, ni tampoco diremos cuán absurdo es, en una era de amplias libertades, y de extensas tiranías, que haya quienes pidiendo para sí total holgura de movimientos en el ejercicio del derecho a publicar libros, los nieguen a otros; lo que vamos a indicar muy de paso, porque el tema da para futuros ensayos, es que nunca se está solo en muchas de las actitudes ideológicas en nuestro tiempo.

Por ejemplo, el sociólogo español Enrique Tierno Galván, tomó parte en el Seminario Internacional que convocara la Universidad de Princeton, en diciembre de 1968, sobre cuestiones relativas al desarrollo de las ideologías, de derecha y de izquierda, en la actualidad. La siguiente es una frase que entresacamos del escrito que allí leyera el profesor aludido: la romántica idea de “nación” está siendo remplazada por la más práctica de: el pueblo. Por pueblo entiéndese un conjunto de elementos distintos, aún heterogéneos, que se amalgaman en virtud de intereses comunes. En ese mismo lugar, se recordó un pensamiento del inolvidable martiniqueño Dr. Frantz Fanon, que dice: El análisis marxista debería estirarse un poco cada vez que se trate del problema colonial. Todo lo que hasta ahora se ha explicado, en torno a la época precapitalista de la sociedad, tan bien estudiada por Marx, debe ser pensado de nuevo.

Todavía no conocemos al detalle las ideas de Tierno Galván, pero puede observarse que su criterio independiente como que lo lleva a salirse del abismo de “lo nacional”, esa entidad que algunos suponen eterna; en cuanto a las palabras de Fanon no pueden ser más oportunas. En Nuestra América tenemos que pensar por cuenta propia no sólo a Marx y Engels, sino a todo el universo de la herencia cultural, ya sea del oeste, del este, del norte o del improbable sur. No en balde somos nosotros, o alguna vez lo fuimos, para la provinciana y egocéntrica mentalidad europea: Los Antípodas, aquellos que están, con sus pies, en una postura “anti”, con respecto a los demás moradores del globo terráqueo.

Mas, no es sólo en cuanto a esas ideas que andan por ahí, a caza de la afanosa dilucidación, que no estamos aislados; hacia 1912 el viajero inglés, estudioso de historia y de derecho constitucional, Sir James Bryce, publicó su libro: *South América — Observations and Impressions* (Macmillan, Londres); casi al terminar sus 500 páginas, dice este émulo de Alejandro de Tocqueville, y de Alejandro de Humboldt, a quienes se acerca un poco: “¿Qué es una Nación? El uso de esta palabra es ambiguo,

variado, muy laxo. Una nacionalidad es una población que se vincula por ciertos lazos: idioma, literatura, ideas, costumbres, tradiciones, en forma tal que se constituye en estructura coherente, distinta de otras poblaciones, organizadas del mismo modo. Una Nación es, entonces, una nacionalidad organizada políticamente, ya sea independiente o soberana, ya desee serlo. Llamamos pues Nación a una comunidad que posee independencia política y características que la distinguen de otras comunidades.”

Vale la pena leer todo lo que Bryce dice sobre el tema, en su largo capítulo. Cree que México, Argentina y Chile son naciones; piensa que Cuba, Ecuador y Perú pueden llegar a serlo en 1962 (dice que: “dentro de medio siglo”, “si siguen como van”). Duda Bryce de que el proceso de nacionalización, a la europea, se repita en Nuestra América, y afirma que lo “español colonial” era y es idéntico en toda la América; apunta que los distintos países que hoy se enumeran tienen origen en las divisiones administrativo políticas del Imperio, más que todo: las capitanías y los virreynatos, y señala que esos países “han querido constituirse en naciones”, y deja constancia de que ha habido “un proceso de diferenciación”. Parece que estas páginas, publicadas en Inglaterra en la época del auge del positivismo entre nosotros, han pasado desapercibidas, o no tuvieron gran eco; es cosa de investigar, en un estudio ad hoc. Como nosotros seguiremos abordando el apasionante tema del coloniaje, es seguro que exploraremos con calma las observaciones del viajero Bryce.

Pero no está demás que insertemos, en este anexo, una alusión al trabajo: *Identidad en América Latina*, que leyera el profesor y filósofo mexicano Leopoldo Zea, en la Universidad del Estado de Nueva York (New York State University), el 22 de marzo de 1968, y que aparece reproducida en *El Día*, México, 21 de mayo de 1969. Nuestro interesante filósofo Zea escribe allí: “¡América Latina! ¿Qué es? ¿Quién es?” Es decir: que nos testimonia cuán urgente es la tarea de definir lo que nuestro Continente es. Líneas adelante apunta el profesor Zea: “El ideal a alcanzar por los países del sur, poco después de su emancipación frente a la Colonia, podría quedar expresado en la frase del argentino Domingo F. Sarmiento: “Seamos los Estados Unidos de la América del Sur”... El dictador chileno, Diego Portales, prevenía ya a esta América de una doctrina como la Monroe, que hacía de los Estados Unidos no sólo un arquetipo a seguir, sino el encargado mismo del destino de los propios pueblos latinoamericanos... Para acabar con la anarquía, poner fin a las revoluciones y guerras intestinas, era menester adoptar los hábitos y

costumbres de los hombres que habían hecho posible los Estados Unidos. Ser los yanquis de la América del Sur es urgente, decía el mexicano Justo Sierra.”

La realidad de las cosas, en Nuestra América, puede tal vez entenderse mejor si se emplea el concepto de coloniaje; de todos modos, los atisbos e inquietudes del profesor Zea tienen nuestra mayor simpatía. He aquí otra cita que le tomamos: “Los sueños liberales en la América Latina se desvanecen ante la realidad que se trató de encubrir. Los deseos por hacer de la América Latina los Estados Unidos de la América del Sur han terminado en una utopía más. La realidad social, política y económica de esta América no ha sido cambiada. Los pueblos latinoamericanos siguen siendo pueblos marginales, simple instrumento de un progreso y desarrollo que no es el propio. La burguesía que, a imitación de la clase que en el mundo occidental hizo posible el progreso de sus naciones, se quiso crear en Latinoamérica ha derivado en un grupo social que para subsistir tiene que servir de instrumento, intermediario, testaferro o amanuense de los grandes intereses de la gran burguesía occidental... Para alcanzar el desarrollo soñado tendrán que enfrentarse... a fuerzas coloniales internas que no pudieron desarraigar (con) la simple imitación de las leyes e instituciones que hicieron la grandeza de los Estados Unidos y el mundo (europeo) occidental.”

¿Qué son estas “fuerzas coloniales internas que no pudieron desarraigar” nuestros pueblos? Sin duda alguna, ¡por San Jerónimo! se trata del coloniaje, tal como insinuamos en el presente ensayo. (5-viii-1969).

Terçera Parte

Aproximaciones al concepto del coloniaje

1. El aporte del uruguayo Rodney Arismendi

En lo que precede hemos visto cuan distante o cercano pudo estar Lenin de nuestro horizonte revolucionario, como realidad pensable por él; objetivamente hallamos que Lenin se dio cuenta de una situación rusa bastante similar a la de los países latinoamericanos. En lo ideológico hay algo parecido, en cuanto al empleo del marxismo, que Lenin aplicó a Rusia “tzarist” = zarista o cesarista, y que nosotros debemos aplicar a una América producto del coloniaje y aún sumida en el coloniaje. Discípulo avisado de Marx, entendió Lenin el capitalismo financiero, exportador de capitales, y colonizador a su modo, como la nueva etapa observable en su tiempo, del régimen económico de la burguesía, sea la europea, sea la yanqui; discípulos tanto de Marx y Engels como de Lenin y Mao, nosotros tenemos que estudiar el impacto de lo que Lenin llama “el imperialismo” sobre el inveterado coloniaje que distingue a Nuestra América Latina; y a la vez, tenemos que exhibir los pasos dados por intelectuales nuestros, hacia una involuntaria demostración del coloniaje.

Reanudemos el hilo que traíamos. Hay un curioso párrafo de Lenin, en su: Informe sobre la revolución de 1905, escrito en alemán antes del 22 de enero de 1917 y publicado en La verdad = Pravda, el 22 de enero de 1925; decíase allí: “La burguesía de los países más libres, incluso de las repúblicas de Europa occidental, sabe combinar magníficamente sus frases hipócritas acerca de las ‘ferocidades rusas’ con los negocios más desvergonzados, especialmente con el apoyo financiero al zarismo y con la explotación imperialista de Rusia mediante la exportación de capitales, etc.” (el subrayado es nuestro, EGM).

La etcétera del trozo leniniano citado ¡es tan sugeridora! El pensamiento europeo ha sido reacto a usar el concepto de colonia dentro de su ámbito interior, excepto en los contados casos a que aludimos (el de Portugal, los conatos de colonización de la Rusia de los zares); o en la antigüedad la historiografía marxista rusa, que sepamos, no nos dice que la patria de los primeros consejos de obreros y campesinos deba calificarse de “semicolonia”, y sin embargo Lenin ha escrito: “El capital financiero es una fuerza tan considerable, puede afirmarse tan decisiva, en todas las relaciones económicas, nacionales e internacionales, que es capaz de subordinar, y en efecto subordina,

incluso a los Estados que gozan de la independencia política más completa. Pero, se comprende, la subordinación más beneficiosa y “cómoda” para el capital financiero es aquella que trae aparejada consigo la pérdida de la independencia política de los países y de los pueblos sometidos.” Lenin es quien dice esto, pero nosotros, tal vez, y los historiadores soviéticos, de igual manera, creemos que la palabra “semicolonia” significa algo tan degradante que sólo es aplicable lejos de Europa, a China y Turquía, a la América Latina (por obra de escritores inspirados en Lenin), y a Persia, que aunque está ahí, junto a Turquía, suele pensársela como ubicada en un remoto ‘lugar del Oriente’, en el Irán de Omar Jayám, de Algazali y de “Zaratustra”.

El atraso, pues, ha sido ‘la línea de menor resistencia’ de que habló Varona; y el atraso del imperio cesarista estuvo a punto de ocasionar que el imperialismo colonizase a Rusia; el fenómeno de las colonizaciones, antiguas y modernas, todavía no ha sido dilucidado a satisfacción nuestra; hoy España lucha por que Inglaterra se vaya de Gibraltar, ese Peñón que ha usurpado colonialmente por dos siglos; los Estados Unidos-USA mediatiza en grado sumo, hasta un punto casi colonizante, a Inglaterra y al Japón, y en conjunto a la Europa occidental; no es difícil, pues, imaginarse la realidad de nuestro coloniaje, esa peculiar situación establecida en la América de Colón desde hace más de cuatro siglos. El tiempo en que vivimos ha dado paso al concepto de coloniaje, no obstante; en las páginas que siguen presentamos las exploraciones y aproximaciones a dicho concepto, realizadas por Rodney Arismendi, del Uruguay; Hernán Ramírez Necochea, de Chile; Jorge Childs, de Colombia; Salvador de la Plaza y Armando Córdova, de Venezuela.

En su libro: Problemas de la revolución continental (Montevideo, 24 de enero de 1962), Rodney Arismendi nos ofrece un valioso aporte en el sentido de la demostración que hemos querido fundamentar. En la Sección Segunda, Capítulo 2, No. 6, de la Parte II: “La cuestión nacional-colonial. Diferencias entre las antiguas colonias y el sistema colonial del imperialismo”, el autor nos ofrece elementos de juicio dignos del mayor respecto y atención.

Rodney Arismendi dice: “Lenin ha demostrado cómo el sistema colonial del imperialismo se aprovecha del viejo régimen colonial, pero transformándolo radicalmente. El sistema colonial del capitalismo monopolista es todo un sistema de relaciones sociales, políticas, económicas, nacionales, etc., que se diferencia, por sus rasgos

específicos, del correspondiente tipo de colonias que existían en otras formaciones sociales... La “colonia” de la época esclavista o feudal era el producto de la guerra, de la violencia desnuda... imposición lisa y llana por las armas, sobre los pueblos más débiles... Aún en el período de la acumulación primitiva —época de la colonización de América, del saqueo de África y de la penetración en Asia— la situación era similar. “El monopolio ha nacido de la política colonial —escribe Lenin. A los numerosos ‘viejos’ motivos de la política colonial, el capital financiero ha añadido la lucha por las fuentes de materias primas, por la exportación de capital, por las ‘esferas de influencia’.”

El dirigente comunista uruguayo nos ayuda generosamente a consolidar nuestro punto de mira, porque su comprensión del asunto es cabalísima; Rodney Arismendi añade: “Sobre esta base, se concreta la formación del sistema colonial del imperialismo, que pasó a dominar continentes enteros, como un sistema de “estrangulamiento” de la mayoría de la población del globo por el capital financiero de algunas potencias imperialistas (Lenin).

”El imperialismo llevó el sistema colonial a su extremo, repartió el mundo entero. Pero sumó a los viejos motivos coloniales de explotación... sus propios medios de explotación, principalmente la exportación de capitales, el más característico. El colonialismo del período imperialista se distingue del esclavista o feudal, o de aquel de la alborada capitalista, porque se apoya no sólo sobre la violencia directa, sino también sobre la red de procedimientos de dominación económica, principalmente la exportación de capitales y el comercio no equivalente” (nota nuestra: esto último significa: yo te vendo computadores electrónicos bien caros y tú me dejas que yo, el capital financiero, con mis compañías-esponja y amiba te extraiga las riquezas naturales y las demás materias primas, al más bajo costo posible para mí, y te domine en todos los aspectos para que pierdas tu soberanía y tu libertad como pueblo).

El concepto de coloniaje, pues, no hace sino insinuarse en las búsquedas de nuestros precursores en la lucha de liberación moderna; Rodney Arismendi escribe: “El imperialismo no ayuda al desarrollo económico de los países que coloniza, sino que impide ese desarrollo y retrasa, estagna y deforma las economías dominadas y maniatadas” (paráfrasis nuestra); textualmente el dirigente uruguayo apunta: “Este fenómeno lo vivió Iberoamérica, en forma embrionaria en algunos países, ya en la última década del 50 del siglo xix, pero tomó cuerpo en

las postrimerías de esa centuria y al comenzar el siglo xx. La mayoría de nuestros pueblos había logrado independizarse políticamente de España y Portugal. Al contacto con el marco mundial, el principal medio de incidencia económica de Inglaterra y las potencias capitalistas consistía en el comercio no equivalente... Este intercambio no equivalente gravitaba de modo negativo en el desarrollo de las repúblicas nacientes, influía inclusive en la vida política; pero todavía no éramos países propiamente semicoloniales y dependientes” (el subrayado es de R. A.). “El imperialismo dio al intercambio desigual una altura y una calidad diferentes. Lo hizo mayor, y lo situó dentro de una economía capitalista donde imperaban los monopolios; éstos fijaban sus precios, los precios de monopolio —altos para sus productos, bajos para los nuestros... Sin embargo, lo que caracterizó principalmente al imperialismo fue la exportación de capitales. A su través, nuestros pueblos fueron encadenados al sistema colonial del imperialismo, se volvieron países económicamente dependientes, por lo tanto, formalmente libres desde el punto de vista político.”

¿Cuáles son las aproximaciones de Rodney Arismendi al concepto de coloniaje? La primera es aquella donde dice: “Lenin ha demostrado cómo el sistema colonial del imperialismo se aprovecha del viejo régimen colonial.” Si nuestro autor no hubiese estado bajo el amparo de la tricotomía positivista (descubrimiento, conquista y colonia, seguida por ‘el período de la república independiente’), tal vez se hubiera demorado un poco a examinar el fondo de la frase en que repite un juicio de Lenin: aprovecharse del viejo régimen colonial... supo el sistema colonial del imperialismo. Nos parece que Rodney Arismendi cree, como tantos en Nuestra América, que nuestros países ‘dejaron de ser colonias’ con la postrera batalla ganada a los españoles, en 1824. En nuestra lectura de Lenin no hallamos un texto que diga, exactamente, lo que Rodney Arismendi le atribuye, pues más bien nos ignoró en gran medida en cuanto a lo que realmente hemos sido y somos; sin embargo, el dirigente uruguayo roza al fenómeno del coloniaje cuando ha escrito: se aprovecha del viejo régimen colonial.

Su segunda aproximación consta en el texto: “...los países que coloniza... Este fenómeno lo vivió Iberoamérica, en forma embrionaria en algunos países, ya en la última década del 50 del siglo xix...” ¿No es extraño que la América Latina haya gozado de tales vacaciones de colonialismo, entre 1824 y 1850, apenas veintiséis años? Rodney Arismendi, igual que nosotros, se ha fijado en que hay varios imperialismos (esclavista, feudal, mercantilista, financiero) y varios

colonialismos (idem, idem, idem, idem), mas no hizo alto para reflexionar un poco y preguntarse: ¿Desapareció, efectivamente, la sociedad colonizada instituida por los españoles en Nuestra América, después de 1824? La respuesta a tal pregunta es la que nosotros postulamos, al referirnos al concepto de coloniaje.

Rodney Arismendi ha preferido seguirse por un punto de vista europeo, que hasta hoy se ha considerado genuinamente marxista, y se aleja de la realidad peculiar de nuestros países, la del coloniaje, al escribir: “pero todavía no éramos propiamente países semicoloniales y dependientes.” Una lectura más cuidadosa y serena de los trabajos de Lenin, y sobre todo de: El imperialismo, como la más nueva de las etapas del capitalismo, puede hacernos ver las cosas en una forma más clara; donde Lenin habla, como dialéctico agilísimo que era, del “viejo capitalismo” y del “nuevo capitalismo”, de éste dice que “tiene los rasgos evidentes de un fenómeno transitorio”; y donde habla de lo que Rodney Arismendi cree que somos, Lenin dice: “En cuanto a los Estados “semicoloniales”, nos dan un ejemplo de las formas de transición que hallamos en todas las esferas de la naturaleza y de la sociedad.” Al definir el “nuevo capitalismo” Lenin observa que “representa una mescolanza de la libre competencia y del monopolio”, y, además, se pregunta: ¿A qué tiende la transición del capitalismo moderno? Igual pregunta es la que no se han hecho aún quienes se apresuraron a definir a nuestros países como ‘semicoloniales’ por un período de tiempo en el cual no parece haberse tomado en cuenta el hecho de que toda forma transitoria tiende a dejar de ser lo que, por un tiempo, ha sido.

Rodney Arismendi, aunque escribe: “a través de la exportación de capitales... nuestros pueblos fueron encadenados al sistema colonial del imperialismo, se volvieron económicamente dependientes”, no lleva el examen de tal hecho a su lógica conclusión: la de que, en el supuesto de que lo característico de nuestros países no sea el coloniaje, como creemos nosotros que lo es, la etapa ‘semicolonial’ tendría que haberse cancelado en algún momento del siglo xx, surgiendo la necesidad de reconsiderar la anterior definición, para cambiarla por otra más de acuerdo con las transformaciones sufridas, que el mismo Rodney Arismendi señala.

Sin duda, a causa de este tropiezo, cuyo efecto lo obnubila, es que las auténticas características de nuestro modo de vida societaria no han podido ser captadas por él en su genuina realidad. En otras palabras, toda la armazón ideológica establecida por el positivismo, que es la que

rige nuestro pensamiento histórico y nuestras labores historiográficas, así como las ideas sociológicas que aceptamos, ha sido pasada por alto; los marxistas no le han hecho arreglo de cuentas a esa filosofía en Nuestra América, sino que se han limitado a yuxtaponer los postulados de Marx y Engels, y luego de Lenin, y las ‘líneas del partido’, década tras década; de ahí una suerte de coexistencia o paralelismo de ambas en Nuestra América; el ejemplo de Lenin ha sido objeto de una disciplina más formal que eficaz, y por eso andan todavía en busca de mejor acogida aquellas sus palabras: “La teoría marxista exige de un modo absoluto que, para analizar cualquier problema social, se le encuadre dentro de un marco histórico determinado, y después, si se trata de un solo país... que se tengan en cuenta las particularidades que distinguen a este país de los demás dentro del marco de una y la misma época histórica. (18-v-1967— 31-v-1968).

2. El aporte del chileno Ramírez Necochea

Hernán Ramírez Necochea, de Chile, en su: *Historia del imperialismo en Chile*, de julio de 1960, aunque no llega a concebir el coloniaje como la forma peculiar del establecimiento societario en Nuestra América, nos ofrece una serie de aproximaciones a su realidad. Los elementos de juicio que le tomamos a Ramírez Necochea no llegan a la veintena; no substituyen nunca, por cierto, la imprescindible lectura de su buen libro; pero no podemos, por lo pronto hacer otra cosa:

1. En la segunda mitad del siglo xix, en los mismos años en que se luchaba en los campos de batalla para emancipar a Nuestra América del yugo español, Mr. Canning, un representante del capitalismo británico (de la etapa mercantilista), dijo: “América española es libre, y si no manejamos mal nuestros asuntos, ella es inglesa” (la cita viene del libro de Fred Rippey: *Latin America in World Politics*, Nueva York, 1938, p. 28).

2. El duque de Sully, en su: *Historia y descripción general de los intereses del comercio de todas las naciones de Europa*, 1765, dijo: “La Nueva Inglaterra (Estados Unidos-USA), tal vez es más peligrosa que la Vieja Inglaterra para las colonias de España. La población y la libertad de los ingleses americanos parece anunciar de lejos la conquista de los más ricos lugares de América y el establecimiento de un nuevo imperio inglés, dependiente del de los ingleses de Europa.

3. En marzo de 1822, el chileno Diego Portales dice en una carta: “Parece algo confirmado que los Estados Unidos reconocen la independencia americana... Mr. Monroe ha dicho: “Se reconoce que la América es para éstos”. ¡Cuidado con salir de una dominación para caer en otra! Hay que desconfiar de esos señores que muy bien aprueban la obra de nuestros campeones de liberación sin habernos ayudado en nada: he aquí la causa de mi temor... Yo creo que todo esto obedece a un plan... y ese sería así: hacer la conquista de América, no por las armas, sino por la influencia en toda esfera. Esto sucedería, tal vez no hoy; pero mañana sí.” (Epistolario, Tomo I, Págs. 176-177).

4. En el Capítulo: “Subordinación de la economía chilena al capitalismo inglés” (1818-1879). Aquí dice Ramírez Necochea: “Inglaterra pudo colonizar económicamente vastas regiones sin tener que conquistar colonias. Redujo simplemente al estado de países coloniales a Estados que conservaron su independencia política... (nota

nuestra: Como dice Lenin). Entre los países que adquirieron esta condición deben ser mencionados los de América Latina, incluyendo — por supuesto— a Chile. Con razón un autor (Clarence H. Haring, en: Introducción, al libro de J. Normano; *The Struggle for South America*, p. 9), escribió: Estos pueblos habían obtenido independencia política, pero económicamente permanecieron con el status de una colonia.” (Nota nuestra: estas nueve palabras no deben subestimarse, y sobre todo lo que oculta el ambiguo vocablo ‘status’, que puede significar: estado o condición; obtener independencia política y conservar el estado o condición colonial es posible, en particular si se trata de países cuyo orden societario hemos distinguido con el nombre de coloniaje).

5. Dice Ramírez Necochea: “...la subordinación económica de Chile a Gran Bretaña... contribuyó a producir este mismo efecto: la penetración a fondo realizada por los británicos en importantes sectores de la vida económica nacional (n.n: el autor chileno cree, pues, que Chile ha sido una ‘nación’). Desde época temprana los ingleses se orientaron a tomar el control de nuestras principales fuentes de producción minera, como lo revela el hecho de que ya a mediados de la década 1820-1830, se hubieran establecido tres compañías... Chilean Mining, Anglo-Chilean, Peruvian Mining.”

6. Las grandes casas comerciales extranjeras, vale decir, inglesas — apunta Ramírez Necochea—, desempeñaban un significativo papel en la vida financiera del país (nota nuestra: en Venezuela ha sido lo mismo; en plena época colonial, los Welzares ‘arrendaron’ a Venezuela para cobrarse una deuda de Carlos V, y la Compañía Guipuzcoana, española, funcionó como las clásicas compañías coloniales europeas ‘en las Indias’; después de la Independencia, las firmas alemanas, y de otros países han hecho en nuestro medio un tipo de comercio colonialista, con nuestros frutos, y con sus productos industriales, y con sus actividades cuasi-bancarias).

7. Concluye Ramírez Necochea: “La estructura económica de Chile adquirió un definido carácter colonial.” (Nota nuestra: Si el autor hubiese prestado más atención a la cita de Mr. Romano, la del “status de una colonia”, tal vez hubiera hecho más luz en el asunto que nos preocupa; nos da a entender que Chile “adquirió un definido carácter colonial” después de haber dejado de ser colonia de España, o sea: que apareció en 1820-1830 un ‘neo-colonialismo’; por nuestra parte, ratificamos el concepto cuya realidad tratamos de demostrar).

8. Concluye, también: “Durante el siglo pasado (xix), se produjo un impetuoso aunque deformado crecimiento en las fuerzas productivas del país... las tendencias actuantes en la economía del Reino Unido... fueron fuerzas que tuvieron una gravitación decisiva en Chile... parecían guiadas por un designio superior e inexorable: la subordinación de la economía chilena a la británica.

9. Agrega Ramírez Necochea: “La participación inglesa en la vida económica nacional respondió a los móviles ya indicados; esto es, hacer de Chile un centro productor de materias primas y artículos alimenticios, y consumidor de manufacturas (europeas).”

10. En el Cap. III, “El imperialismo inglés en Chile, 1870-1891”, dice Ramírez Necochea: Los puntos básicos de la ideología del imperialismo fueron divulgados por el libro y por la prensa; para difundirlos, incluso se crearon sociedades especiales como la Imperial Federation League, fundada en 1884.” Y cita un ideologismo típico, que extrae de la obra: Orígenes y destino de la imperial Bretaña, de M.A.J.A. Gramb: “Los imperios son encarnaciones sucesivas de las ideas divinas; Inglaterra poseía un destino manifiesto de ser potencia imperial” (n.n: lo mismo postulaban los pro-imperialistas yanquis hacia la cuarta década: 1840, del siglo xix, con su ‘Doctrina del Destino Manifiesto’).

11. Dice Ramírez Necochea: “De hecho, la región salitrera (de Chile) fue convertida en factoría británica... cabe señalar que la dependencia económica en que se encontraba Chile en nada difería de la dependencia propia de países coloniales...” T.E. Curtís, en: Capitals of Spanish America, Nueva York, 1888, p. 454, decía que Valparaíso, con su comercio enteramente en manos inglesas, su diario inglés, y el amplio uso de este idioma, no era nada más que una colonia británica.

12. En la Sección 4, del Cap. Indicado, Ramírez Necochea habla del despertar “del imperialismo en Chile”, y nos presenta escritos de la prensa en que hubieron de aparecer comentarios y enjuiciamientos de tal fenómeno; dice el autor: “El proceso de penetración imperialista, medido en todas sus proyecciones o alcances, era estimado un peligro indudable para la existencia del Estado independiente chileno... Se llegó a comprender... que el dominio ejercido por el imperialismo sobre la economía del país era el método puesto en práctica para sojuzgarlo y convertirlo en una colonia sin necesidad de recurrir a la fuerza. Alfredo Coq-Port escribió: Lo que ha ocurrido en Tarapacá es uno de los tantos ejemplos de cómo el extranjero, por medio de sus capitales regidos por

una superior organización económica, puede adueñarse de un territorio sobre el que no tiene predominio político, pero del cual saca mayor provecho que el señor del suelo... Hoy no sólo se conquista a los pueblos por las armas, sino también por la absorción legal de sus riquezas.”

¡Tendremos necesidad de destacar, en el párrafo que precede, cosa alguna! Esas dos palabras: penetración imperialista, han confundido a la gente, haciéndola mirar hacia el presente y el futuro, más que hacia el pasado; recuérdese “la línea de menor resistencia”, de Varona, y se comprenderá que la inferior organización económica de América Latina, resultante de su colonaje, la hacía víctima segura de todas las penetraciones imperialistas.

13. Aunque lo dice para Chile, Ramírez Necochea señala un hecho que es Común a Venezuela y demás países de la América Latina: Las empresas extranjeras mantuvieron fondos reservados para alentar la defensa de sus intereses ante la opinión pública (nota nuestra: en Venezuela, a tal cosa llaman ‘hacer relaciones públicas’ o propaganda; la Creole Petroleum, p. ej., implanta un ‘Corazón Creole’ en su personal, y desarrolla una vasta actividad publicitaria, que domestica a la gente y la acostumbra a pensar que ‘habrá Creole para mucho tiempo’); con ellos (los fondos de dinero reservados: ¡oh, sigilosas sumas!) subvencionaban generosamente a políticos, funcionarios y periodistas (nota nuestra: en nuestro país se sabe que muchos dirigentes políticos y sindicales de primera y segunda fila reciben sueldos secretos de las compañías extranjeras, para que se plieguen al papel de gentes-malinches del Gran Económico imperialista).

14. En el Cap. IV, Ramírez Necochea trata de cómo los imperialismos alemán y yanqui se introdujeron en Chile; aquí resulta sumamente aleccionador el conjunto de pruebas que nos da el autor sobre la actividad ideológica del imperialismo, para convencer a la opinión de la metrópoli y a la de las presuntas colonias: en 1881 fueron publicados 40 libros alemanes para justificar el expansionismo colonizante; Richard Dilthey (no sabemos si es familiar de Wilhelm Dilthey, el filósofo), uno de estos colonialistas de encargo, sugirió que se colonizasen el Brasil, el Uruguay, la Argentina y Chile; Karl von Schezer sugirió lo mismo en contra de Honduras, Costa Rica y Guatemala; y un tal Grunwald pidió lo mismo para el Ecuador.

15. Dice Ramírez Necochea: “Entre los años 1880 y 1914, los Estados Unidos hacen una espectacular y vigorosa entrada en el escenario

imperialista, como resultado de las nuevas condiciones económicas en que se desarrollaba la vida del país... Ya en 1848, en la revista *De Boy's Commercial*, en un artículo titulado: 'Los estados suramericanos', se decía: Es demasiado evidente que los destinos de América están en nuestras manos... Dejemos que los acontecimientos sigan su curso... ¡Hoy tenemos a Nuevo México y a California! ¡Mañana tendremos al Viejo México y a Cuba!"

16. Escribe Ramírez Necochea: "El panamericanismo (que hoy se llama: la OEA) es, fuera de toda discusión... un movimiento inspirado e impulsado por el imperialismo americano con vistas a lograr absoluta supremacía económica y política en el hemisferio occidental... Como resultado inmediato de toda la actividad reseñada, en América se creó una situación histórica nueva: los Estados Unidos adquirieron una hegemonía absoluta, sin contrapeso de ninguna especie, en el hemisferio."

17. Añade el autor: "De estos tres imperialismos, el inglés ya había transformado a nuestro país en virtual colonia o en evidente factoría." Es curioso que *El Mercurio*, de Santiago de Chile, ya desde febrero de 1855, decía: "No hay que engañarnos, la conquista de América está resuelta por el gabinete de la Unión (USA); los americanos explotan nuestra posición... En México han estudiado y comprendido lo que es el resto de la América española... nuestra debilidad (nota nuestra: "la línea de menor resistencia", de Varona)... y sobre estas bases han organizado su propaganda y su conquista; los americanos del norte han deliberado largamente sobre nuestros gobiernos, sobre nuestra política... lo que no puedan sus ideas... lo podrá el oro para asalariarse (políticos) demagogos y partidarios... entre nosotros; Si los americanos del norte continúan su política agresora explotando nuestras divisiones, ya con el oro o la fuerza o bien con la propaganda de su democracia... es fuera de toda duda... lo que nos queda que hacer es resistir, levantar el patriotismo y arrebatarles los auxiliares que su política pueda proporcionarles entre nosotros."

18. El periódico *The South American Journal*, el 8 de abril de 1899, dice Ramírez Necochea, publicó un extenso editorial en que se refiere a la avasalladora expansión norteamericana en América y a los peligros que ella encierra; en otro artículo, del 6 de mayo, ese mismo diario hablaba de que hacía falta un Cecil Rhodes (n.n: un maestro inglés del arte de colonizar para la América Latina); y el mismo Rhodes, colonizador profesional, entonces enemigo público nº 1 de la libertad de

África, declaraba en una entrevista con *The New York Herald*: “El trabajo final de los Estados Unidos será la dominación de Sudamérica. Ustedes probablemente empezarán con México, y con la adquisición de los Estados de América Central (n.n: cosa que intentó el aventurero Walker, con Nicaragua, y que en parte logró el cazador Teddy Roosevelt, al apoderarse del Canal de Panamá y arrebatárselo a Colombia), y entonces le tocará su turno a los estados sudamericanos, hasta que Ustedes tengan en su poder todos los territorios situados al sur de su país.”

19. Dice Ramírez Necochea: “En nuestro país se hizo sentir con gran intensidad el desplazamiento del imperialismo inglés por el norteamericano; se produjo también la desaparición de la actividad que desarrollaba el imperialismo alemán. Los años de la guerra sacaron a Chile de la esfera inglesa... para ubicarlo de lleno en la esfera de los Estados Unidos... Tal dependencia puede ser comparada en muchos aspectos con la que tuvimos en relación a España durante la época colonial... (Interpolemos: Ramírez Necochea ¡todavía cree en los postulados de la historiografía positivista, a pesar de los elementos que nos ofrece en su libro, o habla de la ‘época colonial’ por la antigua costumbre!) Chile pasó a integrar el grande y disimulado imperio colonial que los americanos empezaron a construir tan laboriosamente desde fines del siglo xviii. Al cabo de cien años, se había cumplido el pronóstico de Diego Portales: Chile fue conquistado ‘no por las armas, sino por la influencia en toda esfera’.”

He aquí, pues, los elementos teóricos y fácticos, de historia y economía, aliñados con sus muestras de la ideología pro-imperialista, que aclaran el presente de Chile, de Venezuela, y de toda la América Latina, así como su pasado hasta la segunda década del siglo xix; Ramírez Necochea demuestra cómo se ha explotado una situación colonial en Nuestra América, y en particular en Chile, debatiéndose varios imperialismos la preeminencia hasta quedarse con ella los Estados Unidos-USA; fiel al punto de mira de sus maestros europeos, el autor ha estudiado el imperialismo de allá para acá, su impacto colonizador, y la habilidad del yanqui para remplazar a la Corona de España y excluir a Inglaterra y Alemania; ¿por qué hubo de temer Diego Portales lo que al fin sucedió? —preguntamos.

Ramírez Necochea, como Rodney Arismendi, se aproxima al concepto de coloniaje, pero éste se le evade. Dice que Inglaterra “redujo... al estado de países coloniales a estados que conservaron su independencia

política... Entre los países que adquirieron esa condición... los de América Latina... Por supuesto... Chile.” ¿Es exacto lo que se afirma? Ya Diego Portales habla, significativamente, de “salir de una dominación para caer en otra”; ¿qué nos hace falta, a fin de esclarecer el fondo de las cosas? Nos hace falta sólo analizar los hechos y ver si la pura guerra de liberación, por destructiva que fuese, bastó para borrar la organización societaria creada por los españoles, a la que denominamos coloniaje.

Rodney Arismendi no se detuvo lo conveniente a inquirir el sentido profundo de su propia frase: “Lenin ha demostrado cómo el sistema colonial del imperialismo se aprovecha del viejo régimen colonial.” Ramírez Necochea no desentraña la frase de Mr. Normano: “Estos pueblos habían obtenido independencia política, pero económicamente permanecieron con el status de una colonia.”

¡Aprovecharse del “viejo régimen colonial”! ¡Permanecer “con el status de una colonia”! Es indudable que estas dos frases se refieren a un hecho básico, que no ha cambiado aún en nuestros países, el del coloniaje (19-v-1967—3-vi-1968).

3. El aporte del colombiano Jorge Childs

El profesor colombiano Jorge Childs, economista, en breves y densos trabajos que dan a conocer PEL, N° 220, enero de 1967, y Pensamiento crítico, n° 2-3, marzo-abril de 1967, nos enfrenta con el coloniaje en cuanto modalidad peculiar de Nuestra América; prácticamente sólo le faltó darle el nombre de coloniaje a las instituciones colonistas y coloniógicas establecidas por los españoles desde 1492 en el vasto continente de los hoy preteridos aborígenes. De sus escritos obtenemos lo que presentamos en extracto:

1. Desde los orígenes de América Latina —dice Childs—, toda su economía de cambio, monetaria, capitalista, ha estado dominada por el capital extranjero; inclusive sus etapas esclavistas y latifundistas se fundaron como empresas industriales y comerciales, que proyectaron tales instituciones para responder a la creciente demanda del mercado mundial... estas instituciones en América nacieron en función del capitalismo, desde su propio origen, y no a través de un desenvolvimiento progresivo de los medios y relaciones de producción, tal como ocurrió en algunos países europeos... En la América Latina, la secuencia de su movimiento principia con el imperialismo y continúa en el imperialismo. Por eso, no es, ni nunca ha sido, la dualidad de economías primitivas y avanzadas... la contradicción que ha obstaculizado el desarrollo de América Latina. El obstáculo principal a este desarrollo ha sido impuesto por el propio desarrollo de un capitalismo imperialista sobre las operaciones claves de las economías latinoamericanas.

He aquí, pues, una puntualización magistral, que no es desdeñable, ni mucho menos. Esto es lo que se llama mirar el coloniaje desde dentro, lo que no han hecho quienes han aplicado el extraño concepto de 'semicolonia', por demás antidialéctico, a la caracterización de Nuestra América. El dominio imperialista foráneo, que invalidó la forma societaria aborígen, no trasplantó a estos países ni el desfalleciente feudalismo hispano, ni tampoco el soporoso capitalismo ibérico en estado de excluyente pureza, sino que creó una realidad híbrida, con sus dos tipos de instituciones y estructuras (semejantes, en el ambiente colonial, a las de la metrópoli, pero siempre como el arbolito japonés de 7 centímetros frente al árbol normal de 7 metros), y un sistema político y jurídico apropiado al fin parasitario que lo guiaba: tal es el coloniaje

2. Childs no parece estar solo en su atisbo, tan sagaz, porque esta es una de esas “ideas” que se ha puesto a flotar y a fluir en el aire de nuestras inquietudes de pueblos irredentos. En la revista Desarrollo, de Bogotá, marzo de 1966, se repite una opinión del economista norteamericano Andre Gunder Frank, quien al tratar de explicarse nuestro ‘subdesarrollo’ dice: “El subdesarrollo no se debe a la supervivencia de instituciones arcaicas, ni a la escasez de capital en las regiones que permanecieron aisladas de la corriente de la historia del mundo; no, por el contrario, el subdesarrollo fue, y es aún generado por el mismo proceso histórico que originó el desarrollo económico: el desarrollo del capitalismo.” Más adelante hablaremos de las tesis del profesor Frank, que sólo rozan el concepto de coloniaje, aunque de manera sugestiva, pues su idea de las cosas es otra: el ‘satelitismo’ de nuestros países-colonias; obsérvese, de paso, el giro europeísta y anacrónico de la frase: “las regiones que permanecieron aisladas de la corriente de la historia del mundo”; el gran filósofo Hegel, en su filosofía de la historia se imaginó que nosotros, los de la América fundada por los españoles, no pertenecíamos a la Historia (Europa es la Historia, el europeo es el Hombre, los Helenos son los cultos y los otros pueblos son ‘los bárbaros’); de ahí que, haciendo caso omiso de nuestros cuatro siglos de existir en coloniaje, aún abundan en Europa quienes sólo nos ven como una ‘mina’ para los estudios arqueológicos, y los etnológicos, de nuestros “tristes trópicos”.

A pesar de que Marx no pudo ocuparse de Nuestra América, de una manera directa y bien informada, en El manifiesto comunista, de 1848, lanzó un rasgo caracterizador que hasta la fecha no se ha tomado en cuenta con sindéresis; es donde dijo: “El descubrimiento de América, la circunnavegación de África, el intercambio con las colonias, el incremento de los medios de cambio y de las mercancías en general, imprimieron al comercio, a la navegación, a la industria, un empuje jamás conocido, acelerando con el desarrollo del elemento revolucionario en el seno de la sociedad feudal en descomposición... la gran industria creó el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América... La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita... Hoy, en vez de aquel aislamiento local y nacional, donde cada uno se bastaba a sí mismo, las relaciones son universales y la interdependencia de las naciones es universal.”

El rasgo caracterizador, de que hablamos, es el de la mundialización de la economía capitalista europea, que hace un terrible impacto

dominador en el planeta entero; Marx vio a Nuestra América, desde allá, su Europa ya con él antiburguesa, como una especie de nebulosa de Andrómeda (¡O de Andrómaca, si se quiere!), pero como el fenómeno que describe también la incluye, su pensamiento es germinalmente positivo; es lógico que Childs, arraigado en nuestro suelo, pueda ver con más precisiones no sólo el perfil de Nuestra América, sino también su enigmática y lacerada peculiaridad. Cuando Marx, en 1848, habla del desarrollo de la burguesía comercial e industrial europea (“la bourgeoisie conquérante”, v. Charles Morazé: *Les bourgeois conquérants*, Colin, París, 1957), que se ha extendido, por la violencia y a sangre y fuego, con infinita y descarnante crueldad, en el mundo no europeo, lo que dice es que el capitalismo exportó sus disparejas actividades, económicas y sociales, y sus religiones domesticadoras del ‘buen salvaje’, y sus ideologías, a todas partes, aunque nunca para que surgiesen otras Europas, por su designio; lo que Marx no pudo ver de cerca, dado el carácter de manifiesto político que tenía su trabajo, es que la ‘interdependencia de las naciones’ se aplicaba sólo dentro del Viejo Mundo, puesto que el imperialismo y el colonialismo no trasplantan el sistema originario sino que subordinan a los demás pueblos, para explotarlos. La gran excepción a esta regla, desde luego, han sido los Estados Unidos-USA, colonia inglesa mezclada de capitalismo surgiente y formas feudal-esclavista-mercantilistas: al norte, y noroeste, aquélla; y al sur y sureste las otras; dicho conjunto peculiar no tardó en convertirse en una genuina potencia capitalista, e imperialista, mientras que la mescolanza de feudalismo involutivo y de mercantilismo soñoliento de los españoles creaba el híbrido sistema societario que llamamos coloniaje.

El efecto del imperialismo europeo, vía el colonialismo, en las diversas regiones del globo, tuvo que ser cualitativamente distinto y peculiar, no sólo porque lo gobernaba el estado de avance o de atraso en que se hallase la nación invasora, sino porque también lo gobernaba el estado de atraso o de avance en que se hallaban los pueblos receptores de aquella fatal iniciativa expansionista. Acá, entre nosotros, la nación fundadora, titubeante entre feudalismo y capitalismo, engendró el coloniaje, un poco a ‘su imagen y semejanza’ = en lo peculiar de dicha tarea histórica debemos tener presente dos hechos muy significativos: España erradica a judíos y moros, por cuyas empresas naturales el capitalismo ha podido establecerse plenamente en el debido tiempo; España adopta el esclavismo en América, importando de África a seres humanos cazados dolosamente; es decir: prescinde de la creatividad, económica, social y cultural, que entonces se encarnaba en la burguesía

y sus oficinas capitalistas; la forma societaria que estimula y configura, entre nosotros, es un todo útil para el beneficio extractivo y expoliador de la nación imperial bajo cuyo poder se encuentra, y por eso no habrá jamás una clase capitalista de primera magnitud en el ámbito de la América hispana, sino oligarquías coloniales, habituadas a ser los eternos segundones de los capitanes extranjeros de las industrias y las finanzas.

Nosotros, en la Venezuela posterior a 1824, e igualmente toda la América Latina, engañados e ilusos, nos hemos resistido a ver nuestra realidad socio histórica tal como ha sido y como es: una geografía eternamente colonizada (una tierra inmensa, agobiada de riquezas naturales, cuyos hombres ricos, aunque puedan ser tan parasitarios como los ricos-homes europeos o de más allá del río Grande, no podrán ser más que “el minúsculo arbolito enano, en su pequeña maceta”); una geografía en la cual el paso de cuatro siglos no produjo sino un orden de vida colonizado, hasta que en los tiempos que corren se ha hecho visible que, agotada históricamente la vitalidad de la forma social capitalista, en todo el mundo, entre nosotros queda destituida de futuro, sin haber tenido presente alguno que valiese la pena. Hay que ratificar, pues, lo que sugiere Childs: Las instituciones económicas de América Latina nacieron en función del capitalismo, para su beneficio por medio de las artes, más o menos, eficaces del expolio colonizante; y, la secuencia del movimiento económico, en nuestra historia, principia con el imperio feudal-mercantilista, que ‘descubre’, conquista y Ocupa estas tierras, fundándonos, y continúa con el imperialismo financiero, exportador de capitales (que aparece desde mediados del siglo xix); y en todo tiempo, insistimos, nuestra esencia ha sido la del coloniaje, un destino porfiadamente signado para la servidumbre, los papeles de segundo orden, y la compleja psiquis de ‘macacos’, de que habló Pío Baroja.

Entiéndase claro: el coloniaje no es una palabra lanzada al ruedo, más con vestidura de adjetivo, según hacen algunos, que la confunden con colonialismo; es un hecho substantivo, un hecho-raíz, una modalidad económica, política y social, y desde luego cultural, advocada a la dependencia, al malinchismo, y a las fáciles alianzas de los caciques del lugar con la fuerza extraña e invasora; el coloniaje “nació en función del capitalismo”, “principió con el imperialismo y continúa en el imperialismo”: es decir, lo instituye el imperio español, y luego se lo disputan varios imperialismos, hasta que el imperialismo yanqui señorea solo a nuestros cóndores altivos, que algún día volverán a contemplar la prístina libertad de nuestros ríos, valles y espléndidas montañas.

3. Insertada en la peculiaridad del coloniaje se halla la actitud ideológica que ha prevalecido entre nosotros, desde el triunfo de la Revolución Francesa, por obra de la cual hemos creído en la falsa universalidad de ‘los derechos del hombre y del ciudadano’, y en todo el sistema de ideas y creencias que nos acostumbraron a considerarnos, gratuitamente, émulos de las naciones europeas; al re-escribirse la historia de América a la luz de lo que es el coloniaje tendrá que ser aclarado el secular engaño. Mientras esa tarea se cumple, cabe decir: Es lógico, naturalmente, que el imperialismo no nos permita ser pueblos y países libres, en ninguna forma, sino que nos sujete a su colonialismo, y procure mantenernos en el embrujo de que somos ‘naciones de Occidente’, etcétera; el hecho de que exista el coloniaje, le facilita sus designios invasores y predativos; y esto es lo que señala Childs cuando dice: “Ante estas resistencias los Estados Unidos resuelven dar un gran viraje, asociarse al desarrollo industrial naciente sin abandonar sus inversiones en petróleo, minerales, plantaciones bananeras, transportes (marítimos, aéreos) y servicios (compañías eléctricas y telefónicas) que apoyan las utilidades de sus grandes consorcios.

4. Y como después de 1945 el imperialismo yanqui se declara heredero del imperio romano, del imperio español, de Napoleón, del imperio británico, y de Hitler, en el empeño de crear un ‘imperio mundial’, el estado de guerra permanente, de reacción permanente, que decreta llamándolo para disfrazarlo ‘guerra fría’, lo obliga a seguir la pauta a que alude Childs: “La emergencia bélica impone el control de América Latina... Gobiernos fuertes o dictaduras militares se implantaron en casi todas las repúblicas latinoamericanas para sofocar la insurgencia popular y para atender la estrategia de la guerra.

5. El profesor Childs capta la realidad cuando escribe: Cuatro años largos... después de iniciada la Alianza (para el progreso, 1963), los países latinoamericanos comprueban ahora el estancamiento de su industria y de su agricultura, la desnacionalización (sic) de sus fuentes productivas y de sus medios financieros, la colonización de su educación y de su cultura, y la imposición de un mercado común latinoamericano como instrumento que amplía el radio de acción de los monopolios norteamericanos instalados en nuestro continente y que dismantela las últimas bases nacionales (sic) de nuestras economías.” (Nota nuestra: Childs aún cree en el mito de “nuestras naciones” de América Latina).

6. Habla Childs de “las economías satélites de América Latina”, despistándose un poco con el ‘satelitismo’ de A.G. Frank, y observa cómo han proliferado las ‘empresas mixtas’, de capital imperialista

dominador, íncubo, con el capital criollo malinche y súcubo, hasta afirmar, categóricamente: “De nuevo nos demuestran estos procesos que la instalación del capital monopolista, en el seno de las sociedades subdesarrolladas de América Latina, hace imposible el surgimiento y desarrollo de un capitalismo nacional”; y agrega: “Me pregunto si la anexión económica del continente latinoamericano a los Estados Unidos podrá lograr... un desarrollo capitalista de nuestros pueblos.” La respuesta es obvia; los países del coloniaje, naciones ficticias, marcados por la alianza entre Doña Marina (la Malinche) y el conquistador español Hernán Cortés, nunca producirán un auténtico capitalismo, sino minorías flexibles y cipayos, zalameras al crónico dominio extraño, insertadas en los engranajes como tuercas ‘semi-mundanas’ de un absurdo serrallo.

7. Y aquí llega el directo planteo que hace Childs, al decir: ¿Puede surgir un capitalismo autóctono, en la América Latina, libre del colonialismo? Su sentencia es esta: “El internacionalismo capitalista de los Estados imperialistas ha demostrado ser contrario a la idea de que se desarrollen burguesías independientes, con capitalismo independiente, en los países coloniales... De ahí que si las 2/3 partes de la población del mundo esperan salir de su pobreza mediante la integración capitalista con las grandes potencias, se quedarán esperando por los siglos de los siglos.

Si Childs hubiese dado el nombre de coloniaje a esa modalidad que permite al imperialismo extranjero obtener inmensas ganancias predativas en Nuestra América, nos hubiera alumbrado mejor los rasgos que con tanta claridad ha advertido. Nuestros países son producto del dominio imperial europeo; el primer imperialismo, en su clásica forma mercantilista, conquista por la violencia el territorio hoy designado como americano, y extermina hasta donde le es posible a los aborígenes, e importa mano de labor africana, para formar con la esclavitud, y las dos economías antagónicas y coexistentes en España, la feudal y la mercantil, además de los repartos y encomiendas (maneras administrativas de establecer un ‘feudalismo’ americano), la sociedad del coloniaje; luego, el segundo imperialismo, el financiero, tan lúcidamente estudiado por Lenin, substituye al dominio español, que las oligarquías coloniales expulsaron en 1824; por eso, nuestra historia de América es la historia de dos imperialismos, de dos colonialismos, y de un solo coloniaje.

Frente a esa realidad histórica, es una burla el gigantesco cúmulo de literatura sobre ‘el desarrollo’: esa frágil cortina de humo; hay

desarrollo y desarrollo; H. Wallace, el de Franklin D. Roosevelt, deseaba que se nos impulsara hacia cierto tipo de desarrollo que facilitara el aumento de nuestra capacidad de consumo, para que importáramos de USA más artefactos eléctricos e implementos similares (lo que en parte ha sucedido, de modo que haya ranchos de cartón con televisor y nevera), pero otros sectores del capitalismo yanqui hallaron que ‘la guerra fría’ en escala mundial era algo más ventajoso, y más de acuerdo con el sueño de una segunda Roma, y así, de hecho, el progreso (o desarrollo) de América Latina vino a ser secundario, no obstante las simulaciones en boga. No es posible, pues, que nuestros países sean sino adláteres de la poderosa economía de la gran nación nortea; es inconcebible que aparezcan Rockefelleres criollos que emulen a los Rockefelleres yanquis; cabe, eso sí, en el ámbito ‘intocable’ del coloniaje, que unos escualidos Móriganes nativos, mórbidos y flácidos, se envanezan de ser ‘millonarios’ de medio pelo. Pero, ¿y el coloniaje es, en efecto, inamovible?

El sueño de Bolívar, aunque él no lo haya formulado de manera precisa, no es otro que el de una libertad plena, una soberanía plena, una plena dignidad, en nuestro inmenso y riquísimo Continente, “esperanza del universo”. Y está por realizarse. ¿Quiénes son los capaces de substituir en nuestros países el coloniaje por un nuevo orden de vida, y de prescindir del colonialismo extranjero que nos hace ser seres humanos de segunda categoría en el mundo? Únicamente aquellos sectores sociales, en cada país nuestro, que puedan imaginarse estructuras más eficaces para instituir el bienestar de las mayorías, y que tengan suficiente envergadura, tanto en lo individual como en lo colectivo, para medirse con las terribles exigencias de su destino. La bandera antigua ya está recogida y alzada, todos lo sabemos y lo hemos visto, por “la sangre derramada”, pero el proceso es más complejo y difícil de lo que en el inicio, los generosos precursores creyeron; esa es la puerta que se ha desentornado, y mira hacia un largo camino, por donde iremos sufriendo y cayendo, haciéndonos y rehaciéndonos, en el molde de una apasionada esperanza (20-v-1967— 12-vi-1967—6-vi-1968).

4. El aporte del venezolano Salvador de la Plaza

Venezuela se liberó del imperio hispano, que la creó de ‘la nada’ en la segunda década del 1800, pero ya en la quinta Ídem estaba de nuevo entre las garras de otros imperios; eso sí, la nueva manera de dominio no se apoderó de nuestro país en pocos días, sino tras un largo proceso, semejante al que para Chile testifica Ramírez Necochea. La pregunta retorna, pertinaz: ¿por qué Venezuela pasa de una a otra subyugación, en apenas un cuarto de siglo? La respuesta más a la mano, dirigida por la ideología positivista, efectiva aunque involuntaria cortina de humo, es la de que el atraso inherente a nuestras cualidades de ‘gentes tropicales’ = perezosas y lánguidas, hundidas en el hábito de la hamaca y el chinchorro, y del dejarlo todo ‘para mañana’, es la causa-clave. El trópico, esa entelequia y subterfugio, invento europeo, (todavía en 1960 un Lévi-Strauss habla de los ‘tristes tropiques’), ha sido uno de los tapajos más útiles. Pero como venimos tratando de demostrar, el coloniaje es la realidad suprema; ese coloniaje que Varona anuncia pero no encuentra, al apuntar sobre la “línea de menor resistencia”.

El economista venezolano Salvador de la Plaza ha publicado en la Revista Cultura Universitaria, de la Universidad Central, Caracas (v. N° xci, Abril-Junio, 1966), el texto de una lectura que titula: “La explotación extranjera del petróleo y el desarrollo nacional”. Lógico era que un estudioso de nuestro país figurase en este breve examen de los escritos de quienes puedan haberse acercado al hallazgo de la verdadera naturaleza definidora de la América Latina y sus numerosos países; el aporte de de la Plaza no es intencional, como podrá observarse, pero nos coloca muy cerca del fenómeno. Extraigamos de su ensayo algunos párrafos que nos faciliten la tarea emprendida:

1. Sostiene Salvador de la Plaza que hacia mediados del siglo xix comenzaron a penetrar en el país firmas comerciales extranjeras — avanzadas del sistema imperialista europeo ya en desarrollo oprimente e invasor—, las que por haber acaparado el comercio de exportación y de importación... impidieron que surgiera un capitalismo criollo; estas firmas controlaron, financiándolas, la economía del café, del cacao, del ganado vacuno, enviando desde Venezuela hasta sus oficinas-esponja la riqueza así obtenida en el país. En el libro: Por el camino de Chimiro, 1966, Cap.: Venezuela es una colonia, hemos dicho que sería muy interesante una historia de las firmas Blohm, Boulton, y otras, para desentrañar el papel que han jugado en nuestro destino de pueblo; el

modo de proceder de esas firmas extranjeras ha sido nítidamente colonialista, y en esencia no ha variado entre los siglos xviii y xix; si se hiciese un estudio comparativo de las llamadas compañías de las Indias (inglesas, holandesas, francesas, portuguesas, españolas, en los siglos xvi, xvii y xviii), no se dejaría de hallar pautas de explotación colonialista iguales a las que nuestras “firmas alemanas” han seguido durante más de cien años. De la Plaza documenta su tesis en un párrafo que desarchiva de la Memoria y Cuenta del Ministro de Fomento, para 1868, donde se dice, entre otras cosas: “La agricultura, por ejemplo, en frutos mayores (café, cacao) depende enteramente del Comercio Extranjero” (Las mayúsculas vienen así).

2. ¿Cómo es posible una tal dependización económica, de alcance totalitario, sino es porque hay un asidero en el coloniaje, que es lo propio del país venezolano? La hegemonía mercantilista extranjera, garra puesta en los productos que hacen la riqueza del país, se erige sobre una realidad feudalizada, en la que ‘las encomiendas’, que ahora no las reparte Su Sagrada y Real Majestad el Rey de España, las constituyen para sí mismos los ambiciosos criollos, desde el famoso llanero José Antonio Páez en adelante hasta el andino Juan Vicente Gómez, el entregador de los petróleos; el orden societario del coloniaje no cambia, en Venezuela, al liberarse los oligarcas americanos de la tutela peninsular; si quisiéramos ser más exactos que de la Plaza, diríamos que junto al mercantilismo imperialista europeo, en aquella mitad del siglo xix, el otro factor opuesto a que aparezca un capitalismo de venezolanos es el sistema del coloniaje, en virtud del cual sus clases privilegiadas no podían aceptar como bueno lo que alterara prácticas tradicionalmente sancionadas para sus mezquinos intereses; en la anarquía de los caudillos, y sus funestas ‘guerras civiles’, los pescadores extranjeros hallaban una de las “líneas de menor resistencia”.

Habrá que decir, por otra parte, que el comercio en sí, que en Venezuela ha sido notablemente actividad de extranjeros, y no sólo de firmas de prestigio y fama, solidificaba al secular coloniaje, que más bien era sumamente propicio a los jugosos réditos; de la Plaza quiere decir que en la situación examinada hubo obstáculos a que se desarrollara un capitalismo de industrias, al modo de ‘la bourgeoisie conquérante’, un capitalismo viril y agresivo, hilario-guanipa, que a la larga fuese a buscar “más ganancias” apoderándose de pedazos de Inglaterra, o de Francia, o de España, o de los Estados Unidos; pero no había obstáculo ninguno para que surgieran capitalismos de burguesías

mercantiles, importadoras y exportadoras, imperiales los unos, y coloniales los otros.

Mucho se aproxima de la Plaza al encuadramiento del coloniaje, en su visión de la realidad venezolana, cuando dice: “Así pues, además de continuar dependiendo del capital extranjero por causa de la penetración de las casas comerciales y del control que ejercían (sobre el movimiento económico), Venezuela... permaneció dividida en regiones aisladas unas de otras.” (Nota nuestra: Quienes lean el estudio de Carlos Irazábal: *Venezuela esclava y feudal*, Ediciones Pensamiento Vivo, Caracas, 1964, podrán enfrentarse a la peculiaridad de nuestro país, que allí es descrita con lujo de aciertos por el sagaz historiador; la Venezuela de los caudillos fracasó, si fracaso puede llamarse algo que realmente no fue nunca parte del ánimo consciente de las oligarquías criollas, en los esfuerzos que les correspondía hacer para dejar de ser un país de coloniaje y convertirse en una nación capitalista, dirigida por el afán de lucro, y advocada a las proezas de aquellos sus modelos europeos).

3. De la Plaza ha señalado, muy de paso, la presencia de un fenómeno vinculado a la realidad del coloniaje, la hegemonía mercantil de “firmas extranjeras” que impiden el surgimiento de un capitalismo industrializador criollo; su vistazo hacia atrás es como un presentir de algo que debe ser explicado, pero que no llega a dilucidarse porque faltan los materiales investigativos suficientes; como su tema es la explotación extranjera del petróleo y el desarrollo nacional, prosigamos el examen de su aporte. Nos dice que hacia 1912 irrumpe el petróleo entre nosotros, ese “excremento del diablo” que hubo de llegar a ser el ávido sifón de nuestra vida. En 1917 ya el petróleo es comercializable y explotable; Venezuela, regida por un campesino de las montañas y una oligarquía coloniífila, cae en manos de las compañías petroleras de Inglaterra, Holanda y los Estados Unidos-USA; el efecto de este nuevo factor que perenniza el antiguo coloniaje es enorme, y es tan tremendo en perjuicio y daño de la atrasada economía agrícola (a su vez dominada por las célebres “firmas”), que un vocero de los hacendados dice: “El petróleo y las obras públicas son la causa de que hayamos tenido que abandonar las haciendas de café y cacao, los hatos (ganaderos) y las actividades del campo; son la causa de que la producción agro-pecuaria se haya venido al suelo” (la cita es de la Plaza).

Intercalemos aquí una nota. Nuestro país ha sido caracterizado como una ‘semicolonia’, sin que se haya hecho precisa, hasta donde era posible, la época inicial de tal cualidad supuesta; tampoco se ha

razonado el hecho de que esta palabra: colonia, se asocie con aquella otra: semi; el sobre-entendido parece ser el de que un país goza de independencia política completa pero es dependiente en su vida económica; entonces, si no se es colonia de un todo, se es colonia a medias; la cosa, sin embargo, es un malentendido; ya hemos visto, aunque someramente, que los países de la América Latina, a los pocos años de haberse liberado del yugo imperialista español fueron cayendo en las garras de otros imperialismos, hasta quedar, final y decisivamente en la órbita del imperialismo yanqui; lo que nos sucede es que hemos pecado de falta de imaginación y hemos temido equivocarnos al pensar que en Nuestra América haya podido ser creada una forma societaria no incluida en la autorizada lista de Marx y Engels (pre-historia, esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo; sin olvidarnos de aquella otra, denominada “modo de producción asiático”): la forma societaria del coloniaje; también hemos temido equivocarnos, al recibir pasivamente el concepto de ‘semicolonia’, si nos atrevíamos a declarar, alguna vez, que si acaso era válido lo era sólo por un tiempo fijo, muy pronto gastado por la marcha hacia una extensa colonización.

4. Venezuela es mantenida en atraso por efecto de una causa: el imperialismo; la relación o vínculo colonialista, del capital invasor de tierras ajenas, con el país subordinado y mediatizado, estuvo muy bien descrita el día que se la proyectó sobre la imagen del pulpo y sus tentáculos; pero, mejor aún será que se diga que el efecto de la economía invadiente, en el cuerpo de la economía invadida, es el del tejido canceroso: dos sistemas afines integrados, en virtud de cuyo proceso la economía anfitriona queda dañada para siempre, y sometida a esa parasitaria esclavitud puede sufrir transformaciones que la hagan más rentable y explotable, pero no será capaz de liberarse eficazmente, a menos que recurra a la heroica cuchilla del cirujano. Otro instante, en que de la Plaza se asoma al concepto de coloniaje, es cuando se plantea el llamado ‘problema del desarrollo’, y dice: “La economía del país, por las causas expuestas, había permanecido estacionaria. Con la incursión del petróleo y por haber sido su exportación controlada desde el comienzo por los fideicomisos (‘trusts’) internacionales, se continuaría repitiendo el hecho.”

¿En qué pudo pensar de la Plaza, cuando habló de que “la economía del país, por las causas expuestas, había permanecido estacionaria”? Es una lástima que el afán de seguir las modas interrumpa en Venezuela un trabajo que debe hacerse: dilucidar ese asunto del ‘atraso’, ese concepto tan amplio y vago que oculta y disimula nuestra verdadera naturaleza;

nos referimos al empleo, desde hace unos veinte años, de la palabra ‘subdesarrollo’ que, en pareja con la palabra ‘desarrollo’, sirve para seguir regando nieblas sobre nuestro cielo mental. Por ‘economía estacionaria’, tal vez entendió de la Plaza ‘economía en atraso’; el uso ideologista del vocablo ‘desarrollo’ no ha sido óbice para que se advierta lo restringido de su alcance y eficacia, como instrumento de juicio sobre el presente y el pasado de los países del mundo; desde el ángulo marxista, el desarrollo, antes sinónimo de “el progreso” (lo opuesto a “el atraso”), es un concepto que se aplica a las formaciones societarias, a manera de patrón de medida; visto así, es lógico que se hable de un desarrollo capitalista, de un desarrollo socialista, y, en nuestro sentido, de un desarrollo del coloniaje: la marcha de todo proceso es un desarrollo, una serie de pasos, siempre hacia un nivel más alto.

Es interesante aclarar el significado de los conceptos de atraso, progreso, desarrollo; a primera vista salta que lo de ‘subdesarrollo’ es un neologismo desafortunado, nada científico, confusionista; no se pueden comparar, legítimamente, las naciones capitalistas europeas con los países en coloniaje de América Latina; no se puede comparar “el desarrollo” de los países socialistas con el de las naciones capitalistas (de Europa, o de otras partes, USA, p. ej.); sí se pueden comparar procesos sectoriales: grado de desarrollo de una industria, en el capitalismo o en el socialismo; lo incongruente de tales comparaciones en ‘desarrollo’ se observa en la manida estadística del petróleo, que ‘asigna’ a Venezuela uno de los tres lugares más altos en la producción de ese ramo. Pero, volvamos a de la Plaza.

5. Insiste de la Plaza en el problema del atraso. Nos advierte que la explotación del petróleo deforma las antiguas estructuras económicas de Venezuela, pero sin eliminarlas. ¿En qué sentido se manifiesta el fenómeno a que alude? Dice de la Plaza: “Desde 1917 y debido a las formas de penetración más agresivas del capital extranjero... el país aumenta considerablemente sus importaciones, hasta de productos agrícolas, con lo cual se hace más profunda su mediatización por el capital extranjero” (hemos parafraseado el texto original, un poco, para hacerlo más directo); luego, añade que en el país coexisten “dos economías en violenta contradicción y antagonismo: la del petróleo, altamente tecnificada, y la propiamente nacional”, basada en una economía en atraso, con un desarrollo desvirtuado.

En Salvador de la Plaza es aparente el empleo, simultáneo, de dos corrientes filosóficas: la positivista y la marxista; del positivismo, toma

el andamiaje historiográfico, o sea: la manera de caracterizar los hechos de nuestro pasado; del marxismo, toma el andamiaje económico y sociológico, que le hace comprender a cabalidad el influjo del capitalismo extranjero y los efectos que tiene en nuestra vida; semejante amalgama, sin duda, es causa de algunas confusiones, entre las cuales quisiéramos destacar la que gira en torno a la imaginaria y mítica ‘nación venezolana’; no es de la Plaza un solitario en este caso; la Ley Fundamental de Venezuela, síntesis de un pensamiento jurídico y político, consagra la ficticia entidad de que hablamos, que para los usos prácticos no ha dejado de ser perfectamente ventajosa, en cierto modo; el telón de fondo de nuestra ideología, mucho más que la religión cristiana, es el positivismo, cuyas tesis se cree ilusamente que han sido borradas de un plumazo, tras del señuelo de otros ‘ismos’ posteriores; nuestros marxistas, en general, no han superado filosóficamente el positivismo, y no lo podrán superar mientras tarden en valerse de los materialismos, dialéctico e histórico, para desentrañar el verdadero carácter de nuestro país, en cuanto forma societaria.

Nos inclinamos a dudar de la ‘coexistencia’ de ‘dos economías’, de que habla de la Plaza, o por lo menos quisiéramos mirarlas a una nueva luz. Hemos asimilado el imperialismo a un cáncer, líneas atrás; he aquí una contradicción dialéctica: dos ‘tejidos’ afines pero opuestos en lo que se proponen (yo vivo para mí; yo vivo para mí, a costa de ti); la actividad económica extranjera, en realidad, no constituye una economía, sensu stricto; la economía del imperialismo está allá, en la metrópoli; ¿en qué consiste el proceso colonizador, vía la inversión de capitales? En despojar al ‘tejido capturado’ de sus sustancias nutritivas; y hasta aquí la validez de esta similitud (lo ‘biológico’ siempre ha sido una tentación de sociólogos, para explicarse sus fenómenos específicos, pero hay que precaverse de los errores en que se incurre, si no se restringe el alcance de las analogías). Desde el punto de vista del coloniaje, la obra del imperialismo en el país subyugado implica un desarrollo patológico, y esto es lo que el concepto “deformación económica” señala.

6. Dice Salvador de la Plaza: “Al serle castrada al bolívar, mediante la devaluación, su paridad de oro con el dólar... el Ejecutivo Nacional (Período 1958-1963) no sólo creó ventajas apreciables en favor de los fideicomisos (‘trusts’) petroleros, sino para todos los inversionistas foráneos, en general, facilitando y estimulando así el proceso de colonización de nuestro país al cual estamos asistiendo, y de cuyas proyecciones en el inmediato porvenir los venezolanos no se dan todavía perfecta cuenta.” La perspectiva de de la Plaza, desviada de la

realidad esencial por la aceptación silenciosa de las tesis positivistas (que han venido dirigiendo, medularmente, a nuestro país), no le impide observar un “proceso de colonización”, que supone en marcha acrecentada entre 1960-1970; de lo que se trata, a nuestro modo de ver, es de una mayor amplitud dominadora, por parte del imperialismo yanqui, que cada día que pasa multiplica y fortalece sus estructuras de subyugo, a partir del petróleo, internándose por banca, comercio y agricultura. Tenemos que decirlo, lo que de la Plaza halla, en los tiempos actuales, no es sino una variación dentro del antiguo coloniaje; sería, digamos también, un ‘desarrollo’ de nuestro ‘subdesarrollo’, en el sentido que más le beneficie al imperialismo que nos retiene cautivos.

7. Por último, el trabajo de Salvador de la Plaza nos deja una grave admonición: “Si el país continúa por el despeñadero en que lo llevan dando tumbos... La Nación soberana (sic) por la que nuestros libertadores derramaron su sangre, la recibirán nuestros hijos mancillada y convertida en un Estado Libre y Asociado de los Estados Unidos.”

El autor se refiere a la hermana isla de Puerto Rico (¡Borinquén!), colonizada por conquista militar y por el capital invasor, a la antigua y a la moderna, incrustada hoy en el seno de la jurisdicción política del mismo Estados Unidos-USA. Obsérvese, por otra parte, el juego estilístico de las palabras ‘Nación’ y país en Salvador de la Plaza; como si fuesen sinónimos, las baraja, y al hacerlo destaca la necesidad de un dibujo fidedigno del verdadero sistema de vida existente en nuestro solar patrio: ambigüedad específica de un pueblo cuyas clases privilegiadas sólo tienen afición a la molicie aquiescente y genuflexa, y por eso gobiernan de cualquier modo, sin ver más lejos de sus intereses particulares. Entendemos que una cosa es la categoría histórica de ‘nación’, inventada por la burguesía europea, y otra cosa es el país, la tierra donde vemos la luz, la patria (v. nuestro Anexo a propósito de la tesis de Stalin sobre ‘el problema nacional y colonial’). El pasaje en que de la Plaza alude a Puerto Rico es una manera forense de persuadir a las gentes de un país, cuyos cerebros presuntamente más lúcidos procuran desentenderse de la ingrata verdad del subyugo imperialista, a objeto de no ‘alterar la santa paz de sus hogares’; desde luego que de la Plaza sabe cómo somos una esfera de influencia que ha llegado a sufrir un alto grado de avasallamiento, y que en este sentido al hegemon yanqui no le hace falta integrarnos como ha hecho con Puerto Rico en su orden constitucional interno, pues para preservarnos en el redil instituyó, desde 1898, la Unión Panamericana-OEA, cuya sede administrativa nunca ha salido de Washington.

¿En qué consiste el aporte de Salvador de la Plaza a nuestra demostración del coloniaje como peculiaridad societaria de Venezuela? Sobre todo, en un atisbo, que nos entrega al indicar el fenómeno, que no ha dilucidado. Es allí donde expone que “hacia mediados del siglo xix comenzaron a penetrar en el país firmas comerciales extranjeras... (que) impidieron que surgiera un capitalismo criollo.” Luego en ese otro párrafo, donde afirma que “además del comercio colonizador (de dichas firmas extranjeras)... Venezuela... permaneció dividida en regiones aisladas unas de otras” (hecho que sabemos se explica porque el país no dejó de ser lo que era, después que se emancipó del yugo español). Y, en tercer lugar, cuando toca el problema del ‘desarrollo’, y dice: “La economía del país, por las causas expuestas, había permanecido estacionaria.” Si se exploran estas vetas, es probable que se descubra la naturaleza colonial, colonizada, coloniógena y coloniófila de nuestro país. ¿Por qué el dominio extranjero obstruye el surgimiento de una industrialización de tipo capitalista en nuestro país? ¿Por qué la actividad económica venezolana ha sido siempre de sesgo colonial: productos agrícolas, minerías, materias primas? ¿Por qué el desarrollo capitalista interno ha sido principalmente usurario o especulativo? ¿Por qué las ‘firmas extranjeras’ han funcionado en nuestro país a la manera de las clásicas ‘compañías de las Indias’? Estas y un arsenal de variadas preguntas sugiere Salvador de la Plaza; abrigamos la esperanza de que una pesquisa seria no podrá menos que presentarnos la desvelada realidad del coloniaje. (21-v-1967— 9-vi-1968).

5. El aporte del venezolano Armando Córdova

En su obra: Aspectos teóricos del subdesarrollo, publicada en mayo de 1967, Armando Córdova y Héctor Silva Michelena aplican los más modernos recursos teóricos de la economía política; para nuestro ensayo, de demostración del coloniaje como la característica peculiar de Venezuela, es el trabajo: “La estructura económica tradicional y el impacto petrolero en Venezuela”, de Armando Córdova, el que nos interesa. Hagámosle un extracto, para que se destaquen los elementos que, sin proponérselo, aporta Córdova, casi al mismo tiempo que Salvador de la Plaza, al esclarecimiento del concepto de coloniaje:

1. En la página 129, dice Córdova: “Las relaciones de producción predominantes en la agricultura (a fines de la Primera Guerra Mundial) eran las resultantes de la lenta evolución que, a lo largo de más de cuatro siglos, habían tenido las que surgieron en el territorio del país durante el período de la conquista y coloniaje españoles, mezcla y adaptación de feudalismo peninsular con las formas primitivas autóctonas, y la implantación de la esclavitud a que fueron sometidos los negros africanos traídos por la fuerza al país.”

Córdova parece observar que hubo “una mezcla y adaptación del feudalismo peninsular con las formas primitivas autóctonas”; su empleo del vocablo coloniaje parécenos que es en sinonimia con el de colonización; la mescolanza a que él se refiere, sin embargo, deja a un lado el comercio, que ha sido el ‘compañero de luchas’ del feudalismo hispano en el intento de crear, en Nuestra América, un nuevo tipo de forma societaria; luego, Córdova apunta hacia un hecho que gradualmente se irá desvelando más y más: agricultura extensiva feudalizada, mercantilismo, métodos americanos y africanos de conuquear la tierra, que no es propiamente un cultivarla: he ahí cuatro de los posibles ingredientes que sirvieron para engendrar el coloniaje, como producto de la colonización de estas tierras.

2. Córdova, sin embargo, dice líneas adelante: “Existía, además, una incipiente burguesía mercantil, que comerciaba con la producción agrícola de exportación, y con el limitado volumen de mercancías importadas que el restringido mercado interno podía absorber. Esta burguesía estaba constituida, en buena parte, por firmas de origen extranjero que, prácticamente, dirigían el comercio exterior del país y se constituían en beneficiarios finales de los resultados de la agricultura

de exportación.” Aunque Córdova habla, sin precisar fechas ni períodos, desde 1918 hacia atrás, lo que nos describe es reconocible ya a principios del siglo xviii, al menos (y no sólo por los Welzer y la posterior Compañía Guipuzcoana); y es lo mismo que Salvador de la Plaza, en su conferencia de 1966, ha aludido, en cuanto a las “firmas de origen extranjero”.

3. Agrega Córdova: “La existencia de un sector mercantil dentro de una dada estructura económica no significa, necesariamente, que en ésta existan relaciones de producción capitalista (de acuerdo con M. Dobb: La idea de la existencia de un capitalismo mercantil antes del advenimiento del petróleo es, por cierto, bastante sostenida en la literatura histórico-económica de Venezuela, *Studies in the Development of Capitalism*, London, 1954, p. 17)”, y agrega Córdova: “En tanto que financiadora del sector latifundista, en especial de las exportaciones... la burguesía comercial no es antagónica, sino complementaria del sector latifundista”; además: “la burguesía comercial actúa como agente (vendedora) del capital industrial extranjero”; además: “Sus capitales son predominantemente extranjeros, al menos en su origen.”

Nos causa asombro que Armando Córdova, en su ensayo: *Consideraciones acerca del tipo de desarrollo alcanzado por la economía venezolana*, acepte la fórmula mosaikil de ‘los sistemas coexistentes’ en ‘estructura’: capitalismo interno, capitalismo externo, pre-capitalismo; su cita a Dobb, debíale hacer entender que se pone en duda la existencia de un pre-capitalismo venezolano y su cita a Marx: “El comercio, e incluso el capital comercial son anteriores al régimen de producción capitalista y constituyen, en realidad, la modalidad libre del capital más antigua de que nos habla la historia” (*El capital*, Tomo III, p. 314, Traducción W. Roces en F.C.E.), debíale hacer sospechar que esas líneas suyas: “las relaciones de producción, lentamente evolucionadas, durante el período de la conquista y coloniaje españoles”, encerraban algo muy significativo y explorable.

4. La cita que nos da Córdova, del libro de Ramón Veloz: *Economía y finanzas de Venezuela desde 1830 hasta 1944*, es digna de mucho examen: “Nadie ignora que los venezolanos... carecen de capitales circulantes. La agricultura, por ejemplo, en frutos mayores, depende enteramente del comercio extranjero; los comerciantes foráneos, según Veloz, son los banqueros de nuestros latifundistas y medianos agricultores: el agricultor se encuentra sometido a la ley del prestador.”

Si esto se refiere a los años 1830 a 1944, ello significa que no hubo cambio de naturaleza en la economía venezolana después de 1824, año que fija la independencia política con respecto al imperio español.

5. Córdova observa dos cosas muy interesantes: “a) El alto grado de dependencia de la exportación de productos agrícolas que caracterizaba la economía pre-petrolera, y la íntima ligazón estructural de los diferentes sectores que la integraban... esta dependencia... era una característica que, con cambios periódicos del producto (café, cacao, añil, metales) se había mantenido desde la época colonial; b) La producción de mercancías extranjeras comienza a llegar hasta los más apartados rincones del país.”

Córdova se expresa, en la línea a) como opuesto a la creencia, de Maza Zavala, por ejemplo, en que los ‘sistemas’ del esquema mosaikil carecen de integración, y son incoherentes; Córdova se atreve a decir, que muy por el contrario ha habido “íntima ligazón... de los diferentes sectores que la integraban (nuestra economía dependiente)”; y en la línea b) observa un hecho que, aunque lo supone posterior a la llegada del petróleo, ha existido en el país hasta donde la falta de buenas vías carreteras lo impidiese en apreciable magnitud (¡cuántas cosas no han llevado en sus lomos las recuas de burros y de muías por esos montes y sierras!).

6. Córdova enjuicia a la clase mercantil, por otra parte, en una forma coincidente con la nuestra, cuando la enfocamos desde el punto de vista del coloniaje, y dice: “La burguesía comercial es una clase social que no sólo está interesada en el mantenimiento del modo de producción dominante, sino que, además, saca partido adicional de la ausencia de desarrollo industrial, convirtiéndose, como en otros casos históricos, en un freno, y no en una avanzada del capitalismo industrial”; esto lo alinea Córdova, admirablemente, con una cita de Marx, en *El capital*: “En la historia inglesa moderna, los comerciantes en sentido estricto, y las ciudades comerciales, se presentan como factores políticamente reaccionarios y aliados a la aristocracia terrateniente y banquera, en contra del capital industrial.”

7. En otro lugar, advierte Córdova que la clase privilegiada, burguesía comercial que en sus remotos orígenes es cofundadora del coloniaje, ha dejado de ser exportadora de productos agrícolas, que era su mayor fuente de riqueza, y “se hace fundamentalmente importadora... Se transforma así (por el impacto petrolero) el carácter

de la burguesía comercial”, que adapta sus antiguos hábitos y es hoy “representante (a tiempo) completo de intereses extraños a la economía venezolana”; es decir: se convierte en lo que Mao, en China, ha llamado “una burguesía compradora”, cuyo principal impulso es la mercancía importada, y que así ataja el progreso legítimo del país donde ella florece. (17-vii-1968).

ANEXO

Máximo Rodinson acaba de publicar un ensayo: “El problema de la nación en el movimiento ideológico marxista, en la revista: *l’homme et la société* (v. N° 7, Janvier-Fevrier-Mars. 1968), de París. Algunas de sus posturas refuerzan el punto de vista anti-nación que mantenemos en nuestro trabajo. He aquí, en síntesis, lo que por ahora nos interesa entresacar:

1. Es evidente que Marx no elaboró una teoría de la Nación, como Kant y Fichte; mientras que, a semejanza de Hegel, sí elaboró una teoría del Estado. La nación, sin embargo, aparece, en lo conceptual, claramente en la obra de Marx: “es una sociedad global extensa (este vocabulario es de Rodinson), que reposa sobre la integración de una superficie (terrestre) y de una población considerables, integración realizada por medio de una fuerte industria, de comunicaciones y transportes desarrollados, y la participación en un mismo vasto mercado, de todas las regiones (o provincias).”

2. Marx no aceptó el nacionalismo que se postulaba en su tiempo, tenido como única manera de organizar, en lugares del planeta, la vida de la humanidad, para todos los tiempos; nacionalismo, dice Rodinson, que está de moda en el Tercer Mundo (para los franceses, el ‘tercer mundo’ es, casi sinónimo de África y Asia, por lo que respecta a “la descolonización” y al intento de fundar ‘nuevas naciones’), pues consideró que las naciones han sido formas históricas contingentes (esta palabra significa: no obligatorio *per secula seculorum*), y que lo principal, en la teoría socialista, es el bienestar del género humano en su conjunto.

3. No se ha desarrollado aún, en el campo de la ideología marxista, dice Rodinson, una verdadera sociología de la nación, pues el asunto ha sido supeditado, ya por el mismo Marx (Engels concurriendo, desde luego), ya por todas las Internacionales (I, II, III), a la táctica política del movimiento obrero europeo de cada época (se refiere a la creencia en

unos ‘nacionalismos buenos’ y en otros inoportunos e “impolíticos”; hay cartas de Marx y Engels sobre esto, y párrafos de Lenin, uno de los cuales aparece en nuestro cap.: Lenin y el ocaso de los nacionalismos); recalca el autor que para la ideología marxista el hombre es el centro de sus preocupaciones, y por ello ningún adepto del socialismo puede subordinar el bien de las mayorías humanas a formas de organización colectiva que siendo históricamente perecederas cabe abandonárselas por otras más idóneas al fin primordial.

4. “La frase de Marx, en: El manifiesto comunista: “Los obreros no tienen patria”, sólo quiere decir, como lo interpretó Otto Bauer (v. La cuestión nacional y la social democracia, Viena 1907), que la burguesía hace exclusivamente suya la patria de todos, privando así, a los trabajadores, de patria.” El párrafo completo a que alude Rodinson, en verdad no necesitaba glosa alguna de Otto Bauer, pues dice: “Los obreros no tienen patria. No se les puede quitar lo que no tienen. Por cuanto el proletariado ha de conquistar el poder político: erigirse en clase gobernante de la Nación, al constituirse así es todavía él mismo nacional, pero ya lo es escasamente en el sentido burgués del vocablo.¹ (9-vi-1968).

Nota 1. Nos desconsuela que Rodinson aún hable de ‘países... semicoloniales’, pero le comprendemos, ya que su inquietud por ‘el problema nacional y colonial’ parece limitarse, mientras tanto, al mundo árabe; una vez más, constatamos, un marxista europeo deja de tomarnos en cuenta, en nuestro tiempo.

Nota 2. Nos satisface que Rodinson manifieste un explícito rechazo de ‘la ideología nacionalista’, en términos amplios, cuya perspectiva considera es la de una serie de luchas irracionales, perenne ciclo de odios, rencores, conflictos, violencia, porque un grupo humano trata de prevalecer sobre otro.

Nota 3. Los interesados en este tema pueden consultar algunas de las referencias que cita Rodinson (todas tienen su bibliografía), a saber: a) H. Lefebvre: *Le nationalisme contre les nations*, Edit. Sociales, Paris, 1937; b) S.F. Bloom: *The World of Nations*, Columbia University Press, New York, 1941; c) D. Boersner: *The Bolsheviks and the National and Colonial Question*, Droz, Paris, 1957; d) E. Kadourie: *Nationalism*, Hutchinson, London, 1960.

Cuarta parte

1. Colonialismo, imperialismo, intervencionismo

Para desentrañar lo que algunos peritos en derecho de gentes llaman “intervencionismo”, remontaremos las colinas de la historia de las ideas, desde Leroy-Beaulieu, siglo xix, hacia el siglo xvii, aunque sólo para un vistazo ‘turístico’. Es raro que los hombres hagan las cosas, en general, sin alguna intuición teórica: la ideología colonialista, por consiguiente, ha ido un poco delante, campanera de dicha actividad, en sus aspectos burgueses. En 1626, el cardenal Richelieu (1585-1642), es el exponente de una política exterior francesa, de forzosa rivalidad por los mercados y los depósitos naturales de materias primas, con las demás naciones de Europa; en el seno de una Asamblea de Notables, en pulido lenguaje, declara que Francia “debe ser tan poderosa en el mar como lo es en la tierra”, y que “debe ser dueña del mar”. Jorge Hardy, en su: *Histoire de la colonisation française*, (París, Larose, 1931, p. 35) dice: “Con Richelieu, la colonización deja de ser un simple asunto comercial y adquiere un carácter francamente político; se convierte en plan de hegemonía; busca extender el patrimonio nacional, aspecto que luego habrá de ser una constante del modo de pensar de los franceses.”

El desarrollo del transporte marítimo era clave para toda empresa imperial, colonizadora; y la marina se multiplica de diversas maneras: de tráfico, de guerra, de piratería; el capitalismo, desde siempre, supo que su campo legítimo de actividades era “el mundo entero”, era ‘el universo’ (como se decía hasta los tiempos de Bolívar, y después); el capitalismo era exportar e importar, pasar efectos y valores de una nación (o país) a otra; tanto las ideas mercantiles, las primeras y preferidas, como las ideas políticas, como las filosóficas, y las religiosas, esas compañeras fieles de la empresa de conquista y vasallaje.

Es la época en que se considera que “colonizar” es difundir el progreso; y en toda Europa se habilitan las inolvidables compañías, bajo muchas banderas; los franceses, p. ej., crearon la Compañía de las Islas de América, 1642, para Martinica y Guadalupe, Tobago y las Bahamas; la Compañía de las Indias Occidentales, 1664, para todo el Mar Caribe; esas compañías, respaldadas por la marina de guerra, que debía proteger el tráfico ‘nacional’ de esa otra forma de tráfico llamada de “los piratas” o “corsarios” (¡Con 10 cañones por banda, viento en popa...).

Eficiente mercader, Don Isaac de Razilly ejecuta los planes colonialistas de su gobierno; Richelieu le ha hecho estas instrucciones, para su cartería: Con prudencia, y secreto: lograr conquistas y negocios. La doctrina que aplica es sencilla: Adquirir colonias que vendan barato sus productos y materias primas, los cuales la metrópoli convertirá en productos industriales, transportando aquellos y estos por sí misma.

Lo que Francia lleva a cabo, es paralelamente lo que España, Portugal, Inglaterra y Holanda ejecutan, siguiéndose por principios generales, válidos en todas partes, y que constituyen la ideología del colonialismo; pero, el espíritu europeo, digámoslo en acto de justicia, siempre ha tenido presentes la tesis y la antítesis en los problemas básicos de la humanidad; en pleno apogeo del capitalismo mercantilista y colonialista, cuando ya la burguesía va a estar en capacidad de dar al traste con la primacía del feudalismo, surgen críticas y censuras a la opresión de unos pueblos por otros, al dominio de las naciones europeas en lugares habitados por seres humanos que aspiran a gobernarse en libertad y derivar la riqueza natural hacia sí mismos antes que hacia remotas ‘madres-patrias’; el hecho da lugar a que se precise qué es colonizar, por otra parte.

Allá por el siglo xviii aparece un representante de la actitud a que nos referimos: el abate Raynal (1713-1796, ex-jesuita, llamado “el Anti-Cristo”, por sus enemigos); en su libro: *Historia filosófica y política de los establecimientos de comercio y del comercio en las dos Indias* (1770), (que fue quemado), nos enseña qué se entendía por colonia, y así dice: “El objeto de las colonias es comerciar en mejores condiciones de las que rigen con los estados fronterizos... Se estatuye que la metrópoli es la única que puede negociar con la colonia... pues el fin de establecer una colonia es el de extender el comercio de la nación fundadora, y no el de reproducir a la nación colonizadora en otro lugar” (“y no el de fundar una ciudad o un nuevo imperio” —dice textualmente el autor).

En aquella suma de saberes, publicación ‘subversiva’ cual ninguna, que el chileno Antonio Rojas tildó de “terrible Diccionario Enciclopédico”, sus hábiles redactores dicen: “Las colonias han sido formadas por la metrópoli para la metrópoli” (nota nuestra: ¿No recuerda esta frase la que después se hizo tan célebre en el mundo: ‘América para los americanos’?); con efectiva lucidez, los pensadores burgueses de entonces, cuando eran progresistas, apuntan en otro párrafo: “Mientras más distintas de la metrópoli sean las colonias, mejores colonias serán... en este sentido, nuestras colonias de las

Antillas son estupendas.” El texto clave es el que sigue: “Las colonias deben mantenerse en el mayor estado posible de riqueza.” Si interpretáramos estas once sibilinas palabras, aun no valiéndonos de la lingüística estructural (hoy de moda), tendríamos que la teoría y la práctica colonialista buscaban extraer de las tierras de pueblos lejanos, para las naciones imperiales europeas, el máximo de riqueza, sin que surgieran ni en América, ni en África, ni en Asia u Oceanía, ‘segundos tomos’ de la metrópoli fundadora, pues ello destruiría el sistema hegemónico (el caso de los Estados Unidos-USA, ya lo sabemos, es una excepción; incluso allí se piensa en un excepcionalismo americano, para explicar muchas fases de la curiosa historia de esa amalgama del pueblo). Claro, establecidas para el beneficio de la entidad imperial, y mejores mientras más distintas fueran de la metrópoli, y destinadas a que se las mantuviera “en el mayor estado posible de riqueza”, esas regiones dependientes es posible que hayan creado una forma societaria peculiar, la que denominamos: el coloniaje.

El ilustre Voltaire (1694-1778), muy hijo de... su tiempo, era partícipe de las ideas burguesas entonces en vigor, y en su: *Ensayo sobre las costumbres*, hubo de legarnos este mensaje: “Las colonias son buenas, porque dan a la metrópoli los productos que ésta no tiene: especies (o aliños de cocina, y perfumes), sedería, piedras preciosas, objetos de lujo que son un bien necesario.”

A horcajadas entre dos siglos observamos a Talleyrand (1754-1838), el habilísimo y admirable, enlazando con su ancha personalidad dos etapas de Francia: la feudal-monárquica y la imperial-burguesa; en su filosofía el colonialismo no hace sino cambiar de menos a más, intensificándose; discípulo esclarecido de Lord Bacon (1561-1626), también escribe su: *Ensayo sobre las ventajas que producen las nuevas colonias*; allí expone que: “Francia debe extraer de sus colonias todas las materias primas necesarias a su industria, y los productos que requiere su alimentación, retribuyéndoles con las manufacturas que les sean indispensables”; en los considerandos de su tesis, Talleyrand dice que esa es ‘la opinión de los hombres más ilustres’. La suya pasa a ser, con el tiempo, una voz maestra, que repiten quienes reaniman y reavivan el colonialismo, en aquella su tremenda embestida de la séptima década del siglo xix: Julio Ferry (1832-1893) y Leroy-Beaulieu, entre los más notorios.

Ferry nos deja su luminosa fórmula: “Industrialización y colonización son un solo proceso.” Leroy-Beaulieu señala: “La colonización es cosa de vida o muerte para Francia.” Es tan vetusto el

abolengo del colonialismo, al parecer, que todavía en 1904 quedan escritores pro-coloniales, como Henri Vast, el de: *La plus Grande France*, nada reacios a suponer que el colonialismo “es conforme con el carácter aventurero y civilizador de nuestra raza”, y hasta en 1949 el trasnochado M. Baumont publica: *L’essor industriel et l’imperialisme colonial (1878-1904)* (v. PUF, París), donde dice: “A la era de las nacionalidades, sucede la era de los imperialismos”; y en otras líneas: “Un ideal romántico y místico de expansión y de dominio ha recorrido el mundo en estos años... Una amplia corriente ideológica ha estimulado la voluntad de poderío (*‘volonté de puissance’*, ¿Nietzsche?) y de conquista que se apoderó de las naciones, en esta era del ‘nacionalismo internacional’” (p. 588). El colonialismo es, pues, la otra mitad del capitalismo; si recordamos los párrafos de Marx y Engels, en *El manifiesto comunista* (1848), no nos será difícil darnos cuenta de que el sistema imperial es un todo heterogéneo instituido para el objeto clave de producir riquezas a favor de unos sectores minoritarios: la largamente empleada retórica del ‘viejo’ y del ‘nuevo’ mundo sostienen que los periplos europeos por América y África “ofrecieron a la burguesía naciente un nuevo campo de acción”, y que “la gran industria nos ha despistado, y sin embargo cabe entender el proceso; Marx y Engels (Europa) ha creado el mercado mundial”, y que “por la explotación del mercado mundial, la burguesía le da un carácter cosmopolita a la producción y al consumo”, y que “ha subordinado los pueblos de campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente”, y que ha establecido “una interdependencia universal de las naciones”, y que “la burguesía ha invadido el mundo entero”, y que la burguesía “se ha hecho un mundo a su imagen”. Cada época re-escribe la historia, re-piensa los grandes libros, y revisa muchas de las posturas vigentes, para vivir en función de sí misma; así tienen que hacer Venezuela, y la América Latina; en el siglo xix y en el que corre, algunos ideólogos del colonialismo no sólo no llevan hasta sus últimas consecuencias teóricas muchos de los planteamientos hechos en torno a este asunto, sino que silencian las actitudes opuestas al colonialismo; el 24 de diciembre de 1791, en el n° 612 de su periódico: *El amigo del pueblo*, rechazaba Marat el colonialismo, desde el punto de vista de los derechos del hombre: ese gesto fue dado al más avieso olvido; nadie se asombre, tampoco, de que a un filósofo tan influyente en Europa y en toda América, como Augusto Comte, se le pase por alto su tímido y desvaído anti-colonialismo, constante en la p. 304 de su *Catecismo positivista* (v. París, 1852), donde el autor del *Sistema de política positiva* (1851) dice:

“Hay que buscarle precisión y solidez a nuestro plan, limitando bien la noción de Patria, que se ha vuelto tan vaga y casi inútil, en la actualidad, a raíz de la exorbitante extensión de los Estados occidentales... Debes concebir las futuras repúblicas como algo mucho más restringido... La disolución gradual del sistema colonial después de la independencia americana no es, en el fondo, sino el comienzo de una irrevocable dislocación de las demasiado vastas dominaciones surgidas al romperse el mundo medieval.”

El idealismo histórico de Comte, suerte de tapa-ojos que eclipsa la realidad, no le impidió asomarse al germen de un proceso que en nuestro tiempo es cuando en forma segura se está llevando a término: el de la descolonización (aunque Comte no haya podido adivinar el auge colonialista de 1870 a 1810, de que ya hemos hablado); el materialismo histórico, de Marx y Engels, en cambio, además de sugerir una interesante perspectiva sobre el intervencionismo, nos entrega algunas ideas que no andan lejos de nuestra visión del coloniaje: ¿qué significa, así, un ‘mercado mundial’, sino una economía integrada en un sistema general? ¿qué significa, así, lo de “darle un carácter cosmopolita a la producción y al consumo”, sino que la explotación por las naciones capitalistas opresoras, de los países atrasados y oprimidos, unifica y entrevera las formas societarias en una principal y sus segundonas (relación similar, en lo biológico, al proceso cancerígeno)? ¿qué significa, así, lo de la ‘interdependencia universal’ y lo de hacerse ‘un mundo a su imagen’ por la burguesía europea? Podría ser que este matiz del pensamiento de Marx y Engels no hubiese podido esclarecerse, en el ejercicio intelectual de Lenin, p. ej., porque le faltase el ímpetu que da la necesidad de enfrentarse al problema íntimo, al del pueblo y el país de nuestras raíces y sangre.

El conjunto de doctrinas que auspician, desde sus sigilosas cavernas, la hegemonía burguesa en la humanidad toda, ha echado unas bases muy hondas en la opinión contemporánea; no es fácil expulsar esas creencias, ideas-fuerza, si no es por medio de otras de mayor tino, suficientemente exploradas y explayadas; el objeto principal de nuestro viaje veloz a las fuentes, hoy olvidadas, del colonialismo, es el de examinar un concepto de mucho fuste: el del intervencionismo, que sólo a partir del siglo xix ha figurado en la atención de los estudiosos. Una mentalidad jurídica sui-géneris lo ha tenido como un delito, como algo anormal, como el simple abuso de la fuerza por las naciones imperiosas; desde el punto de vista del coloniaje, es muy recomendable escrutar las andanzas de tal fenómeno en nuestra América Latina, desde el momento

en que nos creímos para “siempre libres de toda dominación extranjera” (allá por 1825 y esos años vocativos).

2. El intervencionismo yanqui

Pero el intervencionismo es sólo una conducta, un rasgo de la política exterior de las naciones burguesas; así como hay una política interior, en cuyo seno la lucha de clases es la impulsógena de la lucha por el poder, la rivalidad entre dos o tres, o más sistemas capitalistas, por el 'mercado', ese centro ciego donde están las ansiadas ganancias, origina, según el sociólogo de Maturín, un truco y un retruco (acción y reacción, en lenguaje de Engels), al compás del barbarizado pleamar de las hegemonías; el intervencionismo es una de las cabezas de la Hidra de Lerna: capitalismo, mercantilismo, colonialismo, intervencionismo, imperialismo: ¡hórridos ismos, que expresan el modo de ser de la sociedad de la ley del embudo! En la historia de las naciones hay un doble lenguaje, para referirse a sus actos: uno directo, que precisa los hechos cada vez que es necesario, sólo que mediante palabras abstractas y tecnocráticas, iridiscentes, que obligan al riesgoso ejercicio de los desciframientos; otro indirecto, que disfraza los hechos, por el recurso al estilo evasivo llamado diplomático, de luces neutras, de fosforescente ambigüedad; es lamentable que la historiografía burguesa haya tenido que valerse de una retórica atrincherada en los subterfugios (al imperialismo lo ha denominado 'la expansión de Europa', a la explotación de otros pueblos: 'la carga del hombre blanco' o 'la evangelización de los herejes').¹

Veamos la 'política extranjera' de los trece estados de la Unión, los Estados Unidos de Norte América. El 2 de diciembre de 1823, el Departamento de Relaciones Exteriores y la Oficina de la Presidencia, los dos brazos ejecutores, lanzan la Doctrina Monroe; en el estilo preferido por los adeptos de Lutero y Calvino, dicho paso de un gobierno joven, ya viejo en ambiciones imperiales, se presenta como una actitud negadora

1 Recomendamos la lectura de: El príncipe, del 'inmortal' Maquiavelo, no para descubrir la receta del 'éxito político', como hacen algunos ingenuos, sino con el fin de que observen la ideología del imperialismo, tan lúcidamente expuesta por el historiador florentino, discípulo de los escritores romanos; en el lenguaje peculiar de Maquiavelo 'el príncipe' es muchas cosas: es cualquier persona que se imagine a sí misma predestinada a ser jefe de estado; y es también la nación capitalista, ave de presa hambrienta de conquistas y colonias; las reglas que ofrece Maquiavelo han educado a las clases gobernantes europeas en el Renacimiento: Cómo regir ciudades que fueron conquistadas; Principados nuevos, adquiridos por las armas = De principatibus novis qui alienis armis... acquiruntur, y han formado a los agentes imperiales desde entonces.

de toda intervención, es una ‘doctrina de no-intervención’: sus párrafos claves son el n° 7, y los n°s. 48 y 49. He aquí su sentido: “Los continentes americanos ya no deben ser considerados como susceptibles de futura colonización por ninguna potencia europea” (se alude a los manejos de la Santa Alianza, para ayudar a España y a Inglaterra a recuperar las colonias americanas), y esto: Declaramos a Europa que toda tentativa de extender su dominio a cualquier parte de este hemisferio es peligrosa para nuestra paz y seguridad. Nosotros, por nuestra parte, no hemos intervenido en la guerra de independencia de la América española contra su metrópoli ayudando a quienes como nosotros estaban bajo dominio colonialista.

La redacción es muy explícita: “En la actual guerra entre España y los gobiernos americanos, cuya autonomía hemos reconocido, nos consideramos en posición neutral”; y luego se aclara la tesis de ‘no intervención’: Las potencias aliadas (de Europa) se creen con derecho a intervenir en los asuntos internos de España, y tal campaña intervencionista pretenden extenderla hasta países como los Estados Unidos (USA), en donde no tienen interés alguno, y que les queda muy distante. Por consiguiente, es imposible que aceptemos ninguna intervención europea en los asuntos internos de las naciones americanas.

El secreto de la ‘doctrina Monroe’ tiene varias explicaciones, y una es la que aporta Talleyrand, en sus Memorias; hacia 1794, nos cuenta, tuvo un diálogo con Alejandro Hamilton, el cerebro financiero de la burguesía yanqui recién emancipada del imperio británico; el notable ideólogo del nuevo imperialismo, el norteno, le decía a Talleyrand: “Ustedes los europeos se han repartido el mundo en cuatro mercados cuyos puertos-base eran Londres, Ámsterdam, Cádiz y Marsella; a nosotros no nos van a hacer falta sino dos: uno en el norte de la América, y otro en el sur de la América”. Este informe nos lo da el despierto viajero francés luego de haber inspeccionado durante muchos meses el modo de vida americano, y lo acompaña de las siguientes luces: “El comercio es conquistador, invasor, quiere extenderse. A pesar de que (los EE.UU.) aún no están sino escasamente poblados, aquí ya quieren la Luisiana y la Florida; Observé que aquí el comercio señorea todo... estos americanos buscarán hacer la conquista de los espacios vacíos en su propio continente y crearán un vasto territorio; Si un día América del Norte llega a ser lo bastante poderosa para atreverse a considerar suyas todas las tierras del Nuevo Mundo...”

Si hubo de acertar en lo que precede, Talleyrand desacertó al incluir

en sus memorias las palabras que citamos: “Inglaterra no ha perdido por el hecho de que se le declararan independientes sus colonias... ya que mantendrá en América ‘une véritable colonie d’exploitation et de peuplement’”; pero nos ofrece, de soslayo, un atisbo sobre el resultado histórico del colonialismo en la otra América, la nuestra; si USA escapa de aquel presunto ‘neocolonialismo’ inglés, erróneamente sospechado por Talleyrand, es porque su sociedad colonial era de índole capitalista, como la metropolitana, y pudo crecer velozmente, en sentido capitalista, gracias a que dispuso de un gigantesco mercado interior, que a pocos años fue agrandado con el mercado mundial.

Ante la temprana madurez de criterio capitalista, que se disfraza de aislacionista mientras afila sus garras para intervenir en todas partes, no cabe sorprenderse de que los Estados Unidos-USA no nos hayan dado ‘la mano’ para luchar contra España (que los había ayudado a ellos a liberarse de Inglaterra), ni de que hayan saboteado el Congreso de Panamá (1826), por cuyo órgano Bolívar quiso instituir un gigantesco país-continente, similar al del norte, para defenderse de futuras humillaciones; ni de que la ‘doctrina Monroe’ haya sido sintetizada en la frase: América para los americanos (del norte); ni de que poco a poco la nación capitalista anglosajona haya recorrido, en su expansión hegemónica, todas las etapas, a mayor velocidad que ninguna otra: anexionamiento de territorio vecino (como Roma), o compra, o invasiones y conquista, o agresiones en todo el Continente (hay una lista, más adelante, de estos hechos). Es decir: la intervención era real, y la doctrina era una máscara, porque en todo el siglo xix ha habido intervenciones diplomáticas, intervenciones armadas, y la intervención clave de todas, la que se llama penetración económica; y así, hacia 1898, es natural que los Estados Unidos-USA se contagien de la fiebre europea de más colonias, y pasen del intervencionismo hemisférico, regional, intra-americano, al intervencionismo en el mundo, émulo de los otros imperios, archivando los consejos siempre mal aplicados, del general Washington, en su famoso testamento político.

Por cronología hemos podido insertar el testimonio del Conde de Aranda antes que el de Talleyrand; es preferible así, ya que el viajero francés tenía muy buen olfato. En su libro: Bolívar y la emancipación de las colonias españolas desde los orígenes hasta 1815, el francés Julio Mancini recuerda un documento de la historia de España que confirma lo anotado por Talleyrand; en el Cap. 2, del Libro I, se copian las palabras siguientes del ministro del rey Carlos III (década 1780-1790):

No he de detenerme aquí a examinar la opinión de algunos hombres de Estado... que comparto... acerca de la dificultad de conservar nuestra dominación en América... todas estas circunstancias habrán de descontentar infaliblemente a los habitantes de América, y les moverán a intentar esfuerzos para obtener la independencia (esto se redactaba en 1783, año en que naciera Simón Bolívar) tan pronto como se les presente ocasión adecuada... Me limitaré a la consideración... del temor a vernos expuestos a peligros por parte de la nueva potencia que acabamos de reconocer (los Estados Unidos del Norte)... Esta república federal ha sido pigmea, por decirlo así; ha necesitado, para llegar a la independencia, el apoyo y la fuerza de dos Estados tan poderosos como Francia y España. Llegará un día en que sea gigante, hasta coloso, temible en esas comarcas... y, dentro de algunos años veremos con dolor, la existencia tiránica de ese mismo coloso de que hablo. El primer paso que dé esa potencia, cuando haya llegado a agrandarse, será el de apoderarse de las Floridas para dominar el golfo de México. Después de habernos dificultado de la suerte el comercio con Nueva España (México), aspirará a la conquista de ese vasto imperio que no nos será posible defender contra una potencia formidable. Estos temores son, Señor, demasiado fundados y habrán de realizarse dentro de pocos años.

¡Qué ojos halconeros tuvo el ministro Aranda! Su plan era el de salvar al imperio español, liberalizándolo aquí y allá, con reformas, de manera que se frustrara la inminente revolución emancipatriz. Su mirada fue a dar lejos sin marrar: hoy nuestros países, débiles por su “línea de menor resistencia”, el coloniaje, se encuentran bajo el control absoluto de aquella república pigmea, transformada en el Coloso del Oeste, cuyo desarrollo por el camino románico culminó en 1903, con el famoso asunto del Canal de Panamá. Como se trata del trasiego de un hemisferio a otro, en rivalidad frente a Europa, cedemos la palabra al francés Barral (v. Marquis de Barral: *De Monroe à Roosevelt* (1823-1905), Plon, París, 1905), quien nos dice: “Hay quien oyó estas palabras a quien luego vino a ser Secretario de Estado, un tal Mr. Blaine: ‘Nosotros debemos tenerlo’”²; dicho autor advierte que en la lejana época del Presidente Washington, los círculos directores de las clases privilegiadas parecían despreciar como a ‘trastos viejos’ estas cosas: la política de intervención y conquista, la rivalidad entre naciones, y los planes colonialistas; a principios del siglo xx las posturas son muy otras.

Le toca, entonces, a Teodoro Roosevelt, decir la verdad desde un trono de fuerza. En la Exposición Universal de San Luis (Misuri), el 30 de

2 We must hold it

abril de 1903, declara y confiesa: “Nuestra carrera expansiva no comenzó con la adquisición de Luisiana; ya en plena guerra de independencia, tomamos por las armas a Illinois e Indiana; en seguida nos lanzamos hacia el Oeste, y hacia el Misisipi” (situado al sur-oeste, cerca de México).

El primero de los Roosevelt fue un hombre de talla, capaz de dirigir los manifiestos destinos imperiales de su nación: gran cazador, gran centauro de las praderas del Oeste, moralista y filósofo, explorador y biólogo, muy versado en la política, redactor eficaz de sus propios documentos; en el siglo xix repite y afirma la vieja tesitura del cardenal Richelieu (cuyo fondo ha venido aplicándose en todo el siglo xix, según una estrategia expuesta con brillantez por el almirante Mahan): “Debemos proseguir sin descanso la tarea de construir nuestra marina”; “Una nación debe saber jugar bien su papel de potencia mundial”; “Un hombre puede hablar con suavidad, siempre que tenga en la mano su buen garrote”. También pudo escribir, demostrando al hacerlo que manejaba una ideología imperialista asimilada con perfecta lucidez: “Los Estados griegos han realizado notables empresas de colonización; pero, apenas creadas, sus colonias se les emanciparon, y luego se les tornaron enemigas. Tal no fue el caso de Roma; la ciudad imperial supo ocupar toda Italia, y luego ser ama del mundo. Nosotros, en este sentido, significamos algo nuevo: hemos crecido sumando territorios, pero dándoles igualdad de derechos políticos, como un Estado más de la Unión, y no como dependencias coloniales a la manera europea.”

El corolario Roosevelt a la ‘doctrina Monroe’, sella el fin del proceso de hegemonía sobre nuestra América Latina por la América no-latina; en virtud de ese addendum, los Estados Unidos-USA colocó a los países nuestros en calidad de protectorados, y desde 1898 ha venido rigiéndolos a través de la Unión Panamericana hoy denominada la OEA. Dos testigos europeos, franceses, hostiles al imperialismo yanqui por cuanto son voceros de otro imperialismo menoscabado, Barral, ya aludido, y H. Hauser (v. *L’impérialisme américain*, Pages Libres, París, 1905), coinciden en el juicio que copiamos: “A medida que los Estados Unidos se hicieron fuertes, su mentalidad se europeizó”. O sea: que siguieron el natural desfiladero de toda auténtica empresa nacional y capitalista: lanzar su nación, como un ariete contra las demás; construir una flota para asegurarse, de cualquier modo, el acceso a los mercados; promover una ‘política exterior’ o de intervencionismo y hegemonía; establecer colonias y subyugar a los pueblos inaptos para resistir al avasallamiento extranjero.

El 'intervencionismo' no suele ser un concepto aplicado a la actividad imperialista europea; las posesiones coloniales del 'Viejo Mundo': inglesas, francesas, danesas u holandesas han gozado de nuestra indiferencia; fuera de coloniales engreídos, nos desentendimos de esos otros pueblos, tan de color como los nuestros; quisimos evitarnos la reflexión profunda y sincera en torno a la verdadera naturaleza de lo que, para disimular o por ignorancia, llamábamos 'el atraso' (y ahora: el 'subdesarrollo'); las clases privilegiadas, parejeras y segundonas en vez de altivas y dignas, se preceptuaban una ética y una actitud de cipayismo arribista: no mirar hacia atrás (Bolívar quiso ir a liberar a Cuba), ni hacia los lados, olvidar el pasado miserable, no ocuparse de los que se quedan abajo, 'por ineptos y faltos de audacia trepadora'; nosotros 'somos naciones jóvenes', y esos habitantes del mar Caribe, regados en cientos de islas, o en las Guayanas, son unos pobres diablos. Pero, y mientras tanto, nosotros: ¿qué era lo que éramos, o qué somos, en cuanto pueblos y en cuanto países?

No nos hemos querido detener en la lectura de los 10 tomos de la historia filosófica, del abate Tomás Guillermo Raynal, quien en 1773 reflexionaba sobre "el derecho que los hombres (europeos) se arrojan de fundar colonias donde les plazca", y decía, entre muchas cosas: "Si un territorio está poblado, no hay derecho a colonizarlo" (p. 160, Tomo 4); "Los chinos tienen razón en cerrarnos sus puertas (a Europa, se entiende), pues están demasiado poblados, y nosotros somos unos huéspedes demasiado peligrosos" (loc. Id.); "Un país desierto y deshabitado es el único del que se puede tomar posesión" (nota: Leroy-Beaulieu prescindió de esta opinión incinerada, de Raynal); en el Tomo 5, p. 2, Raynal afirma que cuando los europeos pasan "más allá del Ecuador, se tornan en individuos violentos, se vuelven unos tigres de la selva, la sed de sangre los excita... se vuelven unos monstruos"; y al final de su magnífica obra, silenciada porque burila verdades amargas, en el Tomo 10, p. 299, sueña: "Ojalá que bajo los auspicios de la filosofía se extienda por todo el mundo la unión y el bienestar que deben enlazar a las naciones civilizadas."

Dieciocho años más tarde que el abate Raynal, es Marat quien dice en su periódico: El amigo del pueblo, No. 624, del 12 de diciembre de 1791: "Es absurdo e insensato que un pueblo se gobierne por las leyes de un legislador que reside a 2.000 millas de distancia; y en acatamiento a los derechos del hombre y del ciudadano afirma que todos los pueblos son iguales, y que por ello no debe haber más colonias"; su postura era

antitética de la de Talleyrand; Marat fue asesinado, y el Canciller de Napoleón murió en santa paz. ¿Por qué insistimos en el hecho de que ha habido una doctrina colonialista, y ocasionales rechazos de la misma? Porque a pesar de todo, estos dichos y hechos nos insinúan la realidad del coloniaje; nos inclinan a develar los caracteres del jeroglífico; nos ayudan a hacerle frente a un hallazgo que no tendrá llana acogida en el pensamiento tradicional de los países de América Latina.

El fenómeno del intervencionismo nos obliga a pensar: ¿Por qué hemos caído en las garras del imperio norteamericano? Mancini, en su obra ya citada (v. la edición original, Perrin et Cié, París, 1912, p. 15), escribe: Una sociedad, propiamente americana, “se constituait”... (con) ...“un génie propre”... “opposé a celui des classes espagnoles”; desde luego, los franceses tienen una manera muy ambigua de emplear el vocablo ‘sociedad’ (cuando se refieren a lo que el marxismo denomina “formación societaria” o “forma social”, dicen ‘les sociétés’; y ‘le société’ tiende a significar cualquier agrupación más o menos estable, desde las comerciales hasta la sociedad humana), sin embargo, Mancini nos sugiere que ha constatado peculiaridades en la forma societaria de nuestra América Latina, de “génie propre” = de rasgos propios y exclusivos.

Y no sólo Mancini, también en el Resumen de la Historia de Venezuela (atribuido a Andrés Bello, a Francisco Javier Yanes y a Miguel José Sanz), hay un párrafo que expresa una cierta conciencia de lo singular que es el coloniaje de Nuestra América, y es el que dice: “El europeo y el americano que no miran en las demás colonias su establecimiento, sino como una mansión pasajera, y como un medio de volver ricos a la madre patria, gozan al abrigo de nuestras leyes todo cuanto pueda hacer apreciable al hombre el suelo que pisa” (v. Joaquín Gabaldón Márquez: Muestrario de historiadores coloniales, B.P.V., No. 26, Ed. Del M/E/N, Caracas, 1948, p. 311); existía, pues, y existe actualmente, esa actitud calificada de golondrinismo en quienes acuden a esta parte del mundo, a hacerse ‘de unos centavitos’: y ello no sería posible que ocurriera si no fuese porque la índole de lo societario estimula ese transitorio apego, en cientos de profesionales del lucro.

Es cierto que Eduardo Arcila Farías, en su: Economía colonial de Venezuela (v. Fondo de Cultura Económica, México, 1946) sostiene que España organizó en Nuestra América “una sociedad constituida a la manera de la española” (p. 30); semejante disparidad de opiniones la ventilaremos un poco más holgadamente en nuestro capítulo destinado

a examinar el asunto de las clases sociales en Nuestra América. Retornemos al tema del intervencionismo.

Sí, volvemos a preguntar: ¿Por qué se apoderó de nuestra libertad, y la anuló, el imperialismo norteamericano o yanqui? La respuesta podría ser: Porque las clases privilegiadas criollas, que se emanciparon de la tutela peninsular española, no pudieron transformar el sistema de vida social fundado en los siglos xvii y xviii, el coloniaje. Lo dejaron fundamentalmente como estaba, y procedieron a hacer algunas reformas de gerencia, para irse adaptando a los requisitos de la economía mundializada por el capitalismo europeo, y ‘progresar’ sin revolución.

3. Un historial de violencia

Enumeremos, para acercarnos un poco a estas elusivas trastiendas, la serie de intervenciones del Coloso del noroeste en nuestros países, desde la primera década del siglo XIX:

Si el comercio es invasor y conquistador, el intervencionismo refleja la entrepituidad perversa de las naciones que lo practican; desde luego, el intervencionismo es el movimiento espontáneo del capital hacia cualquier sitio donde la ventaja sea máxima; el intervencionismo es, entonces, un brazo fuerte que se extiende sobre los pueblos débiles, para reducirlos a perenne esclavitud. Quienes estudian la historia de los tratados de comercio, entre los Estados Unidos-USA y nuestros países, han visto cómo las agencias consulares yanquis, descritas por un autor de esa nacionalidad como ‘avanzadas del imperio’¹, suelen elaborar un inventario cabal y sagaz de las riquezas de ‘la otra parte’, y descubrir su “línea de menor resistencia” en un caso dado; así, también, el imperialismo ha sabido entender el fenómeno de nuestro coloniaje, valiéndose de ello para sus fines hegemónicos, aunque no se molestara en caracterizarnos públicamente tal como somos. Las hazañas interventoras de los Estados Unidos-USA ofrecen algunos destellos en favor del fenómeno cuya existencia tratamos de demostrar:

1809. El presidente Jefferson intenta apoderarse de Cuba (deja unas cartas en las que ‘justifica’ la necesidad, para USA, de sumarse ese territorio). 1811. William Shaler, agente yanqui, fomenta en Cuba el ‘anexionismo’, por orden del gobierno de Estados Unidos. USA patrocina una expedición de conquista sobre Puerto Rico, con Ducoudray Holstein y Baptist Irvine; el presidente Adams admite ese hecho. 1823. Fuerzas navales yanquis se meten en aguas de Cuba, “persiguiendo piratas”. 1824. USA desembarca fuerzas militares en Puerto Rico, con el pretexto de ‘insultos a la bandera’². 1825. Un agente yanqui, en la América Central, anula el plan de construir un canal interoceánico por Nicaragua. 1826. USA sabotea el Congreso de Panamá, convocado por Bolívar para instituir una Unión Americana capaz de evitar que otro imperialismo nos volviese a avasallar: precisamente, nuestro Libertador

1 Outposts of empire

2 Por esos años, Francia colonizó a Argelia, con el pretexto de que el Bey de Argel le dio un golpe, con un abanico, al cónsul galo.

adivinó que el peligro estaba en la gran nación situada, ahora al norte del río Grande.

1831. USA se mete en la disputa argentino-británica por las islas Malvinas (Falkland), y en 1833 le pone un bloqueo a las costas argentinas. 1844. USA manobra para estimular el anexionismo, con el objeto de que Santo Domingo se convirtiese en un Estado de ‘la Unión Norteamericana’. 1845. El filibustero William Walker interviene en Centro América (y comienza un proceso de apoderamiento de Nicaragua). 1845. USA despoja a México de su provincia de Tejas (Texas), por medio de una ‘anexión’ fraudulenta, precedida del ingreso a ese territorio mexicano de numerosos ciudadanos yanquis, quienes declararon ‘la independencia’ y pidieron ser miembros de ‘la Unión Norteamericana’. 1845. Buques yanquis se sitúan frente a la costa uruguaya, y se entrometen en el problema argentino-paraguayo. 1848. Congresistas yanquis abogan por “la conquista de Centro América”, por USA (basados en la agresiva acometividad del ‘coronel’ Walker).

1848. USA obliga a Nicaragua a cederle el derecho de construir un canal entre mares. 1847. Una escuadra yanqui ocupa el puerto de Veracruz, en México. 1847. USA trata de apoderarse de la Bahía de Samaná, en Santo Domingo. 1848. México, provocado a una guerra por USA, la pierde y es despojado de Alta California, Nuevo México y partes de Coahuila y Tamaulipas. 1853. El senador Esteban Douglas le da el espaldarazo a ‘la doctrina de destino manifiesto’, según la cual “los Estados Unidos están destinados por la Divina providencia a ejercer la hegemonía de los países del Continente”. 1853. USA intenta de nuevo anexarse a Cuba, valiéndose de los oficios de Narciso López; y también la pide en venta, al gobierno español.

1855. USA envía tropas al Uruguay, para “proteger al Consulado americano y las vidas de sus ciudadanos”. 1855. El aventurero Walker invade a Nicaragua con 58 norteamericanos, y se proclama presidente el 12 de julio, y restablece la esclavitud de los negros. 1855. Los coroneles Kinney y Fabens, del Ejército norteamericano, proclaman la ‘independencia’ de San Juan del Norte, en Nicaragua. 1856. Inglaterra recibe de USA, en ‘regalo’, el territorio llamado “Honduras británica” por el tratado Dallas-Clarendon (a pesar de la doctrina Monroe). 1859. El “democrático y humanitario” presidente Lincoln, junto con el Departamento de Estado y algunas empresas comerciales elaboran “un proyecto para la colonización de Centro América con negros del sur de los Estados Unidos”. 1860. USA interviene en Panamá, entonces provincia de la República de Colombia.

1860. USA interviene por segunda vez en Nicaragua. 1861. Buques yanquis son sorprendidos robando guano en islas del Perú. 1865. USA trata nuevamente de anexarse a Santo Domingo, con ayuda del títere y cipayo Buenaventura Báez. 1867. USA consolida su dominio en Nicaragua, con el tratado Dickinson-Ayón. 1868. USA interviene nuevamente en el Uruguay, con tropas dizque ‘llamadas por las autoridades locales’. 1868. La marina yanqui de guerra impone a Báez en Santo Domingo como presidente. 1869. USA se apodera al fin, de la Bahía de Samaná a cambio de empréstitos. 1875. No obstante la doctrina Monroe, que USA inventó y maneja a su talante, el gobierno de Washington propone a Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Rusia y Austria-Hungría una non-sancta alianza para intervenir contra Cuba, a fin de que ésta cesase en su guerra de liberación contra España.

1876. USA interviene en México, a favor de un grupo de parciales en un conflicto político-militar. 1878. El Embajador yanqui en México, J.W. Foster, dice al gobierno mexicano, en un mensaje: “Si Ustedes no pueden proteger vidas y propiedades norteamericanas, lo haremos nosotros.” 1885. USA con su diplomacia, frustra el proyecto de establecer una sola gran entidad política en Centro América, idea de Morazán similar a la de Bolívar, que el dictador Barrios de Guatemala, quiso realizar. 1888. USA envía buques y soldados a Haití, para que le devuelvan un barco ‘capturado’. 1891. USA envía un buque de guerra a Valparaíso (Chile), “para proteger el Consulado”. 1891. USA envía al almirante Gharardi, con una escuadra naval, a Haití, para ‘negociar’ la cesión del muelle de San Nicolás.

1895. USA interviene otra vez en Nicaragua. 1897. Planes de USA, sobre “la Campaña de las Antillas”, con el general Smiles, para dominar y atrapar a Cuba y Puerto Rico. 1897. USA frustra de nuevo el deseo de Centro América de unirse en un solo gran país. 1898. USA se apodera de Puerto Rico, y asegura la ocupación colonial de Cuba, que se materializará en 1903, con la ‘Enmienda Platt’. 1898. USA crea la Unión Panamericana, que es la antítesis del pensamiento de Bolívar, en el Congreso de Panamá, y logra, por ese medio, ‘legalizar’ su intervencionismo en la América Latina, y establecer un protectorado de facto sobre nuestros países. 1903. Teddy Roosevelt, el jinete de los “Rough Riders”, se apodera del Canal de Panamá: “I took it” = Yo lo cogí. Y paremos aquí.

Nos preguntamos: ¿Por qué ha sido posible que la gran nación del norte establezca su señorío sobre nuestros países? El vago y aéreo ‘concepto’ de atraso no explica realmente las causas que han

prevalecido; hay que referirse a algo más exacto y probable. A nosotros se nos ocurre que la respuesta más adecuada se halla en el carácter de nuestra forma societaria, que no varió radicalmente después de 1824.

Por no habernos constituido, efectivamente, en naciones, la “línea de menor resistencia” se nos quedó adherida de modo tenaz: el coloniaje; el vocablo “nación” es muy ambiguo; uno de sus empleos significa pueblo; otro, expresa un ser ficticio, en el sentido de las entidades o figuras jurídicas; más de un siglo hemos pasado en tal engaño: para el desenvolvimiento de las instituciones públicas, de gobierno, de justicia, fue útil el haber adoptado y hécholo legal el principio de lo ‘nacional’: sin embargo, para la formación independiente de nuestro país, nos fue nocivo el pseudonacionalismo. Una verdadera nación es interventora: si la intervienen, interviene a su vez; el capitalismo forjó la categoría histórica de la nación para servirse de ella, y en ese sentido cuatro siglos de historia europea y casi dos siglos de historia norteamericana enseñan los límites impasables de ese recurso.

No es posible una ‘nación’ colonial, colonizada, o en el coloniaje: tal cosa es un contrasentido; también lo es una ‘nación’ socialista; los países, o lugares en los cuales una comunidad de seres humanos puede vivir, trabajar y crear, albergan formas societarias distintas, en el curso de la historia, y así podría afirmarse que las naciones pasan y los países quedan, y, por otra parte, que los países se modifican, de este o de aquel modo, y los pueblos quedan en cuanto es el ser humano el que los integra. Sabemos que una nación puede ser subyugada, como es el extraño ejemplo de Portugal, por obra de Inglaterra: sólo que éste es un fenómeno peculiar de mediatización económica, a la que más bien corresponde el descriptivo vocablo de satelitismo (lo que en inglés denominan, con leve diferencia de matiz: *suzerainty*, o vasallaje tributario). (29-v-1967—23-vi-1968).

Quinta parte

Examen de algunas caracterizaciones de Venezuela

1. La de René de Sola

En abril de 1966, en *El Universal*, de Caracas, el abogado René de Sola publicó un artículo con el mote de: “Colonialismo e independencia”; a sus ojos, el colonialismo se hace notar en Nuestra América sólo en las posesiones territoriales de Inglaterra, o sea: en la discutida Guayana (hoy Guyana, pronúnciese gai-ana; no obstante que tanto la patria de Raleigh y Rhodes, como Francia, Holanda y los Estados Unidos-USA, tienen colonias en tierra firme y en los archipiélagos caribes); de Sola insiste en la idea de que “la colonia” quedó archivada en los campos de batalla de la primera independencia, y repite algo que dijo Rómulo Betancourt (el 6 de abril de 1948, en Bogotá), y que fue insertado en el texto de la Resolución 33 de esa Conferencia Panamericana. La frase del ex-mandatario venezolano: “Estrecho nexo existe entre el problema de la libertad de América y la irritante supervivencia del coloniaje en el continente.” El párrafo oficializado: “El ideal que inspiró la gesta de independencia de América animará siempre a nuestros pueblos y gobiernos, unidos en el compromiso moral de luchar, por todos los medios pacíficos a su alcance, por desterrar del Continente toda situación de dependencia, cualquiera sea su forma, política, económica o jurídica.”

El abogado de Sola, de un modo amable, nos es muy útil. Es curioso que Rómulo Betancourt haya soltado unas palabras que en su mente son, o retórica picante, de su gracioso y peculiar estilo; o un mensaje sibilino: ¡”la irritante supervivencia del coloniaje”! Nos asombra la otra mitad de este par de dichos: la que habla de que “por todos los medios pacíficos a su alcance”, Nuestra América, que ya una vez hizo una guerra de liberación, habrá de “desterrar del Continente toda situación de dependencia”. Nos inclinamos a pensar que Rómulo Betancourt, al seguir el uso ordinario del vocablo “coloniaje”: Nombre que algunos dan al período histórico en que algunas Repúblicas americanas formaron parte de España, confunde la causa y el efecto. Colonialismo engendra coloniaje, es nuestra tesis.

Reanudemos el hilo de nuestro ensayo pro-demostración del coloniaje que caracteriza a Venezuela; y véase cómo otros estudiosos del

asunto han procurado hacerse una imagen valedera de nuestro país, arrancándole los secretos de su profundo carácter, a fin de poder orientar, con lucidez, los pasos que buscan no sólo la verdad de fondo, sino también la libertad de pueblo, la holgura del bienestar mayoritario, la exclusión del lucro como razón de ser de la economía humana.

2. La de Pedro Duno

En el No. 12, Febrero de 1964, de un boletín informativo publicado por el Instituto Cubano Venezolano de Solidaridad Revolucionaria, expuso el filósofo Pedro Duno lo siguiente: “Venezuela es la principal colonia norteamericana. Allí están el 55% de todas las inversiones norteamericanas en la América Latina, de allí sacan los norteamericanos el 60% de las ganancias que obtienen en nuestro Continente. A esto hay que agregar que Venezuela produce dos materiales básicos para los planes de guerra del Pentágono: petróleo, hierro. La liberación de Venezuela será un golpe mortal para el imperialismo. Su capacidad agresiva disminuirá, habremos creado —con ello— una mayor garantía a la paz mundial. Venezuela libre significará la rápida liberación suramericana. La fuerza moralizadora de la revolución venezolana será un factor que acelerará el movimiento en otros países. Claro está que la importancia estratégica de nuestro país es el factor que hace más difícil y dura nuestra lucha.”

El texto de Duno nos interesa sobre todo porque define a Venezuela como una colonia; en el empleo común de esa palabra, ser colonia es estar dominado; por no haberse detenido a investigar, de modo riguroso las teorías de la colonización, el autor de este juicio definidor sitúase junto a Rómulo Betancourt, con la mirada absorta, sobre un concepto que el desgaste lingüístico ha privado de toda carga lumínica. Pero, dígase de paso que el juicio: “Venezuela es una colonia norteamericana”, significa un avance con respecto a otras expresiones usadas en nuestro país, en los últimos tiempos.

3. La del P.C.V., 1961

En la Tesis Política, del Partido Comunista Venezolano, aprobada en 1961, en el Tercer Congreso de ese organismo, el Cap. II se titula: Venezuela, país semicolonial. Los dos primeros párrafos de la tesis dicen: “Venezuela es un país de estructura económica compleja. Coexisten en el país diversos sistemas de producción que van desde la economía primitiva hasta el sector imperialista, principalmente en petróleo y hierro. En el campo predomina el sistema latifundista, mientras que en las ciudades se desenvuelve una incipiente producción capitalista. Finalmente existen elementos de capitalismo de estado. En esta variedad del sistema económico, el sector imperialista es el preponderante. Todo este conjunto hace de Venezuela un país semicolonial, de economía atrasada y deformada.”

Decir que Venezuela es un país semicolonial es tomarle a Lenin, en préstamo, un calificativo que no ha sido bien captado; el maestro ruso ha escrito, bien claramente, que concibe lo de ‘semicolonia’ como una forma de transición de esas “que hallamos en todas las esferas de la naturaleza y de la sociedad”; la palabra transición no es usada por adorno, ni tampoco al modo como Rómulo Betancourt ha empleado la suya de coloniaje, sino en sentido dialéctico, dinámico, histórico; nosotros afirmamos que Venezuela ha sido y es un país en coloniaje; y sostenemos, aparte de eso, que si Venezuela cayó en las garras del imperialismo yanqui en la segunda década de este siglo hoy, cincuenta años después, nuestro país tendría que haber pasado de esa presunta cualidad de ‘semicolonia’, etapa transitoria, a una etapa nueva y sucesiva, de colonización ampliada y extendida.

El trabajo a que nos referimos, al no ser producto de un estudio directo de la realidad venezolana, repite una definición que Lenin diera sobre China, Persia y Turquía, en 1917; pero los autores de dicha Tesis nos permiten adivinar que en sus mentes el carácter de Venezuela no quedaba de un todo abarcado por aquellas dos palabras tomadas en préstamo, y en efecto dicen, en otros renglones: “Con tal orientación, el gobierno se transforma en agente de una mayor colonización de Venezuela.”

He aquí, pues, que la dialéctica campea por sus fueros; hay dos imágenes distintas: “Venezuela es una semicolonia”. “Una mayor colonización de Venezuela”. Obsérvese que la palabra “colonización” se

emplea por dominio, bajo el impulso de una sinonimia natural, del campo léxico: imperialismo, colonialismo, dominio, subyugo, pérdida de soberanía, dependencia, colonización, coloniaje. En cuanto al ‘mosaico de formaciones societarias’, es preciso que aclaremos. La Tesis dice: “Coexisten en el país diversos sistemas de producción”, etcétera. De nuestra postura sobre el coloniaje, dérivase que en la Venezuela creada por los españoles, y en la Venezuela posterior a 1824 ha habido un sistema económico peculiar unificado: metrópoli-colonia; o sea: no cabría yuxtaposición de etapas diferentes de atraso o avance económico, sino integración (más o menos cancerosa) del substrato económico dominado al organismo económico dominador; de este acoplamiento originase la economía en coloniaje, que es a lo que se alude en frases como ‘economía atrasada’, ‘economía deformada’, ‘economía en subdesarrollo’. La característica del coloniaje es visible: a) todo el país es exprimido, y se mantiene en el monocultivo y la desindustrialización básica; b) la oligarquía foránea serviliza y cipayiza a la oligarquía local y a sus adláteres; c) la oligarquía extranjera instituye una economía tela-de-araña, donde el capital extraño absorbe riqueza desde todas las fuentes posibles; d) las clases privilegiadas cipayas o malinches no dejan de explotar a todas las clases trabajadoras. Tal proceso, de básica unidad, declara la existencia de una economía, una sociedad, un país en coloniaje.

4. La de Celio S. Orta

El economista venezolano Celio S. Orta es otro de los estudiosos del país que se preocupa por lograr una definición de Venezuela. En un escrito suyo de fresca data nos ofrece el esquema del ‘mosaico económico-social’ de nuestro país en los términos que citamos: En Venezuela existe una estructura económica, o sea: varios sistemas económicos, desiguales en cualidad y desarrollo, que se expresa así: 1. Sistema de economía primitiva (los aborígenes); 2. Sistema de pequeños productores mercantiles simples: artesanos y pequeños campesinos; 3. Una agricultura feudal (de grandes latifundios, altamente improductivos, con mucha tierra ociosa); 4. Un sistema capitalista nacional, que se compone del Estado como impulsor de empresas, y del sector privado; 5. Un sistema capitalista extranjero, explotador de materias primas (petróleo, hierro).

He aquí, pues, que “existe una estructura económica”, compuesta “de varios sistemas económicos desiguales en cualidad y desarrollo”; esta idea se aproxima a la del mosaico, pero va un poco más lejos, al intentarlo dentro de lo que el profesor Orta entiende por ‘estructura económica’; una estructura es una armazón de partes, en un cierto orden, es un “ponerse en fila y contarse: 1, 2, 3”; habituados a pensar según el molde europeo, ya capitalista, ya marxista-leninista de “estudios allá”, algunos estudiosos de Venezuela persisten en el traslado de los esquemas, y en no analizar, como exigía el maestro de Simbirsk, los problemas dentro de su encuadre terrestre e histórico, con sus rasgos propios. En una visión estereotipada, la economía capitalista, de un lugar cualquiera del globo, se mantiene dentro de sus fronteras nacionales; Marx, sin embargo, hace más de cien años que habló de la economía capitalista mundializada; es el orbitamiento en torno al mercado principal lo que produce el satelitismo, la subordinación, la dependencia, y naturalmente, es la captura de la mayor área de consumidores lo que absorbe en el imperialismo la vida de los pueblos.

5. La de D.F. Maza Zavala

Acerquémonos al Profesor D. F. Maza Zavala, con la pregunta: ¿Qué es la economía venezolana? También está de acuerdo con el esquema del ‘mosaico’, y nos dice:

“En general, aunque existen formas pre-capitalistas, atrasadas, de producción, en un sector considerable de la economía venezolana, ésta puede conceptuarse básicamente como de estructura capitalista, pero con profundos desniveles de productividad: entre la industria petrolera y ciertas zonas de explotación agrícola se extiende una gama múltiple de grados de desarrollo... Por otra parte, esa estructura capitalista dispar deja como al margen a lo que puede denominarse la economía tradicional del país: la agricultura de subsistencia, que aún ocupa una porción considerable del campo, y otra: actividades internas de índole capitalista. La economía venezolana es, por tanto, un mosaico de escasa coherencia interior, en el que diferentes actividades de muy débil o nula integración entre sí coexisten en niveles diferentes de productividad.”

Luego, dice Maza Zavala, que el “negocio petrolero” gobierna “la estructura capitalista” del país, y que hay “una zona capitalista de la economía”, y, por consiguiente, zonas no capitalistas. También expresa Maza Zavala: “Las relaciones de producción, en lugar de favorecer... el desarrollo económico independiente del país, se han convertido en un obstáculo... La forma principal de ese obstáculo consiste en la penetración total del capital extranjero en el sector exportador básico y su penetración relativa en otros sectores. Mientras la nación venezolana no se libere de ese obstáculo, el crecimiento... de las fuerzas productivas... no podrá cumplirse a un ritmo satisfactorio... La problemática de nuestro desarrollo nacional: la existencia de un sistema económico-social dominado por el capital extranjero, en asociación con grupos de capitalistas y terratenientes del país, que frena el crecimiento de las fuerzas productivas, que se apropia de la mayor parte del excedente económico (n.n: M.Z. sigue aquí a P. Baran, quien pretende substituir el concepto marxista de plusvalía por el de ‘excedente económico’) creado por el trabajo nacional... lo substrahe de la circulación interna... y lo envía al exterior.”

Recorre Maza Zavala al concepto de integración dos veces; 1, cuando dice: “diferentes actividades de muy débil o nula integración entre sí coexisten”; 2, cuando dice: es “indispensable la integración económica

nacional como condición para el desarrollo, continuo, completo e independiente. La integración económica nacional es un concepto que expresa... el dominio (por los venezolanos)... de los Sectores que componen la estructura de la producción... incluidos naturalmente el petróleo y el minero... el fortalecimiento de las relaciones económicas entre distintos sectores de la producción y el intercambio... de manera que formen un todo orgánico... autopropulsado, con fuerza propia. No puede hablarse, en propiedad, de una economía venezolana mientras exista el predominio del capital extranjero sobre aspectos básicos de la producción y mientras las diferentes actividades carezcan de integración efectiva o la tengan discontinua y muy débil.”

El pensamiento de Maza Zavala, guiado por economistas extranjeros, que ven de allá para acá, y que ven más lo de allá que lo de acá, está obnubilado. El dominio imperialista no puede permitir el progreso o desarrollo de los países subyugados, sino dentro de un margen ad hoc; o sea: hay que exprimir y explotar el atraso económico, manteniéndolo vigente; el coloniaje es una forma económica y social de vida que no puede subsistir sola, sino adherida a la economía metropolitana, con la cual se integra, en un sistema peculiar; tomemos el símil de la selva: en su seno, o morada vital (según los ecólogos), hay una población vegetal diversa, adaptada a un clima general que la favorece en su diario existir, y hay micro-climas para ciertas especies de plantas (dejamos a un lado, el otro mundo, el de los animales); el factor clave, en la economía del coloniaje, es el capital foráneo, que la hace funcionar para extraerle máximas ganancias; vistas así las cosas, resulta inexacto el análisis de Maza Zavala; puede afirmarse, sin temor a yerro alguno, que la integración especial de las distintas actividades económicas en un todo parejamente explotable y expoliable es lo que denominamos coloniaje. En Venezuela habríamos tenido dos etapas históricas del coloniaje: la española, permanente; y la norteamericana (sin olvidar la participación anglo-holandesa, y de otras naciones), que hoy usufructúa nuestra realidad.

Maza Zavala nos habla de ‘pre-capitalismo’, de ‘estructura capitalista’, de ‘estructura capitalista desapareja’, de ‘estructura capitalista que deja al margen... la economía tradicional del país’, de ‘mosaico de escasa coherencia interior’, de ‘una zona capitalista de la economía’, de ‘sistema económico social dominado por el capital extranjero’, de que ‘es indispensable la integración económica nacional’, y de que ‘la integración económica nacional’ expresaría el dominio, por los venezolanos, de los sectores que llama: “la estructura de la

producción”. Sin duda que esto es un amasijo o confusión que no sería malo aclarar un poco. En el símil de la selva, lo que integra allí las diferentes formas de vida, vegetal o animal, es el elemento líquido, y su pareja opuesta, la sequedad; de manera análoga, en el proceso económico, en las formas sociales basadas en la propiedad privada de los medios productivos, es el afán de lucro el motivo impulsor, y el ciego mercado la anárquica salida; la distancia entre metrópoli y país colonizado (o en coloniaje, como Venezuela) es aparente; la economía capitalista dominadora dirige todas las actividades económicas hacia el objetivo principal de alcanzar máximas ganancias.

Tal premisa nos lleva a descartar el amasijo que nos ofrece Maza Zavala, y a intentar una síntesis de la realidad verdadera: la economía tradicional del país, es el coloniaje lo que la distingue, con sus desiguales niveles de atraso, que implican una cadena de explotación de unas clases por otras, y de todo el país por el imperialismo extranjero; existe una integración efectiva que abarca desde los lejanos aborígenes, que estiman un machete ‘Collins’ como un tesoro, y a quienes las misiones, equipadas con motores y radio-telecomunicaciones se encargan de ‘civilizar’, hasta los campos mineros (petróleo, hierro) y la alta banca; el Estado venezolano, al que la Tesis del PCV 1961 descubre como “agente de una mayor colonización de Venezuela”, cumple la tarea de entrelazar el supuesto ‘mosaico’ y de ir arrastrando al país hacia una conformidad más ventajosa para los designios explotativos y expoliantes del hegemon que se ha apoderado de los destinos de nuestro pueblo. En este sentido, pues, hay un todo económico y social que progresa y se desarrolla según las necesidades de su cualidad de economía colonial; la economía y la forma societaria capturadas en la llamada etapa de ‘la penetración imperialista’ han ido convirtiéndose cada vez más en un accesorio natural y cómodo de la economía metropolitana, en el mercado seguro de un porcentaje-x de sus productos, y en fuente preciosa de materias primas-clave.

Donde Maza Zavala escribe: “Las relaciones de producción, en lugar de favorecer el desarrollo económico independiente del país, se han convertido en un obstáculo cuya forma principal es el capital extranjero, penetrador y dominador”, nosotros decimos: Es un espejismo lo que tiene delante de sus ojos Maza Zavala; esas relaciones de producción, las del coloniaje, no se han convertido en un obstáculo al desarrollo económico independiente de nuestro país; si clarificamos el fondo de las cosas, hallamos que el coloniaje tiene una vocación de ‘mujer mantenida’, que solicita un amador que la ‘ayude’; es

perfectamente observable que de la marcha espontánea de nuestro coloniaje no podía salir, como ha salido, un sistema económico capitalista a la europea, o a la yanqui; nos liberamos del imperio español, más pronto caímos en otras garras, por una ley interna muy explicable, la del coloniaje. Si la imagen verdadera de nuestro país es la que trazamos, resultará evidente que una nueva independencia significa una revolución, y adoptar el camino socialista.

Hay otros aspectos, en el ensayo de Maza Zavala que venimos examinando, dignos de que se les tome muy en cuenta; dice en otras líneas: “Una característica de las economías sub-desarrolladas... es su absoluta dependencia de las economías de mayor desarrollo... La dependencia consiste en que... el sector básico (quiere decir, la actividad preferida por el imperialismo explotante: petróleo, hierro) está dominado por el capital Estados Unidos absorben más del 40% del petróleo venezolano y más del 90% del hierro, y nos venden más del 60% de las importaciones que realizamos.” Maza Zavala concluye así: “Nuestro problema es de estructura económica, de opresión de las fuerzas productivas del pueblo venezolano y de freno a las posibilidades de progreso y bienestar de los venezolanos.” Si traducimos el lenguaje técnico de Maza Zavala, y si hacemos un análisis de sus puntos de no-vista, tendremos:

Insistimos en aclarar, antes que nada, lo de ‘estructura’, vocablo de moda, disimulador de confusiones antiguas y suscitador de confusiones nuevas. El diccionario nos informa que este famoso vocablo, tan manoseado, significa “orden de las partes en el todo”, “manera como las partes se sitúan en el todo”; y, en alemán: es un edificio, una construcción, algo arquitectónico. Maza Zavala nos habla de “una estructura económica” compuesta “de varios sistemas económicos desiguales en cualidad y desarrollo” (teoría del mosaico) que, por su “escasa coherencia interior” no llegaría a ser un ‘edificio’ homogéneo y funcional. Ya hemos argüido en sentido opuesto: que la forma societaria del coloniaje se basa en una economía peculiar involucrada, por un correaje, a la maquinaria principal del imperialismo.

Supone Maza Zavala, por otra parte, que “la economía tradicional del país: la agricultura de subsistencia” está “como al margen” de “la estructura capitalista dominante, extranjera”; tal hipótesis es imposible; y desde luego, es inexacto decir que la economía ‘tradicional’ es puramente agrícola; lo que ha caracterizado nuestro coloniaje, precisamente, es la conjugación de lo agrícola y lo mercantil en una

economía de “hesperidio”, si pudiéramos dignificar así la expresión corriente de “exprimir la naranja”; una economía colonizada no es una economía que produce riquezas para sí misma, sino para otra; la economía del coloniaje, como diría Hegel, no es una economía para sí, sino una economía-para-otra-economía, puesto que la naturaleza del vínculo imperio-colonia es el parasitismo.

Cuando Maza Zavala habla de “múltiples grados de desarrollo”, de “profundos desniveles de productividad”, a lo que se refiere es a la imagen contenida en la tesis del mosaico, cuyo posible origen sea la expresión marxista de que hay distintos grados de desarrollo en el seno de los aspectos de una economía dada; pero, la realidad venezolana, vista sin anteojeras, la simboliza, en el conuco, la presencia del implemento extranjero de trabajo, objeto de comercio, que si bien alivia la dureza de las jornadas no modifica la cualidad esencial del sistema primitivo vigente, y ata, de modo eficaz, al productor campesino con el poder cuya fuerza está lejos; y en la casa de la hacienda: la ausencia del dueño, que vive en la ciudad grande, rodeado de artefactos extranjeros. El latifundista, ¡cuántas veces no ha sido y es, también, el comerciante urbano, prestamista y almacenista!

6. La de Salvador de la Plaza

Tornamos una vez más a Salvador de la Plaza. En su ensayo: *La economía minera y petrolera de Venezuela* (1965, v. *Bibliografía*), insiste en acercarse, en una tantállica búsqueda, al concepto de coloniaje. Extraeremos algunos de los materiales que nos ofrece:

a. Dice Salvador de la Plaza: “La instalación en el país desde mediados del siglo XIX de grandes casas comerciales extranjeras, principalmente alemanas (Blohm, Kolster, Breuer & Möller, etc.)... agravó el estado de atraso que causaba nuestra agricultura latifundista y feudal, atraso que esas firmas consolidaron... ellas impidieron el surgimiento de un capitalismo venezolano... Sirvieron de avanzadas en la conquista de territorios y mercados que realizaban los países ya industrializados... esas casas comerciales lograron controlar el comercio de exportación... esas casas de origen” (nota nuestra: habría que enumerar todas esas casas comerciales, que además de alemanas eran inglesas, corsas francesas (las de ‘Vellorini el bueno’ y ‘Vellorini el malo’) y corsas italianas; no olvidándonos del papel jugado por los grupos comerciantes de diversas nacionalidades: libaneses, sirios, hebreos, italianos, etc.)

b. Salvador de la Plaza todavía cree en el inmutable y estático, nada leninista concepto, de la ‘semicolonia’ perenne, que ya tendría más de medio siglo de existencia, y que viene aplicándose para definir a Venezuela desde hace unos treinta años; también acepta el vocabulario de moda, de desarrollo: países desarrollados, países subdesarrollados; pero lo deja a un lado, y se refiere a Venezuela como ‘país subdesarrollado’. Sin embargo, redacta este párrafo: “Los únicos productos que franqueaban los linderos regionales eran el café, el cacao, el ganado y cueros, camino de la exportación, caracterizando... la vigencia colonial de Venezuela.

¿Qué quiere significarnos de la Plaza con las cuatro últimas palabras? Si hubiese escrito: vigencia de lo colonial en Venezuela, se habría puesto, peligrosamente, codo a codo junto al concepto coloniaje, según lo empleamos nosotros.

c. Más adelante señala: “Constituyeron los campos petroleros, debidamente cercados, en pequeños Estados autónomos dentro del Estado y regidos por reglamentos y cuerpos de policía propios... El libre

comercio en esos ‘campos’ y la entrada a ellos... estaban prohibidos a quienes no portaran la ficha de enrolamiento de la compañía respectiva, lo mismo que el tránsito por las carreteras de esas compañías, hechas para comunicar los campos entre sí y con los poblados más cercanos.” Sólo en un país en coloniaje podría darse, tan fácilmente, que unas firmas industriales extranjeras actuasen como en país ocupado; pues nuestro país no era ninguna China milenaria, cerrada a huéspedes riesgosos, que hubiese que abrir a la fuerza; “el coloniaje es la lánguida apertura... a todos los dominios y conquistas”, en crónica nostalgia de Hernán Cortés y su perversa Malinche.

d. De la Plaza nos entrega otra evidencia de un colonialismo actuando sobre nuestro coloniaje: Extraído y exportado el petróleo, los ‘trusts’ (o fideicomisos) disponen de él como mejor les conviene y dado el volumen de esa producción y de que para cubrir sus gastos en el país importan divisas, tienen la posibilidad de controlar nuestra moneda (nota nuestra: el Bolívar-moneda es humillado por el Washington-dólar)...” Y añade: “Las compañías petroleras, dadas las diversas técnicas de saqueo que emplean (contabilidad fraudulenta, para pagar menos impuestos al país, etc., manipulaciones con el petróleo en el extranjero, etc.) han recuperado más de una vez el capital inicial invertido.”

Conviene apuntar, a esta altura de nuestro trabajo, que los profesores Maza Zavala y de la Plaza, y el filósofo Duno están concordes en que Venezuela es actualmente una colonia del imperialismo yanqui; nosotros preguntaríamos: ¿Qué importa, entonces, rectificar una visión imprecisa de nuestro pasado, y prescindir de unas definiciones irreales, con lo cual nos hemos ocultado la imagen verdadera del país, que es la que encierra el vocablo coloniaje? Es inútil tener a mengua de nuestra dignidad de pueblo y país el enfrentarnos al hecho clave; es nocivo persistir en ilusiones y fantasías; es urgente enderezar las lanzas hacia el yacente misterio, y quemarle sus alas nocturnas a fuerza de la luz de un entendimiento libre.

Salvador de la Plaza, al hablarnos de las casas comerciales nos advierte que ellas fueron el puente entre una dominación y otra; al hablarnos de la concentracionaria economía petrolera, nos asoma la vigencia de una Venezuela colonizada; sólo le faltó habernos indicado que estas dos realidades históricas eran simples prolongaciones de un largo recorrido, dentro del tradicional coloniaje venezolano.

7. La del Colegio de Economistas

Y caemos en las orillas de una trinchera académica. En 1964 la Universidad Central de Venezuela le publica al Colegio de Economistas un pequeño libro: Diagnóstico de la economía venezolana. Es un trabajo muy importante, y hasta solemne, y de una cierta engoladura. Es útil tomarle algunos elementos:

En la Declaración de principios del profesional economista, que precede los ensayos incluidos en dicho volumen, se afirma: “El carácter semicolonial que aún ofrecen las naciones latinoamericanas frente a los grandes centros de gravitación capitalista... que inciden negativamente en el desarrollo de nuestros pueblos... obstaculizando y en muchos casos impidiendo el crecimiento autónomo de las fuerzas productivas de la sociedad... Entre las manifestaciones objetivas más elocuentes de la mediatización en que yacen nuestros países se destacan... el deterioro secular de los términos de intercambio... la vulnerabilidad de los gobiernos ante presiones... de los centros de gravitación imperialista... en el orden ideológico y cultural... influencias... normas... penetración de instituciones que tienden a la subordinación y hasta la extinción de los valores propios.”

Cuando traducimos tan hermoso lenguaje a palabras más simples, hallamos: Opinan los colegiosos economistas que Venezuela todavía es ‘semicolonial’, e igualmente “las naciones latinoamericanas”; tiénese por elegante caracterizar a Venezuela con un adjetivo tomado en préstamo a Lenin, pero el imperialismo, cuyo concepto dilucidó ese mismo Lenin, en el mismo libro de 1917 (ya citado por nosotros), se convierte en: “Los grandes centros de gravitación capitalista”; el presunto ‘carácter semicolonial’, que los responsables del Diagnóstico no precisan, es visto como algo sobre lo cual el imperialismo tiene un efecto peculiar, negativo de su desarrollo, y obstaculizador “del crecimiento autónomo de las fuerzas productivas de la sociedad”: o sea: que el imperialismo negaría el desarrollo ‘semicolonial’ de Venezuela, obstaculizaría el crecimiento autónomo de las fuerzas productivas de la sociedad; tal idea la creemos inexacta, entre paréntesis sea dicho. Además, ese modo de hablar contradice estérilmente la tesis-clave, de que Venezuela sería un país ‘semicolonial’. En efecto, el desarrollo de un país de este tipo no puede ser sino semicolonial; ahora bien: ¿se avanza hacia una colonización más amplia, o hacia una descolonización? Para ponderar el despiste que le atribuimos a este trabajo del Colegio de

Economistas, fingimos aceptar lo de ‘semicolonia’, y es indudable que tal enfoque no se sostiene, ni en lógica pura, ni en la desnuda realidad.

Los economistas del Colegio desaparecen, y se convierten en el Colegio de Economistas; de ahí que su lenguaje sea abstracto e ideologizante. Vale la pena, sin embargo, examinar la caracterización del país que se nos da en el capítulo: La estructura económica de Venezuela.

La estructura económica de Venezuela —dice el incógnito autor colegiado—, está constituida por el conjunto de sistemas o formaciones socio-económicas que coexisten dentro del territorio geográfico nacional, o sea: 1. Un sistema económico primitivo, de economía cerrada (el de los aborígenes, que producen para el sustento, y no para la compra-venta en el mercado); 2. Un sistema de pequeña producción mercantil, ya artesanal, ya de pequeños campesinos (agricultores en pequeño, independientes); 3. Un sistema feudal, predominante en la agricultura; 4. Un sistema capitalista nacional (en parte del gobierno, en parte de propiedad privada); 5. Un sistema capitalista extranjero, que explota principalmente materias primas.

Notas nuestras: He aquí la tesis del ‘mosaico’, otra vez. Sin un jerónimo de duda, los miembros del Colegio de Economistas no se dan cuenta del modo específico en que el imperialismo hace funcionar nuestra economía del coloniaje, integrándola a sus fines propios; las dos palabras: ‘sistema’ y ‘estructura’, en lugar de apartar las oscuridades del asunto las mantienen; el esquema mosaícuil recuerda el esquema del átomo, o el ya clásico del sistema solar: Una estrella-luz, unos planetas opacos y en órbitas helio-céntricas; pero la analogía es engañosa; el satelitismo es aparente, y lo efectivamente real estaría dado por otra similaridad, la de los engranajes de una maquinaria. El imperialismo económico y la economía en coloniaje intégranse en una fuerza productiva, en un lucrativo acoplamiento; la distancia geográfica no borra las ataduras que dominan y sujetan: ¿y el cable, y el buque, y el avión? Lo del esquema es una visión mecánica, cartesiana, ajena a la dialéctica, y por ello, inexacta; todas las fases de la economía del coloniaje, cuyo desarrollo desigual configura el atraso, que es la línea de menor resistencia que hace posible la sujeción al imperialismo, son arroyos que fluyen hacia el Amazonas-mercado; ninguna de esas fases es cerrada, pues ya todas tienen zarcillo de aguja; lo que impulsa al capitalismo es el afán de lucro, cuyo campo propio es el mercado (productor + consumidor, vía el comerciante); desde este punto de vista

es que podemos comprender que la economía-hesperidio, del coloniaje, apta para el expolio y acostumbrada a ‘pillar el maíz’ es, antes que todo: cornucopia, fuente de materias primas y mercado para los productos y el capital metropolitano. Y otra cosa: Los economistas colegiados prescinden del papel que tienen dos elementos muy en evidencia en nuestro país: el comercio, en todos sus grados de complejidad (“las mercancías extranjeras llegan a los más apartados rincones del país”, Córdoba, lug. cit.), y la banca extranjera, y las compañías de seguros: factores integrantes, si los hay. Sucede que algunos estudiosos del marxismo, a pesar de la lucidez didáctica del autor de *El capital*, pasan por alto que lo propio del sistema capitalista es el afán de lucro, el mercado, comprar y vender: el mercado-océano, totalitario, omni-invasor, que únicamente el socialismo, algún día, habrá de racionalizar. Si el mercado es donde se ‘lavan las pepitas de oro’, todo el tiempo, las funciones mercantiles no son nada subestimables, muy al contrario: tienen un valor decisivo; así diríamos que el verdadero eje del sistema es el mercado, y que la estructura es una simbiosis o alianza de la economía imperialista hegemónica y la economía en coloniaje, hegemonizada (¡y hasta homogenizada, digamos burla-burlando!).

En otras líneas dice el economista colegiado: “Cada una de esas formaciones socio-económicas tiene sus propias leyes.” Eso nos parece cierto; pero, lo importante y elucidador es que la rueda mayor gobierna a las ruedas accesorias y aliadas, pues en tal fenómeno consiste la vinculación imperio-colonia.

Hay un lugar, en el trabajo que venimos observando, en el que se dice: “...esta estructura atrasada, deformada y dependiente... condiciona el tipo de desarrollo que se ha operado en el país.” Es lástima que el autor de las líneas que preceden no haya tenido ocasión de explicarnos su imagen del “tipo de desarrollo que se ha operado en el país”, pues así sabríamos si la hipotética cualidad de ‘semicolonia’, que se nos atribuye, tras medio siglo de íntimo impacto petrolero, férreo, bancario y mercantil, hubo de desarrollarse, también, dejando de ser eso: semicolonia. Hemos leído la afirmación del Colegio de Economistas: El carácter semicolonial que aún ofrecen las naciones latinoamericanas; caso de no ser este desarrollo el que se tiene en mientes, ¿qué rasgos señalan al “tipo de desarrollo que se ha operado en el país”? Se nos antoja que hay algo de incoherencia en estos dos lugares citados, algo de mala contradicción (mala, en el sentido de ‘mal infinito’, que decía Hegel), o sea, de contradicción puramente verbalizada. Lo confuso del pensamiento, en estos economólogos, surge a las claras, cuando

escriben: “Las causas reales del estancamiento del país son: El latifundismo; El fortalecimiento creciente de la dependencia económica.” Entiéndese que toda hegemonía imperialista, de una nación sobre un país, procura mantener a éste en su atraso; pero es imposible atajar los desarrollos intrínsecos de cada proceso natural o societario; en Venezuela, incluso el latifundismo, mal que bien, ha evolucionado, ha progresado o desarrollado; y, por el contrario, la dependencia económica ha contribuido al desarrollo del país dentro de su coloniaje; lo que no ha habido es “un crecimiento autónomo de las fuerzas productivas”, pero tal supuesto es ajeno a la naturaleza del coloniaje; nuestro pueblo no podrá gozar de unas fuerzas productivas autónomas sino cuando adopte el camino del socialismo, y se libere de la coyunda y tutela imperialista.

Cuando se mira más hacia el fondo de las cosas, se descubre que el pensamiento de nuestros economistas, guiado por teóricos burgueses, y por un marxismo elemental, en curiosa mescolanza, supone que Venezuela es una ‘nación’ y que en ella tiene que presentarse un desarrollo económico de tipo capitalista; en este sentido, sí resulta conforme a lo real la afirmación de que el imperialismo obstaculiza, en nuestro país, el surgimiento de un capitalismo aborígen, aunque le resulte provechoso estimular actividades capitalistas subalternas, que son las que tiene a su cargo la llamada “burguesía importadora”, y los diversos estamentos burgueses que constituyen el sucursalismo de las empresas ‘nativas’. El desarrollo de un país en coloniaje, lógicamente, no puede ser el de un país capitalista.

En este libro: Diagnóstico de la economía venezolana, hacia su parte final, se escribe: “Aquí se pone en evidencia el carácter desarticulado, deformado y dependiente de la economía venezolana.” Recordemos que Maza Zavala cree en “una escasa coherencia interior” del ‘mosaico’ económico-social que supone caracteriza a Venezuela; los economistas colegiados hablan del “carácter desarticulado, deformado y dependiente de la economía venezolana”; nosotros postulamos la integración del coloniaje con el imperialismo gracias al mercado-océano, adonde fluyen las corrientes menores para formar la corriente mayor; no habría, pues, ni desarticulación, ni incoherencia, pero sí, hasta cierto punto una deformación o frustración, que es la impedidura de que se llegue a un desarrollo genuinamente capitalista.

Cómo es de urgente que haya una definición lo más lúcida posible de Venezuela.

Una definición, lo más lúcida posible de Venezuela, es urgente, y requisito previo para conducir al buen éxito la empresa liberadora; eso es lo que hizo Lenin, repetidas veces con su Rusia de Romanovs, Rasputines y resueltos obreros y campesinos; la vio como un país en marcha hacia el capitalismo, como el país más pequeño-burgués de Europa, como un país explotado por el capitalismo francés, inglés, alemán y yanqui. Por su parte, Sedún Mao (Mao Tse Tung, en inglés; Mao Tse Toung, en francés; el apellido es Mao), en su obra: Sobre la nueva democracia, de enero de 1940, intenta trazar “las características históricas de China”. El maestro de aquella revolución, triunfante en 1949, dice: “Desde la invasión del capitalismo extranjero y el gradual desarrollo de elementos capitalistas en la sociedad china, el país ha ido cambiando, por grados, y ha pasado de sociedad semi-feudal, a semicolonial y a colonial. Hoy China es colonial en las áreas ocupadas por los japoneses y básicamente semicolonial en las áreas donde gobierna el Cuomintán (Kuo Mingtang, en grafía inglesa), y es predominantemente feudal, o semi-feudal en ambas áreas.”

Como podemos observar, la caracterización de Mao sobre China es dialéctica y elástica; un país cambia, por grados, y en un mismo instante puede encerrar aspectos económicos y sociales en diverso grado de desarrollo; por lo que a nuestro ensayo se refiere, ya hemos expuesto la concepción del mercado como elemento integrador de las dos economías, la dominante y la dominada.

Viene a ser muy interesante el hecho de que en diversos escritos, desde 1958, el dirigente comunista Pompeyo Márquez (Secretario General del PCV) se ha referido insistentemente al “proceso de colonización” de Venezuela, al “grado de colonización que se aprecia en el petróleo”, a “la sumisión colonial”, a “la triste condición colonial a la cual estamos sometidos”, y a “una injerencia y colonización mayor de los monopolios guerreristas norteamericanos a través de una camarilla que sirve a estos intereses”, y ha dicho: “los revolucionarios venezolanos han venido denunciando el grado de colonización en que ha caído nuestro país por obra y gracia de gobiernos sumisos a Estados Unidos”. A falta de un estudio del asunto, en sí mismo, dichas frases tienen un cierto aire de lenguaje de “la política”; reflejan, sin embargo, una inquietud conceptiva; si analizamos las palabras: proceso, grado, sumisión, condición, injerencia, tejidas en torno al vocablo-clave, de

colonia, salta a la vista que el autor no ha permitido que una serena meditación le ayude a decantar la verdad que su ágil olfato revolucionario ha podido husmear; por otra parte, en lo que toca al concepto de 'semicolonia', el empleo hecho, por algunos, suele carecer de este intento de comprensión, y hace años se le usa sin más ni más: ahí está 'la Roca Tarpeya', invariable, inamovible, estática.

El pensamiento dialéctico, el del marxismo, por lo menos, sugiere que se le preste una atención esmerada a palabras como: proceso, grado, condición; en las frases de Pompeyo Márquez, menos sugerentes para nosotros que la enigmática de Rómulo Betancourt (v. páginas atrás), quedamos un algo confusos; la 'colonización' de que se habla: ¿está en proceso? ¿anda en una etapa, grado o fase-x? ¿es ya una condición real y efectiva? ¿es una sumisión colonial de qué clase? ¿qué diferencia hay entre "injerencia" y "colonización" de los monopolios norteamericanos? Volviendo a la Tesis Política del PCV, de 1961, hallamos que la definición de Venezuela, allí dada, es la de que "Venezuela es un país semicolonial"; y que también se dice que "el gobierno se transforma en agente de una mayor colonización de Venezuela"; nadie puede dudar de que estamos frente a una incertidumbre teórica, y frente a una lectura negligente del Lenin de El imperialismo como la más nueva de las etapas del capitalismo. Además, se es inconsecuente con la disciplina dialéctica, ya que se dice: Venezuela, tú eres como esta mariposa que clavamos en la vitrina del museo: un país semicolonial, por los siglos de los siglos; las frases citadas, de Pompeyo Márquez, y la otra, tan significativa, de Pedro Duno, hacen pensar, no obstante, que la procesión anda por dentro, y que hay un clima propicio a la elucidación que tratamos de lograr.

Está perfectamente claro que Venezuela, país en coloniaje, ha sido capturado por una poderosa nación imperialista, hasta el punto de la hegemonía; pero es conveniente allegar datos de economía y de estadística que atestigüen, ya para siempre, lo que de veras sucede en nuestro país en el siglo xx. El norteamericano Harvey O'Connor, en su libro *La crisis mundial del petróleo = World Crisis in Oil* (traducido por Domingo Alberto Rangel, 1963), trae un capítulo con este lema: "Venezuela, el país cautivo"; ni O'Connor ni su traductor se ocupan de definir las características de nuestra patria; Rangel nos dice que Venezuela es un país ocupado.

Nuestra captura y cautividad hay que verla en cifras. En el Informe que presentara la Delegación de Venezuela al Foro Mundial de la Juventud y el Estudiantado, en setiembre de 1964, en Moscú, se decía:

“En Venezuela se concentra actualmente la mayor suma de inversiones extranjeras en América Latina. Venezuela es, por otra parte, el país de América Latina más intervenido por el capital monopolista norteamericano. Las inversiones norteamericanas en nuestro país sobrepasan los 6.000 millones de dólares, lo cual equivale a su vez a 2/3 de todas las inversiones extranjeras en el país. El carácter colonizador de estas inversiones (la raya es nuestra) queda demostrado si se toma en consideración que el 88,2% del total está destinado a petróleo y hierro, convirtiendo al país en un simple proveedor de materias primas. Los capitales invertidos en petróleo y hierro obtienen ganancias que alcanzan a veces hasta el 50% del capital.”

La frase “carácter colonizador de estas inversiones” debe ponerse junto a las otras, las de Pedro Duno y Pompeyo Márquez: “Venezuela es la principal colonia norteamericana”; “la triste condición colonial a la cual estamos sometidos”, y la de Rómulo Betancourt: “la irritante supervivencia del coloniaje”; si nuestro país, según afirmamos, se caracteriza por el coloniaje, establecido una vez que se hubo consolidado la conquista de América por los españoles, es indispensable dilucidar bien las cuestiones en debate; cuando se hablaba de penetración imperialista, allá por la década de los años treinta a cuarenta, érase más exacto; ha habido una etapa histórica de intromisión del capital imperialista en nuestro país, paso a paso; es lo que ha dado alguna base a la pseudo-definición de ‘semicolonia’; pero si tomamos en cuenta que la hegemonía española fue substituida por un intervalo en el que actuaron firmas mercantiles de varios países, etapa-puente, que frustra toda posibilidad de que surja un capitalismo venezolano, y que mantiene la realidad del coloniaje tradicional, es explicable que alguno de los imperialismos, el más potente, viniese a prevalecer; nada había que colonizar, pues de lo que se trataba era de mediatizar, subordinar, supeditar, usufructuar y a la postre: de integrar el país en coloniaje al mercado único y común de la metrópoli invasora.

En el boletín: Reports — Overseas Business, del US Department of Commerce, bajo el rubro de: “Basic Data on the Economy of Venezuela”, January 1967, se dice lo siguiente: “Total de inversiones extranjeras en Venezuela. El Banco Central de Venezuela, para 1963, totalizaba las intervenciones extranjeras en Bs 20.700 millones (\$4.600 millones). De este dinero, el 86,9% estaba en la industria del petróleo; en los otros sectores iba invertido así: Minería (incluía la del hierro): 4,6%; Comercio: 2,8%; Bancos, 0,9%; Servicios: 0,6%; Seguros: 0,3%. Venezuela es sumamente importante para USA, desde el punto de vista de las

inversiones. Según el Survey of Current Business, la inversión privada directa en Venezuela, a fines de 1965 totalizó Bs. 12.150 millones (\$2.700 millones), de los cuales \$2.000 millones sólo en el petróleo; \$248 millones en manufacturas; \$222 millones en comercio; \$19 millones en servicios, y \$194 millones en otras actividades, incluido el hierro.

“Esta cifra convierte a Venezuela en el tercer país de mayores inversiones extranjeras por USA (los otros son: el Canadá, con \$15.100 millones, e Inglaterra con \$5.100 millones.) En años recientes, el mayor flujo de inversiones de USA a Venezuela se ha dedicado a las industrias (mixtas) y al comercio (tiendas de departamentos, supermercados de abastos alimenticios y artefactos de uso doméstico).”

Mr. L.J. Murphy, el autor de las líneas ut supra, no hace sino pintar la realidad del modo más preciso y exacto; así, lo que Alejandro Hamilton le decía a Talleyrand en 1794 es ya hórrida realidad: la América Latina es toda ella un mercado cautivo de la economía capitalista yanqui. Agreguémosle un hecho al cuadro de Mr. Murphy: La Creole Petroleum, subsidiaria de la Standard Oil (casi \$3.000 millones de dolores de capital, controla el 45% de la producción petrolera venezolana y envía a su oficina matriz, en los Estados Unidos-USA, el 40% de las ganancias que allí se reciben, por el mismo renglón, desde el exterior. Y por lo que respecta al hierro: la Compañía yanqui embarca desde Venezuela, en su propia flota (como recomendaba el cardenal Richelieu), el 46% del hierro que saca de otros países. Lógico es, en tal caso, que Venezuela no acumule capital), que no se haga ella misma capitalista (a pesar de sus inmensas riquezas naturales), que no vea surgir capitalistas machos (de ‘pelo-en-pecho’ y 2 revólveres Western en el cinto) y conquistadores, sino que se descapitalice, que se mantenga en el úbrido coloniaje, que vea surgir sólo capitalistas cipayos y malinches, de desvirilizada mansedumbre, capitalistas esclavos, capitalistas-hienas, que hablan ‘inglé’. Y es lógico, también, que Venezuela importe productos metálicos, agrícolas, pecuarios, y de todas clases, hasta los de más volteriano lujo. Lo que no puede suceder sino en un país sometido al coloniaje, existente en el coloniaje, con su economía en hesperidio, generosamente abierta a la explotación por el imperialismo.

Con el objeto de que nos enteremos hasta qué punto es Venezuela un amplio golfo, dentro del mercado-océano del sistema económico imperialismo-coloniaje, Mr. Murphy nos entrega un cuadro estadístico, para enero-setiembre de 1966, con la siguiente información muy precisa:

Venezuela ocupa el segundo lugar, para los Estados Unidos-USA, como mercado de sus exportaciones hacia América Latina y el duodécimo en el mundo; en 1965, USA-Estados Unidos envió a Venezuela productos por valor de \$624 millones (Bs. 2.808 millones). Lo que Venezuela importa de la gran nación del norte, de más allá del río Grande, de más allá del río Bravo, de menos lejos siempre, en el cuadro que se copia monta a \$447.628.600 (Bs. 18.128.723.200,00).

Principales importaciones de Venezuela, desde los Estados Unidos-USA (Entre enero y setiembre de 1966)

Naturaleza del producto	Valor, en dólares
Alimentos y animales vivos.	50.164.100
Animales vivos ("n.e.s.")	1.263.200
Carne fresca	183.700
Trigo, en grano	21.867.100
Cereales cocidos	3.496.700
Maíz en grano	1.404.500
Frutas frescas y nueces	3.866.800
Hortalizas refrigeradas	4.335.800
Bebidas y tabaco	164.7100
Materiales crudos, no comestibles	18,277.000
Otros materiales	3.041.800
Semillas oleaginosas, etc.	3.742.500
Caucho, natural y sintético	6.226.100
Pulpa y Papel desperdiciable	207.300
Algodón	2.584.000

Combustibles minerales y conexos	1.674.200
Productos del petróleo	5.454.900
Aceitas y grasas vegetales y animales	1.334.300
Otros aceites y grasas animales	382.400
Productos químicos	43.974.300
Productos de química orgánica	8.294.300
Productos de química inorgánica	2.869.500
Pinturas	2.005.700
Productos farmacéuticos	5.862.700
Aceites esenciales	1.205.800
Jabones, detergentes, etc.	1.758.900
Resmas, materiales plásticos	8.192.500
Materiales químicos	9.811.600
Artículos manufacturados	69.606.600
Caucho para manufacturar	1.754.700
Papeles y cartones	9.028.300
Productos de papelería y cartonaje	1.393.400
Hilos	4.672.600
Telas de algodón	1.082.100
Otras telas	2.212.800
Vidrio	2.567.800
Hierro y acero (láminas)	1.480.100
Hierro y acero (formas)	384.600
Tuberías de hierro y acero	7.189.300

Recipientes da metal	1.210.500
Herramientas manuales, etc.	4.084.300
Maquinaria y equipo de transporte	218.584.800
Maquinaria para plantas eléctricas	16.734.500
Maquinaria agrícola	8.280.900
Máquinas para oficina	3.617.400
Maquinaria para industria del metal	2.953.100
Otras maquinarias	58.825.900
Maquinaria para electricidad	14.358.800
Máquinas para telecomunicaciones	9.456.800
Otras maquinarias, para electrificación	10.808.800
Vehículos de motor, y repuestos	52.729.900
Artículos manufacturados diversos	30.455.200
Instrumentos científicos, ópticos, de precisión y control	7.260.900
Otras mercancías	6.010 .900
Re-exportaciones	2.350.000
Total de lo importado por Venezuela desde Estados Unidos-USA, entre enero y septiembre de 1966:	
\$447.627.600	

Como puede verse, en estos nueve meses de 1966, Venezuela, país agrícola y mercantil, país en coloniaje, ha importado de los Estados Unidos-USA la suma de \$86.740.000 en productos agropecuarios (la fuente de nuestros datos es: US Exports, Country by Commodity FT 420 y Bureau of Census, D. of C., Washington); casi la mitad: \$218.584.800, de

dicho total, exhibe la tremenda desindustrialización de Venezuela: es la importación de máquinas; la importación de manufacturas diversas, suma \$76.867.500; la importación de productos químicos y de farmacia, suma \$43.974.300; la importación de materias primas, por un país cuya función propia es exportarlas, suma \$18.277.000; y el colmo es que haya que traer de los Estados Unidos-USA: animales vivos, carne fresca, trigo, maíz, frutas y nueces, hortalizas refrigeradas, aguas azucaradas y alcohólicas, y tabaco, por valor de \$50.164.000.

Estos datos los reforzamos con los de la Tesis del PCV, de 1961, donde se dice:

“En efecto, Venezuela importó para 1959, Bs. 660.114.000 en productos vegetales, lo cual representa el 14% del total de sus importaciones (también importó Bs. 327.970.000 en artículos de lujo, otro 14% del total importado en ese año). La prensa informa que Venezuela, en 1962 tuvo que importar fuertes cantidades de maíz, arroz, harina de trigo y leche en polvo.” Nos acordamos, ¡cómo evitarlo!, del abate Raynal, tan inteligentemente defendido por Rivarol, aquel San Jorge-lengua brava de la burguesía, émulo de Voltaire, nacido en 1753 y muerto en 1801, y aviesamente calumniado en 1922 por Feugere, y por Cherel (profesor de la Universidad de Burdeos), en sus palabras veraces: “El fin de establecer una colonia es el de extender el comercio de la nación fundadora, y no el de reproducir a esa nación colonizadora en otro lugar.” Estas cifras atestiguan, elocuentes, que el inveterado coloniaje venezolano sólo pasó de un dueño a otro, para seguir siendo hesperidianamente aventajado.

El arraigamiento de nuestro país en su dependencia y subyugo surge a las claras en el siguiente cuadro:

VENEZUELA	
Producto doméstico bruto 1963	
Agricultura	Bs 1.926.000.000
Petróleo y gas	6.502.000.000
Minería (+hierro)	298.000.000
Manufacturas	5.020.000.000

Construcción	1.550.000.000
Servicio	480.000.000
Transporte y Comunicaciones	1.294.000.000
Comercio	4.637.000.000
Vivienda	3.247.000.000
Otros servicios Privados	2.277.000.000
El Gobierno	2.701.000.000
Total	29.932.000.000
(Fuente: Plan de Nación, 1965-1968, OCCyP — Oficina Miraflores)	

En virtud de esa economía política oropelesca, que se estila, cuyo fin es encubrir las esencias riesgosas para los amos del poder, y no descubrir las realidades útiles a un pueblo que anhela su libertad y su bienestar, cuadros como éste dicen y no dicen lo que ocurre en un país. Sin embargo, los números tienen una ley intrínseca, que les obliga a desvelar los misterios de las cosas, aunque algunos manipulantes se interpongan. Si se suman las cifras de Petróleo, Minería y Comercio, que es donde el caribismo-piraña del capital extranjero se mueve más en sus propias aguas, se obtiene un total de Bs. 11.437 millones, que llega a cerca de la mitad de la cifra puesta en el cuadro como total; es claro que si en lugar de un cuadro de nuestra domesticada brutalidad, fuese un retrato de las inversiones extranjeras en dichos renglones el que se hiciese, y de la relación entre la agricultura venezolana y la competencia que le hace la agricultura yanqui, surgiría una imagen menos velada de nuestro coloniaje, en la etapa de dominio por los Estados Unidos-USA.

Prosigamos. El producto nacional bruto de Venezuela, para 1965, fue de 33.750 millones, y el ingreso nacional de Bs. 29.200 millones. ¿Debemos asombrarnos de tan elevadas cifras? Lo que nos interesa es observar que en 1964, por ejemplo, nuestras exportaciones se tabularon así: Petróleo crudo: el 65% del total; Productos del petróleo, el 26,1%; Mineral de hierro (materia prima para USA), el 5,8%; Café, el 0,7% y

Cacao, el 0,3%. Es decir, que dos productos realmente venezolanos, pues el petróleo exportado le pertenece a las compañías extranjeras, característicos de toda agricultura colonizada, no llegan, sumados, al 1% de lo que Venezuela exporta en 1964. Otras estadísticas que hacen difícil entender la realidad son las que ahora suele publicarse para mostrar 'la fuerza de trabajo' del país y cómo se reparte entre diversas actividades económicas; veámoslas:

Agricultura	774.000
Minería	43.000
Manufacturas	323.000
Construcción	117.000
Electricidad	29.000
Servicios ¹	937.000
Desempleados	363.000

1 El renglón Servicios incluye: empleados de comercio, de transporte, de comunicaciones.

Estas cifras no permiten entender, si no se las analiza, qué características son las del país que las entrega; tal distribución de la mano de obra, no obstante, declara que el país tiene más gente dedicada a la agricultura, en una forma, según se sabe, que obliga a importar, de sólo Estados Unidos-USA productos agro-pecuarios por valor de más de Bs. 200 millones anuales; y que los pocos obreros en la minería, en un país de 9.000.000 de habitantes, facilitan el 65% del total exportado por Venezuela, en petróleo (en 1964). Hoy día nadie se engaña con la palabra 'manufacturas', ya que los países dependientes cuentan con una industria muy liviana, a base de bebidas refrescantes y gaseosas, fideos y cosas de ese jaez (cuyo secreto es: de quiénes es su propiedad). Mr. Murphy ofrece otra clasificación, estadística, de la fuerza de trabajo, que también es sugerente:

32,3%. — en la agricultura
21,6% — en la industria (manufacturas, construcción, servicios)
44 ,3 % — en la burocracia gubernamental (empleados y obreros)
1,8% — en el petróleo y el hierro

¿Qué significa esto? Significa que con el 1,8% de la fuerza de trabajo venezolana el capital extranjero domina todo el país, y le impide liberarse de su coloniaje secular; el 21,6%, los que trabajan en industrias, no nos convierten en un país de autonomía industrial, sino de industrias colonizadas, subsidiarias de la industria y el capital extranjero; las dos cifras claves están en la agricultura: el 32,3% y en la burocracia gubernamental, el 44,3%.

Tales son los hechos que evidencian aquella “línea de menor resistencia”, de que habló Varona, y que traducida por nosotros significa el coloniaje, como característica efectiva de Venezuela.

Los principios teóricos que manejamos se justifican: El coloniaje es una mercatización; el coloniaje es una factorización; el coloniaje es el resultado del colonialismo, y el colonialismo es el resultado del establecimiento de un mercado mundial para las naciones capitalistas.

La Tesis del PCV 1961, al referirse a la industria en Venezuela, dice: “En los últimos años se ha venido estableciendo en el país un sector de producción... en el que predomina el capital extranjero. Su volumen global de productos es muy elevado, pero el valor real económico para el país es muy reducido, pues se trata, en lo que vale la pena, de actividades siervas: montaje, ensamblaje, con piezas recibidas de fábricas extranjeras. Esto constituye una industria ligera, que expresa la mediatización de nuestro desarrollo, que así es deformado y desviado de su cauce legítimo. Tal tipo de desarrollo es usado preferentemente por empresas norteamericanas, para asegurarse a sí mismas victorias frente a la competencia de otros países.”

Recapacitemos. La Tesis del PCV 1961, al enjuiciar nuestra realidad habla de “economía atrasada y deformada”, y de “desarrollo deformado y desviado de su cauce legítimo”; el profesor Maza Zavala habla de que “las (actuales) relaciones de producción, en lugar de favorecer... el desarrollo económico independiente del país, se han convertido en un obstáculo (la penetración total del capital extranjero en el sector básico y su penetración relativa en otros sectores), el crecimiento... de las fuerzas productivas... no podrá cumplirse a un ritmo satisfactorio”; el Colegio de Economistas habla de “penetración de instituciones que tienden a la subordinación y hasta la extinción de los valores propios”; la Delegación Venezolana al Foro Mundial de la Juventud, 1964, asigna a las inversiones de capital extranjero un “carácter colonizador”.

Creemos necesario que se insista en contrastar, una vez más, estas tesis con la perspectiva que nos sugiere el coloniaje, verdadera naturaleza de Venezuela. Sería inexacto, entonces, escribir que la economía venezolana, en el siglo xx, ha sido deformada por el impacto

del capital imperialista, y que se está cumpliendo un proceso de 'desarrollo deformado' de dicha economía; también sería impreciso afirmar que el imperialismo es un obstáculo para el desarrollo económico independiente del país, hasta tanto no se respalde tal veredicto con nuestro enfoque del coloniaje.

La verdad parece estar en el sentido de otro concepto, el de integración; nuestro sistema económico-social, el coloniaje, ha sido integrado, entreverado, absorbido en y por el sistema económico-social invasor, el imperialismo. El 'cauce legítimo' del coloniaje es el de la dependencia, el de 'la trailla' en el conjunto guiado por la economía imperialista, conquistadora e invadiente; ya hemos visto que, fundada con tal objeto, la economía del coloniaje nunca ha dejado de estar fuera del alcance del poder extraño; la venezolana, después de 1824, pasó a un interregno cautiva de las grandes firmas mercantiles, y luego su minería y sus cauchales la arrojaron bajo los pies del capital inversionista de nuevo tipo.

Datos sueltos, elegidos aquí o allá, un poco al azar, nos dicen que en 1929 el valor de las inversiones, p. ej., era de \$3.462 millones (en los llamados 'servicios'), y esa cifra, en 1964 se elevó a 8.932 millones de dólares; en 1950 el total de inversiones en la América Latina era de \$11.788, que en 1964 subió a \$44.323 millones.

En 1965, las inversiones directas de los Estados Unidos-USA, producían estas cifras: Ganancias enviadas por el petróleo venezolano: \$405 millones, contra \$816 millones, del Medio Oriente; el 41,8% de los fondos remesados a Nueva York provino de Nuestra América, a pesar de que sólo el 29,4% del total mundial estaba invertido en nuestros países. Las inversiones en petróleo y manufactura, de los Estados Unidos-USA, que en 1950 subían a 2.013 millones, en 1964 ascendieron a 5.482 millones. En 1917, cuando se inicia la explotación del petróleo venezolano, año de nuestra captura por el imperialismo yanqui y el imperialismo anglo-holandés, se produjeron 1.000 barriles diarios, y en 1964 se producían 1.238.450 barriles diarios. Nota nuestra, de paso: Algunos economistas tienden a calificar de 'sector básico de la economía', en Venezuela, la del petróleo; es indudable que tal adjetivo no es realista; al liberarse nuestro país del subyugo imperialista, y del coloniaje, la reorganización y racionalización de su modo de vida eliminará, poco a poco, la anormalidad implícita en hipertrofias del tipo de la que actualmente se evidencia en la industria del oro negro; la especialización económica, de giro colonialista, puede haber hecho del petróleo un factor de mucho peso, mas su 'basicidad' es irracional, y tendría que ser sujeta a nuevas normas.

Prosigamos con nuestras cifras. Las inversiones directas acumuladas en Venezuela hasta 1965 montan a Bs. 122.175 millones; de éstos, sólo en dicho año Bs. 12.217 millones y medio (\$2.715 millones) pertenecían a capitalistas yanquis. Las ganancias de firmas usenses (de USA) se elevaban en 1962 a \$ 505 millones; y en América Latina, a \$1.010 millones, y en el mundo entero a \$ 4.245 millones; es decir, casi la mitad de lo ganado, provenía de Nuestra América. La Tesis del PCV 1961, golpeada por la lección de las cifras, no ha querido aferrarse fanáticamente a la caracterización de “Venezuela, país semicolonial”, sino que ha dejado la puerta entreabierta, para rectificar, y por eso dice: “Venezuela no es un caso cualquiera de país semicolonial. Por el contrario, se trata de un fenómeno realmente excepcional dentro de la cadena de la dominación imperialista... Se puede afirmar que Venezuela es el país semicolonial más importante en escala mundial para el imperialismo norteamericano; baste decir que en 1957 sacó de nuestro país el 66% de todas sus utilidades en toda América Latina (de un total de \$1.543 millones). Pero además, hay el volumen y la calidad y el valor producido de sus materias básicas, estratégicas para la industria pesada y de guerra; por su ubicación geográfica, Venezuela se ha convertido en una pieza indispensable del engranaje agresivo de los Estados Unidos, como arsenal colonial clave del imperialismo militarista yanqui.”

Obsérvese la expresión “pieza indispensable del engranaje”, junto a la otra: “arsenal colonial”. El concepto de ‘engranaje’, que hemos debido aprovechar en el empeño por asimilar el concepto de coloniaje, es decisivo; el imaginario ‘mosaico de formas sociales’, que hemos rechazado, podría enfocarse de una manera más lúcida con ayuda del vocablo engranaje, que es lo que nos integra al mercado-océano imperialista, simbiotizado con nuestro coloniaje; el énfasis en la cualidad ‘excepcional’, que viene haciéndose, ver lo dicho por Pedro Duno, ver lo que dice la Tesis del PCV 1961, es una especie de chovinismo masoquista. No es impropio recordar que el Brasil solo posee una veintena de productos estratégicos básicos para el esfuerzo de guerra norteamericano, todos los cuales ya se hicieron sentir en el conflicto 1939-1945, II Guerra Mundial.

En su trabajo: Panorama económico del país en 1965, Genaro Machado dice: “Se calcula que en este año 1965 el capital fijo existente en el país alcanza a la suma de Bs. 56.000 millones... de los cuales 25.000 millones pertenecen a inversionistas extranjeros... el 70% de éstos son norteamericanos... esas inversiones no están diversificadas en toda la economía, sino que el 93% está concentrado en el petróleo y el hierro.” Y añade: “Para 1964 el capital extranjero se hallaba colocado también en la banca, con Bs. 170 millones; en el comercio, con Bs. 700 millones; en la

industria, con Bs. 850 millones; en la construcción, con Bs. 130 millones; en los servicios (electricidad, transporte, comunicaciones), con Bs. 140 millones, y en los seguros, con Bs. 82 millones.”

Siempre se ha dicho, que el petróleo ha sido y es el eje de ‘la penetración imperialista’ en Venezuela, cuando esa expresiva frase señalaba que, en un país sin capitalistas cabrahigos, la malinchería criolla estaba pronta a tenderse al invasor para que éste le desflorara los gigantescos yacimientos (cosa que hubo de ocurrir en la época de Juan Vicente Gómez). En 1963, casi medio siglo después de consumada la penetración en los generosos veneros, la Standard Oil ganaba en el mundo \$12.573 millones, de los cuales \$2.150 millones eran aportados por la Venezuela en arraigado coloniaje. En 1963 la producción diaria era de 1.339.000 barriles, el 30% del total mundial de USA; de tal barrilaje, el 74% fue a la metrópoli, para ser refinado allá y no aquí; ese año la Standard Oil dijo que sus ganancias de Venezuela habían sido de \$247 millones, pero la verdad es que obtuvo varias veces esa cifra, porque dicha compañía hace malabarismos contables que le restan al fisco venezolano muchas decenas de millones, y hasta la fecha no ha sido posible ‘meterla en cintura’.

Tales cifras hacen afirmar, al folleto: Situación económica de Venezuela, hecho a base de materiales de la Tesis del PCV 1961, que, sin un jerónimo de duda, “la Creole (nombre venezolano de la Standard Oil) es la empresa determinante en la colonización y saqueo de Venezuela”. También escríbese allí: “La producción de petróleo tiene el predominio absoluto en nuestra economía, representando el 54% de la producción total de bienes y el 94,3% de lo exportado. De allí que casi el 70% de las divisas en dólares provengan del petróleo, y que los impuestos del petróleo constituyan casi el 60% de las entradas fiscales del gobierno; en los últimos años, en el área de 1.000 kms²: Lagunillas, Tía Juana y Bachaquero, del Estado Zulia, se ha extraído el 50% de la producción venezolana de petróleo, con un mínimo de trabajadores.”

Pero, lo que pasa en el petróleo, tan sabido, y lo que pasa en el hierro, que es más escandaloso y colonialista aún, no desentraña toda la verdad; el folleto aludido dice, en una cita cuya fuente no declara: “Los monopolistas norteamericanos no sólo utilizan la vía de las inversiones directas para su penetración y dominio sobre nuestra economía... Otros vehículos de penetración son los empréstitos (al gobierno venezolano, y a particulares) y las empresas mixtas. La contratación de empréstitos (esto ya lo señaló Lenin en 1917, en el Imperialismo, como la más nueva de las etapas del capitalismo) refuerza la dominación imperialista sobre la economía... dichas inversiones, para empresas mixtas, integran a la

burguesía conciliadora a los monopolios norteamericanos.” El desarrollo económico que las empresas mixtas y los empréstitos permiten un desarrollo bajo la égida imperialista, en sectores donde hay un máximo de ganancia, añadámosle nosotros al trabajo que citamos.

Obsérvase el uso, ya anacrónico, del vocablo “penetración”, cuyo legítimo sentido es el histórico; en lugar de ‘penetración’ diríase con mayor exactitud: diversificación del capital inversionista, que amplía el dominio del mercado. Si prestamos una atenta mirada a la frase: “Dichas inversiones... integran a la burguesía conciliadora a los monopolios norteamericanos”, tenemos que preguntar: ¿Por qué este concepto, de integración, no se ha manejado más a fondo, hasta enfrentarlo con el ‘esquema del mosaico’, antes de ahora? Después de la penetración, no queda duda de ello, lo que ocurre en nuestro país es que gradualmente cursa la integración, el dominio extranjero se perfecciona; el coloniaje pasa de una etapa a otra, dentro de su específico desarrollo hesperidial (exprimible y ¡deprimente!). Los mecanismos de dominio se hacen más eficaces. La Venezuela gomecista se jactó de no deberle dinero a nadie, porque eso fue lo que colocó al sucesor de Cipriano Castro en la Silla de Miraflores, y al frente del Gran Zoo desde Maracay; pero después, como era inevitable, volvimos a endeudarnos, para depender mejor. La deuda pública venezolana para 1966 era de Bs. 6.993 millones, mientras que para el mes de febrero de 1965 era de Bs. 1.890; esta es la deuda pública... del gobierno; el endeudamiento privado no nos ha sido posible descifrarlo de manera satisfactoria.

La esclavitud colonial, antigua y moderna, en todas sus formas, la conocen también en Corea del Norte, pues hoy nada queda lejos de nada. El diario Rodon Chinmun, de Pioníán (Pyongyang, en grafías inglesa y francesa), dice: “La libre exportación de capital por los imperialistas hacia los países pequeños y económicamente atrasados, y el control de dichos países en su economía, constituyen el aspecto más importante del colonialismo”; el control de que se habla es, además, político y militar.

Quienes sostienen que el sistema colonial ha dejado de existir en el mundo (o sea: los que hablan de neo-colonialismo), ignoran el hecho de que la dominación económica que ejercen los imperialistas hace visible la esclavitud colonial. Nota nuestra: Este párrafo, de la prensa de un país ‘exótico’, que no habla de budismo de iluminación súbita, ni de arreglo de flores, o de tiro al blanco ‘sin blanco’, demuestra que el imperialismo es mundial, y que si el marxismo combate al imperialismo en su sede metropolitana, lógico es que lo persiga, también, dondequiera que vaya. Sin embargo, es innecesario ir tan lejos en pos de la verdad.

El 13 de abril de 1967, la revista *Life*, de Nueva York, gonfalonera del imperialismo, declaró: “La América Latina vende a los Estados Unidos el 35% de sus exportaciones; las empresas norteamericanas controlan probablemente alrededor del 40% de la producción de América Latina. Tenemos más influencia en la América Latina que ningún otro país del mundo.” Tal colonialismo, que ya una vez, en la era hispánica, nos forjó en coloniaje, ahora no podrá menos de seguir forjándonos en lo mismo: la cuestión es permitir un cierto progreso, que ya las calles no se iluminen con farolas de carburo, sino con lámparas de mercurio, o que la vela esteárica ceda el tardo y macilento paso a la luminaria de gasolina y mariposa, o que la gallarda mula coriana sea substituida por el vehículo de 8 cilindros y velocidad de más de 100 kilómetros por hora.

El 7 de febrero de 1967, en *El Nacional*, publica Ludovico Silva un ensayo que titula: “Nosotros y Europa: ¿quiénes somos?” Se preocupa el joven poeta por lo que ahora en todas partes se llama colonización cultural; pero este nombre, aislado, implica una visión trunca de la realidad; jamás ha estado Venezuela fuera del coloniaje, y por ello siempre su cultura ha sido ecófona y ovejil, como diría Rómulo Betancourt; ha estado bajo el embrujo del imitativismo. Es testigo, Ludovico Silva, de la inquietud que flota en nuestros ambientes culturales; lo que nosotros buscamos, él lo indaga, a su modo, y de ahí que escriba: “Es, pues, necesario averiguar lo que somos... somos el producto de una mezcla de razas... indio, blanco, negro; fusión alcanzada paralelamente a un conjunto histórico de circunstancias entre las que destacan la conquista del continente por soldados españoles y portugueses... franceses e ingleses; la colonización, época en que asientan entre nosotros instituciones, usos y costumbres, lengua, religión, y formas culturales en general, procedentes del Viejo Mundo; y la Independencia, período de guerras en el que nuestros pueblos se liberan de parte del poder político ejercido por los colonos y manejado desde la Península ibérica. A esto se añade el momento presente, en que los pueblos hispanoamericanos ansían su liberación económica (que incide en su definitiva liberación política), constantemente impedida por el imperialismo extranjero.” El poeta Ludovico Silva nos da, en su párrafo, un extracto de lo que en Venezuela se suele creer y decir sobre el país. ¿Qué observarle, desde nuestro punto de mira, del coloniaje? La ideología positivista es la que respalda sus dichos: mezcla de razas; asentamiento de instituciones europeas (hispanas, portuguesas, similares); trasplantes de lenguas, credo religioso, manifestaciones de la cultura. Mas lo que se nos dice es incompleto: ¿Qué hizo la colonización, sino organizar nuestros países en coloniaje? Las ‘épocas’, en que la historiografía habitual divide el transcurso de nuestras vidas, desde 1492 en adelante, ya no nos parece que reflejan la verdadera historia; de

ahí que sugiramos un nuevo modo de señalar las etapas sucesivas: Ocupación o invasión del continente por los comerciantes europeos; proceso institutivo del coloniaje; primer ensayo de liberación contra la tutela metropolitana; segunda dominación extranjera de nuestros países (desde 1824), por el capital financiero; segundo ensayo de liberación, contra los imperialismos europeos y norteamericano (desde 1957).

Hay que responder, con la mayor lucidez posible, a la pregunta de: ¿Qué somos? En tal sentido ratificamos el discurso que nos ha traído a este punto: Los países de la América Latina, ni los otrora liberados de España, ni los que han seguido dominados por el colonialismo hasta la fecha actual, no surgieron para igualarse con los de Europa (ni con los excepcionales Estados Unidos-USA), sino para servirles de auxiliares en su desarrollo capitalista; se les tuvo como depósitos de riquezas, de materias primas, como mercados integrables al mercado hegemón. El capitalismo los formó para la función sierva y dependiente, y por eso su organización económica, social, política y cultural, gracias a trasplante y re-creación, hubo de originar una forma societaria nueva, el coloniaje, modo de vida de peculiarísimas virtudes y propiedades. Decir que hay 'coexistencia de sistemas económicos', como hace la teoría o esquema del mosaico, es engañarse, pues en Europa, la burguesa, y en los Estados Unidos-USA, burgueses, también han persistido aspectos socio-históricos anteriores al capitalismo, integrados a la prevalencia de este sistema: dos Europas, los Estados Unidos-USA del noroeste, y suroeste. El coloniaje reúne el atraso que es su marca fatal, con el adelanto de las actividades operativas a beneficio del poder lejano y externo; el coloniaje logra un progreso o desarrollo, en el interior de su subyugada existencia.

Actualmente hemos llegado a un punto de cruce en nuestro destino histórico como pueblos. Si nos definimos como países en coloniaje, es obligatorio plantearnos el camino que habría que seguir. Para nosotros no cabe vía capitalista de desarrollo: ser otra Francia, otra Inglaterra, otra Holanda, otros Estados Unidos-USA, por ejemplo; ni España ni Portugal nos atraen, como modelos tampoco realizables.

¿Cuál es la salida, en función de nuestra dignidad humana? La salida, para nosotros, es liberarnos tanto del colonialismo como del coloniaje, tanto del sistema exterior, como del sistema interior; son dos liberaciones conjuntas las que hay que acometer; y si este proceso, mucho más arduo y difícil que el de 1810-1824, se lleva hasta sus últimas consecuencias lógicas, no es el capitalismo, enciclopedia de males y defectos, lo que podemos esperar que se construya, sino el socialismo,

una nueva forma de vida capaz de reivindicar la dignidad humana de que no hemos gozado plenamente, y cuyos fallos e imperfecciones, después de todo, ofrecen una perspectiva más ancha y luminosa hacia el futuro.

Podríamos afirmar, por otra parte, que no es muy provechoso para los revolucionarios de nuestro tiempo, describir y concebir una imagen de Venezuela que hable de rasgos como ‘deformado’, ‘desarrollo desviado’, ‘economía desarticulada’, país ‘desintegrado’, país dependiente, etcétera, sin dar en la realidad clave, la del coloniaje; esos vocablos, de uso pasivo y abstracto, anestesian la rebeldía y el impulso combativo, nos privan del ejemplo de Bolívar, se oponen a que haya luz en la mente para comprender que del coloniaje no hay más salida que la de una lucha similar a la de los patriotas de 1810: guerra liberatriz lo dice todo. Abrazar un hecho que es una brasa encendida, como el del coloniaje, implica estar dispuesto a jugarse el todo por el todo en la empresa de conquistar un nuevo módulo de libertad: el de las inmensas mayorías, en sociedad cooperante y fraterna; la hazaña reclama una transformación del hombre y la mujer venezolanos; un retorno a lo que permitió que Eduardo Blanco inscribiera en su Venezuela heroica páginas inolvidables; ello es un proceso, del que nadie tiene la hora firme en su propio reloj, y que, sin embargo, está en marcha desde los últimos e intensos meses de 1960. Las montañas son los hombros de América. En sus profundos caminos y veredas la nueva vida ya alzó sus primeras débiles voces; los bufetes siniestros se interponen, con toda su molicie y frialdad. No somos profetas, pero intuimos que nada ni nadie atajarán las aguas represadas, el día en que se salgan de su inquieta prisión (28-v-1967—3-vii-1908).

Anexo 1

En su obra: *The Political Economy of Growth*, el economista norteamericano Paul A. Baran (v bibliografía), cuando estudia “la morfología del atraso”, en el Cap. 6, II, pp. 205 y agts., habla del “segundo grupo de países sub-desarrollados... aquellos que no son colonias directas de las potencias capitalistas, pero que son administrados para ellos por gerentes locales”, y aduce como ejemplos a países de Asia Menor (en el mundo árabe, desde luego) y de América Latina.

Baran parece referirse a la carta de Engels a Kautski, del 12 de setiembre de 1882, publicada en el folleto *El socialismo y la política colonial* (Berlín, 1907); decía allí, nuestro famoso general: “A mi modo de ver, las colonias propiamente dichas, es decir, las tierras ocupadas por

población europea... distintas a las que están sometidas y cuya población es aborigen, como la India, Argelia, las posesiones portuguesas, holandesas y españolas.” También dice Engels que hay ‘países semi-civilizados’, y que “por lo que se refiere a las fases sociales y políticas que habrán de atravesar hasta llegar a su vez a la organización socialista, creo que sólo podríamos hacer hipótesis bastante inútiles.”

Es de observarse, tanto en el caso de Engels como en el de Baran, que su óptica no hubo de internarse en las consecuencias que el colonialismo produce, y se quedan en el exterior, lo cual da lugar a clasificaciones formales, que el mismo ‘arte de colonizar’, testigos Leroy-Beaulieu, Maldonado Macanaz et. al., mezclando etimologías y realidades modernas, ha establecido. Colonias directas, colonias indirectas, colonias enteras, semicolonias; países civilizados, países semi-civilizados; feudalismo, semifeudalismo. Baran se ha situado en un punto de vista mecánico y cartesiano en su ‘morfología del atraso’ = las formas del atraso; pero no es el atraso en sí, lo que había que desentrañar, sino la naturaleza peculiar de la organización societaria surgida tras del encuentro de las cualidades primarias de lo económico-social introducido al ambiente americano por los españoles, y por los portugueses; no hemos tenido aún oportunidad de informarnos del posible proceso en las colonias, que apenas ahora se descolonizan, de los ingleses y franceses en el mar Caribe.

Atraso y adelanto, tanto en Europa, los Estados Unidos-USA, como en Nuestra América son conceptos relativos a un modelo teórico que se diseña, para apreciar unos ciertos valores; luego, lo que tomaría forma no es el atraso, sino las relaciones productivas, las relaciones sociales; de ahí que el concepto de coloniaje venga a dilucidar una cuestión que ha venido manteniéndose prisionera de extrañas ambigüedades. (4-vii-1968).

Anexo 2

Nota de diario. 30-vii-1967. Hoy concluí la lectura del libro: El capitalismo y el subdesarrollo en la América Latina, del profesor norteamericano Andrés Gunder Frank, nacido en Berlín, ciudadano de USA; se lo publica la editorial Monthly Review, en Nueva York, 1967. En esa revista hube de leer, en febrero de 1967 una reseña de dicho libro. Mr. Frank habla del ‘satelitismo’ de nuestros países, en torno a la economía capitalista norteamericana. Como estudioso de la historia y la economía de Chile, Brasil y México, es admirable lo que ha hecho. Estos son algunos de sus postulados, en síntesis.

1. Dice Frank: “El capitalismo produce una metrópoli que se desarrolla y una periferia que se subdesarrolla.”

2. Dice Frank: “El capitalismo se desarrolla para sí, y obliga a los países dependientes a mantenerse en atraso, y a subdesarrollarse de un modo propicio a la continuidad del régimen de explotación por el país imperialista.”

3. El capitalismo, como sistema mundial, crea metrópolis centrales y satélites periféricos.

4. Dice Frank: “hay un antagonismo entre el desarrollo capitalista y el subdesarrollo del país colonizado, convertido en satélite. Cuando un país y un pueblo entran en el vínculo metrópoli satélite, surge un orden o estructura que organiza la economía colonizada para el beneficio de la economía colonizadora.”

5. Dice Frank: “La América se convirtió en un satélite periférico, o conjunto de satélites, de las metrópolis españolas y europeas.”

6. Dice Frank: “Es tesis clave de mi libro la de que hay un mismo sistema capitalista en la metrópoli y en la colonia satélite (Frank niega que Europa haya exportado a la América Latina su feudalismo): son dos capitalismos, diríamos, uno es la esponja que absorbe, el otro es ‘el agua’ que se deja absorber.”

7. Frank se apoya en Sergio Bagú (v. Economía de la sociedad colonial, 1914), argentino, quien dice que la estructura económica de la América conquistada por los españoles fue la de un capitalismo colonial, no la del feudalismo.

8. Dice Frank: “El desarrollo económico del país satélite-colonial resulta estrangulado y dirigido en forma que impide el logro de la autonomía e independencia.”

El satelitismo es la dependencia; la economía colonizada se integra a la economía colonizadora; las clases privilegiadas se vuelven satélites; la burguesía satélite es, por eso, una ‘burguesía nacional’.

9. Dice Frank: “La teoría del desarrollo-subdesarrollo hay que profundizarla; hay que estudiar mejor las relaciones entre el comercio y la agricultura; hay que analizar, desde dentro del modelo teórico que se presenta, para explicar qué es la América Latina, la estructura u orden de las clases sociales” (nota nuestra: este requisito ya lo hemos cumplido, antes de haber leído el libro de Frank, y es el capítulo final de nuestro ensayo).

Lo que precede encierra, más o menos, una síntesis de los hallazgos de Frank; el autor empleó un vocablo de moda en su nación: satélite, que viene usándose desde hace unos veinte años en diversos escritos, y en el periodismo. Hemos acogido el libro de A.G. Frank con mucha simpatía, porque significa un intento de definirnos, si bien sea todavía con mirada externa, y a ratos turística. ¿Qué podemos decir, en un anexo a trabajo

tan sugeridor, ya que no nos es posible integrarlo a capítulos que ya estaban perfilados en el momento de leer *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*? He aquí algunas notas nuestras:

Al No. 1: Nuestra tesis es que el fenómeno clave es el del mercado; capitalismo y territorio colonizado se funden en un mercado común; lo de periferia es inexistente. Al No. 2: En esta tesis se aproxima Frank al enfoque de donde hemos derivado el concepto de coloniaje, que es, entre otras cosas, un régimen de explotación. Al No. 3: Frank se aparta de la pista que da Marx en su Manifiesto comunista; la mundialización del capitalismo es, también, la de un mercado de producción y de consumo. Al No. 4: Estamos de acuerdo en el antagonismo señalado; el desarrollo capitalista se opone al desarrollo del país en coloniaje; pero hay que ser más precisos: se presentan dos desarrollos; lo de subdesarrollo es una ambigüedad ideologista, que se inventó para descansar de las “gastadas” palabras: atraso y progreso.

Al No. 5: Rechazamos esta tesis, la del ‘satélite periférico’; la inteligente visión de Alejandro Hamilton, hace casi doscientos años, aclara el fenómeno: el imperialismo es la lucha por los mercados de materias primas y de salida para los productos industriales de la nación imperialista; es, además, la reunión en uno solo, de los dos mercados; es evidente, pues, que no hay nada periférico ni satelístico en el asunto; hoy día toda América es económicamente una unidad integrada, en un engranaje cada vez más perfecto. Al No. 6: Rechazamos la creencia en dos capitalismo, y ratificamos nuestro punto de vista del híbrido peculiar terrateniente mercantil; recuérdese que en Roma había capitales, y sin embargo, no se habla, en propiedad, de un capitalismo romano; pues el sentido moderno se basa en la industrialización, primero, y después en el poder de la banca sobre toda la economía. Al No. 7: Podríamos aceptar, en cierto modo, que deberá presentarse a su tiempo, lo de ‘capitalismo colonial’, que sugiere Bagú, y ello en el sentido de las expresiones, ya usadas por los marxistas chinos, de “burguesía importadora”, de “burguesía compradora”; pues consideramos que el capitalismo es una categoría económica histórica, uno de cuyos rasgos más importantes es el de ser conquistador y colonizador, y no el de ser conquistado y colonizado.

Una conclusión que trae el libro de Frank debe destacarse, en párrafo aparte, y es la que formula en su ensayo: El mito del feudalismo en la agricultura brasileña, donde dice así: “Sólo por la destrucción de la estructura capitalista y por la liberación del Brasil frente al sistema mundial capitalista-imperialista; sólo por el rápido paso al socialismo, es posible comenzar a resolver la crisis y el subdesarrollo de la agricultura

brasileña, del Brasil mismo y de toda la América Latina.” (10-viii-1967—4-vii-1968). Pero añadamos: Es el coloniaje lo que tiene que ser erradicado de Venezuela, y de todos nuestros países en América Latina, si queremos ser enteramente libres; semejante tarea implicará el paso directo de la forma peculiar económico-social en que vivimos a la socialista, y el retiro del sistema de ocupación totalitaria que padecen nuestros países y nuestros pueblos.

Anexo 3

Nota de diario. 4-vii-1968. Al redactar la primera versión de nuestro ensayo, no teníamos al alcance, ni los trabajos de Eduardo Arcila Farías, ni los de Federico Brito Figueroa, que son valiosos aportes para el conocimiento de nuestro país. Un ejemplar del Tomo II, de: Historia económica y social de Venezuela, de Brito Figueroa ha caído en nuestras manos (v. Bibliografía). Reconocemos los méritos especiales de esta obra, pero sólo señalaremos, en esta nota, aquello que nos interesa más, por ahora. Apoyándose en el trabajo histórico de Eduardo Machado: Las primeras agresiones del imperialismo contra Venezuela, México, 1957, Brito Figueroa sitúa la penetración imperialista (imperialista en el sentido que Lenin le ha dado a esta palabra desde 1917) hacia 1888, con la Anglo-América Oil, y su afianzamiento hacia 1908, al ser “ayudado” Juan Vicente Gómez, por los imperialistas extranjeros, a que tumbara a Cipriano Castro; el diario The New York Times, editorializaba el 15 de diciembre de 1903 (p. 49, del Libro de E. M.) al respecto y tras de decir que Venezuela necesitaba su Porfirio Díaz, o sea su tirano complaciente y entreguista, convenía en que era oportuno ‘un gobierno serio’ y que durase bastante en el poder. Este dato de Machado y Brito Figueroa lo acoplamos a la sugerencia que ha hecho Salvador de la Plaza, de que las firmas mercantiles alemanas (y de otras nacionalidades) han sido el puente entre la fenecida hegemonía española y la captura posterior, gradualizada, a que se refiere el vocablo ‘penetración imperialista’.

En cuanto a la imagen que de Venezuela se ha hecho Brito Figueroa, píntenla sus mismas palabras: “Sexta parte. La época del neo-colonialismo. La estructura económica de Venezuela contemporánea es la de un país semicolonial, dependiente o subdesarrollado, en el que coexisten diversos sistemas o formaciones económico-sociales” (p. 429), y en la página 521 rectifica y dice: “La industrialización que se observa en Venezuela contemporánea es la de un país que, de subdesarrollado y semicolonial, evoluciona hacia neocolonial (después de la quinta década del siglo xx)”. Brito Figueroa, como puede verse, repite las definiciones

de la Tesis del PCV 1961, las de Celio S. Orta, las del Colegio de Economistas. Su perspectiva es algo más amplia, sin embargo, pues habla de ‘evolución’ de semicolonía a “neo-colonia”.

Parécenos asombroso que en la América Latina se copie y adopte un concepto que con malhadada suerte se ha venido aplicando a los países africanos recién liberados, en lo político, del imperialismo de varias naciones europeas. Ese vocablo: neo-colonialismo, es inexacto allá, y en grado sumo aquí; allá ha habido una emancipación política, como la nuestra entre 1810 y 1824, pero no una verdadera descolonización, luego es inaceptable lo de ‘neo-colonialismo’; aquí, entre nosotros, que nunca hemos dejado de ser países en coloniaje, países cuyo coloniaje ha evolucionado sin dejar de ser lo que era, es más difícil aún hallarle vigencia a la aplicación de tal vocablo; además, el colonialismo es la causa, y el efecto puede ser, o nuestro coloniaje, o la persistente subyugación económica que advertimos en África, y en algunos países de Asia. Conste, pues, que Brito Figueroa se da cuenta de que el concepto de ‘semicolonía’, tenido por Lenin como reflejador de una situación de tránsito, ya no es válido en nuestro país; no lo era incluso en 1961, año en que la Tesis del PCV lo emplea. Por otra parte, es necesario corregir de una vez por todas, la óptica que nos toca en la escena mundial; de lo que habría que hablar, si acaso, es de un neo-imperialismo; lamentamos, sin embargo, no ser solidarios de tales prefijos, tan de moda, primos hermanos de los ‘antis’, los ‘minis’ y los irrisorios ‘micros’.

El imperialismo yanqui, en Venezuela y en la América Latina, ha acentuado su dominio, diversificando su presencia en el campo económico, pero no ha dejado de ser lo que en el fondo ya era, desde 1870, cuando Lenin hubo de caracterizarlo tan atinadamente: capitalismo ultra-monopólico, capitalismo exportador de mercancías corrientes y del capital mismo, ‘para inversiones’; su efecto, progresivo, es el de adherirse salvajemente a los tejidos de nuestro existir. El coloniaje, a su vez, ha ido transformándose de menos primitividad y atraso a más primitividad y atraso, pero dejándose insertar ‘bolsones’ en los cuales funciona el método tecnológico avanzado (minería ingenierizada del petróleo, y su contabilidad computadísima; agricultura de ‘tomates envueltos en celofán’ y ‘carnes de lujo’, etcétera), y franjas de ensamblaje de automóviles y artefactos cuyas piezas se fabrican en el extranjero.

También cree Brito Figueroa en el famoso ‘mosaico’; ratificamos que el hecho de fuste, en este caso, es la internacionalización de la economía burguesa capitalista, empezada en la etapa mercantil, y seguida en la etapa de hegemonía financiera (que Lenin llamó el imperialismo); el

imperialismo internacionaliza dos aspectos de su modo de ser: el productivo, al invertir lejos de la nación sus capitales; y el distributivo, al conquistarse mercados extranjeros, los cuales integra en un solo y fundamental mercado, el mercado imperialista; el imperialismo es, así, la creación de unidades económicas mayores que la nación originaria; es a esto que se refería Baumont, con su frase del 'nacionalismo internacional'; y es por ello que podríamos afirmar que no es del todo falso el principio que han manejado los imperialismos, de que sus colonias son 'parte del territorio nacional', pues que 'el charco de agua' entre unos y otras era de un valor relativo. De ahí que no haya la 'coexistencia' de que se nos habla, sino sólo en engañosa y malentendida apariencia (5-vii-1968).

Sexta parte

Presente y porvenir de las clases sociales que integran el coloniaje en Venezuela

1.

Nos acercamos al fin de nuestro empeño en demostrar el coloniaje que caracteriza a Venezuela; nada más propio que tornemos a Bolívar, cuya cátedra ha estado largamente muda en las aulas del país. Y es su genio revolucionario el que acuesta un puente, desde sus ideas florecidas y fructificadas en la Revolución francesa, hasta las nuestras, heredadas de Marx y Engels, tampoco ajenos a aquellos impulsos renovadores, truncados de su mejor diseño por la cobardía y la mezquindad en que se atesora el afán de lucro. Es Bolívar, el de la carta fechada el 6 de setiembre de 1815, en Kingston, Jamaica, quien nos dice: “Somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte.” ¡Cuántas cosas no se sugieren en estas dos frases, síntesis de una meditación histórica, jurídica y sociológica, en la que hubo de Tito Livio y de Maquiavelo, de Aristóteles y de Raynal, de Montequieu, de Rousseau y de Paine! El pensamiento bolivariano no pudo llegar a un materialismo histórico, más tampoco quedóse en el idealismo histórico; Marius André (según Luis Beltrán Guerrero, en su art.: “Bolívar, historiador del futuro” – v. Bibliografía), dizque lo califica de “primer positivista americano, anterior a Comte”.

Bolívar es el conductor de un pueblo, tarea en la cual no se puede actuar sin una visión certera, expresa o inexpressiva, de la realidad social. Nos dice, en su inolvidable doctrina que “no somos indios, ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles” (n.n: y franceses, holandeses, portugueses e ingleses); Bolívar testimonia: “Se nos dejaba en una especie de infancia permanente (en cuanto a derechos políticos)”; en el trabajo éramos siervos, y hasta afirma: “nos hallábamos en un grado más abajo de la servidumbre”; se prohibía a los americanos “cultivar frutos de Europa” y “tener fábricas que existiesen en la Península”; los productos coloniales se explotaban o cultivaban por el sistema del monopolio: tabaco, café, cacao, algodón, ganado, oro, caña de azúcar, añil, maderas de teñir; y el comercio era un tejido de privilegios; las provincias se aislaban entre sí; sólo podían ser virreyes, o gobernadores,

o arzobispos, o diplomáticos, o magistrados, o financistas, los oriundos de la metrópoli.

Dábase cuenta, con absoluta claridad, nuestro libertador de aquella inconclusa vez, de cuál era la situación vigente; y señalaba: “la mayor dificultad para obtener la independencia consiste en la diferencia de las castas”; y nos hablaba de “naciones indígenas, africanas, españolas”, y de razas cruzadas, y de su sueño “de ver formar en América la más grande nación del mundo”; y al analizar la provincialidad establecida por el imperio hispano, nos razona que le parece que en Nuestra América han de crearse 17 naciones; en parte alguna define Bolívar lo que entendía por ‘nación’, pero los léxicos de ese tiempo, y el contexto de uso de esa palabra, en los escritos de la época, permiten adivinar que se refería a pueblos ubicados en un territorio propio. ¿Qué nos sugiere, a grosso modo, la Carta de Jamaica? Nos sugiere el asomo reflexivo a un fenómeno cuyo verdadero nombre no se tuvo a la mano: Un mundo aparte; un pequeño género humano; ni indios, ni negros, ni europeos, sino una ‘especie media’. El coloniaje, nosotros lo hemos intuitido como una forma societaria híbrida, en la cual hubiesen entrado aspectos agrarios de los latifundios esclavistas y feudalistas; aspectos mercantiles, pre-industriales sí, pre-capitalistas no, de la experiencia antigua y moderna del arte de comprar y vender; e institucionalismos jurídicos, religiosos y políticos orientados a crear una merma de vida subalterna; de ahí la forma societaria no examinada ni por Marx ni por Engels, el coloniaje, economía en hesperidio, país con el gusano del atraso en su interior, por los siglos de los siglos: suerte de organismo con un auto-frenante, de organismo susceptible de un progreso o desarrollo a la zaga y para el bien de un sistema extraño, de anexo y complemento para los capitalismos europeos, a los cuales estuvo y ha seguido estando integrado, en plan dependiente, bajo la prisión de “la correa jamás desenganchada” de la máquina campanera.

Del análisis de Bolívar, justo para su tiempo, formuláralo como lo hizo, pasamos al enfoque marxista; ya hemos visto que éste es inexistente para la América Latina; pero se trata del presente y porvenir de las clases sociales que hoy constituyen y configuran el coloniaje de y en Venezuela; ¿qué nos ofrece la sociología de Marx y Engels, para ayudarnos a comprender nuestra realidad humana? El Marx juvenil de 1844, el periodista de Los anales franco alemanes (publicados en París), tiene unas líneas de las que nos vamos a servir, para nuestro trabajo, con el objeto de rechazarles lo que no se avenga con los hechos que prevalecen en nuestro medio: dice Marx (y lo traducimos desde la versión francesa (¿Molitor?):

“Y ésta no puede ser sino una clase de la sociedad burguesa que ejerza tal función, tras de haber hecho nacer en sí misma y en la masa un elemento de entusiasmo, mediante el cual fraternice y se solidarice con la sociedad en general, identificándose con ella, haciéndose reconocer y aceptar como la representante general de dicha sociedad, un elemento en el que las aspiraciones y los derechos de que se trata son, en efecto, los derechos y las aspiraciones de la sociedad; tal clase, en suma, convertida en cerebro y corazón, realmente, del todo social. Sólo en nombre de los derechos generales de la sociedad puede una clase cualquiera atribuirse a sí misma la supremacía sobre las demás. Para tomar por asalto esta posición liberatriz y asegurar la explotación política de todas las esferas de la sociedad en el interés suyo propio, de su esfera particular, no le bastan la energía revolucionaria y la conciencia que de su fuerza pueda tener. Para que la emancipación de un pueblo y la de una clase social coincidan, para que una clase social represente a toda la sociedad, es preciso, por el contrario, que todos los vicios de la sociedad se manifiesten en el seno de la otra clase, clase que se convierte en el escándalo para todos, clase que personifica todos los límites y estorbos... Para que una clase sea, por antonomasia, la clase emancipadora, es preciso que, a la inversa, otra clase sea la clase esclavizadora.”

El párrafo copiado encierra una perspectiva histórica europea; en su telón de fondo hallándose la revolución francesa: El feudalismo, con su nobleza y sus clérigos, derrotados; La burguesía, con sus mercaderes e industriales, y su capitalismo, triunfadora. ¿Cómo aplicar esas premisas, de una tan concreta realidad histórica, a nuestro país? Lenin nos contesta, en su Informe de la Comisión para las Cuestiones Nacional y Colonial, del 26 de julio de 1921: Nosotros subrayamos este distingo, en oposición a la II Internacional y a la democracia burguesa. Es la distinción entre pueblos oprimidos y pueblos opresores. Para el proletariado y para la Internacional Comunista tiene particular importancia en la época del imperialismo observar los hechos económicos concretos y tomar como base, al resolver las cuestiones coloniales y nacionales, no tesis abstractas, sino los fenómenos de la realidad concreta. En 1850 redacta Marx su brillante análisis de la fallida revolución francesa de 1848-1850: Las luchas de clases en Francia; el esquema de las clases sociales que maneja es el siguiente: la burguesía, con sus fracciones: aristocracia financiera, burguesía industrial, burguesía grande; pequeña burguesía; clase campesina, en todas sus estratificaciones; proletariado; proletariado vagabundo ('lumpen'); en la obra: El 18 Brumario de Luis Bonaparte (de 1852), el esquema de las

clases sociales, francesas, es literariamente distinto: la gran propiedad agraria, con sus lacayos y el clero que la secunda; la alta finanza; la gran industria; el acaudalado comercio, todos tres constituidos en el capital, con sus abogados y sus profesores, y sus periodistas; la burguesía comprende dos fracciones: la agraria y la urbana; las clases oprimidas son: la pequeña burguesía y los obreros; de la clase campesina dice que es un apéndice del régimen burgués, situado más allá de las urbes, resultante del “desarrollo económico de la pequeña parcela agrícola”, y en *Las luchas de clases en Francia* afirma que son “los propietarios nominales, la mayoría de los franceses”, eternas víctimas de la hipoteca y el remate.

Para dirigir la lucha revolucionaria en su país, Lenin hizo como Bolívar y como Marx, procuró trazarse un cuadro de la situación prevaleciente; Rusia era una “especie media”, como dice Bolívar, o un país a horcajadas entre dos sistemas sociales mayores: un imperio en proceso de tornarse capitalista, por una parte; y por la otra, un imperio amenazado de volverse semicolonía. Desentrañar el papel de las clases sociales, en un momento histórico decisivo, es indispensable; hay que tipificarlas con una cierta exactitud para medir su fuerza impulsógena, o receptiva, de agente o de paciente, de conforme o de rebelde. El esmero de Lenin por captar la verdad societaria de su país, y del mundo europeo, y de otros mundos hasta donde le alcanzó el tiempo, es asombroso. Sírvanos de pista, para calibrarlo, el hecho de que en las 750 páginas que forman un volumen con índice temático de sus obras hay 52 páginas sobre las clases, y cada página de éstas encierra referencias a un promedio de 700 lugares de los escritos leninianos en los cuales se dice algo sobre las clases sociales; y si se recuerda que hay 50 volúmenes de Lenin, con un total de 20.000 páginas, al menos, apreciaremos el celoso y constante estudio de dicho tema por el clarividente guía de la revolución rusa.

Es en el Lenin joven en quien encontramos los aportes más sólidos a las caracterizaciones definidoras de su país, y al examen de sus clases sociales, en las distintas épocas. En 1894-1895, publica *El censo de los pequeños productores y artesanos*; luego, en 1896: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, que trata de la descomposición del campesinado por la influencia de la economía mercantilista, y del paso de los terratenientes a la economía capitalista, y del incremento de la agricultura comercial, y de las primeras fases del capitalismo en Rusia, y del papel histórico del capitalismo en el país, y en el mundo.

Lenin escribió allí: “La Rusia del arado y el mayal, del molino de agua y del telar a mano empezó a transformarse rápidamente en la Rusia del arado de hierro y la trilladora, del molino y los telares movidos por vapor”; polemiza Lenin con quienes “buscan para su patria un camino de desarrollo distinto del que ha seguido y sigue la Europa occidental” (porque creían que no se estaba imponiendo en Rusia el capitalismo, de hecho, pues no siendo marxistas no lograban ver lo que realmente ocurría en el país); este Lenin es el que dice que “es fundamental formular y explicar la teoría de la lucha de clases... ¿qué es la lucha de clases? Es la lucha de una parte del pueblo contra otra, la lucha de las masas de los parias, de los oprimidos y de los trabajadores contra los privilegiados, los opresores y los parásitos... la lucha de los proletarios contra la burguesía... También en el campo se ha librado siempre... esta gran lucha, aunque no todos la vean ni comprendan su significado” (v. A los pobres del campo, publicado en 1903); este Lenin es el que dice, también, que “la Rusia rural es un sistema de mercados aislados y pequeños, con ricos y pobres”, en 1894, en su obra: Quiénes son los ‘amigos del pueblo’, y el que advierte el comienzo germinal del capitalismo de los mercaderes y tenderos, y habla de “los pequeños explotadores rurales... fuerza temible... que se abate sobre el trabajador y lo arruina y lo priva de la esperanza de liberación”; es él quien ve que hay campesinos ricos, y pobres, y jornaleros, y que hay una burguesía pequeña, de ambidiestro carácter, progresista al ser anti-feudal, pero reaccionaria al inclinarse a favor de su prima, la burguesía, y quien dice que “la lucha de clases implica la subordinación de los desposeídos a los poseedores”, y que el campesino pobre puede ser fuerza motriz de la historia y aliarse con los proletarios, y quien dice cómo el campesinado, a semejanza de la pequeña burguesía, tiene “un carácter dual”, pero sin dejar de advertir que los campesinos pobres, y los que se llama semi-proletarios, y los asalariados que trabajan en parcelas, son decisivos en todo proceso revolucionario.

Lenin estudia muy a fondo las clases sociales, y sabe que la burguesía es nacionalista, patrioter y parasitaria, y que siempre compra y vende, y que puede surgir en el campo, igual que en la ciudad; y que hay una burguesía de los países coloniales y dependientes; y que existen capas (o niveles, o fracciones) en todas las clases sociales, y por supuesto en la clase burguesa, y que la burguesía de un país puede depender del capital extranjero, que la ‘domestica’; Lenin escribe en torno a los hacendados ricos (“kulaks”, en ruso), y los terratenientes, en general y sus latifundios, llenos de ‘almas’ o siervos. A pesar de que el marxismo aparece en la Europa occidental, y de que los países burgueses

hegemones, por estar “más desarrollados”, como creyó el mismo Marx, deben hacer primero que nadie la revolución, es un hecho que ésta ha comenzado a partir de países en atraso; el hecho enseña a pensar que el análisis de las clases sociales, en cada país es una obligación de los dirigentes aborígenes; recuérdese la admonición leninista ya invocada, páginas atrás: “La teoría marxista exige de un modo absoluto que, para analizar cualquier problema social, se le encuadre dentro de un marco histórico determinado, y después, si se trata de un solo país... que se tengan en cuenta las particularidades que distinguen a este país de los demás dentro del marco de una y la misma época histórica.”

También es el joven Mao, el de marzo de 1926, el que nos enseña que los verdaderos revolucionarios tienen que partir de un conocimiento muy preciso de las clases sociales, el modo de producción, las relaciones productivas, la forma societaria, en cada país, porque estos factores de la realidad y de la conciencia se manifiestan como lo peculiar, junto a lo universal; en este año Mao publica su ensayo: El análisis de las clases sociales en la sociedad china; las preguntas iniciantes, allí, son muy desveladoras:

¿Quiénes son nuestros enemigos? ¿Quiénes son nuestros amigos? ¿Cuál es la condición de cada clase en la sociedad china? Mao define a su país, en este trabajo, como una China semicolonial, en la que la clase terrateniente, y la clase compradora (la burguesía cipaya, agente del imperialismo) “son esencialmente apéndices de la burguesía internacional, dependientes del imperialismo, para crecer y perpetuarse” y “son las clases que representan las relaciones de producción más reaccionarias, y las que impiden el desarrollo de las fuerzas productivas de China”, “cuya existencia es absolutamente incompatible con los fines de la revolución china”.

Luego Mao examina la clase media, es decir: “la burguesía nacional”, una clase genuflexa, batracia (toda ancas y largos dedos), llamada a conjugarse e integrarse con y en el poder extraño; de lo que en el esquema europeo llámase pequeña burguesía, nos dice que, “por su magnitud y carácter de clase, merece especial atención”; Mao la considera ubicada entre niveles: alto, medio y bajo; también nos habla de un “semi-proletariado” (o cuasi-proletariado, como diríamos en castizo español): campesinos pobres, pequeños artesanos, ayudantes de talleres, vendedores ambulantes, y los observa también situados en tres niveles: alto, medio y bajo; por último, nos muestra el proletariado, “la

clase más progresista de la China moderna”, y “la que se ha convertido en fuerza dirigente del movimiento revolucionario”, y le atribuye 2.000.000 de individuos; concluye Mao su análisis con el ‘lumpen-proletariat’, los ex proletarios, una clase que resulta del desarraigo y expropiación de campesinos, y el desempleo de artesanos y jornaleros.

El panorama que nos ofrece, lo resume así: “En síntesis, podemos ver que nuestros enemigos, aliados al imperialismo, son: los señores de la guerra, los burócratas, la clase compradora, la clase de los grandes latifundistas y los intelectuales que les siguen. Nuestros amigos más cercanos son todo el cuasi-proletariado y la pequeña burguesía. En cuanto a la burguesía media, que es vacilante de por sí, una parte, el ala derecha, puede convertirse en enemiga, y otra, el ala izquierda, puede convertirse en amiga nuestra, pero hay que recelar de ella y no dejarla que siembre la confusión en nuestras filas”. Es indudable que Mao habla en nombre de los proletarios y de los campesinos pobres, clases oprimidas.

En 1927 Mao hace un estudio más detenido de los campesinos: Informe sobre una investigación en torno al movimiento campesino en Junan, y completa su visión de esta clase, que es inmensa en China, y que es la que, en definitiva, ha liberado al país del imperialismo y de los agentes criollos de éste, sabiamente aliada al proletariado (2 millones de obreros, 200 millones de campesinos), y hábilmente dirigida por quienes supieron mover los resortes claves del país. El 25 de diciembre de 1947, veinte años después, cumplida la experiencia de lo que fue una larga marcha “fuera de China”, de la China enganchada al carro del imperialismo, y dentro de otra China, la históricamente decisiva, Mao escribe: La situación actual y nuestras tareas (a la revolución sólo le faltan dos años para triunfar); aquí se detiene Mao en las peculiaridades del país, atento a la norma de Lenin, y demuestra que sabe “unir la verdad universal del marxismo-leninismo con la práctica concreta de la revolución china”, y que hay que decidir las cosas en vista de lo que se tiene por delante y a la mano.

Por esta causa, formula así su concepto de entonces: “La revolución de la nueva democracia tiene por objeto liquidar sólo el feudalismo y el capitalismo monopolista, sólo a la clase terrateniente y a la clase capitalista burocrática (la gran burguesía), y no al capitalismo (chino) en general, ni a la capa superior de la pequeña burguesía, ni a la burguesía media. Debido al atraso económico de China, incluso después del triunfo de la revolución en todo el país, será necesario permitir,

durante un largo período, la existencia del sector capitalista representado por la extensa capa superior de la pequeña burguesía media.” Nos interesa tomar en cuenta lo que Mao dice el 20 de abril de 1945, en el Séptimo Pleno Ampliado del 6º Comité Central del PCCH; se trata de una resolución sobre ciertas cuestiones de historia de “nuestro partido”; allí, como siempre, Mao sigue el ejemplo de Lenin, ejemplo de método de trabajo científico, de atenerse a la realidad histórica para dirigir acertadamente a las masas y a los cuadros; Mao procura definir la naturaleza de su país, con el objeto de trazar la estrategia para aquella fecha, y de adoptar las tácticas correctas; así dice:

1. El Sexto Congreso del PCCH, en julio de 1928, afirmó correctamente que la sociedad china era semicolonial y semi-feudal; más adelante, añade: “Como indicó el camarada Stalin, y como ha analizado el camarada Mao, en detalle, China es, en la presente etapa, un país semicolonial y semi-feudal (recuérdese que semi = cuasi o casi, n.n.), reducido en algunas regiones a colonia desde el Incidente del 18 de Setiembre... Esto determina el carácter de la revolución china en la presente etapa como una revolución antiimperialista y anti-feudal, dirigida por el proletariado, con trabajadores y campesinos en el cuerpo principal y con otros amplios sectores integrados en la lucha”; también dice Mao: “Sobre la cuestión de la naturaleza de la sociedad china y de las relaciones de clase, la nueva ‘izquierda’ exageró el peso, del capitalismo en la economía de China”; también dice: “en la revolución, en una China semicolonial, la lucha campesina debe siempre fracasar si no es dirigida por los trabajadores, pero a la revolución no le hace daño si las fuerzas campesinas superan a las fuerzas de los trabajadores urbanos”; también dice: “Los exponentes de las varias ‘izquierdas’ no comprendieron los rasgos específicos semicoloniales y semi-feudales de la sociedad china, y no comprendieron que la revolución democrático-burguesa en China era, en esencia, una revolución de campesinos, y ni siquiera comprendieron la naturaleza desigual, tortuosa y demorada de la revolución china; de ahí que subestimaran la importancia de la lucha militar, y especialmente la guerrilla rural y las bases rurales... no hacían sino soñar y soñar con luchas de obreros y otras cosas en las ciudades, las cuales súbitamente irrumpirían por entre la severa represión del enemigo, y avanzarían, suscitando insurrecciones armadas en las ciudades, logrando victorias primero en una provincia y después en todo el país”; también dice: “Esa ‘izquierda’ no llegó a conclusiones correctas porque ni hizo un estudio del carácter peculiar de la revolución china...”

Una táctica correcta, como indica el camarada Stalin, exige un análisis correcto de la situación (un cálculo correcto de las relaciones de fuerza entre las clases sociales, y un juicio correcto sobre el flujo y el reflujo del movimiento)..."

2. Y Mao apunta: "En la revolución china, la lucha armada es la forma principal de lucha, y un ejército compuesto principalmente de campesinos es la organización más importante, en vista de que China es un país semicolonial y semi-feudal"; también señala: "En las condiciones históricas de China, las posiciones vitales de la revolución son las que ocupa el campesinado (las aldeas revolucionarias pueden ponerle sitio a las grandes urbes y centros poblados, pero las ciudades y centros poblados revolucionarios no pueden separarse de las aldeas rurales); China puede y debe establecer tales bases revolucionarias como punto de partida para una amplia victoria en todo el país"; y Mao insiste y persiste: "En la presente etapa de la revolución china, la lucha militar es la forma principal de lucha."

El 1º de mayo de 1948, a un año del triunfo de la revolución china, Mao escribe: Sobre el problema de la burguesía nacional y de los campesinos ricos sensatos; vuelve a ocuparse del carácter de "la revolución china en la época actual", y advierte que "está dirigida por el proletariado, contra el imperialismo, el feudalismo y el capitalismo burocrático"; Mao habla de "la burguesía nacional perseguida", y llámala "burguesía media y pequeña"; pero observa que "hay un pequeño número de elementos de derecha de la burguesía nacional, que adhieren al imperialismo, al feudalismo y al capital burocrático", y expresa que "la burguesía nacional es una clase políticamente muy débil y vacilante" (nota nuestra: no estamos seguros de las traducciones que se le hacen a Mao, a idiomas europeos; aquí parece referirse a la pequeña burguesía, del esquema marxista, pues "la gran burguesía de China", la clase compradora y malinche, no es calificada de "nacional").

2.

Véase, pues, en las líneas que preceden, la muestra de diversos intentos por comprender una realidad societaria en la que era preciso conducir una lucha que transformase radicalmente el orden establecido; en el esquema atribuible a Bolívar, dirige el proceso un elenco de hombres que pertenecen a las clases ricas, para quedarse luego en el poder, y remplazar a los agentes imperiales extraños, y continuar la explotación de las clases trabajadoras, para su beneficio; en el esquema de Marx, inspirado en el papel histórico cumplido por la burguesía francesa, se asienta que una clase, fungiendo de representante de la

sociedad entera, hace una revolución: el fundador del marxismo piensa que el proletariado, como clase, debe hacer a la burguesía, a su tiempo, lo que ésta le hizo a la nobleza feudal; en el esquema de Lenin se observa que la dirección del movimiento se hace de acuerdo a la pauta de Marx: la burguesía cede al proletariado, pero “el campesino pobre puede ser fuerza motriz de la historia y aliarse con los proletarios”, que es lo que ocurrió en la revolución rusa; en el esquema de Mao, la ideología comunista, que teóricamente pertenece al proletariado, dirige el proceso, y un país, que se caracteriza como “semicolonia” y en “semi-feudalismo”, hace una revolución en la cual los campesinos (200.000.000 más o menos) son la fuerza principal y definitiva (las montañas, el medio rural, le ponen sitio a las ciudades, el medio urbano). En cualquiera de los ejemplos, no ha habido un imitativismo servil sino el empleo de los datos reales, y una firme voluntad de triunfo.

Los sociólogos rusos Gurvitch, afrancesado, y Sorokin, usaíta voluntario, han querido opacar el concepto de clase social, que no es un invento de Marx y Engels, para diluir en una tela-de-araña ideológica, el aporte de los autores de La ideología alemana, que es el hallazgo de las luchas entre las clases como agente impulsógeno de la historia humana (Marx a Weydemeyer, 5-ii-1852: “algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases”; Marx y Engels, en El manifiesto comunista, 1848: “La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases”). Ni los sociólogos positivistas, desde Spencer, ni los sociólogos verbalistas de USA en este siglo, han podido supiritar dicho concepto; Lenin le dio una firmeza de granito, al decir: “Las clases son grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado... Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse el trabajo del otro” (v. Una gran iniciativa, 28 de junio de 1919); este Lenin es el que dice “que Rusia, situada en la línea divisoria entre los países civilizados y... los países de todo el Oriente, países no europeos... podía y debía revelar ciertas peculiaridades” (v. Nuestra revolución, 16 de enero de 1923). De Bolívar, de Marx y Engels, de Lenin, de Mao, por consiguiente, el ejemplo es aleccionador: hay que seguirlo y desentrañar no sólo la característica de un país, no sólo el modo como hállese sujeto a un poderío foráneo, sino también el secreto de las luchas de clases, fuerzas motrices del proceso societario.

G. Lewin, estudioso de las formaciones sociales chinas, nos ha dado en la revista Marxism Today, Enero de 1967, unas líneas que vienen a

ratificar los principios que hemos examinado, sobre la teoría del colonialismo europeo; haciéndose eco, sin citarlo, del abate Raynal (el fin de establecer una colonia es el de extender el comercio de la nación fundadora, y no el de reproducir a la nación colonizadora en otro lugar); escribe este profesor del Instituto de Asia Oriental, en la Universidad Carlos Marx, de Leipzig: “Así como no es posible ver, en la producción de mercancías y manufacturas, en la economía monetaria o en el salariado de la Roma antigua, el ‘germen del capitalismo’, tampoco puede vérselo en la sociedad pre-capitalista china. Sólo puede hablarse de tal cosa allí donde se dé el conjunto de factores que, como en el feudalismo de la Europa occidental y central, permitió el desarrollo orgánico de la producción capitalista... Cuando el capitalismo fue capaz de extenderse por el mundo extra-europeo, se produjo en él un cambio cualitativo. Sin embargo, los capitalistas no se han propuesto introducir en sus colonias y en los territorios dependientes un capitalismo que les hiciera la competencia, ni se propusieron tampoco hacer evolucionar las formas societarias halladas en cada territorio colonizado hacia el capitalismo. Muy al contrario, la penetración del capitalismo (en esos lugares del mundo) ha servido de freno al ulterior progreso evolutivo de los países dependientes, ya que el capitalismo europeo ha sido, allí, puramente parasitario.

No vamos a internarnos por estos datos, que refuerzan nuestra tesis de la figuración del coloniaje, por los españoles, en Nuestra América; pero antes de proseguir con el tema de las clases en nuestro país, recibamos de Panikkar, un elemento afín al que nos aporta Lewin (v. en Bibliografía, la traducción francesa de esta obra, p. 112): “Por medio del sistema de grandes haciendas, los holandeses transformaron las islas de Indonesia de las cuales se apoderaron. El nuevo sistema, con sus diversos aspectos: cuasi-servidumbre (de la mano de obra agrícola), trabajo en régimen de campo de concentración, transformó el país (Batavia) en una vasta explotación agrícola; los indonesios pasaron a ser menos que ‘culíes’, los aristócratas ‘nativos’ pasaron a ser capataces y guachimanés”. ¿Qué se sugiere aquí, sino que el colonialismo ha instituido un nuevo orden de vida, dando lugar al establecimiento de una economía en hesperidio?

En el folleto: Situación económica de Venezuela y América Latina (anónimo y clandestino), se inserta el siguiente párrafo: “Aunque el imperialismo norteamericano, con fuerte influencia en el aparato del Estado Venezolano, trata de utilizar para sus propios fines algunas formas de capitalismo de Estado, su finalidad principal es impedir el

desarrollo de la industria básica estatal en Venezuela.” ¿Qué significan estas palabras? Significan lo que Panikkar, Lewin y el abate Raynal advierten, que el impacto extraño, en los países subyugados y colonizados, modifica las relaciones de producción existentes, e introduce una nueva en virtud de la cual la economía invasora y conquistante exprime las riquezas naturales y el trabajo de los habitantes aborígenes; las clases sociales, por ende, dejan de ser lo que eran, y se adaptan al cambio forzoso, y hay otras que aparecen a fin de cumplir las tareas peculiares al subyugo y el expolio; por eso es que se habla de cipayismo y de malinchismo: el soldado aborígen, que sirve al ejército imperial; la clase social, que ejerce una función simbolizada en los amores de Hernán Cortés y la bellísima y plegadiza Malinche.

El des-europeísmo en los estudios actuales sobre la historia universal, la geografía, los problemas del desarrollo de la sociedad humana, el choque de las culturas de todas partes, tiende a ampliarse a medida que el marxismo se reconoce en cada lugar como el pensamiento más científico de nuestro tiempo; ya no es válida la europeocéntrica perspectiva del Hegel de la Filosofía de la historia, que dejó al margen de la Historia al 75% de la población del globo; ya no es válida, como modelo a seguir, la peculiar trayectoria de las formas sociales que han regido a la Europa mediterránea y occidental; es paradójico, y es cierto, no obstante, que los ‘descubrimientos’ hechos por los europeos, en el siglo xv no significaron que la cultura de que estaban provistos los liberase del parroquialismo visual: no podía liberarlos, porque esos ‘viajes de descubrimiento’ iban dirigidos por un ansia de arrebatar su libertad a los demás pueblos; han pasado cinco siglos, desde entonces, y a pesar del marxismo es hora, después de 1945, que a duras penas los científicos, los de Europa en primer término, empiezan a no querer medirlo todo según el ‘patrón’ de su propia casa.

Testigo de tal nueva actitud es un número de la revista: *recherches internationales*, el No. 57-57, de enero-abril de 1967, en el cual se han agrupado 23 trabajos de autores de todas partes, sobre el llamado modo de producción asiático, por Marx, en sus escritos menos frecuentados. Dice allí Isabel Carlota Welskopf, de la Academia de Ciencias, en la República Democrática Alemana, que “Marx se liberó, a tiempo, del europeo-centrismo”, que ella deplora; así lo parece, hasta cierto punto; el hecho, sin embargo, es que, la existencia de nuestros países, entre 1800 y 1895, no se refleja en las obras ni de Marx ni de Engels (no queremos referirnos a unos breves, y mal informados artículos de prensa, publicados en *The New York Herald*, década 1850-1860, que apenas orillan la vida de nuestro gran Continente; tampoco nos

referimos a unos artículos mejor logrados, sobre los Estados Unidos-USA, y su guerra civil 1863-1865).

Sirva lo que precede, a guisa de introducción a unos comentarios que nos merece la obra: *Capitalism and Underdevelopment in Latin America* (Nueva York, marzo de 1967), del economista germano-norteamericano Andre Gunder Frank; en el no. 9, del Vol. 18, de la *Monthly Review*, de Nueva York, le hace una reseña J. Petras. Dicho colaborador de la revista habla de nosotros, como “el mundo semicolonial”; llámanos la atención eso porque el libro de Frank, bien entendido, ya no permite que se siga repitiendo mecánicamente tal lugar común. Aunque en páginas anteriores hemos hecho un extracto de lo que nos dice Frank, creemos oportuno volver a su interesante trabajo. Frank observa que los extranjeros han monopolizado en la América Latina, siempre, los elementos claves de la economía: el comercio, la tierra, las finanzas, la tecnología industrial; el efecto del colonialismo, a juicio de Frank es este: surge un orden o estructura que organiza la economía colonizada para el beneficio de la economía colonizadora; Petras expone así la tesis de Frank: “Los países imperialistas han extraído, todo el tiempo riquezas de sus satélites para desarrollarse a sí mismos a costa de los países imperializados, sin dejar de acentuar las diferencias económicas y sociales entre la metrópoli y la colonia, aun cuando en la segunda pueda darse un cierto desarrollo; el resultado, de tal vínculo, es que la metrópoli se apoya en el país explotado, para desarrollarse a toda marcha, obligando a aquel a quedarse atrasado, o a desarrollarse a paso de buey.”

Otro aspecto que nos interesa, del libro de Frank, es su tesis de que sí ha habido integración económica en todo el tiempo del maridaje morganático entre el imperio y la colonia; los aspectos agrarios y mercantiles de la economía colonizada han sido entrelazados al impulso extractor de la economía foránea; en otras palabras: Frank está de acuerdo, con nosotros, en que la pareja imperio-colonia, en la América Latina, ha producido lo que llamamos, de una parte: una economía-hesperidio, y de la otra parte: una economía-esponja; Frank rechaza, lo que también nos satisface, el pseudo-concepto de ‘grupos marginales’, que últimamente emplean algunos sociólogos ideologistas. Lo más decisivo, en cuanto a nuestro ensayo de demostración del coloniaje, en la obra de Frank, tal como lo expone Petras, es su tesis de que los países ‘subdesarrollados’ (de América Latina) no repiten las etapas de desarrollo de las naciones capitalistas. Por lo que respecta a la polémica de Frank, con otros autores, sobre el supuesto o real feudalismo trasplantado por los españoles y portugueses a la América Latina,

dejaremos ese punto sin tocar; es un tema que se discute en escala universal: ¿El feudalismo europeo, y el capitalismo europeo, fueron los mismos, en la misma Europa? ¿Ha habido feudalismo, viendo este concepto desde su figura europea, en otras partes del mundo? ¿No es inimitable, el modelo capitalista yanqui, por ser un caso de excepcionalismo? Tales preguntas obligan a mirar de otro modo, más lúcido, la realidad patria, el ser de los hechos en cuyos angostados recintos ha habido que nacer, crecer y morir, largamente humillados por el afán de lucro de otras gentes. Reanudemos el hilo de nuestro capítulo sobre el presente y el porvenir de las clases sociales en el coloniaje.

3.

A pesar de que desde 1936 el marxismo se estudia más o menos seriamente en Venezuela, aún son rudimentarios los análisis sobre las clases sociales del país; el hecho de que la obra de Marx y Engels se haya conocido de manera irregular, no sólo porque en Europa y en la URSS se han retenido innecesariamente guardadas algunas de las más sugestivas de ellas, ha contribuido a que se buscase aplicar el marxismo-leninismo en una forma catequística y elemental; creyóse así que las cinco grandes etapas en que Marx y Engels imaginaron la línea histórica de desarrollo de la humanidad (vista desde el atisbadero europeo-céntrico): comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo tenían que haber sido y tenían que ser iguales en todas partes; algunos se asombraron, en su tiempo de que la URSS pequeños pueblos hubiesen saltado de una forma societaria prefeudal, directamente al socialismo; pero esos mismos temían equivocarse si aceptaban, por ejemplo, que en la América Latina no era obligatorio pasar por el capitalismo para arribar a un mejor orden de vida social; una perspectiva diferente ha empezado a fluir de la lectura del volumen de Marx, conocido en ruso desde 1939, pero en otros idiomas sólo un cuarto de siglo después: *Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie* = Fundamentos de la crítica de la economía política (v. Bibliografía).

Nuestra América Latina, en cuanto creación hispano-lusitana, tampoco es tomada en cuenta en tal obra; no nos desanimamos, sin embargo, y mantenemos la propuesta hecha, de definir a nuestro país, y a los otros países de América Latina, como pertenecientes a la forma societaria del coloniaje; tendríase, de ese modo, las cinco formas mencionadas, la del llamado “modo de producción asiático”, y la del

colonialismo, modo de producción latinoamericano. Las clases sociales, en ese marco, podrán tener rasgos similares a las clases sociales de las diversas formas societarias europeas, como similares son los rasgos, en lo económico, de la actividad humana que se ha venido desarrollando en nuestros países; pero es indudable que hay algo diferente, algo peculiar, algo que no ha sido captado en su genuina realidad durante más tiempo del que fuera bueno para el logro de nuestros sueños y anhelos de una norma de vida erguida, respetable, digna y sabiamente dirigida hacia el bienestar de las inmensas mayorías.

Hay, es cierto, diversos intentos de dilucidación del problema de las clases sociales en la América Latina; para nuestro ensayo, sólo aprovecharemos la obra de Carlos M. Rama: Las clases sociales en el Uruguay (v. Bibliografía), y la Tesis del PCV 1961.

Del trabajo de Rama nos parece interesante, de manera especial, su cuadro tipológico; lo insertamos de seguidas:

Cuadro tipológico de las clases sociales en el Uruguay
--

I. Clase alta. a) Independientes. 1. Grandes propietarios rurales (más de 1.000 hectáreas, ganadería; más de 500 has. Agricultura extensiva (o latifundio); más de 50 has., granja; más de 10 has., viñedo). 2. Grandes arrendatarios o compañías extranjeras, en superficies idem anterior. 3. Grandes propietarios financiadores, constructores o gestores de inmuebles (fincas) urbanos: alquiler, reventa. 4. Industriales, 50 y más obreros, y empleados. 5. Comerciantes, 9 y más empleados. 6. Propietarios de bancos, casas de cambio, cajas de ahorro populares, prestamistas, casas de juego. 7. Grandes accionistas, en los Nos. 1, 2, 3, 4, 5 y 6. 8. Apoderados, gerentes (al servicio del capital extranjero). 9. Rentistas. 10. a) Grandes abogados, escribanos, médicos, dentistas, ingenieros, arquitectos, contadores, rematadores, comisionistas; b) Un escalón más abajo, y en dependencia: 1. Altos dirigentes políticos y burocráticos, del gobierno federal y de los municipios. 2. Gerentes de empresas gubernamentales, y municipales. 3. Jerarcas militares, desde coronel inclusive. 4. Gerentes de empresas privadas. 5. Jerarcas de instituciones religiosas.
--

II. Clase media superior. a) Independientes. 1. Propietarios rurales hasta 1.000 has, ganadería; hasta 500 has., agricultura en latifundio; hasta, 50 has. en granja; hasta 10 has., en viña. 2. Arrendatarios, gerentes de compañías, en ídem anterior. 3. Propietarios de

inmuebles urbanos, para alquilar. 4. Industriales con menos de 50 obreros y empleados. 5. Comerciantes, con 9 empleados. 6. Profesiones liberales, contadores, rematadores, comisionistas. 7. Técnicos calificados y de profesiones con grado universitario, o de escuela técnica. 8. Corredores de aduana, de bolsa, agentes viajeros, b) Dependientes. 1. Altos funcionarios públicos. 2. Gerentes de empresa. 3. Altos empleados bancarios. 4. Altos empleados públicos (subalternos). 5. Profesores (universidad, liceo, institutos especiales). 6. Oficialidad militar y policial, hasta coronel inclusive.

III. Clase media inferior. a) Independientes. 1. Comerciantes, sin empleados. 2. Artesanos. 3. Pequeños propietarios y arrendatarios rurales, b) Dependientes. 1. Pequeños funcionarios. 2. Pequeños empleados. 3. Maestros de escuela. 4. Enfermeras, periodistas, artistas (teatro, radio, televisión), otros empleados de baja calificación técnica. 5. Oficiales de ejército y de policía (grados primarios). 6. Técnicos (de segunda categoría). 7. Individuos jubilados. 8. Funcionarios de partidos políticos y de sindicatos.

IV. Clase baja (superior). a) Independientes. 1. Propietarios, arrendatarios, medianeros. 2. Trabajadores rurales y urbanos (con herramientas propias y por contrato o ajuste), b). Dependientes. 1. Obreros especializados. 2. Capataces, mayordomos, tractoristas. 3. Obreros 'media-cuchara', pre-especializados. 4. Obreros en pensión de retiro, por vejez y/o accidente. 5. Personal obrero, no calificado, de los servicios y dependencias gubernamentales.

V. Clase baja (inferior). a) Independientes. 1. Obreros a domicilio. 2. Población marginal (desocupados, vagabundos, delincuentes, prostitutas), b) Dependientes. 1. Aprendices. 2. Obreros (peones). 3. Pensionados (de asistencia social). 4. Soldados de tropa, suboficiales (ejército y policía). 5. Servicio doméstico. 6. Peones jornaleros.

El Cuadro Rama es una guía visual, y no un patrón; en cada país habría que elaborar uno semejante, haciéndole las correcciones teóricas que se juzgue necesario. Tiene la ventaja de que su esquema da una

cierta visibilidad a la pirámide social. El nombre pirámide le va muy bien a la armazón, estructura u orden en que se escalerizan las clases en que se divide el bienestar y el malestar de un país; la minoría faraona está en lo más alto; abajo, en la extensa base, las inmensas mayorías trabajadoras productivas; y en el medio, las clases que atan los cabos, verdadero sustento, por su arribismo y carrerismo, del sistema de la explotación del hombre por el hombre.

Rama se aparta del vocabulario europeo, excepto en lo de 'clase media'; su punto de mira no surge de una caracterización del país, sino de una evaluación de la riqueza personal; de la magnitud de las propiedades de que se dispone; de las funciones que se cumplen, ya en el gobierno, ya en la empresa privada; de la independencia o dependencia de que se disfrute, en el interior de la forma societaria. Su cuadro no nos deja adivinar la dependencia económica del país a causa de la intromisión imperialista extranjera; y mucho menos sugiere el coloniaje.

Sin embargo, en los tres niveles: Clase alta, Clase media superior, Clase media inferior, el Cuadro Rama descubre que los propietarios de tierra, y de edificios urbanos, son los más visibles de todos; luego, aparecen unos vagos industriales, y el ubicuo comerciante; semejante tipología social es la de un país atrasado; y en lugares intermedios, de privilegio, la profusa masa de las actividades pontanas, que aseguran la hegemonía de 'los de arriba' sobre 'los de abajo'. La Tesis del PCV 1961, es un ensayo de descripción de las clases sociales en la Venezuela de las décadas más recientes. Extraigámosle datos esenciales, y veamos cómo puede tejérseles en un enfoque de las clases observables, desde el punto de vista de la forma societaria del coloniaje.

Por comodidad empecemos en el ámbito de la agricultura, aunque sepamos que el coloniaje es la integración del campo, la ciudad y la distante metrópoli en una sacra triunidad de factores que oprimen y factores que son oprimidos; la imagen del atraso se vislumbra mejor en el paisaje de nuestras montañas y llanuras, y se disimula, en grado sumo, en los recintos urbanos; el colonialismo invasor de este país, expropia la tierra, y desarraiga de lo mejor de ella al poblador aborígen, y a la vez que establece el régimen de encomiendas, organización del trabajo agrícola, funda las ciudades; el trapiche del ingenio, donde se exprime la caña; o la naranja del huerto urbano, nos han sugerido la figura del hesperidio para distinguir la economía colonial; tal símbolo rige para todo el sistema de vida común estatuido, a la larga: el coloniaje.

Nuestra agricultura ha sido un ambiente de señores feudales, feudales a nuestro modo, feudales de varonía, no de baronía; feudales de cuerpo entero: amos de la tierra, y amos de hombres y mujeres, ejercientes del 'derecho de pernada' sobre la hija núbil del campesino sujeto al señorío del nuevo cacique, el terrateniente. Esa clase, que nunca ha sido puramente rural, sino también urbana: los 'grandes cacaos' se iban a vivir, con sus familias a la capital, y en la hacienda quedaba el mayordomo; innecesario es adentrarse en lo menudo de esta historia, que más o menos se conoce en Venezuela y en la América Latina. Dicha clase, hoy, con el 1,5% del contingente humano es dueña del 78% de la tierra, en nuestro país; por el otro lado, el 71,6% de los pobladores del agro es dueño solamente del 2,3% de la tierra laborable; la inmensa mayoría de los campesinos no es propietaria de tierra; los señores feudales y terratenientes, desde 1824, han tenido en sus manos el poder político, aunque no en exclusividad, sino en conflicto crónico con los estamentos privilegiados que se afincan en el comercio, y en el vínculo con el capitalismo extranjero.

Los amos de la tierra han sido, objetivamente, los agentes retenedores del atraso, porque su modo de ejercer la propiedad agraria enriquecía a unos pocos y empobrecía a miles y miles; el coloniaje se ha hecho 'eterno' porque la doble función, agrícola y mercantil de esta clase, en él hallaba su savia insustituible; los caudillos de nuestro siglo xix, desde Páez hasta aquella hornada que Juan Vicente Gómez hubo de liquidar, sirvieron para mantener casi intacta la herencia española del coloniaje; por obra de su anarquía, no llegó a existir jamás la verdadera nación, sino como engañoso espejismo (y como entis rationem, en el ámbito de lo jurídico); las firmas mercantiles extranjeras, que entre 1824 y 1908 sirven de puente entre la antigua hegemonía imperial española y la nueva captura por los imperios inglés, holandés y norteamericano-usense, también coadyuvaban a la pervivencia del coloniaje; de modo que aquel escandaloso cobro de deudas, en 1903, no es sino un hecho simbólico, un toque de cañón, en los aires del país del coloniaje, para que sepa que hay nuevos amos de su economía-hesperidiana.

Prodúcese el extraño fenómeno de que Juan Vicente Gómez erradique para siempre el caudillismo rural, de abolengo feudaloso, mas no para constituirse él en el primer 'monarca' unificador del país en una nacionalidad, sino para consagrarse como el 'príncipe malinche' que entrega el país al invasor. Repítese el extraño caso de Páez, en forma aún más completa: el gobernante que frustra, definitivamente la nacionalidad de su patria, el ascenso de su país a las alturas de un

sistema económico genuinamente burgués, de capitalismo aguerridamente autónomo, es un acaparador de tierras, un geófago; el progreso de la industria petrolera se implanta, absurdamente, en medio de un bárbaro atraso; los campos de El Miedo (los del petróleo), se erigen, como sus torres y sus luces, en engranajes que nos atan al poderoso maquinismo forastero; los campos de Alta Mira, a pesar de Santos Luzardo, todavía no se han liberado de su peculiar coloniaje.

La Tesis del PCV 1961 observa que en Venezuela, desde 1940, ha surgido una tendencia capitalista en la agricultura; trátase del empleo de métodos maquinizados de laboreo, explotación y entrega al mercado, pero el régimen feudal-terrateniente no ha soltado las riendas; el coloniaje no permite que aparezcan capitalistas cabrahigos, cuyo lugar natural es la industria pesada, y cuyo lugar de segunda fuerza es la industria liviana (con materias primas del país y de 'sus colonias'); nuestros capitalistas no son cabrahigos, sino subalternos; el exponente del supuesto capitalismo de 'nuestra agricultura' son las haciendas de Nelson Rockefeller, en Palo Gordo y Monte Sacro; la Tesis del PCV 1961, habla de campesinos ricos y de 'gran burguesía agraria', (fincas que llegan a las 300 has., centrales azucareros); pero, nuestra agricultura es fundamentalmente colonial, y desvertebrada, y tiene que completarse con la importación de productos agro-pecuarios (como ya hemos visto).

Quien examine las peculiaridades de nuestra clase latifundista, con sus hábitos urbanos, tiene que convencerse de que en su génesis histórica ha habido un curioso hibridismo, mescolanza de actividades agrarias y mercantiles, lo cual determina que el acento del trabajo personal tenga que ponerse, forzosamente en el atraso económico; porque es el comerciante el auténtico pontanero de la realidad: el comerciante local, agente del fabricante extranjero; el capitalismo europeo o yanqui, aunque evolucionado de su primera etapa, la mercantilista, a otra etapa, la bancaria y exportadora de capital, nunca ha dejado de ser, a la vez industrial y comercial; durante mucho tiempo se nos ha querido hacer ver que la industrialización es más importante que el comprar y el vender; y no es así; es en el mercado, como Marx bien hubo de apuntarlo, que se materializan los valores y se alcanza la riqueza, el lucro, la ganancia. Nuestra agricultura, desde sus remotos orígenes, también ha sido artículo de comercio; consumo en el mercado local, exportación a la metrópoli. Hoy, el imperialismo extranjero quiere eliminar el atraso agrícola, extirpando la clase terrateniente; pero, tal cosa sería posible sólo si el coloniaje mismo llegase a ser transformado

en algo diferente, o bien en una economía capitalista, guerreadora, conquistadora, que se libere de la coyunda de un capitalismo de otra nación, o bien en una economía socialista.

La Tesis del PCV 1961, habla de los pobres del campo bajo el rubro de El campesinado; el uruguayo Rama los incluye en Clase baja inferior y superior. Lo esencial del campesinado, en la economía del coloniaje, es que o son propietarios de pequeñísimas parcelas, o no son propietarios de tierra; los que son grandes o medianos propietarios son, a la vez, explotadores del trabajo ajeno. Se habla de 'semi-proletarios' del campo; nosotros no creemos en esa categoría, y en este sentido el Cuadro Rama podría encerrar una interesante sugerencia, la de catalogar a la población rural por tipos de ingreso, por tipos de actividad regular, o sea: por grados mayores o menores de la medida en que se les explota, y por el destino concreto de la actividad que se desempeña. Entre los pobres del campo están los jornaleros, que pueden ser arrendatarios de parcelas conuqueras (alrededor de 1 hectárea); y los jornaleros de propiedades medianas o grandes, que no trabajan para sí ninguna parcela; hay el conuquero (en Venezuela), que es el campesino más pobre entre quienes trabajan regularmente, que a veces es jornalero; hay los pequeños campesinos: aparceros, medianeros, arrendatarios, y hasta propietarios de pocas hectáreas; hay los campesinos medios, dueños de más de 3 hectáreas, y empleadores de alguna mano de obra, y que venden su cosecha en el mercado.

En la agricultura, de nuestro país en coloniaje, tenemos entonces: clase latifundista, de hacendados ricos (la mayoría aborígenes, algunos extranjeros); hacendados medios, pequeños propietarios; jornaleros, jornaleros-conuqueros, jornaleros que no son conuqueros. En el lenguaje admitido se dice: El señor de la hacienda, el campesino rico, el campesino pobre. ¿Es esto todo lo que hay en el medio rural?

Preciso es que conste la existencia del comerciante, pequeño y mediano, en los centros poblados o aldeas, y en los caseríos dispersos; y los campesinos artesanos, y el campesino funcionario, y el campesino transportista (comerciante en frutos), y los maestros rurales, y los comisarios y policías, y los guardas forestales; véase, pues, cómo hay entrevero e integración, desde la remota metrópoli hasta el 'aislado' conuco: el machete del campesino es de marca yanqui; la peinilla del jefe de caserío, o su revólver, son de marca yanqui; la navaja del maestro, es alemana; el vehículo del transportista es extranjero; el jabón

de la mujer del conuquero tiene sustancias detergentes europeas o norteamericanas; el radio de transistores, puede ser de todas marcas, incluida la japonesa.

Pero hay algo más: El fenómeno de la migración campesina hacia las urbes y poblaciones, integra y desintegra la economía rural; es decir, expresa el impacto de la extranjera dominación, que tiende a darle al coloniaje un impulso de ‘desarrollo’ favorable al desarrollo de la metrópoli imperialista, sin privarlo de su calidad propia, de hesperidianos atractivos, y de extractivas expresiones. Ese abandono de las tierras, por otra parte, nos indica que ya del ‘feudalismo’ latifundinario sólo quedan anacrónicos armatostes, como diría Rómulo Betancourt; las clases sociales, opresoras y oprimidas, en la atmósfera campesina, pugnan por ajustarse a la nueva línea que el imperialismo les ha ido dando, en virtud de la cual un urbanismo irracional atrae contingentes humanos cuyo símbolo es el rancho miserable, donde puede estarse malnutrido pero no sin una antena de televisión, para no ver ni de cerca ni de lejos el embrujo del poder foráneo.

Nota: La experiencia de los guerrilleros venezolanos no es sólo militar; ha significado un impacto sobre los conceptos teóricos que en el país se han tenido como la verdad más acendrada; en los días de julio de 1964, por ejemplo, mi hermano Argimiro Gabaldón Márquez, Primer Comandante del Frente Guerrillero Simón Bolívar, decíale a un periodista: “Aquí (en Venezuela) se habla de una crisis estructural y es una realidad que las conmociones y desajustes que esa crisis produce se sienten en todos los aspectos materiales y espirituales, económicos, políticos y morales de la vida del país... Esa crisis... de las relaciones sociales... de las agrupaciones de los diferentes sectores de la población, no es un invento. Esa crisis, a escala de masas, ha producido fenómenos asombrosos: un país en el cual el 64% de su población vivía en el campo, se ha transformado en un país en el cual la mitad de esa población —que junto con la otra, se ha duplicado— se ha trasladado con ímpetu de oleada a las ciudades. Este ha sido un violento proceso de pauperación jamás visto en Venezuela por su magnitud. Barquisimeto, la capital del Estado Lara, para no referirme a Caracas, agrupa hoy más del 60% de la población de todo el Estado. Este hecho produce el hacinamiento de una población miserable e inquieta que forma dramáticos cinturones de miseria alrededor de esplendorosos centros urbanos modernos.” (Nota: Argimiro murió el 13-xii-1964).

¿En qué sentido vienen a modificarse los conceptos teóricos, de una sociología aún por hacerse, a partir de las estadísticas censarias? Algunos estudios parciales, que hablan del abandono de los campos, del tránsito de grupos poblacionales de una urbe a otra, de un centro poblado a otro, de retorno al antiguo lugar de origen, enseñan que el país es un caldero hirviendo; todos sabemos que la primera gran ola migratoria (1917-1927) fue suscitada por los campos petroleros; desde entonces, al extenderse la red de carreteras, la rosa de los vientos púsele a girar y voltear a todo lo largo y ancho del país. A fines de 1966, en la revista *Sucesos*, de México, No. 1752, dos años después de las declaraciones de mi hermano, ya citadas, otro comandante guerrillero, Douglas Bravo, sostiene tesis idénticas, al polemizar con el economista Domingo Alberto Rangel, para quien la revolución venezolana debe tener su centro en las ciudades, porque éstas cuentan mayores cifras en la estadística; recibe estas palabras de polémica:

“Se dice que hoy en día el 32% de la población es rural; que el resto es mayoritariamente urbano. Pero esto no se puede afirmar tan tajantemente. Primero —y así lo han demostrado los sociólogos de la Universidad Central, los escritores y los periodistas— la población flotante que existe en Caracas no se puede denominar población urbana, porque los 300.000 seres que viven en ranchos en Caracas trasladan a la ciudad hábitos y costumbres típicamente campesinos... no se ha podido romper en ellos la mentalidad campesina... esa población es desempleada, no trabaja, no ha ingresado a las industrias y no se la puede catalogar como obrera... Otro aspecto... la clasificación del Ministerio de Fomento no es del todo exacta... Se clasifica como rurales a centros poblados de menos de 1.000 habitantes... Veamos el Censo de Yaracuy (límitrofe con Lara), de 1960... tiene 175,291 habitantes, distribuidos así: 77.840 rurales; 9.980, población intermedia, y 88.471 urbanos... Ahora resulta que casi todo el Estado Yaracuy es de población rural, tanto por el modo de producción como por el lugar donde viven. San Felipe, la capital del estado, tiene 22.607 habitantes, está al pie de las faldas montañosas y una considerable proporción de sus habitantes vive de la agricultura... De manera que no es posible decir, a la ligera, que en Venezuela el 32% de la población es rural y el resto es urbana.”

Los párrafos que preceden, suscritos por dos comandantes guerrilleros, fundadores los dos, entre otros, del nuevo movimiento de liberación de Venezuela, nos comunican una verdad que quienes se lanzaron a la lucha en el seno del pueblo campesino tenían que

descubrir y constatar, porque en ello les iba la vida; su lucidez sociológica es un aspecto del requisito de conocer bien el medio que exige una guerra.

En el Censo de 1941, las cifras decían: el 70% del contingente humano del país era rural, y el 30% urbano; a partir de 1960 sucede lo contrario: el 68% encuéntrase en los centros poblados y las grandes ciudades, y el 32% está en el campo. Este hecho, por otra parte, desautoriza el juicio de quienes han creído ver ‘una escasa coherencia interior’, una ‘muy débil o nula integración’ de los diversos sectores que componen la economía del coloniaje; el mercantilismo sui géneris que prevalece en nuestro país, si bien es incapaz de engendrar una nación capitalista a la europea o norteamericana, no es incapaz de transitar el sendero de las acumulaciones tesorizadoras, íntimamente adheridas a la corriente dinámica extranjera. Nuestras propias observaciones, entre 1950 y 1960, cuando ayudamos a elaborar los datos censales para el Estado Monagas, y después que los vimos publicados, nos aseguraron de un hecho entrevisto en nuestras relaciones con las maestras llamadas demostradoras del hogar campesino; decíamosles, en 1951, que trabajaran en los barrios pobres de Maturín, porque allí la mayoría de la gente era campesina, y continuaban viviendo como si todavía estuviesen en sus agrestes regiones: Sabana de Piedras, La Guanota, Caripe del Guácharo, Santa María, Cocollar, etcétera.

Hay, pues, una terrible coherencia, una actividad destructiva del parasitismo mercantil sobre la agricultura; prodúcese una severa e inmisericorde integración de las gentes rurales dentro de las redes del comercio venezolano, el cual a su vez tiene sus cables conectados al complejo económico industrial y mercantil del imperialismo foráneo.

Desde otro punto de vista, ni guerrillero, ni periodístico, sino de sociólogos de la escuela internacional norteamericana francesa, germana, las formulaciones teóricas del Informe ECN-12/660, del 11 de mayo de 1963, elaboradas por la Comisión Económica para América Latina, del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (reunido en Mar de Plata, Argentina), no dejan de servirnos para reforzar nuestra caracterización de Venezuela como país cuya forma societaria es el coloniaje.

Dicho informe titúlase: El desarrollo social de América Latina en la posguerra (1945-1960); nos hablan allí del “estancamiento social del campo”, “la miseria campesina”, la “marginalidad campesina”;

sinteticemos algunos de sus dichos:

1. Las condiciones de vida en el campo ofrecen un cuadro desolador. El latifundio no ha desaparecido; sigue siendo “una organización rígida y tradicional”. Hubo un franco predominio de la gran propiedad territorial (en el período que se enfoca). Las clases sociales mostraron una tendencia a ocupar extremos polares: extrema riqueza, extrema pobreza (nota nuestra: este lenguaje es, más bien, una jerga escribana, para decir muy en abstracto lo que el marxismo ya ha dicho, y evitarse los autores del Informe reproches y acusaciones ‘de comunismo’).

2. Los censos permiten calcular que más del 80% y a veces más del 90% de la población rural ocupaba las posiciones más desfavorecidas en el medio rural, con un bajísimo nivel de ingreso para las masas campesinas.

3. “Los campesinos han quedado marginados del poder político (n.n: este ‘marginamiento’ lo descubren los sociólogos del CESNU ahora, en 1963, pero ¡desde cuándo no ha sido así!); las áreas rurales de América Latina permanecieron relativamente segregadas del poder central” (o sea: que los amos, de nuestro país en coloniaje, han sido siempre los grandes propietarios (cacaos, cafés) rurales y los grandes propietarios urbanos); “los grupos dominantes cumplieron su papel de intermediarios entre el estado-nación (sic) y la masa campesina, posición estratégica que les permitió conseguir nuevas fuentes de poder y autoridad” (n.n: se refiere al paso de las primitivas tiranías caudillistas a las elecciones, sistema exótico importado de Inglaterra y de los Estados Unidos-USA, mediante el cual los nuevos caudillos, los politiqueros de la ciudad, rempazan a los antiguos espadones, mientras engañan a las masas con ilusiones reformistas).

4. He aquí un párrafo donde los autores del Informe ECN-12/660 se aproximan a la figura del coloniaje, que se les queda velada por la cortina de la ideología: “El hecho... de que el minifundio y el latifundio, la agricultura de consumo y la agricultura de mercado, hayan coexistido durante varios siglos en unas mismas zonas de América Latina, hace pensar que diversas formas de empresa agrícola... pueden integrar... una misma estructura social y hasta contribuir positivamente al mantenimiento del sistema” (nota nuestra: este aserto, que se escribe en forma similar a la del Colegio de Economistas, señala lo que aquellos olvidan, que sí hay una economía integrada, en nuestro país, desde los remotos orígenes, y que la tesis del ‘mosaico de formaciones sociales coexistentes’ es un engaño conceptual). Si elevamos un grado, lo que dicen estos sociólogos, tendríamos que la integración abarca la metrópoli y la economía hesperidiana, la economía-pulpo y la economía

absorta.

Concluyen los sociólogos del CESNU sus tesis con una perspectiva implícita en sus elegantes y académicas frases; la hallamos en un párrafo que corresponde al inciso d) de la sección 5: Orientaciones ideológicas en período de revolución. “Los gérmenes revolucionarios, y conste que las palabras que siguen no abrigan propósito revolucionario alguno... El desarrollo, en suma, implicaba para los ideólogos revolucionarios una crisis total del orden social tradicional, tanto en su estructura (orden de las clases) como en sus fundamentos y en el modo de comportarse dentro de él. Sólo el cambio revolucionario y sus ideologías podrían crear nuevas formas de vida y nuevas fuentes de identificación y de lealtad” (nota nuestra: estas dos últimas palabras aluden al famoso libro de Harold J. Laski: La revolución en nuestro tiempo, en el cual se afirma que el rasgo más notorio de la sociedad humana, en el siglo xx, es que “no se tienen en común los grandes fines de la vida”, o sea: que el capitalismo, con su lucha de clases entre propietarios y expropiados, no permite que los hombres se traten como hermanos y amigos, sino que los ricos sean los Caínes del pueblo Abel, y que por ello no se identifiquen entre sí, en la lealtad a unos principios generales).

4.

En la sección que precede nos hemos circunscrito al medio rural y a las clases que surgen en su seno; ahora nos internaremos por el complejo bosque de las clases urbanas; antes, sin embargo, parécenos oportuno retroceder a los aportes que Salvador de la Plaza y Armando Córdova han hecho al vislumbramiento del coloniaje; el segundo de éstos nos da una frase en la que nos habla de las relaciones de producción “que surgieron en el territorio del país durante el período de la conquista y coloniaje españoles, mezcla y adaptación del feudalismo peninsular con las formas primitivas autóctonas, y la implantación de la esclavitud”; sólo se olvida de que en “la mezcla” o receta también estaba el comercio; luego Córdova cita, del libro de Ramón Veloz: Economía y finanzas de Venezuela desde 1830 hasta 1944, aquella parte esclarecedora, que dice: “Los venezolanos carecen de capital; La agricultura, en frutos mayores, depende enteramente del comercio extranjero” (de la Plaza nos ha explicado esto, en el trabajo ya referido); y Córdova dice, él mismo: “Esta burguesía mercantil estaba constituida, en buena parte, por firmas de origen extranjero; La burguesía comercial venezolana no es un sector antagónico sino

complementario del sector feudal” (o sea: que latifundismo y mercantilismo, venezolanos, integrados, aunque a ratos hayan tenido sus peleas conyugales, han figurado nuestro coloniaje).

Por comodidad, hemos seguido el orden expositivo de la Tesis del PCV 1961; dicho documento nos muestra cómo han surgido estamentos burgueses en Venezuela, para atender a la reorientación evolutiva de nuestro coloniaje, entre la etapa del puente mercantil y la etapa de la penetración y dominación industrial (minera) y comercial por los imperialismos (hasta quedarse el imperialismo yanqui de hegemonía); mas, dicho trabajo no sigue metódicamente los lineamientos del materialismo histórico, ya que no indaga en el pasado, remoto o cercano; se conforma con intentar una descripción de lo contemporáneo. La Tesis del PCV 1961, al enfocar la burguesía del país enumera unas variantes estamentales, así: comercial (de al por mayor, y al por menor); industrial banquera (y de seguros); agraria; burocrática (y peculadora); nosotros añadiríamos el estamento burgués de los profesionales (médicos, abogados, ingenieros, arquitectos, dentistas, gerentes de oficinas de publicidad comercial).

Aún carecemos de bastante historia, precisa y menuda, de tales ‘burguesías’; en la novela: *Los Riberas*, Mario Briceño Iragorri ha pintado el surgimiento de nuevos ricos, entre los allegados al régimen de Juan Vicente Gómez, por obra del entreguismo de dicho mandatario a las compañías petroleras, de Inglaterra, Holanda y los Estados Unidos-USA; a base de *Los Riberas* ha querido Germán Carrera Damas, en un ensayo: “Proceso a la formación de la burguesía venezolana”, publicado en *Crítica contemporánea* (Caracas, Mayo-Junio de 1961, No. 5), advertirnos sobre el origen de toda esa clase, en nuestro país. Aceptamos lo que sugiere el historiador Carrera Damas, que es urgente mejorar nuestro conocimiento histórico en este caso, y no seguir creyendo que “el cielo formativo de la burguesía venezolana (se sitúa) a partir de algún momento en el siglo xix”.

Así, hemos postulado el principio de que, en virtud del coloniaje, tal como lo hemos perfilado en este trabajo, significó la conjunción de dos actividades económicas en tareas colonizantes; nuestros terratenientes, no fueron los barones feudales de los siglos ix a xvii europeos; nuestros burgueses tampoco pudieron serlo a la europea; nuestros latifundistas se valieron de algunas prácticas del feudalismo europeo, y nuestros ricos de ciudad, ídem. Si nuestro país no ha sido nunca nación, en el sentido genuino de esta palabra, esa categoría histórica, de que nos

habla Stalin, no puede haber tenido, ni tiene, como cree Carrera Damas “una burguesía nacional”; coincidimos con el autor de Los Riberas, y con su comentarista, en que el entreguismo de nuestro país a los nuevos amos extranjeros dio auge a una nueva camada de ricos, pero quisiéramos que se observase cómo, desde los orígenes, en Venezuela el rico extranjero, y el rico criollo han sido beneficiarios de esa peculiar economía que llamamos de hesperidio, colonizada, no capitalista, sin vértebras.

Las burguesías que tipifica la Tesis del PCV 1961, son, en realidad, estamentos o variedades de la clase rica urbana; obsérvese que Rama rehuye el vocablo “burguesía” tal vez porque no lo halla suficientemente apropiado, y nos habla de clase alta, y de clase media superior; hoy, que la estadística tiende a ser instrumento de análisis, podríamos elegir el cognomento de riqueza, para situarnos más en la realidad, y agrupar los sectores por funciones (a la manera del sociólogo uruguayo citado); mientras a eso se llega, emplearemos la desacreditada palabra ‘burguesía’ (de cuyo nombre se alejan, con espanto, los mismos ricos, para conjurar: los nombres dizque tienen una magia, el peligro de su eliminación de la historia humana, por lo que llámense ‘empresarios’). Las clases privilegiadas venezolanas, en cuanto ricas, son una sola y poderosa ‘burguesía’, tipo príncipe-indio, cipaya, entreguista, genuflexa, malinche, nada conquistante y toda capturada, un grupo de agentes del capital imperialista, de sus empresas comerciales e industriales.

Nuestra ‘burguesía’ más antigua, coetánea de la conquista y el coloniaje, tuvo un pie en el campo y otro en la ciudad; los señores mantuanos eran, también, los señores de las haciendas; por otra parte, el elemento extranjero, ya comerciante, ya terrateniente, nunca ha faltado en el país, en todas sus épocas. En Los Riberas dice Briceño Iragorri que “la casa Boulton ha sido una especie de (Compañía) Guipuzcoana”; ¿y qué decir de los Welser (o Welzares)? ¿y de la Compañía vasca, la Guipuzcoana, que llegó a ser un Estado dentro del Estado, como hoy la Compañía Creole? ¿cuándo es que nosotros hemos estado fuera de las garras de la acción colonialista extranjera, que tan a tiempo supo instituirnos como economía en hesperidio, de coloniaje? José Antonio Páez tenía numerosos hatos en todo el país (occidente, oriente, norte, sur), y era banquero, y rico hombre en la capital; los caudillos del siglo xix, que impidieron la forja de ‘la nacionalidad’, idem; Juan Vicente Gómez tenía innumerables haciendas agro-pecuarias, y negocios mercantiles, y el Tesoro Nacional: era terrateniente feudal y

burgués peculador.

La ‘burguesía’ clásica venezolana ha sido, como reconoce Armando Córdova “tanto un factor de la estructura feudal como un agente comercial de la producción capitalista industrial de los países más avanzados”, o sea: una clase enriquecida por el comercio, en ambiente de colonialismo y coloniaje; Mao ha llamado a esta burguesía, en su especie china, “burguesía compradora” (otros la llaman “burguesía importadora”); dígase, de paso, que entre nosotros puede no ser tan importante hacer un estudio de “las clases sociales”, como el examinar las preferencias que el coloniaje asoma a la gente del país, en cuanto al grave asunto de “ganarse la vida”; en este caso, es curioso que las estadísticas censarias no exhiban, a la vista fácil de todo el mundo, el inmenso número de comerciantes que hay en el país, desde el buhonero y el de ventorrillo, hasta el de lujosa tienda y hasta el de las firmas extranjeras. Las clasificaciones, pues, resultan un poco despistantes, aun para los marxistas. Comprar y vender es una norma de vida: todo el país nuestro ha sido hecho sobre ese único pilar, que subvierte el orden de las cosas, y es como una fuente pública a donde la gente acude a llenarse del totalizante tesoro.

El comercio es el secreto de nuestra pervivencia en el coloniaje; algo de esto era aludido en aquellos tiempos en que, por hablar, algunos expresaban: Es que Venezuela es una factoría; y pensábase en la Isla de Curazao, donde todo era comprar y vender, y contrabandear. La clase del poder, económico y político, en este país, es la de los comerciantes, ricos y pobres, criollos y extranjeros; y por su interés es que el coloniaje tiene raíces de paja rabo-e-mula (de porfiada fijeza al suelo). A las clases ricas, ricas por el comprar y el vender, las hemos calificado de burguesías malinches, porque en el ambiente colonial son proclives a la alianza con el invasor y dominador extranjero; el país, para ellas, es como una hacienda o una casa de comercio, propiedad privada, y así lo manejan; los demás hombres y mujeres, que aspiran a construir un nuevo orden, una nueva vida, en el socialismo posiblemente, no les merecen respecto alguno, ni en sus ideales ni en sus personas; tampoco la mano de obra, que tan miserablemente subsiste en el océano-comercio, es tenida como algo apreciable de por sí; hay un abismo tremendo entre estas clases ricas y los pobres del país; mas, el coloniaje es el espacio que a todos contiene, y a preservarlo en lo esencial se dirigen los planes más inteligentes.

La Tesis del PCV 1961, caracteriza a ‘la pequeña burguesía’, que es principalmente urbana, “como capas medias de la población”, “clase

bastante numerosa”, que “tiene base económica en la pequeña producción” (artesanos, comerciantes menores, pequeños empleados públicos, empleados de comercio, empleados de firmas industriales, burocracia menor de los servicios públicos, profesores e intelectuales); sostiene que “la capa más importante de las clases medias está formada por los intelectuales, los profesionales y los estudiantes”.

Podemos ver que esta clase no se conoce bien en Venezuela, y que hay una serie de mitos en torno a lo que llamamos ‘la pequeña burguesía’. Es que se copia la imagen y el esquema del marxismo europeo, y se copian otros enfoques, no marxistas, que hablan de ‘clases medias’. Mao también habla de “niveles alto, medio y bajo”; el Cuadro Rama habla de clase alta, media (superior e inferior), y baja (superior e inferior); es el aristotelismo el que influye en este modo de valorar, y de confundir la realidad esencial. Ahora bien, si tomamos en cuenta que Venezuela, por obra del coloniaje, tiene unas clases sociales ricas peculiares: propietarios rurales típicos, propietarios rurales de doble mentalidad: urbana y campesina, propietarios urbanos, y que para todos el comercio es el rasgo clave de sus vidas, en última instancia, ¿cómo debe explicarse ‘la pequeña burguesía’?

Los sociólogos norteamericanos, que a pesar de su empedernido anti-marxismo, no andan de un todo lejos de la ciencia, han creado el concepto de movilidad, para juzgar el hormigueo individual dentro del orden de las clases; esa movilidad es horizontal y vertical; si el afán de lucro, en la figura del comercio, es el factor dinamizante de las ambiciones personales en la sociedad burguesa y capitalista, también lo es en nuestra sociedad de coloniaje, que es una forma societaria instituida sobre la propiedad privada de los medios de producción y la explotación del hombre por el hombre; la escala de fortuna, que hoy es tabulizable en los datos estadísticos, podría ofrecernos nueva referencia para medir la desigualdad entre los miembros del totus sociable; lo que se designa como ‘pequeña burguesía’ surgiría a una luz más clara, entre nosotros; según Marx y Lenin, la pequeña burguesía es una clase con un pie en la burguesía y otro en el proletariado; nuestras “capas medias”, si a ver vamos, pueden ubicarse en una escala de fortuna que las mantenga a veces muy cerca del nivel de ingresos de las capas menos desfavorecidas de la clase obrera, mas no es eso lo que hallamos decisivo, sino la ideología que acepta y adopta, que es individualista, burguesa, carrerista y trepadora.

Rama considera a la ‘pequeña burguesía’ como “clase media inferior”, porque en su vocabulario “clase media” es toda la burguesía;

en su Cuadro, además, aparecen en la Clase baja superior algunos propietarios, y artesanos con herramientas propias; la experiencia de más de un siglo de marxismo ha enseñado, a quienes han sido capaces de aprenderlo, que la situación de clase no es pareja, mecánicamente, de una postura ideológica que exprese tal hecho; así como hay una movilidad o sube-y-baja de los individuos en el seno de la escalable pirámide, así la ideología es adquirible o descartable a voluntad; los fundadores del marxismo eran burgueses; las clases pobres, por su misma indigencia, son prisioneras del aparato ideológico establecido por las clases ricas, que toman y retienen los medios de difusión de la cultura, y de orientación del opinar público. De ahí que decir 'los estudiantes', que la Tesis del PCV 1961, califica de 'pequeños burgueses', aunque individualmente se sabe que a nuestros liceos y universidades van sujetos de todas las clases sociales: hijos de latifundistas, hijos de acaudalados comerciantes, hijos de familias de recursos módicos ("pobres, pero decentes", como reza el dicho), hijos de obreros y campesinos pobres, es referirse a un sector policlasista. Y nadie ignora que unos estudiantes se hacen revolucionarios, por el estudio del marxismo (y otras corrientes), y otros se hacen anti-revolucionarios, a partir de un aprendizaje de ideas opuestas a todo cambio de raíz en la sociedad vigente.

Rómulo Gallegos, en su novela *La trepadora*, ha enseñado a muchos de sus discípulos el significado de la movilidad, sobre todo de la ascendente, en la organización societaria del país; el hombre de presa: Hilario Guanipa, hijo natural del latifundista y la campesina pobre, crece como el matapalo en la selva, y se hace dueño de la hacienda; su hija: Victoria del Casal es ya la trinitaria florecida (*Bougainvillea spectabilis*, L), belleza enérgica que toma por asalto el ambiente donde su ajeño apellido tiene rango y privilegio. Así ha sido siempre en nuestra sociedad del coloniaje, donde el feudalismo europeo en eso no fue adoptado, a pesar de algunos títulos de conde y de marqués que aparecieron en nuestro medio y que al fin se los tragó la selva (el Marqués de Barinas, el Marqués de Casa León, el simbólico Conde Giaffaro, y otros); el personaje de *La trepadora* desciende de José Antonio Páez y de muchos prohombres de su especie, de fuerte garra agavilanada. Nuestra guerra federal, además de derribar la arrogancia del racismo blanco, fue un alzamiento de las aves de rapiña, buscando las ramas más altas; y cuánta historia de extranjero humilde en su lugar de origen, ¡que entre nosotros se ha elevado, gracias a la fortuna, adquirida en 'su trabajo', y que ha fundado un árbol de honorable familia!

La Tesis del PCV 1961, repite algunas posturas marxistas europeas, sobre la pequeña burguesía y el proletariado, que no reflejan “las particularidades que distinguen a este país” (Lenin, loc. cit.); de la ‘pequeña burguesía’ venezolana dice que “tiene todas las vacilaciones”; nosotros creemos que aquí no hay quien no tenga esas vacilaciones, cualquiera sea su origen clasista, porque entre nosotros sólo los ríos de agua corren siempre hacia abajo, los otros, aunque no todas las veces puedan, siempre buscan ir aguas arriba, porque se dice que allí ‘las pepitas del oro’ suelen ser más abundantes. Si deseuropeizamos nuestra visión, pues, tendríamos que convenir en que el novelista Rómulo Gallegos ha tenido una pupila balzaquiana para distinguir uno de los rasgos claves de nuestra sociedad en el coloniaje.

El proletariado de Venezuela, en sus diferentes manifestaciones, no se escapa de las peculiaridades que a todos nos da el coloniaje; nuestro proletariado petrolero, en líneas generales, se parece mucho a lo que Marx llamó aristocracia obrera de los países capitalistas; es obrero industrial porque perfora pozos, atornilla torres, alimenta calderas, hace instalaciones eléctricas, carpinteriza, maneja camiones, camionetas, automóviles y ‘guinches’ y tractores pesados; pero es un burgués chiquito porque está imbuido de los sueños y aspiraciones trepadores del campesino Hilario Guanipa, y de los sindicalistas profesionales; es verdad, como afirma el marxismo, que el proletariado, en la perspectiva histórica universal, remplazará a la burguesía, como elemento dirigente de la sociedad liberada del capitalismo; sin embargo, ni los proletariados de las naciones más avanzadas del mundo, han elegido ser revolucionarios a todo trance.

En nuestra sociedad de coloniaje, la dependencia no es sólo económica, sino también ideológica; el coloniaje implica una manera de ver y de creer, y de actuar según lo visto y lo creído; las clases ricas se alían al imperialismo, y son determinantes en la conservación del coloniaje; las capas privilegiadas, dentro de la clase trabajadora, fácilmente se apegan a sus prerrogativas. El Informe del CESNU, que hemos citado, observa que las ‘burguesías’ latinoamericanas no son conquistadoras, como las auténticas, de Europa y los Estados Unidos-USA, y que su dominio político lo establecen por el sistema de las clientelas; la figura está inspirada en lo que esa palabra significó entre los señores ricos romanos: la gente que iba a la casa del potentado, a vivir allí a sus expensas, o a que ‘le dieran algo’; eso es lo que define la política profesional, en todas partes del mundo capitalista, y con mayor razón en un país en coloniaje. Allí donde los caudillos de antes, señores

de hacienda en la montaña y de quinta en la ciudad, tenían sus oficiales y sus protegidos, hoy los jefes políticos, y los jefes de gobierno (por turno) mantienen una clientela, una cauda de seguidores y epígonos.

Más, el proletariado venezolano, no es sólo el petrolero, sino también el de la explotación del hierro, y el de una serie de industrias satélites del capital foráneo (área de Maracay, de Valencia, de Caracas); y el de una extensa red de industrias ligeras. No conocemos un estudio que enfoque este proletariado en su crecimiento, durante los últimos veinte años; tampoco disponemos de un examen de la situación de las capas artesanas, de la población trabajadora, en fechas actuales; si bien conocemos el Cuadro No. A-2, que publica Armando Córdova, en su ensayo: Consideraciones acerca del tipo de desarrollo alcanzado por la economía venezolana (v. Bibliografía), no tuvimos mayor fe en el criterio seguido para armarlo; las categorías que allí se emplean no parecen estar de acuerdo con las afirmaciones hechas en el ensayo: La estructura económica tradicional y el impacto petrolero en Venezuela, que hemos acogido, como aporte al develamiento del coloniaje en nuestro país. Esa manera de clasificar la población activa encubre no sólo la imagen que Córdova se hace del país, sino la que nosotros sugerimos, del coloniaje; los cognomentos económicos no se equivalen con los sociológicos; en efecto, Córdova inserta sus datos en el esquema del 'mosaico', que precisa así: Sistema pre-capitalista; sistema capitalista interno; sistema capitalista externo; y le agrega dos categorías metafísicas. Población ocupada en producción material, y población ocupada en producción no material; nosotros hemos advertido, y con suficiente claridad, que es antidialéctico el mosaiquismo prevaleciente entre nuestros economistas y sociólogos, e incluso con ayuda de Córdova, hemos comprobado que el concepto de coloniaje rechaza lo de 'sistema pre-capitalista', 'sistema interno' y 'sistema capitalista externo'.

El Informe de los sociólogos del CESNU, por su parte, recoge el pseudo-concepto, tan discutible como el de 'subdesarrollo', de 'la población marginal' (y hasta se habla de 'sub-marginal'), para aludir a los campesinos, o habitantes de centros poblados, que pasan un tiempo en situación flotante, a medida que unos se hacen trabajadores regulares, y otros vuelven al lugar de donde salieron (como sucede). Nada nos parece más impropio que tal vocablo para definir a moradores del agro o de pueblos pequeños emigrados a las ciudades mayores; desde antiguo, el éxodo rural es uno de los efectos del capitalismo sobre la economía agraria, desde sus meros comienzos medievales; y, además, Marx y Engels hablan del ejército industrial de reserva, que se compone de la población cesanteada y la que llega a la edad de trabajar. En la

sociedad humana, nadie es 'marginal', ni siquiera los muertos, porque se compran flores para llevarles, los domingos y el día 3 de noviembre de cada año, y el del aniversario del fallecimiento. Las migraciones de trabajadores son complejas, pero lo son de fuerza productiva en potencia; en Venezuela, es sabido, raro es que alguien se muera de hambre; y el parasitismo se observa en todos los niveles de la pirámide.

Podemos afirmar que la situación real de todas las clases sociales en Venezuela está en vías de conocerse mejor; mientras eso se logra, bueno es declarar que acatamos el principio marxista de la hegemonía del proletariado en la revolución, como perspectiva de toda la humanidad contemporánea; y sin embargo, anotamos que eso no ha significado hasta ahora, que los revolucionarios se sienten a esperar que los individuos de esa clase se pongan manos a la obra. La emancipación de nuestro país, frente al imperio español, fue dirigida por gentes de una clase social que podía hacerse a una conciencia de los problemas y las salidas, y todas las revoluciones modernas han sido hechas de acuerdo con esa misma ley; la experiencia histórica es acumulable, y sus lecciones más frescas enseñan que es revolucionario el que lo es de veras, y no el que lo dice, y que no hay títulos de propiedad, ni sociológicos ni institutivos, sobre esa tarea. El porvenir de las clases sociales, en el coloniaje nuestro, depende de la entalladura de sus dirigentes de vanguardia.

Nota 1: En su Cuadro tipológico, Rama ubica a los militares profesionales en diversos escalones de la pirámide societaria; nosotros creemos que después de 1945 la profesión castrense tiende a convertirse en una casta, no hereditaria como la de los bramines de la India, p. ej., sino abierta; sin que dejen de pertenecer, como individuos a esta o aquella clase, los oficiales de nuestras fuerzas armadas, estimulados por el imperialismo (hay documentos que lo prueban: conferencias de ideólogos militares yanquis, en cursos de 'geopolítica'), han visto la fuerza de sus armas como soporte de un poder para un grupo profesional; en la profesión castrense es fácil el castizamiento, aun sin que los hijos pasen, a su vez, a ser oficiales; y este tipo de casta ya no puede ser como la nobleza hereditaria; pero es, en todo caso, un factor que se explica, en nuestro concepto del coloniaje; determina la casta el goce de algunos privilegios: alto prestigio, ingresos apetecibles, servicios médicos, servicios de abastecimiento, servicios bancarios, pensiones de retiro.

Para entender el papel de una posible casta militar, piénsese, por un instante, en lo que significaría que la profesión médica resolviera ejercer el poder taxativo de que dispone, sobre nuestra salud, que es nuestra vida, y administrase esa capacidad con fines al poder político.

Nota 2: El papel de los grupos clasistas foráneos, no ha sido debidamente elucidado entre nosotros, en relación con la osatura de la pirámide; en su mayoría, constituye la ‘clase gerencial’, brazo colonizador de las clases privilegiadas de la metrópoli imperialista; son los herederos del español peninsular, de antes de 1824, y se han colocado junto al gerente de ‘casa Blohm’, enlace entre las dos hegemonías imperiales, y que todavía ejerce sus funciones en el país; es cierto que las ‘colonias’, o grupos de ciudadanos de una nación extranjera, hállanse en el mundo entero, desde que los apacibles fenicios establecieron la costumbre, pero la tarea específica difiere en países coloniales, en países de coloniaje, o en naciones capitalistas; estas minorías clasistas extranjeras, privilegiadas, viven en ambientes que en Asia dieron en llamar ‘extra-territoriales’ (en Venezuela, los miembros de la colonia norteamericana, p. ej., mantenían escuelas en inglés, extra-territoriales, que no seguían el programa del Ministerio de Educación, hasta los años de 1950-1960); para comprender lo que significan tales grupos, nuestros sociólogos deberían ir a estudiarlos en Joncón (Hong Kong), Singapur (Singapooore), y en las ciudades indias de antes de 1947; las actitudes ideológicas de los integrantes de dichas ‘colonias’ enseñaríanos mucho, pues ellos hace tiempo que viven el coloniaje, que nosotros no hemos logrado develar a tiempo, sumergidos en el grato opio de las ideologías ficticias, ‘occidentales’, de democracia, civilización v.s. barbarie, y demás “adminículos de la parafernalia” de más allá de Curazao, de más allá de Aruba, de más allá de Panamá, es decir: de París, en otro tiempo, y de Nueva York, en este tiempo. Tales grupos, bien analizados, por otra parte, nos permitirían ver cómo es que si estamos integrados al imperio foráneo, que la pareja imperialismo-coloniaje son las dos caras del mismo dios Janus Lucri, pues los representantes individuales a que nos referimos ‘están en todo’: en las empresas mineras, en las empresas agro-pecuarias, en las empresas mercantiles, en las empresas publicitarias, en las empresas bibliotecarias y culturales, en el asesoramiento sobre el arte de la guerra, en numerosos funcionarios de embajada y consulados, en empresas de publicidad, de periodismo, de agencias noticiosas, de transportes.

5.

En esta Sexta parte, de nuestro ensayo, hemos vuelto la mirada hacia Bolívar, en busca de añeja y simbólica orientación, y hemos proclamado nuestro derecho a practicar un marxismo no esquematizado, sino inserto en nuestra viva realidad. El análisis de lo peculiar y único, de cada país, es obligatorio si se quiere descubrir lo que lo hace marchar; siendo el nuestro un país regido por la forma societaria del coloniaje, lógico es que enfocáramos las clases sociales desde tal punto de mira. El presente y el porvenir de esas clases sociales está sujeto al desenlace de un movimiento liberador que ya tiene complejas manifestaciones, a partir del año de 1936. La tiranía de Juan Vicente Gómez nos entregó al imperialismo extranjero, y desde ese siniestro período: 1908-1935, nuestro coloniaje ha venido transformándose y conformándose en un campo dúctilmente favorable al designio foráneo: Mr. Danger no se apoderó de Marisela; ella era nuestra inefable ilusión; pero domesticó al cunaguaro, el tigre de los llanos, porque había amansado al tigre de las sierras; Rómulo Gallegos lo “hace desaparecer”, como a Doña Bárbara, sólo en la trágica dinámica de su novela; la verdad es que Mr. Danger nos echó tierra en los ojos, no se fue nunca: no era sólo creando el espectro de La Barquereña que estaba, era en el Zulia, en Oriente, en Barinas, y en el mismo Guárico donde había puesto a andar los negros chorros del petróleo.

Esa Venezuela, única que existe, con sus diversas facetas, en cuanto es una sociedad humana, se plantea tres poses en el ruedo de la suerte: 1. Sus clases privilegiadas, buscan la prolongación del coloniaje, al arrimo de la hegemonía imperialista. A estas clases, puede preguntárseles: ¿Es posible desarrollar una Venezuela, y una América Latina, que sean como otros Estados Unidos-USA, capitalistas, imperialistas, conquistadores, Mr. Dánger? ¿O es preferible, más agradable, ‘asociarse’, con Hemisferio y todo, a aquel glorioso modo de vida’, bajo la jefatura de aquella ‘raza superior’? ¿Aceptaría la unión Soviética, que así se acreciese, la tremenda fuerza del imperialismo yanqui, dueño directo de todas nuestras riquezas? 2. Desde 1936 se adelanta una búsqueda de salidas liberadoras, por pacíficos caminos; han pasado 32 años desde ese comienzo, y el balance es al revés: en lugar de descolonizarnos, nos hemos colonizado en grado sumo; la pacífica consigna, por ironía de la historia, la introdujo Juan Vicente Gómez: aquietó a los caudillos de malas guerras civiles, y ‘enriqueció’ al país con las torres del petróleo, y con el domeñamiento de la heroica cimarronería, la que hizo al primer Páez. Estas dos perspectivas

confluyen: el juego es civilizado, nos parecemos a Inglaterra, a Estados Unidos-USA, a Francia: un orden político notable, selvas de concreto armado, cinturones de miseria, ¿pero, y la preciada libertad, para las inmensas mayorías?

3. La tercera salida, insurgente desde 1960, es la de la guerrilla; la herencia del coloniaje tiene tres siglos; el método elegante y refinado, que se emplea en las Europas, y en la nación de Washington, Franklin y Lincoln, va a tener medio siglo de prueba; el proceso guerrillero aún no tiene diez años de haber aparecido. Si vemos la realidad de América Latina, en su conjunto, es innegable que el ejemplo de Cuba, no digamos el modelo, es un fenómeno como el de la revolución rusa de 1917; entonces se dijo: eso es algo exclusivamente de ese pueblo; los excepcionalismos siguen una curiosa anti-lógica: la experiencia socialista de la URSS ha ganado adeptos en el mundo entero; en cambio, ni en Venezuela ni en la América Latina, las clases privilegiadas abrigan la esperanza de seguir el ejemplo de los Estados Unidos-USA, pues se dan cuenta de que es incopiable, intrasladable, irrepetible.

En este breve ensayo nos hemos consagrado, principalmente, a demostrar la existencia del coloniaje, forma societaria peculiar de nuestro país, y de los países de América Latina, fundados por España y Portugal; nuestro concepto no es del todo ajeno al de quienes han estado descubriendo una colonización de nuestro país, y al de quienes hablan de 'neo-colonialismo' (de manera confusa, pero cercana a la verdad de los hechos, a nuestro juicio). ¿Hacia dónde lleva, de por sí, semejante caracterización de nuestro país? Eso es lo que queremos que se medite, al redactar los tres párrafos que preceden. Bolívar anheló que toda Nuestra América fuese una gran República, una zona de paz y de esperanza para el mundo; ese ideal sigue en pie; pero, ¿en qué forma se va a lograr? Algunos quisieran que fuésemos una civilización de lacayos, de hombres y mujeres con el complejo de una falsa inferioridad racial sembrado en el alma; pero la verdad es que por ningún lado tenemos razón alguna para disminuarnos y degradarnos: el primitivo aborigen de este Continente tuvo sus maldades y sus bondades, como las han tenidos los seres humanos de todas partes; el africano que tan vergonzosamente fue traído a estas tierras, para ser esclavizado y humillado, tiene antecedentes culturales dignos del más alto respeto, con sus tambores y sus creencias particulares; los europeos y asiáticos que se han ido incorporando a esta gigantesca América, no obstante su soberbia y engreimiento, han tenido similares virtudes y defectos.

¿Por qué, entonces, se pretende abolir la trayectoria de unos pueblos que tienen tanto derecho, como los demás pueblos del mundo, a seguir un camino que los aleje de los barbarismos, y los acerque a los modos

dignificantes de trabajar, de convivencia, de fraternidad y de bienestar para las inmensas mayorías? Nuestro país, y nuestro Continente, por hallarse en el coloniaje, no dejan de cumplir las leyes objetivas de toda sociedad que se base en el afán de lucro: su desarrollo histórico es el mismo, genéricamente, que el de todo el globo, pero, además, están los aportes originales. El coloniaje es tan excepcional, como lo es el capitalismo norteamericano; si miramos al socialismo, como principio ético guiador, es porque soñamos con una pauta de vida que hasta ahora no ha sido suficientemente probada, pero que se insinúa como más limpia y mejor que las anteriores. Las contradicciones internas y externas de nuestro país determinan su futuro y su presente, en plena lucha. La contradicción principal externa es la que nos pone frente al imperialismo extranjero, que nos subyuga y humilla como pueblo; la contradicción principal interna es la que opone a las clases aferradas al coloniaje, vasallas del imperialismo, y las masas trabajadoras, clases oprimidas, cuyo porvenir ha de ser más grato en un horizonte de desarrollo socialista.

La Venezuela de hoy se halla entre el imperialismo, que la domina desde afuera y desde adentro, después de haberse integrado hegemónicamente con el coloniaje de abolengo ibero y sus clases privilegiadas, ya linajudas, ya advenedizas. Es inútil ocultar la historia; tres corrientes se disputan la situación del país: la conservadora; la intermedia, con un pie en el pasado y otro en el futuro, y en un inestable y confuso presente; y la revolucionaria. Es justo que digamos, a propósito de la tercera salida, que se compone de dos matices: un ala marxista, que insiste en seguir sometiendo a prueba la tesis del ascenso al poder de manera pacífica; un ala en parte marxista, y en parte marxizante, que ha decidido probarse a sí misma, derramando su propia sangre, en su capacidad de alcanzar la victoria, liberando a su país de la dominación imperialista, por medio de la lucha armada. No somos profetas, pero creemos que el camino a recorrer todavía será largo; grave es la situación, en nuestro país, en la América Latina, y en el mundo; dos grandes sistemas sociales pugnan por adquirir la primacía histórica: el capitalismo y el socialismo; la paz, flotante en el hervidero de las mil guerras presentes, se simboliza en el no descendimiento sobre la tierra del poder explosivo de las nuevas armas súper-asesinas.

En ningún rincón de la tierra la situación mundial deja de dirigir las actitudes de cada lugar; todos sabemos, en general, lo que sucede en otras partes; por primera vez el mundo es uno solo, como una vasta plaza bajo el ancho cielo. Nuestro libro es señal de que no caminamos por una selva oscura, y sin embargo, muy densas son las nieblas que entorpecen nuestro viaje por la vida. Hemos querido ayudar a que se

realice el destino; no hemos temido a la hoguera, hemos visto la cólera frente a frente. Ahí van nuestras palabras; nuestra sangre está con ellas, eco de otra sangre fraterna, que llama desde su victimado silencio; para ti son mis palabras, Chimiro; en tu recuerdo va mi pensamiento adherido; tu camino no tiene rosas. Pero es imposible ir a recoger las gotas de tus venas; que fecunden nuestros pasos entonces, y que sea lo que diga el azar. (4-vi-1967/29-vii-1967/15-vii-1968).

ANEXO

El Cuadro No. A-2, Población activa ocupada, por sistemas económicos, del ensayo de Armando Córdova, ya citado, nos ha parecido menos lúcido, a nuestros fines, que el de Mr. Murphy, también citado; éste divide la fuerza de trabajo en cuatro lotes, así: 32,3%, en la agricultura; 21,6%, en la industria (manufacturera, construcción, servicios); el 44,3%, en la burocracia gubernamental (empleados y obreros), y el 1,8% en el petróleo y el hierro (cifras de 1963); a pesar del contraste, los datos de Córdova, para 1958, establecen, cualquiera sea la ubicación real de estas gentes en el proceso productivo, que de un total de población activa censada, de 2.142.900, estaban en la agricultura: 1.489.500; en artesanía, industria y construcción: 434.700; y en el comercio: 236.700 individuos. Otros datos, también de Mr. Murphy, señalan, hacia 1964, que la fuerza de trabajo se hallaba distribuida así: Agricultura: 774.000; Minería (petróleo y hierro): 43.000; Manufacturas: 323.000; Construcción: 117.000; Electricidad: 29.000; Servicios (empleados de comercio, de transporte, de comunicaciones): 957.000; y 363.000 desempleados, (lo que suma: 2.606.000 individuos). Es inútil analizar cifras obtenidas y agrupadas en forma heterogénea; apenas logramos constatar que en un país de más de 8.000.000 de habitantes menos de su tercera parte 2.500.000, más o menos, se considera 'población activa'; ¿qué hacen los otros: más de 4.500.000 (hijos menores, esposas, hermanas, y los ancianos)? Según Mr. Murphy hay un 32,3% en la agricultura, y un 44,3% en la burocracia del gobierno; hay un 21,6% en la 'industria', y un 1,8% en la minería (que es la 'industria básica' del país, según algunos economistas); pero: ¿y dónde escondió Mr. Murphy a los comerciantes, en un país que según él mismo informa importó de sólo los Estados Unidos-USA, en seis meses de 1966: \$447.627.800? ¿Un sector que 'contribuye' al producto doméstico bruto con 4.637 millones de bolívares en 1963, de un total de 29.932 millones, o sea: la séptima parte?

Séptima parte

Epílogo

Algunas conclusiones

(De una carta de Pedro Manuel Villazul para el autor)

Quiero exponerte a mi modo algunas de las conclusiones que se desprenden de tu ensayo: Venezuela, su imagen desvelada (10-v-1967/5-vii-1968):

1. Me parece que demuestras, con lucidez, en tan breve libro, que el coloniaje es lo que caracteriza a Venezuela; es decir, que nuestro país ha sido, desde que los españoles y portugueses conquistaron a América, y sometieron a los aborígenes, una colonialidad peculiar. Así como en la Europa clásicamente burguesa surgieron las naciones, y las nacionalidades, entre nosotros se ha dado el fenómeno que tú designas como coloniaje, y que a mí se me antoja ver por el ángulo de un vocablo que termine en “idad” similar al suyo, que antes pudo significar el simple hecho de un dominio de pura férula y exacción. Es indudable que el colonialismo es la otra cara de la medalla del capitalismo europeo, y desde luego, del capitalismo norteamericano, ambos aún no suficientemente comprendidos por nosotros. Lo que ellos nombran, al decir: expansión europea, entre los siglos xv y xx (o, en igual caso, lo que los Estados Unidos-USA entienden por su expansión de polo a polo, en nuestro Hemisferio), no es sino un desarrollo particular, el del imperio, el de una misma economía en dos ambientes: el ambiente nacional, y el ambiente colonial, integrados para beneficio de la parte dominadora, y en perjuicio de la parte dominada. Las naciones burguesas europeas han subyugado muchas regiones del mundo, y así crearon la economía mundial, el mercado mundial, y sus ideologías diversas, sistemas opresores, que se repartieron el señorío del globo terráqueo. Puede verse, perfectamente, que el colonialismo, acción directa del capitalismo, entre nosotros pudo instituir el coloniaje; una forma socio-económica uncida a otra: un capitalismo imperioso, un coloniaje plegadizo. Este modo de producción, y de vida, que llamas coloniaje tiene y ha tenido su desarrollo (¡es falsa la idea del atraso como inmovilidad!) (porque todo en la naturaleza, y en la sociedad nace, surge, crece, cambia), sin dejar de ser una economía en hesperidio, apta

para la extracción de sus riquezas, explotable, expoliable, destinada a permanecer bajo este o aquel imperio, tutela, dependencia.

En el pasado (siglo xix y lo que va del actual), la característica verdadera de Venezuela, y por ende de nuestros países iberoamericanos, hispanos y portugueses, o latinoamericanos, no se ha podido dilucidar porque la mirábamos con enfoques y esquemas ajenos a la realidad; se ha dicho, erróneamente, que Nuestra América, en sus dos vertientes étnicas, dejó de ser colonia al concluirse la sujeción militar y política de sus ‘madres patrias’, como si el coloniaje, esa forma socio-económica, pudiese ser barrida cual capa de polvo depositada por la incuria; nuestros historiógrafos, durante largos años han escrito y pensado a la europea (tanto los procapitalistas, como los pro-socialistas); a ratos se ha señalado la presencia de supuestos ‘rezagos’ de ‘la época de la colonia’, en el modo latifundista de poseerse las tierras cultivables; y como se ilusionaban, muchos, en el copiar y seguir el modelo europeo (de la burguesía), hablaban de un atraso que algún día sería vencido, y hétenos convertidos en famosas ‘naciones’, con desarrollo capitalista y demás hierbas: industria pesada, McCórmiques y Rockéfelleres, equiparado ‘en el concierto de las naciones’, según el lenguaje oratorio y solemne.

2. Te diré lo que entiendo por coloniaje, después de leer tu libro. Es una forma societaria, económica y política, híbrida de feudalismo terrateniente ibérico (hispano y portugués), y del tipo de mercantilismo que prevalecía en aquel entonces en España y Portugal, y en toda Europa, híbrido trasplantado, que hubo de integrarse con la técnica primitiva de la agricultura aborígen, y enriquecerse con el re-implantamiento de la antigua esclavitud, para lo cual fueron empleados los pobladores de África, a quienes se trajo de allá, de la bárbara manera que todos conocemos y deploramos. En lo fundamental, este coloniaje ha mantenido sus rasgos decisivos aún después de la emancipación política lograda en los campos de la guerra liberatriz, frente a España, o por las artes diplomáticas (en el caso del Brasil). Dicha forma societaria, económica y política, establecida como anexo del capitalismo europeo (generalizamos aquí, a pesar de que sabemos la suerte propia de España, que no siguió el patrón de desarrollo capitalista del resto de las naciones del viejo mundo), y que es su otra faz, tiene cierto parecido a las instituciones que lo engendraron, pero su ser propio quedó advocating a la servidumbre; estoy de acuerdo en que se le añada a la lista de formas socio-económicas que la sociología marxista ha descrito: el comunismo primitivo, el modo de producción asiático, el esclavismo, el feudalismo,

el capitalismo, el socialismo, el comunismo avanzado. El coloniaje, así concebido, es la característica permanente de Venezuela, y de América Latina (en general, cualesquiera sean las variantes locales que puedan notarse), desde los años en que se le instituyera hasta la actualidad.

3. Es conveniente indicar que la América Latina se emancipó del dominio militar y político de España y Portugal, pero no substituyó el coloniaje por una forma societaria genuinamente pre-capitalista, ni capitalista legítima, como tú apuntas en tu libro; lo cual es lógico, ya que una nación capitalista e imperialista, que para constituirse como tal ha debido añadir a su carro tantas ruedas como países llegara a colonizar, no podía hacer 'el mal negocio' de forjarse una rival en aquella su 'hija-patria', la colonia, de la que era 'madre-patria', según la curiosa terminología que ha manejado el colonialismo; una colonia era para suministrar materias primas, y consumir productos industriales; el caso de los Estados Unidos-USA es excepcional: colonia de estructura ya capitalista, que prescinde de la tutela paterno-materna; más de cien años de frustrada marcha por la senda capitalista, de Nuestra América, indican que el coloniaje era la realidad constante, y lo demás: ilusiones. Uno observa esto, fácilmente, en los datos que has acumulado en: *Venezuela, su imagen desvelada*. ¡Quién no va a darse cuenta de que los comerciantes extranjeros, después de la emancipación contra España y Portugal, han sido el puente entre aquella dominación y la que se implanta poco a poco hasta ser la que hoy padecemos! Mirando nuestro pasado, con una perspectiva autóctona, podríamos afirmar que el verdadero jardín de las Hespérides (o naranjas, o pomos de oro), que los pueblos europeos mediterráneos situaban al oeste de ese gran lago, no fue realmente en España donde estuvo, allí a lo sumo sería un vergel; sino más allá de las Columnas de Hércules, esa abra por donde África y Europa otean el Atlántico; nosotros hemos sido el Jardín de las Hespérides. Y el colonialismo europeo materializó aquella historia mítica, por su afán de oro, el 'oro de Indias', el oro de Don Cristóforo Colombo, el Colón del coloniaje, el oro de El Dorado, Nuestra América transfigurada en sociedad aurífera, de opimas, extensas y jugosas riquezas inagotables.

4. Si bien tú lo aclaras hasta donde lo permiten los escasos datos que has manejado, el puente, o escala de tránsito, entre el coloniaje ya trisecular, y el coloniaje indestruido hasta ahora, debería estudiarse en todos sus matices y verdades. No me parece posible rechazar la exactitud de la metáfora que nos sugieres, de la economía en hesperidio, de la sociedad hesperidial, que es el coloniaje, forma de vida

exclavizable, exprimible, explotable; los estudios históricos, en este campo, deberían intensificarse, como nos lo enseña el ejemplo de Salvador de la Plaza y de Hernán Ramírez Necochea, en sus admirables trabajos. Pero hay algo que tú tocas muy de paso, lamentablemente, y que ojalá también fuera estudiado más a fondo. Es el mundo insular de Nuestra América, que nos hemos acostumbrado a no imaginar como perteneciente a lo nuestro, aparte de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo; y el mundo de las colonias guayanesas, y la tierra entre Honduras y Guatemala: son muchos kilómetros cuadrados de territorio americano, y varios millones de seres que el colonialismo europeo se las arregló para mantener, hasta hoy, al margen de la totalidad continental, lejos de lo nuestro.

5. Después de ese interregno, de las grandes firmas comerciales, que se instalan en nuestro Jardín de las Hespérides, paraíso de la compra a 5 y la venta a 25, la América hispano-portuguesa, tierra firme e ínsulas (¡tan poco Baratarias!), nuestros países son invadidos en firme y penetrados por las naciones rivales de España y Portugal; lo que Lenin ha llamado el imperialismo, un capitalismo que se vale de su misma esencia, para explotar directamente a los pueblos y países, no transforma la naturaleza del coloniaje, erradicándola; al contrario, acentúa el coloniaje, y le imprime un giro nuevo de desarrollo para integrarlo, unciéndolo, al sistema económico invasor y extranjero. Eso liquida para siempre la posibilidad de que lleguemos a ser naciones efectivas, más allá del alcance jurídico del vocablo, con capitalismo genuino; el oro extraño se alía al oro nativo, y el instituto del coloniaje es reforzado, y se le reorienta al voltaje de la planta cuyo dinamo ‘está al otro lado del Charco’: el hesperidio deja fluir su generoso néctar; y la máquina imperial agiliza sus innúmeras ruedas, en el gigantesco engranaje. Más de medio siglo hemos vivido en el regazo de los dólares, como vivimos tres siglos en el de los luises de oro, y siempre, en el horizonte, aquellos galeones y estos tanqueros, desfilan y desfilan, vaciando lo de aquí y llenando lo de allá. Siglos y años tenemos, en lo ideológico, prisioneros de espejismos; la ‘nacionalidad’ nos hizo olvidar la colonialidad, el hecho vivo. Por supuesto, que me parecen justas tus observaciones sobre el error de haberse definido a Venezuela como una ‘semicolonia’; y por el espacio que le has dado, veo que tampoco sería justo definirla en relación con el supuesto ‘neo-colonialismo’.

6. Nuestro inveterado coloniaje, pues, se halla hoy bajo la fusta hegemónica de los Estados Unidos-USA, sin que olvidemos otros imperialismos. Así se plantea el problema de la liberación de nuestros

pueblos y países. Desde el punto de vista sociológico, tú concluyes que hay dos tipos de contradicción principal en nuestro medio o sea: señalas dos razones claves de una lucha para completar la obra de Bolívar y los demás patriotas de nuestra primera independencia:

1. Venezuela, como país en coloniaje, debe liberarse de quienes explotan sus riquezas, o sea: del imperialismo extranjero. Esta sería la contradicción principal externa.

2. Las clases trabajadoras de Venezuela deben liberarse de la sociedad en coloniaje, que beneficia a las clases privilegiadas, unidas al imperialismo, con el cual han hecho causa común, y a quien ayudan a sostener, retener y mantener el edificio coloniógico del país, y de quien son agentes en las más variadas y subalternas funciones.

En tu enfoque sobre el presente y el porvenir de las clases sociales en el coloniaje, podemos notar que la masa rural es la más explotada, tanto la que se queda en el campo, como la que emigra a las ciudades; vemos que el proletariado tiene varias capas, una de las cuales es elitesca y se adhiere al imperialismo y al coloniaje, por egoísmo de estamento. Liberar a las clases más sufridas, tanto del coloniaje como del imperialismo, es hoy una tarea distinta a la que cumpliera la generación libertadora del siglo xix: en tal sentido el trabajo ideológico falta, y parece que no tuviéramos aún formados los tipos más eficaces de agentes históricos de la revolución destinada a retirarle al coloniaje su vigencia en nuestros países. Por otra parte, si la perspectiva no es la de ir hacia 'lo nacional', en sentido de un desarrollo capitalista genuino, sino hacia un tipo de vida cooperativa, socialista, en el cual se prescinda de la añeja costumbre de explotarse los hombres entre sí, es de señalarse que se precisa crear, a partir de la herencia cultural revolucionaria de todo el mundo, una ideología y una metodología liberadoras que reflejen lo específico nuestro y puedan dirigirlo con visión solar hacia las realizaciones que significan nuestra esperanza; aunque se tomen en cuenta ejemplos y modelos doquiera existan, tiene que surgir la fórmula ambientada, que eduque a sus postulantes en una praxis, de teoría y de acción, capaz de alcanzar la indispensable victoria.

7. Las dos contradicciones principales, que tú nos permites señalar, asoman dos caminos o salidas al proceso político contemporáneo venezolano, y desde luego al de toda la América Latina (La República Socialista de Cuba hace 10 años que inició este proceso histórico; el Continente seguirá, sin duda, el camino que le piden sus decenas de

millones de seres castigados en la roca de la esclavitud imperialista); esas salidas afectan al uso del poder político por las clases privilegiadas, las del eje imperialismo-coloniaje. Supongo que puede estar cerca de la realidad presentar de este modo las posturas observadas:

Salida 1. Paradójicamente, hay una ‘salida’ del coloniaje hacia nuevas formas de lo mismo; un coloniaje más acentuado, que tiene un desarrollo colonial; en cada país se busca perfeccionar la integración al imperialismo, y el Continente se halla en trance de ser amoldado, como un totus, a las más estrictas ventajas de la metrópoli.

Es decir: se trata de conservar el status quo: la democracia formal, y las tiranías de civiles y militares; las elecciones y el parlamentarismo; el juego gobierno-oposición (llamado: la alternabilidad republicana); el dirigismo oficial (que, en secreto, es dirigismo de los gerentes de compañías extranjeras) de nuestra economía; y las demás particularidades que, a grosso modo, llamamos ‘la política’, en nuestros países.

Salida 2. El camino para liberarnos del coloniaje, y del imperialismo que lo usufructúa, lo tratan de seguir dos corrientes mayores:

1. Que postula una estrategia de liberación por la vía pacífica; que aplica tácticas políticas para llegar al poder sin derramamiento de sangre, dentro del status quo (y su limitado democratismo); que no desdeña obtener mejoras para las clases explotadas, mientras aparece la coyuntura favorable al objetivo socialista; esta corriente ha venido guiándose, en Venezuela, por el ejemplo soviético, y el de algunos países de Europa oriental. Acéptame que te exprese en pocas palabras algo que es mucho más complejo, pero que por eso mismo obligaría a describirlo, para hacerle justicia, en todo un nuevo libro.

2. Que postula una estrategia de liberación, desde que el ejemplo cubano se presentó a la vista, en 1959, por la vía no pacífica, de la guerra de guerrillas; cabe decir que esta corriente hace una prueba ‘de laboratorio’, de sus métodos de lucha; trata de seguir los ejemplos cubano, chino, indochino y argelino; la sangre derramada, para decidir si esta corriente tiene fundamentos ideológicos legítimos, es ya cuantiosa; figuras jóvenes de diversos países han caído sacrificadas; no es probable, pues, que la intensa polémica que hoy cursa en toda Nuestra América, sobre esta corriente se zanje de un día para otro.

Aunque tú no llegas a decirlo con las mismas palabras que yo,

supongo que estas son algunas de las conclusiones que brotan de tu ensayo. Lo más importante de tu trabajo, lo que entendemos te habrá hecho meditar más, es el esfuerzo por definir a Venezuela, y en cierto modo a la América Latina; si tu propuesta, de que el coloniaje se tenga como el signo de nuestro país, encuentra respaldo, yo creo que valdría la pena ir más hacia el fondo del asunto, y pugnar porque la parte práctica, que encierra toda labor teórica, se afirme en una nueva visión sobre los problemas medulares. Me has despertado una inquietud, y espero darme el gusto de comunicarte, un día de estos, los resultados que obtenga. Gracias, hermano, por haberme facilitado, en el texto inédito, tus páginas originales. (30-vii-1968).

Bibliografía

PROLOGO: Bolívar, Carta de Jamaica y Discurso de Angostura, ere Hispanoamérica en lucha por su independencia, Cuadernos Americanos, México, 1967; Martí: Idem, ant.; Roux: Les explorateurs au moyen age, Ed. du Seuil; París, 1961; Maquiavelo: Le Prince, suivi de l' Anti-Machiavel de Frédéric II, Edit. Garnier Freres, París, 1962; Le roman du roi Arthur (texto de X. de L.), Edit. Piazza, París, 1965; Laurita Séjourné: La pensée des anciens mexicains, Maspero, París, 1966 (La loi du centre); para las ideas de Bolívar: en su Correspondencia.

PRIMERA PARTE: Pedro Pablo Leroy-Beaulieu: De la colonisation chez les peuples modernes, Guillaumin et Cie., París, 1874; Joaquín Maldonado Macanaz: Arte de la colonización, M. Bello, Madrid, 1875; Enciclopedia Espasa, Barcelona (España), 1908; Carlos Marx: El capital (25 de julio de 1867), Tomo I (trad. Del alemán al inglés, por S. Moore y Eleonora Marx de Aveling, revisada por F. Engels), impresa en Moscú, URSS, s. a.

SEGUNDA PARTE: Enrique José Varona: art. El imperialismo y la sociología, en: Los mejores ensayistas cubanos, Edit. Pop. De Cuba, La Habana, s. a.; Lenin: Imperialism, kak novishii etap kapitalisma (El imperialismo, como la etapa más nueva del capitalismo, (o como novísima etapa del capitalismo); la traducción más corriente del título de esta obra es: ... fase superior del capitalismo; Lenin Obras completas, Tomos 38 y 39, Edic. Pueb. Un., Montevideo, y los trabajos: Sobre el derecho de las naciones a la auto-determinación; El despertar de Asia; Quiénes son los 'amigos del pueblo'; Nuestro programa; A qué herencia renunciamos; ¿Qué hacer?; Borradores sobre el problema nacional y colonial; Cartas desde lejos; El poder dual; G. Friedmann; De la sainte Russie a URSS, Gallimard, París, 1938; J. V. Stalin: El marxismo y la cuestión nacional y colonial, E. E. L. E., Moscú, 1941; G. Gregorián: El joven Estado soviético y las inversiones de capital extranjero, Edic. de Agencia Nóvosti, Moscú, 1966.

TERCERA PARTE: Rodney Arismendi: Problemas de la revolución continental E. P. U., Montevideo, 1962; H. Ramírez Necochea: Historia del imperialismo en Chile, Austral, Santiago de Chile, Jorge Childs: v. PEL, Enero de 1967, y la revista Pensamiento crítico, no. 2-3-, Marzo-

abril de 1967; A. Gunder Frank: cit. Por Jorge Childs, en la rev. Desarrollo, Marzo de 1966, Bogotá Armando Córdova y Héctor Silva Michelena Aspectos teóricos del sub-desarrollo, I. V., Fac. de Cienc. Econ. y Soc., UCV, Caracas, 1967; M. Rodinson art. El problema de la nación en el movimiento ideológico marxista, en la rev. l'homme et la société, no. 7, Janvier-Fevrier-Mars, 1968. de París.

CUARTA PARTE: Jorge Hardy: Hist. De la colonisation française, Larose, París, 1931, Mémoires de Talleyrand, ed. Jean de Bonnot, París, 1967 (5 tom.); M. Baumont: L'essor industriel et l'imperialisme colonial (1878-1904), PUF, París, 1949; C. Marx y F. Engels: El manifiesto comunista; Marat: Selec. de sus escritos, Edit Sociales, París; A. Comte: Catecismo positivista y Sistema de política positiva, 1852 y 1851, París; J. Mancini: Bolívar et l'émancipation des colonies espagnoles (des origines a 1815), Perrin et Cie., París, 1912; Marquis de Barral: De Monröe a Roosevelt (1823-1905), Plon, París, 1905; H. Hauser: L'impérialisme américain, Pages Libres, París, 1905; G. T. Raynal: Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes (10 ts), Chez Jean Léonard Pellet, Ginebra, 1773; Joaquín Gabaldón Márquez: Muestrario de historiadores coloniales, BPV No. 26, Ed. del MEN, Caracas, 1948; E. Arcila Farías: Economía colonial de Venezuela, Fdo. de Cult. Econ., México, 1946.

QUINTA PARTE: Tesis Política, PCV, Caracas, 1961; US Dept. of Commerce: Overseas Business, Basic Data on the Economy of Venezuela, Jan. 1967; Celio S. Orta v. Perfiles de la econ. ven., UCV, 1946; Genaro Machado: Panorama económico para el país (Venezuela) en el año 1956 (copia mecanográfica), s. a: D. F. Maza Zavala v. Perf. de la ec. ven.; Salvador de la Plaza.: ver id. ant.; Colegio de Economistas: Diagnóstico de la economía venezolana, Edic. de la Bibliot., UCV Caracas, 1964; Sedún Mao (Mao Tse Tung, en inglés). Sobre la nueva democracia, en: Obras escogidas; P. A. Baran: The Political Economy of Growth, MR Press, Nueva York, 1962; A. G. Frank Capitalism and Under- development in Latin America, Historical Studies of Brazil and Chile. MR Press, Nueva York, 1967; Lenin: El desarrollo del capitalismo en Rusia; Marx y Engels: Obras escogidas; Federico Brito Figueroa Historia económica y social de Venezuela, Tomo II, Edic. de la UCV, Caracas, 1967.

SEXTA PARTE: Mario Briceño Perora: El Bolívar que llevamos por dentro, Editora Venegráfica, Caracas, 1968 (Este admirable libro, uno de los mejores actualmente en el campo de la historiografía bolivariana, ha sido de especial influencia sobre nosotros, mientras elaborábamos

nuestro ensayo); Luis Beltrán Guerrero: *Candideces* (5ª. Serie, Ed. Arte, Caracas, 1967); Marx y Engels: *Obras*, ed Molitor; Lenin: *Obras*; Mao: *Obras*; K. M. Panikkar: *L'Asie et la domination occidentale*, Ed. du Seuil, París, 1953; rev. *recherches internationales*, no. 57-58, Enero-Abril 1967, París; re. *l'hôte et la société*, no. 7, sobre la *Grundrisse der kritik der politischen ökonomie*= Fundamentos de la crítica de la e. p. (la traducción francesa, por R. Dangeville, en *editions anthropos*, parís, 1968); Carlos M. Rama: *Las clases sociales en el Uruguay*, Edic. Nuestro Tiempo, Montevideo, 1960; *Revista Sucesos para todos*, no. 1752, 24 de diciembre de 1966, México; NNUU, Consejo Económico y Social, Comisión Económica para la América Latina, E/CN.12/660, 11 de mayo de 1963: *El desarrollo social de la América Latina en la post-guerra* (multigrafiado); rev. *Crítica contemporánea*- art. *Proceso a la formación de la burguesía venezolana*, por Germán Carrera Damas, no. 5, Mayo-junio de 1961, Caracas.



**CENTRO para la
DESCOLONIZACIÓN**
Centro Internacional de Estudios
para la Descolonización
"Luis Antonio Riquelme"